GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

OBRA SELECTA

B

FUNDACION
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

OBRA SELECTA

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

OBRA SELECTA

Selección, prólogo, cronología y bibliografía
MARY CRUZ

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela -1010
Derechos reservados
conforme a la ley.
ISBN 980-276-100-1 (tela)
ISBN 980-276-095-1 (rústica)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en España
Printed in Spain

APROXIMACION BIOGRAFICO-CRITICA

CUANDO LA OBRA de un autor –actual o no– reclama la atención continuada de críticos y estudiosos y tiene público lector, podemos decir que esa obra está vigente. Ello sucede con la producción literaria de Gertrudis Gómez de Avellaneda, gran figura de Nuestra América.

Prueban que su obra nos habla al presente[1] los catálogos anuales de publicaciones literarias de todo el mundo, compilados por la PMLA de los Estados Unidos, que incluyen siempre varias entradas relativas a esta singular autora. No se trata de un fenómeno esporádico, sino de un constante y modesto –pero firme y creciente– estar entre nosotros ahora, en los estudios de las letras hispanoamericanas, como estuvo en los del siglo pasado. Y es significativo que los actuales pongan luz en aquellos aspectos dejados anteriormente en la sombra o francamente considerados "fallas" en la ideología de la escritora. La manera de enjuiciar la realidad de su tiempo, la problemática que, bajo una apariencia casi –no completamente– inofensiva, se atrevió a tocar, la hacen contemporánea nuestra, porque todavía no han sido del todo resueltas las cuestiones planteadas por ella y porque su juicio apunta hacia soluciones acordes con lo que hoy empieza a verse como justo, no sin grandes esfuerzos por parte de los afectados por la injusticia social.

Vale este ejemplo: en un número de la *Revista Iberoamericana* (jul.-dic. 1985), especialmente dedicado a las escritoras de lengua española en nuestra región, de unas cincuenta figuras descollantes que se estudian en aproximadamente cuarenta trabajos, sólo son recordadas dos, cuya obra no fue producida en este siglo: la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz y la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, ambas luchadoras valerosas contra el ambiente hostil a la mujer intelectual.

[1] Ya se sabe que, en vida de la Avellaneda, sus obras obtuvieron no sólo buena acogida de público –en ocasiones, extraordinariamente entusiasta–, sino reseñas y estudios, así como traducciones, particularmente al francés e inglés y, en alguna oportunidad, al italiano. Después de su fallecimiento –y ya sin el incentivo de nuevas obras que comentar–, el interés no decayó, como no ha decaído desde entonces, aunque pueda haber fluctuaciones pasajeras. Utilizando como muestra al azar –puesto que no hay certeza de que contenga absolutamente todo lo producido hasta entonces en relación con nuestra autora–, la bibliografía pasiva que puso Emilio Cotarelo y Mori en su libro *La Avellaneda y sus obras* (1930), se puede observar lo siguiente: desde 1873 hasta 1900 y desde 1901 hasta 1929 –año en que puede suponerse cerrada su investigación–, hay dos períodos casi exactos. En los 27 años del primero aparecen 26 entradas, y en los 28 del segundo, 35. Esto representa una sostenida atención por parte de la crítica, y con cierto moderado incremento.

¿Y qué resalta allí de lo dicho sobre la producción de la segunda? Que es "el inicio de una tradición literaria que hasta ahora no ha recibido la *merecida* atención crítica."[2]

A la atención cada vez más ahondadora de los eruditos se une el hecho de que, con creciente frecuencia, aparezcan en Cuba y otros países nuevas ediciones de sus obras. Me consta que las cubanas se agotan con rapidez, compradas por un público en buena parte joven y no solamente femenino. Cabe suponer que, no obstante la marca que imprime en una obra su época de producción, las creaciones avellanedinas todavía poseen legibilidad, ese "dejarse leer" de la literatura que "comunica", y lo que comunica son valores compartidos por el público lector, pues para él únicamente tiene interés aquello que en alguna medida envuelve nociones, deseos, y esperanzas similares o cercanos a los suyos.

Cubana, latinoamericana, la Avellaneda tiene innegables afinidades con los que nacimos y habitamos en esta región del planeta, obvias en novelas como *Sab*, *Guatimozín* y *Los cuatro cinco de junio* y en numerosos poemas cuya raíz está en el suelo que pisamos y la historia que compartimos; y afinidades menos aparentes, aunque no menos ciertas, en obras localizadas en otras latitudes y en tiempos remotos.

I

Cuando embarca hacia Europa desde el puerto de Santiago de Cuba, en su primera separación de la isla natal, la Avellaneda acaba de cumplir su veintidós años sólo diecisiete días antes. A bordo de la fragata Le Bellochan, en el mar presentido desde su Puerto Príncipe de tierra adentro, escribe el soneto "Al partir", que según José Lezama Lima en su *Antología de la poesía cubana* (t. 2, 1965), "revela ya un conocimiento poético nada frecuente." Lezama recuerda que hubo "siempre en la ciudad de Camagüey un ambiente de tertulia, de pequeñas representaciones teatrales, de bibliotecas privadas, que permitían, como en el caso excepcional de Avellaneda, una sólida formación autodidáctica." Y prosigue: "Firmes conocimientos primarios, sólidas lecturas en la edad de la más completa y fabulosa asimilación. Esa cultura se extrae de una magia de la niñez, de un estilo de vida que propicia el encuentro del niño con su imagen, y la prolongación del *paideuma*, que Frobenius señala en Goëthe, es decir, lo que es creador, el descubrimiento del niño en su circunstancia, que va más allá, en las naturalezas creadoras, del límite de la edad, pues mientras hay *paideuma*, hay creación, tanto literaria como en el ámbito del Eros, que aporta una simpatía universal por cuanto nos rodea."

Nada más cierto en el caso de la principeña: amó con pasión el arte, la belleza, la vida, a la familia, a algunos hombres, admiró en las demás mujeres cualidades físicas y espirituales que reconocía en sí misma sin asomo de vanidad, aunque sí con encantadora y muy femenina coquetería; amó la virtud, la justicia, la historia, la amistad, su independencia personal, el triunfo, los salones, la naturaleza, los paseos, los viajes... Y amó, por encima de todo, a su patria y a la patria de su padre.

Esas dos querencias –dos nostalgias– forman un quiasmo en su vida y en su obra. Una refleja, la otra real, son como dos líneas oblicuas que se cruzan en el espacio y en el tiempo,

[2] Guerra, L. Ver: Bibliografía, al final.– Desde hace algún tiempo, la atención de la crítica parece ir aproximándose a la que llama la profesora Guerra "merecida", pues se ahonda en la vida y en la obra de la escritora cubana con métodos científicos: sólo ahora sus temas y recursos comienzan a discernirse en las dimensiones y significados verdaderos.

para marcar el descenso de la primera y el ascenso de la segunda. Hallándose en Cuba, su afán la incita: ¡España! ¡España! En España, todo le recuerda a Cuba, todo parece hablarle de Cuba. Y esto es evidente en las "Memorias" de su viaje a la Península y sus primeros años en ella. En esas páginas –cuatro breves cuadernillos–, la sombra del primer romántico de nuestra lengua y primer poeta revolucionario cubano, José María Heredia, se yergue como la de un dios tutelar, evocado al conjuro de sus versos cubanísimos, citados a cada instante: para todo halla punto de comparación con Cuba en esas páginas, lo mismo que en sus composiciones líricas y en todo cuanto escribe.

No es casual que a la primera edición de las *Poesías*, su primer libro, sirviese de pórtico el soneto mencionado, ni que en las otras dos ediciones autorizadas por ella, no obstante las supresiones, adiciones y cambios efectuados en el conjunto, permaneciera en tan destacado lugar; como tampoco lo es que, al publicar la última de esas recopilaciones –cuando ya los buenos cubanos se habían alzado en armas contra el colonialismo español, y precisamente en tales momentos definitorios–, la Avellaneda dedicara al suelo natal la colección de sus obras (poesía, narrativa, teatro).

Hija de padre andaluz, y mucho más apegada a él por razones de afinidad temperamental que a la madre cubana, había aprendido a amar la patria española sin plantearse la disyuntiva independentista. Su caso no era único. A las mujeres les estaba "vedada" la política. La Avellaneda no pareció advertir la contradicción metrópoli-colonia sino mucho después, acaso en las conversaciones con sus amigos reformistas Lorenzo de Allo y, sobre todo, José Calixto Bernal, en Madrid.

No dejó de satisfacerla el ambicionado triunfo: durante su estancia en Andalucía (1838-1840), ha trabado amistad con los más destacados escritores de Sevilla, y ha tenido en Cádiz el halago y la enseñanza del maestro Alberto Lista, poeta de justo renombre. Periódicos de distintas ciudades han acogido sus versos. Se va haciendo famoso el seudónimo de *La Peregrina*, que escogió su amigo Manuel Cañete en 1839, cuando la cubana le propuso poner en los versos que enviaba a *La Aureola* una firma como *La Incógnita* o *La Peregrina*, u otra que a él se le ocurriera y que ella usaría en lo sucesivo. Estrena con éxito su drama *Leoncia*. Coquetea con Antonio Méndez Vigo y se enamora de Ignacio de Cepeda.

Una carta de Lista, el celebrado poeta y preceptista gaditano, le abre las puertas del Liceo de Madrid y le propicia relaciones amistosas con Gallego, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Quintana y otros. De Quintana leía y recitaba largos poemas en su infancia principeña, como aquel que hablaba de la "Virgen del mundo, América inocente." No olvidará a su América.

En un poema propio, "La pesca en el mar" –único en su lírica llena de sorpresas, donde el júbilo danza en versos de ritmo juguetón–, saltará repentinamente el recuerdo de Patria y padre, sin que empañe la alegría del amor compartido a plenitud, estableciendo una soñada identidad entre aquel mar y este mar, o una recóndita relación de causa y efecto entre el cariño patrio y paterno con el que profesa al esposo, relación simbolizada en ese mar que acunó en la imaginación las alegrías de la niñez y acuna en la realidad las de la juventud. Son los días del matrimonio de la Avellaneda con Pedro Sabater, gobernador civil de Madrid, que supo transformar en ventura el desencanto de la cubana y en amor la fraternal ternura que le había ofrecido generosa.

Ya se había hecho un lugar en el mundo de la cultura madrileña. Contaba treinta y dos años. Quedaban en lo pasado muchos sufrimientos y muchos desengaños. Después del fugaz episodio de un desdichado amor de adolescencia en el Puerto Príncipe nativo, y del *in-*

termezzo gallego (Francisco Loynaz y Francisco Ricafort), libre de las atenciones casi pueriles de Méndez Vigo en Sevilla, tras borrascosas entrevistas en Madrid y cartas de humor fluctuante entre la más sobria claridad y la pasión más ciega, por parte de ella, Ignacio de Cepeda, el primer hombre amado con la avasalladora vehemencia de que era capaz la cubana, se había apartado de ella por segunda vez, con la frialdad de quien, al parecer, guiaba sus actos por criterios de interés económico y de pacata moralidad. De rebote, había caído ella en las redes de un cínico y despreocupado conquistador, buen poeta y hombre público prestigioso, Gabriel García Tassara, del que tuvo una niña que sólo alcanzó siete meses de vida. Todo, todo lo pudo borrar el tranquilo y dulce amor de Sabater. Pero, tan poco duradero...

Si la publicación del epistolario a Cepeda (1907), mostró al mundo –casi siete lustros después del deceso de la incomparable mujer– que no era ficción lo que sus versos de amor expresaban, algunas cartas que dirigió a Tassara revelarían aún más tarde (1928) toda la hondura del dolor de una madre ante la ingratitud del padre de su hija. En la que le dirigiera al comprobar las consecuencias de su intimidad con él, le dice: "No tema usted reproches, no. He comprendido perfectamente todo el horror de mi suerte; ha pesado sobre mi alma toda la grandeza de mi desventura...." En otra, cuando teme por la vida de la niña de ambos: "Tassara, aún vuelvo a escribir a usted, y lo que es más, estoy resuelta, si usted desatiende mi carta, a buscarle por todas partes y a decir a gritos, dondequiera que lo encuentre, lo que voy a manifestarle por escrito. // Mi Brenhilde, mi hija, se está muriendo... // Pero no morirá sin que su padre la bendiga; sin que vea este rostro, en el cual la naturaleza ha estampado en una maravillosa semejanza la más elocuente condenación de su conducta de usted. // Venga usted, Tassara; de rodillas se lo pediré si es preciso; para mí no hay nada fuera de mi niña; ni temo desprecios, ni evito humillaciones: me arrojaré a los pies de usted para suplicarle dé una primera y última mirada a su pobre hija. [...] Si a usted le es enojosa mi vista, no me presentaré. Hallará usted a Brenhilde sola con su nodriza. Pero por Dios, por su madre de usted, por cuanto ame, le ruego que conceda una mirada paternal a este ángel, que deja un mundo en que tanto ha padecido su madre. [...] Por Dios, venga usted; yo espero y Brenhilde se muere. Nadie verá a usted, lo juro. Pero si no vienes, te buscaré, te arrojaré tu hija, moribunda o muerta, en medio de tus queridas del [teatro del] Circo, a la hora en que te presentes allí. Esto es tan cierto como lo es que estoy desesperada y que mi hija padece cruelmente, y que serás un monstruo de bajeza si me rehúsas este pequeño y tristísimo favor. // Tassara, te espero."

Pero en aquella mujer de recia voluntad, la creación artística era refugio, razón de ser, medicina, placer y, tal vez, desafío vengativo. Nada podía mermar su capacidad de trabajo. A ella debía ya los triunfos rotundos de *Alfonso Munio* (más tarde *Munio Alfonso*) y *El príncipe de Viana* en el teatro, y los de sus novelas *Sab, Dos mujeres* y *Espatolino*, así como de "La baronesa de Joux", primera de las leyendas que escribió, con cierto aire de novela gótica. Y el trabajo fue serenando el dolor por la pérdida de la criatura inocente a quien el padre no quiso conocer siquiera. Y la vitalidad exuberante de su naturaleza ofreció generosa al que la solicitaba en matrimonio dividir sus pesares, porque felicidad no podía darle, al confesar con sinceridad nada común:

¿Qué más podéis pedir? ¿Qué más pudiera
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?
Ternura os doy con efusión sincera...
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

Y era cierto, pero el amor, el verdadero amor, llegó sorpresivamente a su vida en aquel enlace de 1846 con Sabater, que imaginara puramente formal. En carta a otro hombre, siete años más tarde, recordaría la Avellaneda al que tan bien la había comprendido y le había enseñado a amar de un modo que jamás soñara: "... cuando le veía enfermo en mis brazos le daba mi alma en cada uno de mis besos; le hubiera dado mil vidas por la suya. [...] Y la mujer que sintió tan profundo cariño por un hombre al cual no le tuvo amor al principio [...] esa mujer, Antonio [Domingo Romero Ortiz], ¿crees que puede ser jamás un corazón frío o artificioso?"

Sabater había sido un regalo poco duradero de la vida. La pronta viudez sumió a Tula en un paréntesis místico, durante el cual escribió su primer *Devocionario*.[3] Pero, al fin, el impulso creador canalizó sus fuerzas por rumbos más mundanos. Y en un período de aproximadamente diez años, produjo quince obras importantes: las leyendas "La velada del helecho" y "Dolores", que publicó el *Semanario Pintoresco*; la monumental novela *Guatimozín*, la nueva edición de *Poesías* con cincuentiocho nuevos poemas; las tragedias *Egilona* y *Saúl*, los dramas románticos *Flavio Recaredo*, *La verdad vence apariencias* y *El donativo del diablo* (adaptación de una de las leyendas) y sus comedias *Errores del corazón*, *La hija de las flores*, *La aventurera*, todas estrenadas, como *Los puntapiés* (en cuya adaptación del francés colaboró su hermano Manuel), obra que, como *Hortensia* (también adaptación) y el drama realista original *La sonámbula* (basado en un hecho sangriento de aquella hora) parecen irremediablemente perdidos. Trabajaba ya en dos nuevas comedias y en una vertida de la lengua francesa, cuando, a los cuarenta y un años (1855), habiendo hallado un nuevo amor, contrajo matrimonio con el Coronel Domingo Verdugo y Massieu, Diputado a Cortes y Ayudante del Rey. Hugo para ella.

El que por su Hugo sintió es el tipo de amor que me parece ver retratado en una página de cierta novela que escribiría años después, donde leo: "... cuando se ama a despecho de las decepciones que despoetizaron la fantasía y nos hicieron tocar nuestra flaqueza," cuando se ama "no ya por exceso de potencia que pide dilatación, sino más bien por necesidad de complemento", "entonces nos aferramos con tesón al sentimiento que nos fortifica, como quien comprende que es el último asidero de la felicidad largo tiempo perseguida. Entonces el amor, si no es la más pura y generosa de las pasiones, es, sin contradicción, la más incontrastable."

Estaba hecho de amistad, de respeto y de admiración el sentimiento que la unía a su Hugo. Él era hombre a la altura de su dignidad, de sus intereses, de su femineidad, de su independencia de carácter, de su afectuosa naturaleza y de su talento. Con él celebró sus bodas en Palacio y fueron padrinos los reyes, lo que, seguramente, le pareció compensatorio del desaire de no haber sido admitida –por mujer– como miembro de la Real Academia de la Lengua (1853), y de las vejaciones sufridas como pago del amor desinteresado tantas veces mal correspondido por hombrecillos que no lo merecían.

Con Hugo pudo volver a la tierra nativa, en el séquito del nuevo Capitán General, Francisco Serrano. Cuatro años vivió feliz junto al esposo en el ambiente de su isla, trabajando con asiduidad por la cultura de sus conterráneos. Editó la mejor revista literaria que hasta entonces tuvo Cuba, *El Album Cubano de lo Bueno y lo Bello* y, cosa inusitada en el país, pagó los debidos honorarios a los colaboradores. Escribió para los periódicos y dio a la estampa una muy buena novela que, a mi juicio, apuntó –como apuntara

[3] Ver: *Bravo-Villasante, C., en la Bibliografía, al final.*

Guatimozín, en otra forma y lenguaje–, temas caros en este siglo a Alejo Carpentier: *El artista barquero o Los cuatro cinco de junio.*

Satisfecha con el puro placer del retorno, debió sorprenderla agradablemente el saberse bien conocida y admirada por sus compatriotas. *Sab* y *Dos mujeres* no habían podido circular en Cuba, pero muchos de sus versos y algunas de sus tragedias y comedias habían triunfado en el Gran Teatro Tacón de La Habana y en escenarios de otras ciudades. Halagada se vio desde los primeros momentos, y coronada –como Quintana en España– apenas dos meses después de su arribo, y no por manos reales –como él– sino por manos de hermana sencilla, las de la poetisa Luisa Pérez de Zambrana, a nombre de todo el pueblo, mientras unas pocas voces disonantes –las de los envidiosos– hacían resaltar la armonía del coro popular en su homenaje. Cuantas ciudades cubanas visitó o en las que hubo de residir por ser en ellas Teniente Gobernador, muy estimado, su marido (Cienfuegos, donde se erigió un teatro que llevó su nombre, Cárdenas, Pinar del Río), también la homenajearon. En la ciudad natal fue coronada de flores en concurridísimo homenaje. Aún vivía el tío Manuel, hermano de la madre recién fallecida, que era escritor y había sido el admirador más fervoroso de su talento, y quien daba a la *Gaceta de Puerto Príncipe* primero y después a *El Fanal* toda noticia que de ella recibía. Y sin embargo, no parece haber hallado calor familiar –si se exceptúa a la hermana de padre que llevó idéntico nombre y en cuya casa tuvo hospedaje– durante su corta estancia en Puerto Príncipe. ¿Habría Tula puesto reparos a la novela que iba a publicar el tío Manuel al año siguiente?

En Sagua, como en Matanzas, se sintió aún más halagada que en La Habana de su más solemne coronación, porque allí, además, hubo agasajos íntimos, como de quien es acogido en familia. Por aquellos días trabajaba libremente. Sin cortapisas maritales, se movía en la tierra querida. Hugo comprendía y respetaba sus derechos como persona y como intelectual. ¿No expresan orgullo de esposa satisfecha estas líneas de encantadora ironía, que escribió la Avellaneda en Cárdenas (1862), a la bella Lola Cruz, señorita de la buena sociedad matancera?: "Iba a hablar a V. de [...], pero mi marido –que es un coquetón siempre ansioso de decir algo a las niñas bonitas– tiene el atrevimiento de querer por sí mismo ofrecer a V. [...] y contando que V. no lo llevará a mal, le cedo la pluma..."

Hay en la vida cardenense otro testimonio de aquella unión feliz y bien acoplada. El Album de Rosa Rodríguez, como todos los que indefectiblemente guardaban las señoritas cultas con las firmas de las personalidades que habitaban y, sobre todo, que visitaban el lugar de su residencia, contiene las de José de la Luz Caballero, Rafael María de Mendive, Ramón de Palma, Juan Clemente Zenea, José Antonio Saco, el Conde de Pozos Dulces, Felicia Auber, Luisa Pérez de Zambrana, María de Santa Cruz, Úrsula de Céspedes y muchas más. Una de sus páginas la ocupan los autográfos de Gertrudis y de su esposo. Dice ella: "'La hermosura es una soberanía que lleva en sí misma la condición indeclinable de más o menos próxima abdicación; pero cuando tiene por aliados al talento y la virtud, puede arrojar su cetro sin el temor de perder ni su majestad ni sus conquistas. Y dice Verdugo: "La soberanía de la hermosura crea esclavos: la del talento súbditos: la de la virtud enaltece al que la acata." Ambos han utilizado los mismos elementos: la belleza, el talento y la virtud, y no sabríamos decir cuál de los dos lo ha hecho con mayor profundidad y elegancia de expresión.

Pero la salud de este isleño culto, galante y fino, se deterioraba más cada día, desde 1858, a consecuencia de la estocada traicionera recibida de un enemigo político que ya lo había herido de otro modo, al hacer fracasar días antes, en el teatro, la comedia de su mujer *Tres*

amores, valiéndose de un medio ruin y perverso. Gertrudis pudo reponerse del malogro artificial de su comedia, al estrenar sólo días después, su obra magna, *Baltasar*, apoteosis de su carrera de dramaturga. En lo espiritual, también Hugo, cuya vida, sin embargo, iba a acortar el cobarde Ribera. Ahora en Cuba –como en España las excursiones por los Pirineos, que fueron bálsamo a la salud de Hugo–, ya en 1863, ostentando él igual cargo de Teniente Gobernador, pasaron a Pinar del Río, en busca de los puros aires vueltabajeros.

Ella no se apartaba de su lado, lo cuidaba con la misma devoción con que cuidara a Sabater y a él mismo, a raíz del asalto y de la herida que a la postre iba a dejarla de nuevo en soledad. Ya viuda, el resto de su estancia en Cuba –menos de un año– fue de indecisión entre permanecer en la tierra amada (pero donde ya no podía encontrar los afectos familiares de sus primeros años ni los incentivos para la creación literaria, porque no existía un público suficientemente numeroso para disfrutar las empresas culturales y hacerlas rentables, y ella vivía de su profesión de escritora), o retornar a la España de sus triunfos y sus desengaños, donde al menos le quedaban –en ausencia de la madre– hermanos de su sangre. Y vino en su busca Manuel. Ya Gertrudis había hecho testamento. Corrió entonces los trámites para el envío de los restos de Hugo a la Península, y embarcó a los Estados Unidos para cumplir, tardíamente, los planes de visitar con él las cataratas del Niágara, que había aprendido a amar en su recoleto Puerto Príncipe, a través de la pintura verbal que de ellas hiciera Heredia. Fue una especie de peregrinación, cumplida con fervor religioso. Y también a ella, el derrumbe incesante de la imponente mole de agua le arrancó versos que venían como a saldar la deuda de gratitud con su maestro de cubanía.

Gracias a Manuel, empeñado en hacerle más llevadera la segunda viudez, extendió su estancia en Nueva York a dos meses, antes de volver a embarcar, ya rumbo a Europa. Del puerto de desembarco, Liverpool, pasaron a Londres, bien conocido por él, que la hizo recorrer los parques, los museos, y contemplar desde los puentes del Támesis, las dos orillas de la populosa ciudad y sus macizos edificios grises y sus torres góticas.

Cruzado el canal de la Mancha, continuaron viaje a París, y allí quiso ella ver de nuevo los sitios visitados en compañía de Sabater. La llegada a España sería como un retrotraer de la memoria, como un viaje a la irrecuperable juventud. Primero Madrid, el Madrid de sus grandes triunfos literarios y teatrales y de sus desventurados amores: desventurado hasta el dichoso de su primer matrimonio, por ser tan breve, y desventurado el segundo himeneo porque, aunque algo más duradero, también había terminado sin concluir con su vida. Después, a Sevilla, la Sevilla donde conoció y amó a Cepeda, donde sufrió la más humillante de las humillaciones: la de verse despreciada por alguien a quien entregó lo más hermoso de sus tesoros de afecto y devoción; y entonces, la del empecinamiento del orgullo herido que buscó doblegar aquella fortaleza masculina abroquelada en estúpidos prejuicios y, quizás, en consideraciones pecuniarias.

En Sevilla se detuvo varios años. Halló casa cómoda en las afueras de la ciudad. Hizo nuevas amistades y consolidó conocimientos anteriores, como el de Cecilia Böhl de Faber, que escudaba su nombre en el seudónimo de Fernán Caballero. A esta señora la había complacido antes de viajar a Cuba, en una petición que le hiciera por correspondencia. Ahora entablaron amistad: tenía la cubana cincuenta años y todavía, a pesar de su gordura, despertaba la admiración masculina; la suiza-española (en realidad, germano-española, aunque naciera en Suiza) contaba sesenta y ocho, y ya no inspiraba ni amores ni odios, aunque en algo aventajaba a Gertrudis: había enterrado a tres esposos –el último casi veinte

años más joven que ella–, y no dos, como su amiga. Pero esto no parecía servirle de consuelo, porque los celos hacían decir a Fernán Caballero cosas no bien intencionadas de la cubana: "Es una mujer *buenísima*, aunque yo quisiera que para su propia felicidad su sangre corriese menos apresurada y su espíritu se elevase menos a esas regiones tan altas que, aunque bellas y puras, tienen la contra de que en ellas se pierden de vista las cosas terrenas y la senda que hemos de pisar para nuestro bienestar y conveniencia." Ya sabía la muy ferviente católica Cecilia que *Jorge Sand* había vuelto a ser "el espíritu fuerte que era" y escrito una novela "contra el santo sacramento de la penitencia", y añadía con un retintín que la escritura no acalla: "Dios quiera que su ejemplo no influya en Gertrudis Avellaneda, pues *Jorge Sand* es su *fetiche*. ¡Dichosa doña Gertrudis, tan bien dotada por Apolo como por Marte! De ella diría el General Santa María, como de la Gaviota (aludiendo al personaje de su propia novela homónima): Con una compañía de tales granaderos, tomo toda plaza fuerte. Tanto a ella como a la Coronado les hace falta una cosa que no se tiene si no se adquiere en la cuna ... educación." A esto comenta Emilio Cotarelo en su libro ya citado sobre Tula, donde extracta la carta: "No era educación lo que faltaba a estas señoras, que la habían recibido tan buena o mejor que la Böhl; lo que las otras tenían y faltaba a esta pobre señora era algo de altivez, espíritu libre y respeto de su propio valer." El comentario de Cotarelo excusa el mío.

La envidia roe sin cesar el buen nombre de aquel que no puede emular. Los mismos que habían puesto gotas amargas en lo dulce del reencuentro con la patria y con el amor de sus compatriotas, sabiéndose disminuidos por el prestigio de la Avellaneda y la calidad indiscutible de su obra, no sólo poética, intentaron publicar –por iniciativa de José Fornaris– una antología de poetas cubanos con exclusión de la que había sido coronada por su pueblo como "la más grande poetisa de todos los tiempos", escudados en el pretexto de que ella había desarrollado sus talentos en España. Enterada Gertrudis, protestó en cartas que publicaron en Cuba *El Fanal* de Puerto Príncipe y otros periódicos. Al reproducir la dirigida a Luis Pichardo en noviembre del 67, *Cuba Intelectual* (ene. 1910), ilustrándola con foto de la escritora coronada en su patria, dice que "corrobora lo que diferentes veces hemos sustentado", "que la Avellaneda nos pertenece." En *El Occidente* (1868) había escrito Fornaris: "Se dijo entonces [con referencia al año anterior] que no habíamos querido dar lugar a la Avellaneda en *La Lira Cubana* por ser adicta a España y a Isabel II." El autor de estas líneas fue uno de los cubanos –afortunadamente, escasos en número– que optaron por abandonar su país apenas comenzada la guerra de independencia el 10 de octubre de 1868, no obstante, en su caso, haber sido invitado a unirse a las fuerzas revolucionarias por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, su amigo; Fornaris, el mismo que había echado en cara a "la ingrata torcaz camagüeyana" que a Cuba "tornara esclava, en brazos de un Verdugo", en injusta alusión al apellido de su esposo.

La Avellaneda había sido una magnífica promotora de su obra y había triunfado en un medio difícil, hasta para sus colegas del sexo masculino y nacidos en la Península. Cultivó las relaciones con sus amigos poderosos, aun la de los reyes, en bien de su obra, es cierto; pero monárquica no era: veía en la monarquía, como dijo en carta de 1846 a Juan Valera, "un mal necesario, un único posible" –según creía en aquellos momentos para España–, "un abuso indispensable del cual se puede hacer una gran cosa buena o mala." Y en otra carta, fechada en febrero de 1869 y dirigida al francés Antoine Latour (amigo de la Caballero y secretario de los duques de Montpensier), decía Gertrudis de España, desalentada por "la cosa pública": "este pobre país lleva en lo íntimo de su naturaleza el germen mortal." No

intervenía en la política, pero iba dándose cuenta de lo que andaba mal. Lo sabe quien haya leído el prólogo de *Baltasar*, y lo comprende mejor quien lea (o vea representar sin alteraciones) la tragedia avellanedina como símbolo que, al ser develado, muestra que el antiguo pueblo judío de la obra es el pueblo cubano del momento en que fuera escrita; Rubén, el esclavo a quien no sólo se burlan sus más tiernos sentimientos, sino a quien se priva de todo derecho, hasta de la vida; y Elda, la mujer, sin más *status* en la sociedad que el ser "objeto de culto" (la virgen venerada, futura esposa paridora y sumisa) u "objeto de placer" (la hembra), pero en ningún caso con posibilidad de aspirar a ser considerada *persona*. Así, la obra se revela como el más completo desarrollo del tema central en toda la producción de la escritora, ese Quijote femenino en arremetida sin tregua contra toda la opresión.

Sin dejar de escribir versos y prosa artística (publicó su segundo *Devocionario* y concluyó el drama *Catilina*, dio algunas producciones anteriores a la prensa y comenzó a revisar todo lo que sería su obra completa), en aquellos años de Sevilla, la Avellaneda desempeñó muy bien su papel de "dama de sociedad". Tomaba sus baños veraniegos de mar en Puerto Real, donde se reunía con toda la "gente bien" y de letras de Andalucía. Cultivaba el trato de todos, viejos, maduros y jóvenes. Es notable su amistosa relación con el joven Gonzalo Segovia, a quien dice en una carta escrita precisamente desde aquel sitio: "Media Sevilla se pasea por las tardes en las Canteras, se apiña en el puente del muelle. Las familias Montilla, Monte-Agudo, Montelivi, Lavín, Larada, Lara y otras muchas llevan ya tiempo en Puerto Real y Matilde Shely ha llegado anteayer; Leygonier también nos hizo su visita, y Enriqueta, su hermana, permanece aquí. El calor no es excesivo y las noches muy agradables. Se dice que nuestro amigo Lavín se casará con la hija mayor de Lavalle. Me alegraré, porque la chica es muy simpática, y además tendrá con el tiempo buena fortuna. Dolores Quesada dice que se casa también en el Puerto de Santa María con un joven rico y guapo. Por lo demás, nada nuevo puedo comunicar a usted. Mi hermano sigue afectado del cerebro, pero su mujer mejorando mucho con los baños de sol..."

Murió él en diciembre de 1868. Puesta una vez más a prueba, como ella decía, el valor y la fortaleza de su espíritu, podía afirmar, sin embargo: "Gracias a la misma Divina Providencia me sostienen todavía esas cualidades poco comunes en mi sexo."

En el 69 mudó su residencia a Madrid. Acaso ejercitó entonces sus dotes de teatrista para mover personajes y dar cierre feliz a una trama real que parecía dejar cabos sueltos. El hecho es que en breve plazo se efectuó el enlace de la viuda de Manuel con el menor de los Escalada y Arteaga.

Escasa es la correspondencia avellanedina conocida de aquel último tiempo. Es probable que mantuviese contacto epistolar con sus asiduos amigos andaluces, sobre todo los jóvenes, que le habían dedicado un alegre "candilejo" del que hay constancia en su *Album de recuerdos sevillanos* (hoy en la Biblioteca Nacional "José Martí" en La Habana), y que interpretaron la comedia tal vez iniciada en el año 63 en Cuba, antes del fallecimiento de Hugo, y concluida o retocada entonces para ellos. Al recordar los días llenos solamente de tales entretenimientos, sonreiría; y reiría divertida pensando en los incontrolables temores a ladrones y asesinos –como había dicho en una carta a Gonzalo Segovia, cuando habitaban en la misma ciudad–, temores que le sugirieron un ridículo artificio: el de que enviase él a uno de sus criados, al cual le daría ella un baulito (con libros, pero a los efectos de sus propios empleados "con dinero"), para que él lo guardase. Y reiría a carcajadas, imaginando leer aquellos renglones donde suplicaba al joven conde de Casa Segovia, que también le enviase *ostensiblemente* "alguna pistola vieja", aunque fuese inútil, para hacer

creer que era "un magnífico revólver" y que ella sabía servirse de él perfectamente "cosa que les impondría".

En Madrid, un narrador imberbe llamado Luis Coloma –que se haría famoso, siendo ya cura, por su novelita *Pequeñeces*, muy criticada por Fray Candil–, le envía sus primeras creaciones literarias y una carta en la que le pide opinión. Con delicadeza exquisita –ejerciendo una crítica que podría llamarse "martiana antes de Martí"– lo felicita ella por su "ensayo literario" y comenta que "se hecha mucho de ver que lee" a la excelente escritora Fernán Caballero "y que sabe apreciar las bellezas de su sencillo estilo que imita muy felizmente". Pero le ofrece su casa, le envía como obsequio su drama *Catilina*, inédito, y así nace una bella amistad. Aquel muchacho confesó después con euforia la emoción de hallarse, cosa que antes le pareciera sueño imposible, "frente a frente a la autora de *Baltasar*." Tan íntima se hace la amistad que hablan libremente del espiritismo, y en una carta dícele ella: "Aquí se ha establecido un gran centro espiritista y pertenecen a él gentes formales y de buena fe, pero a pesar de ello, yo me juzgo desengañada para siempre y no he querido asistir a ninguna sesión. Es lástima que no sea verdad la comunicación con los espíritus, pero no existiendo ésta es lástima también perder el tiempo en prácticas inútiles."

Tiempo atrás había intentado esa anhelada comunicación con los seres queridos que ya no eran de este mundo. Estaba "muy enferma, muy aburrida y muy apartada" de todo. Pero si el presente le parecía gris y triste, la memoria podía brindarle recuerdos risueños. Tal vez pensaba entonces en los "magnetizadores" que sus hermanos de madre llevaban a la casa madrileña allá por los años cincuenta. Y recordaba quizá su experimento con cierta tablilla de pino sobre un tablero, que hizo ella mover –para asombro de todos, hasta de ella misma– por sobre el alfabeto pintado sobre él, sin cambiar la posición de los dedos ni mover un músculo; y también su fracaso al tratar de repetir la hazaña al día siguiente. (Lo contó a Antonio Domingo Romero Ortiz en carta de 1853). Pero habían llegado los días en que se consideraba "ya casi fuera de la vida". Ni la vista ni el ánimo, ni los achaques de la diabetes le permitían continuar la revisión de sus obras. Lamentablemente, la colección no sería *completa*. Había hecho bien en llamarla *Obras literarias* simplemente, previendo obstáculos al trabajo que, además, dependía de amanuense. No habría sexto volumen. Ya estaba listo para el quinto la comedia *El millonario y la maleta*, así como el Apéndice que llevaría con opiniones de "talentos reputados". No le había llegado el juicio crítico pedido a Manuel Cañete, en la esperanza de amistosa reconciliación con alguien cuyo afecto la había honrado –se lo había dicho en aquella carta escrita en su cama de enferma–, sí, la había honrado "en el comienzo feliz de su carrera". Y salió el tomo quinto sin una línea de aquél a quien debiera ella el seudónimo que, por modestia o por orgullo, por pudor o por coquetería, quiso entonces utilizar en lugar de su nombre.

Una ansiedad extraña espoleaba su apetito por los dulces. La obesidad era extrema. Por momentos se le nublaba la razón, pero otras veces parecía volver a aquella lúcida capacidad suya para novelar, para dramatizar, para versificar... y para comprender. Sin comprender no es posible expresar con verdad ideas, sentimientos ni acciones humanas, y ella fue una psicóloga nata. Asombran sus juicios certerísimos sobre los demás y sobre sí misma, sus calas en lo interno de los disímiles caracteres que actúan en sus obras. Y, seguramente, porque aunque se recuerda más bien lo grato, a veces lo más ingrato se adueñaría del recuerdo y se haría tan actual que, si había dolido sin culpa al ser presente, dolería aún más siendo pasado. No hay duda, debió la Avellaneda recordar las bajezas, las injusticias, los amores mal correspondidos y, sobre todo, las envidias de aquellos a quienes

su talento y sus triunfos empequeñecían. Como aquellos *pollos* y *gallos apollados* capitaneados por Fornaris, a quien había conocido niño en Bayamo, o como aquel joven cubano que, al llegar un día a su casa, iniciada ya una discusión acerca de dónde colocar a los escritores cubanos, en cierta planificada colección, si con los de España o con los de Hispanoamérica, a quienes se dedicaría un tomo especial, y se ideaba ubicar a ciertos españoles en América y a ciertos hispanoamericanos en España, según el lugar donde producían sus obras. Protestaba Gertrudis en aquellos momentos y el joven recién llegado comprendió tan al revés sus palabras que se permitió reconvenirla, suponiendo que ella desdeñase figurar entre sus compatriotas. La irritación anterior y la añadida por la inoportuna, irrespetuosa e injusta reprimenda, hizo que rechazara sin explicaciones al atrevido mozalbete. A causa del malentendido, el joven se dio a propalar todo lo contrario de lo que ella había reclamado.

Y debió llorar desconsolada repitiéndose la pregunta de si sus compatriotas no estarían convencidos de que para ella la mayor gloria consistía en haber sido siempre distinguida como *escritora cubana* y haber sido obsequiada con una corona que, si no alcanzaba a merecer –y lo había dicho así por la prensa– alcanzaba perfectamente a estimar en todo su valor. Y siendo *cubana*, tenia que ser *hispanoamericana*. ¿No lo probaban *Guatimozín* y *El cacique de Turmequé ?*

Recordaba, y revolvía papeles viejos, contemplaba retratos queridos. Y un día hizo testamento. El tercero, porque el primero lo había firmado en Cárdenas, y el segundo en La Habana, ya viuda de su Hugo. Esta última voluntad no incluía a su tocaya y hermana de padre que, en la primera, encabezaba la lista de sus hermanos porque, como Manuel, ya era fallecida. Firmó ahora el 28 de agosto de 1872, ante el Notario Dr. Mariano García Sancha, del Ilustre Colegio de la M. H. Villa de Madrid, y le mostró su cédula de vecindad número 41710, habitando en la calle Fomento 1 triplicado. Pero iba a morir cinco meses después, en la calle de Ferraz número 2, una fría mañana (1º de febrero de 1873), después de besar el relicario que guardara por más de cincuenta años. Puede suponerse que, en los segundos finales, repasaría los hechos de su vida y que, en ese viaje a la semilla, el postrero de sus pensamientos fuese para la cuna lejana, su hermosa Cuba, aquella "perla, en un golfo mecida, al bramar sin cesar de la mar."

II

Dedicada por años al estudio de la producción literaria de Gertrudis Gómez de Avellaneda, puedo decir que, no obstante su variedad, constituye un todo coherente, enlazado como por un entretejido de vasos comunicantes que alimentan y retroalimentan cada una de sus obras. Con otras palabras, hace algún tiempo (después de analizar su teatro para clasificarlo por sus cualidades intrínsecas y, por tanto, no siempre con los rótulos puestos a cada obra, a veces con malentendida modestia por ella misma, o con festinación por editores o críticos apresurados), apunté, en el prólogo de *Errores del corazón y otras comedias* (1977), que la Avellaneda concibió, para hacer vivir los mensajes que codificaba en sus obras, caracteres con una serie de rasgos distintivos que hizo encarnar a veces en figuras femeninas y otras en personajes masculinos.

Estaba convencida –por lo que se deduce de sus concreciones artísticas– de que el sexo pertenece a lo biológico y, hasta cierto punto, a lo instintivo, pero no a lo intelectual. Lo

había aprendido en sí misma: ¿no creaba ella entes tan viriles como Baltasar y tan tiernamente femeninos como Flora? ¿No se identificaba con el Guatimozín de trágico destino; con Espatolino, el "bandido" en quien vio o puso ansias de reivindicaciones sociales; con Munio, el noble aherrojado por cadenas de dogmas; con el apacible Príncipe de Viana...? Este Viana, siendo el más afín a ella, por vivir enamorado de la literatura y la historia, ¿no presentaba rasgos de pasividad, conformidad y resignación que en sí misma no hallaba, y son mucho menos "característicos" del hombre que de la mujer? Las cualidades que adjudicara a doña Juana Enríquez, sí, en lo de ambiciosa y desdichada, no en la crueldad que, unida a la ambición excesiva y la decisión hasta para el crimen, desnaturalizaba el amor materno, cualidad negativa que no halló nunca en sí la Avellaneda. Y ésta es muestra de un acrecentamiento extraordinario de la ya excelente capacidad para conocer a fondo la psicología del sexo opuesto y presentarla convincentemente, porque llegar a estos límites, exige el conocimiento de extremos de conducta y pasiones que no se han experimentado sino en la imaginación y defectos de personalidad o vicios y aspectos antisociales e inhumanos mucho más ajenos que las particularidades del sexo opuesto.

Hay en su nómina de creaciones novelescas y teatrales tipos de personajes que reaparecen bajo diversa apariencia y género, con pinceladas peculiares que los individualizan: el hombre o mujer que por alguna causa (desamor, olvido, circunstancias adversas, ambición, juicio erróneo) abandona a quien amó y tal vez no ha dejado de amar: don Fernando Maldonado (*Leoncia*), y "Celia" (Matilde, en *Tres amores*); la ingenua de inocente malicia: Flora (*La hija de las flores*), Anunziata (*Espatolino*) y no pocas más; el o la artista: Huberto (*Los cinco cuatro de junio* o *El artista barquero*), "Celia", etc.; la mujer de mundo: Catalina (*Dos mujeres*), la condesa de Valsano (*Errores del corazón*) y algunas más. Eugenia (*Oráculos de Talía*) viene a ser tipo de transición entre la ingenua y la mujer de mundo. Caracterizaciones de esta calidad nos conducen a la verificación de una técnica "profunda" en la Avellaneda: sin transgredir, aparentemente los valores hegemónicos del código masculino, se las ingenia para que sus personajes femeninos (hasta María, en *Errores*...) actúen según los criterios que la autora sostiene y presenta con sutileza tipos que, en la literatura, se apartan en buena medida del prototipo. Piénsese por ejemplo en sus pecadoras e ingenuas. La Natalia de *La Aventurera* y la Teresa de *Sab*, y sobre todo, ese binomio que estudia la profesora Lucía Guerra en su estupendo trabajo: Catalina y Luisa en *Dos mujeres*, las cuales, debiendo ser enemigas, "terminan compadeciéndose mutuamente y ofreciendo el sacrificio de renunciar a Carlos [marido de la segunda y amante de la primera] tanto por amor a él como por una amistad recíproca."

Pero el mayor acierto de la Avellaneda fue, sin duda, plasmar en su literatura los conflictos en que dos contrarios se definen y en su choque se alcanza, o al menos se insinúa, una de las probables conclusiones. Yo diría que todos sus temas son, en última instancia, sociales. No importa que el desarrollo aparezca en lo íntimo de una efusión lírica, sorpresivamente obvio en el poema "A un ruiseñor", como en las tradiciones "La baronesa de Joux", "La dama de Amboto" o *Sab*, en diversa medida; o que se manifieste en una colisión de épocas o de mundos, como en *Baltasar* y *Guatimozín*.

Por el hecho de ser siempre social su tema, no es de extrañar que en sus variadas concreciones se hallen en mayoría aquéllas donde la escritora levanta la voz en favor de los oprimidos: el esclavo Sab, la infeliz Carlota, la valiente Catalina, el heroico Guatimozín, el desdichado Espatolino, el pintor-barquero que, al fin, logra final dichoso. Podríamos añadir al frustrado rey Carlos de Viana y a Fernando de Valenzuela, "uno de tantos validos",

pero en las obras donde aparecen, la Avellaneda explora poco o nada la condición de víctimas de estos personajes, ni la del erudito y poeta en el príncipe, ni la del poeta en el segundo, ya que concentra su interés en la lucha por el poder, representada por los enemigos del protagonista en un caso, y en la consecución de favores palaciegos, que pueden torcer el camino del artista, en el otro.

El tema, concentrado así en figuras singulares, lo es también en colectividades más o menos amplias, de modo particular en pueblos enteros: el judío en la tragedia *Baltasar*, el vasco en el poema *El árbol de Guernica* y el cubano en la nueva versión de un poema dedicado más de veinte años antes a Isabel II, al incluirla, retocada, en sus *Obras literarias*, en momentos cuando ya se luchaba en Cuba por la independencia en una guerra que por su duración se llamaría de los Diez Años, donde:

la perla más valiosa y peregrina
que allá olvidada, en su distante zona
do libre ambiente a respirar no alcanza,
con ansia aguarda que la lleve el viento
–de nuestro aplauso en el gozoso acento–
la que hoy nos luce espléndida esperanza.

La riqueza de personajes –agentes del conflicto que se debate en cada obra, o víctimas de él, en época presente (la de ella) o pasada y en diversos puntos del globo, desde el aquí y ahora de la artista que los crea es, ya lo dije, una de las causas de la variedad que presenta el tema general que aborda la Avellaneda desde tantos ángulos. Entre estos personajes está ella misma, particularmente en su epistolario amoroso –y no sólo a Cepeda–, en los ocho artículos de fines que hoy se dirían feministas, sobre mujeres célebres, cuyos logros destaca en un mundo hegemónicamente masculino. Y no en tales artículos solamente. Por sí, o por boca de sus personajes, es la voz que protesta, que defiende los derechos burlados, no ya de todas las integrantes de su sexo, sino que involucra también a los hombres oprimidos. Y en esto, contrariamente a lo que se supone, la Avellaneda supera, a mi juicio, algunos patrones feministas para alcanzar una dimensión humana trascendental: un humanismo de buena ley que la coloca a mayor altura moral y estética. Y reitero que ella misma constituye su mejor creación, porque con el poder de la voluntad alcanzó a ser a plenitud lo que realmente debía ser: una mujer valiente y arriesgada, consciente de su talento y posibilidades, que compitió y venció en un medio hostil, como escritora y como mujer, como persona.

Sus producciones le han ganado una altísima jerarquía en las letras de lengua española, en todos los géneros que cultivó, y quiero decir que para mí la Avellaneda fue más grande como dramaturga, porque en su teatro aúna la gracia lírica, el vuelo del pensamiento poético, el chispazo sugeridor y la más cuidadosa estructuración (condiciones de la poesía) con la hondura psicológica en la invención de caracteres y el profundo conocimiento de la vida y de la historia, para poner en acción aquellos caracteres (requisitos de la dramaturgia y la narrativa). Y más, lo indispensable en todo arte: la gradación artística y la medida adecuada de elementos que, conjugados, hacen vivir para el lector y/o el espectador su mundo de ficción, sugeridor de las esencias y apariencias del mundo real.

Sin espacio ya para una, siquiera breve, descripción –no ya análisis a fondo– de sus obras, voy a limitarme a dar su clasificación –según yo la entiendo–, añadiendo en determinados casos el comentario indispensable.

No me atrevería a calificar a la Avellaneda como "la más grande poetisa de todos los

tiempos", pero creo que sus logros en la lírica son realmente importantes y revelan oído musical, aguda sensibilidad, elocuencia, maestría en el manejo de los recursos literarios y talento –genio diría, si no temiese caer en subjetivismos–, y un conocimiento tal de la métrica, que Regino E. Boti ("La Avellaneda como metrificadora", *Cuba Contemporánea,* 1913), después de un estudio esmerado y profundo, pudo concluir que Tula fue "una metrificadora consciente, que preparó con clarividencia propia de elegida la base de sustentación sobre la que había de echar otros pórticos y pilares el edificio de nuestra versificación." Y *nuestra*, aquí, significa de todos los hablantes de lengua española. Tula se aproximó al actual versolibrismo o ametría, al romper ritmos y medidas en combinaciones desusadas dentro de los patrones clásicos; y se anticipó al Modernismo en versos como los dodecasílabos "rubenianos antes de Rubén", de "Los Reales Sitios", escrito en 1849 con gran antelación al nacimiento de Darío. (J.A. Portuondo, "La dramática neutralidad de G.G. de A., *Anuario L/L*, 1972-73).

Un tipo de estrofa peculiar, no mencionado por nadie hasta ahora, fue creado por la Avellaneda: una "décima modificada", o mejor, una *enésima* y una *undécima*. El clásico patrón de la décima o espinela se transforma en el primer caso en abba:ccddc, pues elimina el quinto verso que rima con primero y cuarto, y presenta además la peculiaridad de que el sexto es trunco, no un octosílabo sino un tetrasílabo. El modelo se halla en "A la Virgen". La transformación que opera en el segundo caso, el de la undécima, en "A Julia", es abbaa:ccdede, que difiere del empleado por Lope y Tirso en algunas de sus comedias. Además de añadir un verso, esta undécima tiene la peculiaridad de que su último verso es tetrasilábico, similar al quebrado ya introducido por su admirado Lista en algunas décimas, y con el anterior forma una especie de estribillo, a la manera de las letrillas.

Su único libro, *Poesías líricas*, crecido en tres ediciones, es una colección arreglada cronológicamente, no con criterio temático u otro alguno. Pero como la vida es la gran estructuradora, dado un plazo suficientemente largo, sus hechos tienden a mostrar su enlace e interdependencia y a permitir, en la perspectiva, un mejor ahondamiento en sus esencias. Y el hecho literario que representa la obra conjunta de un autor –aun cuando no se lo haya propuesto– posee un diseño significativo, en el que puede leerse, si se escudriña con cuidado, lo que es esencial tanto en la vida como en la obra de ese escritor. Así en *Poesías líricas* de la Avellaneda.

La *narrativa* avellanedina muestra, más que influencias, lecturas bien asimiladas de Victor Hugo, Montesquieu, Aphra Behn, Chateaubriand, Rousseau, Mme. Staël, George Sand, Byron, Grandison, Walter Scott y Shakespeare (probablemente en traducciones, a pesar de su conocimiento del inglés, tal vez las de Ducis), así como de Goëthe (también traducido), además de los clásicos españoles, que conocía desde niña, y ya en España, de los de su tiempo. No he nombrado aquellos autores alguna de cuyas obras vertió al español, lo que implica una lista más larga.

Su obra narrativa puede dividirse en novelas, tradiciones y memorias o relatos de viajes. Cinco son sus novelas, todas ubicadas en tiempos y espacios diferentes y, por supuesto, de asunto distinto, aunque de tema afín: *Sab*, primera novela antiesclavista en América, tanto hispana como de otras lenguas, artístico alegato contra la opresión del negro, esclavo o no, del indio y de la mujer (escenario, Cuba); *Dos mujeres*, donde el problema femenino pasa al primer plano y, con él, la institución del matrimonio (España); *Espatolino,* donde un bandido (un "fuera de la ley" obligado por la injusta sociedad en que vive), lucha contra los franceses invasores de su tierra, Italia, porque ha tomado conciencia de un deber que

está por encima de sus problemas individuales y de grupos, en la patria; *Guatimozín*, primera novela indigenista latinoamericana, novela histórica y novela-poema, cuyo punto de vista la coloca en lugar cimero en defensa de los derechos de los indoamericanos, contra los conquistadores, en un momento cuando lo usual –aun entre los hispanoamericanos– era cantar las glorias de Cortés. Y ella ni siquiera se equivoca con la india Marina, como tantos que, al ensalzarla, estaban ensalzando, sin darse cuenta, la traición a la tierra nativa: *Guatimozín* tiene como personaje principal al último *hueitlatoani* de México, vencido, no por Cortés, sino por el desarrollo economicosocial, que daba la superioridad invencible a los invasores, en su "hazaña", la más despiadada e innecesaria destrucción de vidas humanas, de instituciones sociales y de tesoros artísticos, que había conocido hasta entonces la humanidad. La última novela de la Avellaneda fue *El artista barquero* o *Los cuatro cinco de junio*, magnífica realización, en la cual recrea una Mme. de Pompadour memorable, y dos figuras jóvenes interesantísimas, entre otros personajes inolvidables, al desarrollar con la maestría característica, cierta anécdota en la vida de Montesquieu, y donde prefigura esos *acá* y *allá* cubanos y europeos de Alejo Carpentier en la mayor parte de sus novelas.

En las *tradiciones* de nuestra autora involucro, por ser este un término más amplio, leyendas y cuentos folklóricos. Maestra en este subgénero narrativo, escribió una decena de relatos variadísimos que sólo voy a enumerar: "La baronesa de Joux", "Una anécdota en la vida de Cortés" (reelaboración del epílogo de su *Guatimozín)*, "La velada del helecho o El donativo del diablo", "Dolores", "La montaña maldita", "La bella Toda", "Los doce jabalíes", "La dama de Amboto", "La ondina del lago azul", "La flor del ángel", "El aura blanca" y "El cacique de Turmequé" (verdadera creación libre, inspirada en los capítulos XIII y XIV de *El carnero*, escrito en 1638 por Juan Rodríguez Freyle, pero publicado por primera vez en 1859, por lo que supongo que, en Cuba, conocería la Avellaneda el libro).

Las *memorias* o relatos autobiográficos y de viajes, están formadas por las de la primera salida de la escritora de su isla natal y primeros años en España, cuatro cuadernillos dedicados a su prima Eloísa de Arteaga, con fecha de 1838; las que incluyó en su correspondencia de los primeros días con Cepeda, y constituyen un recuento –no sin cierta dosis de novelización– de sus primeros años: especie de autobiografía novelada; y "Mi última excursión por los Pirineos", publicada en el *Diario de la Marina*, en La Habana, 1860, en varios folletines.

Hay que decir que hay mucho de autobiográfico, por ejemplo, en su prólogo al libro de la Condesa de Merlín, *Viaje a La Habana*, así como en no pocos poemas, sin contar los dos apuntes, el que publicó Mellado en su *Diccionario universal de historia y geografía* y el que apareció en *La Ilustración de Madrid* (1846 y 1850, respectivamente).

Lo capital en la producción de la Avellaneda es, para mí, su teatro, tanto en prosa como en verso. Bastaría que hubiese escrito esa excelentísima tragedia que es *Baltasar* para que no pudiera ser olvidada como dramaturga, pero hay mucho más en su obra para la escena que todavía nos enseña, nos conmueve y nos inspira. Por eso no puede extrañar a nadie que su creación haya sido calificada por un importante crítico cubano, como "más fuerte que aquella pobre sociedad decadente que reflejó", en parte, digo yo, porque también reflejó su impulso de futuro al denunciar males pasados y presentes en su momento. El mismo crítico, ya mencionado, añade, hablando todavía de su obra total: "una de las más ricas, más sólidas y mejor hechas que hay en la lengua española y en cualquier lengua."

En la primera etapa del teatro cubano (1838-1868), sólo una dramaturga de Cuba –y después de ella, nadie hasta ahora– alcanzó amplia repercusión y fue traducida a otras

lenguas (inglés y francés), Gertrudis Gómez de Avellaneda. Su producción admite ser comparada, únicamente, con la de grandes figuras que hicieron obra romántica, pero de estructura clásica. Su versatilidad peculiar no se desmiente en lo dramático. Su teatro se divide, en mi criterio, de la manera siguiente:

Comedias: Agrupo bajo esta denominación las obras teatrales avellanedinas de variado estilo que no caben ni entre sus dramas serios, sean históricos o modernos. Dicho así, parecería simplismo. Pero en las que llamo comedias se mezclan, como en la vida real, lo serio y lo cómico, lo triste y lo alegre, lo sublime y lo ridículo. Tienen, por lo común, un desenlace que, si no es siempre el clásico final feliz, deja las cosas en su sitio. Pueden tocar problemas graves o presentar, con fin crítico, defectos de la sociedad de su tiempo. Admiten la ironía, la sátira o la comicidad propiamente dicha, de modo que hasta en las más "serias" se aligera la tensión dramática.

Las clasifico, atendiendo a sus rasgos definitorios en:

Comedia sentimental o de caracteres: *Errores del corazón, La aventurera* y *Tres amores.*

Comedia de enredo o de acontecimiento: *Simpatía y antipatía* y *Oráculos de Talía* o *Los duendes en Palacio.*

Comedia "rococó": *La hija de las flores* y *La hija del rey René.*

Comedia cómica: *El millonario y la maleta.*

El que llamo *teatro mayor* de la Avellaneda consta de diez obras: cinco dramas románticos y cinco tragedias. Los dramas románticos presentan conflictos que alcanzan solución no trágica. Pude llamarles, simplemente, dramas, pero drama es toda obra teatral y, en el caso presente, lo romántico –rasgo distintivo de toda la producción de esta autora–, parece destacable, particularmente en dos casos. Los cito, por su orden de creación: *Leoncia, Flavio Recaredo, La verdad vence apariencias* (basado en el mismo hecho que el *Werner* de Byron, al que supera), *El donativo del diablo* y *Catilina* (que nunca dio a la escena, probablemente por considerar que era una tragedia fallida).

Las tragedias avellanedinas constituyen la cumbre de sus creaciones, todas son históricas o seudohistóricas, y su acción se reparte en un espacio aproximado de veinticinco siglos, de acuerdo con el mundo presentado: *Saúl* (siglo IX a.n.e.), *Baltasar* (siglo VI a.n.e.), *Egilona* (siglo VIII de n.e.), *Munio Alfonso* (siglo XII) y *El príncipe de Viana* (siglo XV). Tres de sus argumentos provienen de tradiciones y crónicas o de la historia de España; las otras dos, *Saúl* y *Baltasar*, de la *Biblia*. El *conflicto trágico absoluto* es principio configurante en cada una de ellas. Ninguna descripción parece capaz de hacerles justicia. Y no es que esté ausente la posibilidad de señalar un pequeño defecto aquí, una leve falla acá. Pero nadie podrá negar que estas cinco tragedias son del mejor teatro que se ha escrito en español en cualquier época. Sólo comparadas entre sí permiten la jerarquización. Dentro de su primerísimo lugar, cabría ponerlas en el orden ascendente que sigue: *El príncipe de Viana, Munio Alfonso, Egilona, Saúl* y *Baltasar.*

Desearía que esta presentación de la Biblioteca Ayacucho y mi modesta contribución, cooperaran a mantener vivo o a que nazca entre quienes se aproximan por primera vez a la obra de esta gran cubana y latinoamericana que vivió y creó en España, pero cuyo corazón es siempre nuestro: Gertrudis Gómez de Avellaneda, el respeto y la admiración (el cariño también) que a mis ojos merece.

MARY CRUZ

CRITERIO DE ESTA EDICION

La presente es representativa de las diversas facetas de la producción de Gertrudis Gómez de Avellaneda; se han seleccionado:

A) Versos de la segunda edición, ampliada, de sus *Poesías*, Madrid, 1850. B) Dos cuadernillos de los cuatro escritos en España para su prima hermana Angelita de Arteaga, en 1838, que con el título de *Memorias inéditas de la Avellaneda* publicó en Madrid, 1930, la señora Boxhorn, viuda de don Domingo Figarola Caneda, polígrafo cubano que había recopilado numerosos recortes de prensa y manuscritos de y relativos a la escritora; C) *El cacique de Turmequé*, narración ficcionalizada de hechos recogidos en su libro *El carnero* por Juan Rodríguez Freyle, inédito durante casi dos siglos, hasta que se publicó en 1859 y lo leyó la Avellaneda en La Habana, donde apareció en 1861 la versión artística de la cubana; D) La novela *El artista barquero o Los cuatro 5 de junio*, también escrita y publicada en La Habana, 1861; y E) La tragedia *Baltasar*, su obra cumbre, publicada el mismo año del estreno en Madrid, 1858. Todas estas obras, y otras hasta la casi totalidad de las producidas por la Avellaneda, formaron la colección de sus *Obras* editada en Cuba, en seis volúmenes, el año del centenario de su natalicio, 1914. Todas las que se incluyen, con excepción de la novela, han aparecido con estudios preliminares de la profesora Mary Cruz en los años 70 y 80, bajo el rubro de la Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba. Salvo en poemas largos, donde se indica el corte hecho con línea de puntos, y en algunas acotaciones extensas de *Baltasar*, no se ha omitido parte alguna ni se han alterado los textos originales, si bien la ortografía y la puntuación han sido actualizadas.

LIRICA

AL PARTIR

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta a su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós!, ¡patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
¡El ancla se alza... El buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

PASEO POR EL BETIS

Ya del Betis
Por la orilla
Mi barquilla
Libre va,
Y las auras
Dulcemente
Por mi frente
Soplan ya.

¡Boga, boga,
Buen remero,
Que el lucero
Va a salir,
Y a occidente
Ledo sube
En su nube
De zafir!

De la tarde,
Que ya expira,
Se retira
Lento el sol,
Y a medida
Que se aleja,
Huellas deja
De arrebol.

Ya a ocultarse
Va sereno
En el seno
De la mar,
Y del cielo
Cae en tanto
Leve llanto
Sin cesar.

Con su riego
Mil olores
Dan las flores
Del pensil,
Halagadas
Por la brisa,
Blanda risa
Del abril.

Busca el nido
Do se mece,
Y adormece
Luego al fin,
En las ramas
Del granado
El pintado
Colorín;

Y allá –lejos
De la orilla–
Ve a Sevilla
Reposar,
De cien torres
Coronada,
Perfumada
De azahar.

¡Sorprendente
Panorama,
Do derrama
Su fulgor,
De la noche
Mensajero,
El lucero
Brillador!

¡Oh!, no esperes
A que muera
La postrera
Claridad;
Boga, boga,
Buen remero
Mas ligero,
¡Por piedad!

AL SOL, EN UN DIA DE DICIEMBRE

Reina en el cielo, ¡Sol!, reina, e inflama
Con tu almo fuego mi cansado pecho:
Sin luz, sin brío, comprimido, estrecho,
Un rayo anhela de tu ardiente llama.
A tu influjo feliz brote la grama;
El hielo caiga a tu fulgor deshecho:
¡Sal, del invierno rígido a despecho,
Rey de la esfera, sal; mi voz te llama!
De los dichosos campos do mi cuna
Recibió de tus rayos el tesoro,
Me aleja para siempre la fortuna:
Bajo otro cielo, en otra tierra lloro,
Donde la niebla abrúmame importuna...
¡Sal rompiéndola, Sol; que yo te imploro!

A LA MUERTE DEL CELEBRE POETA CUBANO DON JOSE MARIA DE HEREDIA

Le poète est semblable aux oiseaux
de passage,
Qui ne batissent point leur nid
sur le rivage.

LAMARTINE

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste a mi mente.
¡Ay!, que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el océano,
"Murió –pronuncia– el férvido patriota..."
"Murió –repite– el trovador cubano";
Y un eco triste en lontananza gime,
"¡Murió el cantor del Niágara sublime!"

¿Y es verdad? ¿Y es verdad? ... ¿La muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?...
Bien cual cede al embate
Del aquilón el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fue por el fallo del destino herido...
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?...
Ostenta, sí, tu duelo;
Que en ti rodó su venturosa cuna,

Por ti clamaba en el destierro impío,
Y hoy condena la pérfida fortuna
A suelo extraño su cadáver frío,
Do tus arroyos, ¡ay!, con su murmullo
No darán a su sueño blando arrullo.

¡Silencio!, de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza
–De genio y desventuras abrumada–
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte,
Que torna a su elemento primitivo,
Ser en este lugar o en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro...
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma
–Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface o calma.–
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante; la esperanza,
Engañosa visión que lo extravía;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder; la amistad fría;
Y el venidero día
–Cual el que expira breve y pasajero–
Al abismo corriendo del olvido...
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido...
Y mil proyectos que medita a solas,
Fundados, ¡ay!, sobre agitadas olas.

De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimía,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba...
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria a Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega a su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

. . . . . .

. . . . . .

AMOR Y ORGULLO

. . . . . .

Un tiempo hollaba por alfombras rosas,
Y nobles vates, de mentidas diosas
Prodigábanme nombres;
Mas yo, altanera, con orgullo vano,
Cual águila real al vil gusano,
Contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento –en temerario vuelo–
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto a mis amores:
Y si a la tierra con desdén volvía
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna;
Pues de místico bien siempre anhelante,
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis ojos,
Cual hoja seca al raudo torbellino,
Cedo al poder del áspero destino...
¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho

Tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?

¡Mísero esclavo de tirano dueño,
Tu gloria fue cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo,
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
– ¿Quién domará mi brío?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al mármol frío!

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano
Te advirtió tu locura! ...
Tú mismo te forjaste la cadena,
Que a servidumbre eterna te condena,
Y a duelo y amargura!

Los lazos caprichosos que otros días
–Por pasatiempo– a tu placer tejías,
Fueron de seda y oro:
Los que ahora rinden tu valor primero,
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú –que anhelabas tan sublime objeto–
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?...
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
Y mis amantes, ¡ay!, tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,

Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?...
¡Ah!, velo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.

¡Salga del pecho –requemando el labio–
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!...
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?

¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia –en gemidor arrullo–
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?
De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aún el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?...

Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura:

Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga, y halagando mata;
Nombre que hiere –como sierpe ingrata–
Al pecho que le anida...
¡No, no lo envíes, corazón, al labio!...
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!

LA PESCA EN EL MAR

¡Mirad!, ya la tarde fenece...
La noche en el cielo
Despliega su velo
Propicio al amor.
La playa desierta parece;
Las olas serenas
Salpican apenas
Su dique de arenas,
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna
Su pálida frente
Allá en occidente
Comienza a elevar.
No hay nube que vele importuna
Sus tibios reflejos,
Que miro de lejos
Mecerse en espejos
Del trémulo mar.
¡Corramos!... ¡Quién llega primero!
Ya miro la lancha...
Mi pecho se ensancha,
Se alegra mi faz.
¡Ya escucho la voz del nauclero,
Que el lino despliega
Y al soplo lo entrega
Del aura que juega,
Girando fugaz!

¡Partamos! La plácida hora
Llegó de la pesca,
Y al alma refresca
La bruma del mar.
¡Partamos, que arrecia sonora
La voz indecisa
Del agua, y la brisa
Comienza de prisa
La flámula a hinchar!

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
¡Vuele la barca!
¡Dobla la fuerza!
¡Canta, y esfuerza
Brazos y voz!

Un himno alcemos
Jamás oído,
Del remo al ruido,
Del viento al son,
Y vuele en alas
Del libre ambiente
La voz ardiente
Del corazón.

Yo a un marino le debo la vida,
Y por patria le debo al azar
Una perla –en un golfo nacida–
Al bramar
Sin cesar
De la mar.
Me enajena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar,
Y no encuentro delicia ninguna
Como amar
Y cantar
En el mar.
Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién, ¡oh, amigos!, querrá sofocar,
Si es tan grato a los pechos amantes
A la par
Suspirar
En el mar?
¿No sentís que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente
En pensar
Y admirar.
En el mar.
Ni un recuerdo del mundo aquí llegue
Nuestra paz deliciosa a turbar;
Libre el alma al deleite se entregue
De olvidar
Y gozar
En el mar.
¡Prestos todos!... ¡Las redes se tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Prestos todos, los cantos suspendan,
Y callar
Y pescar
En el mar!

LOS REALES SITIOS

Es grato, si el Cáncer la atmósfera enciende,
Si pliega sus alas el viento dormido,
Gozar los asilos que un muro defiende,
Con ricos tapices de Flandes vestido.

Es grata la calma dulcísima y leda
De aquellos salones dorados y umbríos,
Do el sol, que penetra por nubes de seda,
Se pierde entre jaspes y mármoles fríos.

Es grato el ambiente de aquellas estancias
–Que en torno matizan maderas preciosas–
Do en vasos de china despiden fragancias
Itálicos lirios, bengálicas rosas.

Es grato que al Euro –que huyó silencioso–
Imiten las bellas moviendo abanicos;
Allí do cual tronos del muelle reposo
Se ostentan divanes de púrpura ricos.

Y grato en la tarde, con lánguido paso,
Salir de entre sedas y pórfidos y oro,
A ver cuál oculta, llegando a su ocaso,
El astro supremo su ardiente tesoro.

Que allí, para verlo, se tienen vergeles
Que nunca marchitan estivos ardores;
Con bancos de césped, con frescos doseles,
Y bosques y fuentes y exóticas flores.

Asilos tan bellos no hubieron las ninfas
Que hollaron de Grecia colinas amenas,
Ni náyades vieron tan plácidas linfas
Cual esas que guardan marmóreas sirenas.

Por eso en las noches del férvido estío
Es grato a ese elíseo llamar los placeres;
Cubriendo de luces su verde sombrío,
Llenando su espacio de hermosas mujeres.

Y aromas y bailes y amores y risas,
En dulces insomnios disfrutan las bellas,
En tanto que vuelan balsámicas brisas
Y en tanto que el cielo se cubre de estrellas.

¡Oh, espléndidas fiestas! ¡Oh, alegres veladas,
Que brotan al soplo de regia hermosura!
Ni silfos, ni genios, ni próvidas fadas
Os dieran encantos de tanta dulzura!

No, ¡Granja!, no envidies al noble palacio
Que allá San Lorenzo protege vecino;
Pues hoy a las gracias encierra tu espacio,
Y son los placeres tu plácido sino.

¡Difunde fragancias: amores y risas
En gratos insomnios disfruten las bellas,
En tanto que vuelen balsámicas brisas
Y en tanto que el cielo se pueble de estrellas!

PAISAJE GUIPUZCOANO

Suspende, mi caro amigo,
Tus pasos por un instante:
No está la ermita distante,
Y apenas las cinco son.
Ven a admirar –bajo el toldo
De aquellos verdes ramajes–
Los pintorescos paisajes
De esta encantada región.

Mira a tus pies ese río,
Cuyas herbosas orillas
Millones de florecillas
Cubren, difundiendo olor;
Y desde el borde escarpado
Oye las mansas corrientes
Deslizarse transparentes
Con soñoliento rumor.

Hileras de álamos blancos,
Que el hondo cauce sombrean,
Sus altas copas cimbrean
Del viento al soplo fugaz;
Mientras pescan silenciosos,
Con luengas cañas y anzuelos,
Dos vigorosos chicuelos
De viva y morena faz.

Mira en torno cuál se extienden
Cuadros de trigos dorados,
Por ricas franjas cortados
De verde-oscuro maíz;
Y esos tan varios helechos
–Fieles hijos de las sombras–
Que prestan al bosque alfombras
De primoroso matiz.

¿Ves allá los caseríos
–Que siembran el valle a trechos–
Levantar sus rojos techos
De entre el verde castañar?
¿Ves cuál visten sus paredes
De parra lindos festones,
Y cómo van los gorriones
Sus racimos a picar?

Mas que ya las chimeneas
Despiden humo, repara,
Anunciando se prepara
La cena del segador;
Y a las vacas lentamente
Mira bajar de esos cerros,
Llamando con sus cencerros
Al perezoso pastor.

Mas, ¡oh!, ¡ve! También desciende,
Saltando por entre breñas,
Turba de niñas risueñas
Que acá parece venir.
Sí; no hay duda: ramilletes
Nos ofrecen con empeño...
¿Comprendes tú, caro dueño,
Lo que nos quieren decir?

¡Ah!, sabe que esos perfumes,
Que rinden cual homenaje,
Sólo son mudo lenguaje
De un triste y constante afán;
Pues –con rara poesía–
El mendigo guipuzcoano,
Cubre de flores la mano
Que tiende pidiendo pan.

Acepta al punto, ¡querido!
¿Quién hay que negarse pueda
A cambiar una moneda
Por cada hermoso clavel?
Venid, niñas, cada tarde;
Yo en el trueque me intereso,
Y si al ramo unís un beso
Garante os salgo de él.

¡Pero no entienden! ... ¡Se alejan!
Mira por esos barrancos

Saltar, desnudos y blancos,
Sus breves y lindos pies...
  Se detienen, se sonríen
Viendo en mi pecho sus ramos,
Y ligeras como gamos
Desaparecen después.

  Mientras tanto las montañas
Sus picachos desiguales
Van envolviendo en cendales
De gualda, azul y arrebol,
  Y en su carro majestuoso
–Surcando el tibio occidente–
Hunde a su espalda la frente,
Cansado de vida, el sol.

  A su postrera mirada
Y a su postrera sonrisa,
Suspiros vuelve la brisa,
Perfumes vuelve la flor,
  Y llanto puro los cielos
Vierten en el valle umbrío,
Que lo convierte en rocío
De delicioso frescor.

  ¡Oh!, ¡mira! Ya por las faldas,
Que cubren altos castaños,
Bajando van los rebaños
Para acogerse al redil...
  Ya los niños sus anzuelos
Han recogido y su pesca,
Y se van armando gresca
Con regocijo infantil.
. . . . . .

AL ARBOL DE GUERNICA

Tus cuerdas de oro en vibración sonora
  Vuelve a agitar, ¡oh lira!,
Que en este ambiente, que aromado gira,
Su inercia sacudiendo abrumadora
  La mente creadora,
De nuevo el fuego de entusiasmo aspira.

¡Me hallo en Guernica! Ese árbol que contemplo,
Padrón es de alta gloria...
De un pueblo ilustre interesante historia...,
De augusta libertad sencillo templo,
Que –al mundo dando ejemplo–
Del patrio amor consagra la memoria.

Piérdese en noche de los tiempos densa
Su origen venerable;
Mas ¿qué siglo evocar que no nos hable
De hechos ligados a su vida inmensa,
Que en sí sola condensa
La de una raza antigua e indomable?...

Se transforman doquier las sociedades;
Pasan generaciones;
Caducan leyes; húndense naciones...
Y el árbol de las vascas libertades
A futuras edades
Trasmite fiel sus santas tradiciones.

Siempre inmutables son, bajo este cielo,
Costumbres, ley, idioma...
¡Las invencibles águilas de Roma
Aquí abatieron su atrevido vuelo,
Y aquí luctuoso velo
Cubrió la media luna de Mahoma!

Nunca abrigaron mercenarias greyes
Las ramas seculares,
Que a Vizcaya cobijan tutelares;
Y a cuya sombra poderosos reyes
Democráticas leyes
Juraban ante jueces populares.

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra
Respetuoso mi acento,
Y en ti se fija ufano el pensamiento,
Me parece crecer bajo tu sombra,
Y en tu florida alfombra
Con lícita altivez la planta asiento.

¡Salve! La humana dignidad se encumbra
En esta tierra noble
Que tú proteges, perdurable roble,
Que el sol sereno de Vizcaya alumbra,
Y do el Cosnoaga inmoble
Llega a tus pies en colosal penumbra!

¿En dónde hallar un corazón tan frío,
Que a tu aspecto no lata,
Sintiendo que se enciende y se dilata?
¿Quién de tu nombre ignora el poderío,
O en su desdén impío,
Tu vejez santa con amor no acata?

Allá desde el retiro silencioso
Donde del hombre huía
–Al par que sus derechos defendía–,
Del de Ginebra pensador fogoso,
Con vuelo poderoso,
Llegaba a ti la inquieta fantasía;

Y arrebatado en entusiasmo ardiente
–Pues nunca helarlo pudo
De injusta suerte el ímpetu sañudo–,
Postró a tu austera majestad la frente
Y en página elocuente
Supo dejarte un inmortal saludo.

La Convención Francesa, de su seno
Ve a un tribuno afamado
Levantarse de súbito, inspirado,
A bendecirte, de emociones lleno...
Y del aplauso al trueno
Retiembla al punto el artesón dorado.

Lo antigua que es la libertad proclamas...
–¡Tú eres su monumento!–
Por eso cuando agita raudo viento
La secular belleza de tus ramas,
Pienso que en mí derramas
De aquel genio divino el ígneo aliento.

Cual signo suyo mi alma te venera,
Y cuando aquí me humillo
De tu vejez ante el eterno brillo,
Recuerdo, roble augusto, que doquiera
Que el numen sacro impera,
Un árbol es su símbolo sencillo.

Mas, ¡ah!, ¡silencio!... El sol desaparece
Tras la cumbre vecina,
Que va envolviendo pálida neblina...
Se enluta el cielo..., el aire se adormece...
Tu sombra crece y crece...
¡Y sola aquí tu majestad domina!

A UN COCUYO

Dime, luz misteriosa,
Que ante mis ojos vagas,
Y mi interés despiertas,
Y mi vigilia encantas,

¿Eres quizás del cielo
Lumbrera destronada,
Que por la tierra mísera
Peregrinando pasas?

¿Eres un genio o silfo
De nuestra virgen patria,
Que de su joven vida
Contienes la ígnea savia?

¿Eres de un ser querido
Quizás errante ánima,
Que a demandarme vienes
Recuerdos y plegarias;

O bien fulgente chispa
De las brillantes alas
Con que sostiene al triste
La célica esperanza?

No sé; más cuando luces
Hermosa a mis miradas,
De tropicales noches
En la solemne calma

–Ya exhalación perdida
Cruces la esfera diáfana,
Ya cual la brisa juegues
Meciéndote en las cañas;

Ya cual diamante puro
Te engastes en las palmas,
Cuyo susurro imitas,
Cuyo verdor esmaltas–;

Paréceme que siento
Revelación extraña
De místicos amores
Entre tu brillo y mi alma.

Paréceme que existen
Secretas concordancias
Entre el afán que oculto
Y entre el fulgor que exhalas.

¡Oh, pues, lucero o silfo,
Ánima o genio, lanza
Más vívidos destellos
Mientras mi voz te canta!

Los sones de mi lira,
Las chispas de tu llama,
Confúndanse y circulen
Por montes y sabanas,

Y suban hasta el cielo
Del campo en la fragancia,
Allá do las estrellas
Simpáticas los llaman...

¡Allá do el trono asienta
El que comprende y tasa
De toda luz la esencia,
De todo afán la causa!

LA VUELTA A LA PATRIA

¡Perla del mar! ¡Cuba hermosa!
Después de ausencia tan larga
Que por más de cuatro lustros
Conté sus horas infaustas,
Torno al fin, torno a pisar
Tus siempre queridas playas,
De júbilo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
¡Salud, oh, tierra bendita,
Tranquilo edén de mi infancia,
Que encierras tantos recuerdos
De mis sueños de esperanza!
¡Salud, salud, nobles hijos
De aquesta mi dulce patria!...
¡Hermanos, que hacéis su gloria!
¡Hermanas, que sois su gala!
¡Salud!... Si afectos profundos
Traducir pueden palabras,
Por los ámbitos queridos
Llevad –¡brisas perfumadas
Que habéis mecido mi cuna
Entre plátanos y palmas!–,
Llevad los tiernos saludos
Que a Cuba mi amor consagra.

Llevadlos por esos campos
Que vuestro soplo embalsama,
Y en cuyo ambiente de vida
Mi corazón se restaura:
Por esos campos felices,
Que nunca el cierzo maltrata,
Y cuya pompa perenne
Melifluos sinsontes cantan
Esos campos do la ceiba
Hasta las nubes levanta
De su copa el verde toldo
Que grato frescor derrama:
Donde el cedro y la caoba
Confunden sus grandes ramas
Y el yarey y el cocotero
Sus lindas pencas enlazan...
Donde el naranjo y la piña
Vierten al par su fragancia;
Donde responde sonora
A vuestros besos la caña;
Donde ostentan los cafetos
Sus flores de filigrana,
Y sus granos de rubíes
Y sus hojas de esmeraldas.
Llevadlos por esos bosques
Que jamás el sol traspasa,
Y a cuya sombra poética,
Do refrescáis vuestras alas,
Se escucha en la siesta ardiente
–Cual vago concento de hadas–
La misteriosa armonía
De árboles, pájaros, aguas,
Que en soledades secretas,
Con ignotas concordancias,
Susurran, trinan, murmuran,
Entre el silencio y la calma.
Llevadlos por esos montes,
De cuyas vírgenes faldas
Se desprenden mil arroyos
En limpias ondas de plata.
Llevadlos por los vergeles,
Llevadlos por las sabanas
En cuyo inmenso horizonte
Quiero perder mis miradas.

¡Llevadlos férvidos, puros,
Cual de mi seno se exhalan
–Aunque del labio el acento
A formularlos no alcanza–,
Desde la punta Maisí
Hasta la orilla del Mantua;
Desde el pico de Turquino
A las costas de Guanaja!
Doquier los oiga ese cielo,
Al que otro ninguno iguala,
Y a cuya luz, de mi mente
Revivir siento la llama:
Doquier los oiga esta tierra
De juventud coronada,
Y a la que el sol de los trópicos
Con rayos de amor abrasa:
Doquier los hijos de Cuba
La voz oigan de esta hermana,
Que vuelve al seno materno
–Después de ausencia tan larga–
Con el semblante marchito
Por el tiempo y la desgracia,
Mas de gozo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
Pero, ¡ah!, decidles que en vano
Sus ecos le pido a mi arpa;
Pues sólo del corazón
Los gritos de amor se arrancan.

MEMORIA

PRIMER CUADERNILLO

"¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria!"

Heredia

En la noche del 9 de abril de 1836, nos embarcamos para Bordeaux en la fragata francesa Le Bellochan. La brisa que soplaba era tan débil, que no obstante haber levado el áncora desde las nueve, subiendo a la toldilla al amanecer del otro día, aún distinguí perfectamente la bahía de Cuba.

Poco a poco vila alejarse por grados, hasta convertirse en un punto negro perdido en el horizonte, y desaparecer en fin.

El viento soplaba entonces más fuerte, y el mar no era ya aquel que bañara blandamente la costa de Cuba. El ruido de sus olas agitadas, nuevo a mis oídos, tenía algo de terrible y amenazador que excitaba en el alma emociones tristes y profundas, a la par que sublimes; emociones inexplicables que sólo puede comprender el que las haya experimentado y recuerde aquellos momentos en que se viera por primera vez en medio del cielo y del mar, entre dos infinitos, en que la nave parece un átomo imperceptible perdido en la inmensidad.

El viento continuó favorable, y el 12, al amanecer, remontamos la punta de Maisí, dejando enteramente detrás la isla de Cuba y sofocando el ruido de las olas los últimos adioses que dirigiera en mi dolor a aquella tierra querida.

El 15 pasamos la Gran Inagua y otras pequeñas islas sucesivamente, hasta salir, por completo, de todas las Antillas.

Hasta el 23, el tiempo fue muy bello y gozamos las más hermosas noches de luna que hasta entonces había visto. ¡Cuántas horas veía pasar sobre la toldilla, abandonada al encanto de tan deliciosas noches!

"Cuando navegamos sobre los llanos azulados, ha dicho lord Byron, nuestros pensamientos son tan libres como el océano." Su alma poética ha debido sentir también cuán indecible y mágica influencia tiene la luna en ese mismo océano, y cuán osados, al par que religiosos, son los pensamientos que inspira. Parece que Dios se revela mejor al alma

conmovida en aquellas horas de profundo sosiego, y que una voz misteriosa se deja oír en el vago sonido del viento y de las olas. Hay un embeleso indefinible en el incierto resplandor con que brillan en las aguas los tibios rayos de la luna, en el soplo de la brisa que llena las velas ligeramente estremecidas y en la canción del marinero que acompaña el mar con el ruido de sus olas. No ha podido olvidárseme jamás una de estas canciones que oí muchas veces mientras me dormía, y que también me despertó otras muchas, y su recuerdo tiene para mí algo de triste y melancólico que no sabré definir:

"Le beau pays de Normandie,
C'est le pays qui m'a donné le jour".

Estas eran las últimas palabras de aquella canción, palabras repetidas con una tonada lánguida y afectuosa, que se pegó a mi oído de un modo que no he podido olvidarla.

¡Cuántas veces, mientras la oía, entregábame yo también a los recuerdos de mi hermosa Patria que acababa de abandonar, tal vez para siempre! Pensaba en los días tranquilos de mi infancia, en aquellos días pasados en el seno del mejor y más querido de los padres; en los conocimientos y relaciones de mis primeros años, y en aquella época en que mi corazón me advirtió que había cesado de ser niña. ¡Ah, con cuántas ilusiones adornaba entonces el porvenir mi risueña imaginación! Lancéme a la vida con un corazón ávido de emociones, y el dolor mismo, adivinado más bien que sentido, tenía entonces para mí algo de bello y sublime. ¡Aurora de la juventud, eres una sonrisa del cielo! Pero, ¡ay, una sonrisa engañadora! Prometes ventura, y el hombre no goza otra que aquella que sueña en sus delirios de inocencia. ¡Delirios hechiceros que valen cien veces más que una fría razón, harto presto adquirida!

Perdona, hermosa amiga, si me distraen un instante de la tarea que he emprendido por complacerte, inoportunas reflexiones. Tu indulgencia me es tan conocida, que sólo ella pudiera animarme a continuar estas *Memorias*, a las que mis ocupaciones no me permiten dedicar sino muy pocos momentos, y que deben resentirse forzosamente del estado intranquilo de mi corazón y de mi espíritu.

El hermoso tiempo que habíamos tenido hasta el 24, dejó de favorecernos estando a la vista de las islas Bermudas. Eran las cinco de la tarde del 25 de abril, cuando negras nubes que cubrían el sol dieron una noche anticipada. Los bramidos del mar y del viento eran por momentos más espantosos, y crujían las maderas del buque como si fuera a hacerse pedazos, mientras las olas embravecidas, ora parecían querer lanzarle a las nubes, ora sumergirle en los abismos.

¡Terrible fue aquella noche, Eloísa mía! El capitán hizo recoger velas, hasta quedar a palo seco, y todos los pasajeros estaban tan poseídos de terror, que yo era la persona más tranquila, y tal vez la única que gozase en aquel terrible choque de dos elementos de las impresiones sublimes que excita. Mi serenidad en aquella ocasión fue el asunto de las conversaciones en muchos días, y puedo asegurarte que, sin exageración, me he aplicado yo misma aquellos versos de nuestro Heredia que tú recordarás:

"Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi el océano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis pasos
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro."

Puede morir el hombre, pensaba yo, perecer puede en esta terrible lucha víctima de su osadía. Pero, ¿qué es la muerte para él?... Lo que posee de grande, de noble, de sublime, no morirá nunca. Su cuerpo puede quedar sepultado entre estas olas, que su genio ha despreciado; pero ese genio, esa fuerza creadora, ese gran ser invisible que le anima, no acabará con él, ni existe en la Naturaleza entera un poder capaz de destruirle...

Sin embargo, pasó como el bueno el mal tiempo, y nos quedó un viento por proa que por espacio de tres días no nos permitió adelantar un palmo. Los primeros días de mayo nos hizo un tiempo calmoso, pero sereno, que varió el 6 con un nuevo temporal. ¡Tres días de continua angustia! Hasta el 9 no volvimos a ver lucir el sol con todo su esplendor. El mismo día pasamos las Azores, y el viento nos fue favorable hasta el 15, en que se entabló nuevamente la calma. El 20 tuvimos un viento débil por bolina; el 21 tornó la calma, y por remate de impaciencia, se declaró luego un viento fuerte por proa, que casi a la vista de la costa nos tuvo barloventeando hasta el 23. Con junio cambió nuestra suerte. El señor Eolo quiso al fin sernos propicio; el capitán hizo echar alas y arrastraderas, y en la mañana del 3, con un sol hermoso, un mar bonancible y un viento fresco por popa, saludamos las risueñas costas de la Francia.

Eran las seis de la tarde cuando saltamos en tierra en el muelle de Polláx, y una multitud de gente se había agrupado allí para esperar a los viajeros. Cada dueño de hotel nos encarecía las ventajas del suyo, deseoso de ser preferido; otros nos perseguían para que les tomásemos para transportar el equipaje, y las vendedoras de frutas nos cercaban con sus canastos. Este ansia del dinero me chocó de un modo desagradable, porque aún es desconocida en nuestra rica Cuba.

Pasamos la noche en Polláx, y al día siguiente, a las ocho de la mañana, nos embarcamos en el vapor *Bordelés*. Más de cien pasajeros nos encontramos a bordo, concurrencia que no disminuyó hasta Bordeaux, pues, aunque el vapor deja gente en los pueblos del tránsito, también toma.

Nada tan romántico y encantador como las vistas y perspectivas que se ofrecen a los ojos del viajero que hace en el vapor travesía de Polláx a Bordeaux en los meses de verano. Yo había visto en Cuba sus soberbios montes, sus campos vírgenes, coronados de palmas y caobas; había extendido la vista por sus inmensas sabanas y detenídola en sus ricos plantíos... Sin embargo, me encantaron las campiñas deliciosas que adornan las márgenes soberbias del Garona.

Al llegar a Bordeaux, nuevas emociones de diferente género experimentó mi corazón. Paseando mis miradas por el cuádruple bosque que forman en aquella ría los masteleros de tantos buques allí anclados, mirando algo más distante cruzarse otros muchos en varias direcciones, cargados con las producciones de ambos hemisferios, sentí aquella especie de respeto que inspira una ciudad comercial en todo el auge de su opulencia.

Era la una del día cuando saltamos a tierra, y en uno de los muchos magníficos coches de alquiler que allí había esperando a los pasajeros del vapor, nos dirigimos al hotel de La Paz o de los Extranjeros.

Atravesando las calles de Bordeaux, miraba con sorpresa y placer a todas partes: ¡Qué vida! ¡Qué gentío! ¡Qué movimiento! La elevación y hermosura de las casas, todas de piedra, me admiraba, tanto más cuanto que era ésta la primera ciudad de Europa que veía, y las casas de Cuba, generalmente bajas, nada presentan que pueda dar una idea de la magnificencia de las de una de las primeras ciudades de Francia.

Cuando recuerdo ahora, Eloísa mía, los días agradables que pasé en Bordeaux, parece-

me que ha sido un lisonjero sueño. Es hechicero el trato francés; mi pasión por ellos, ha sido justificada, y no salí de Bordeaux sin mil pesares de dejarlo, mil esperanzas de volver a verlo y mil gratos recuerdos que aún conserva mi corazón.

Diez y ocho días en Bordeaux

Intermedio de las apacibles memorias de mis primeros años y de aquella borrascosa que ha dejado en mi alma la época posterior a mi permanencia en Bordeaux, está el recuerdo de los diez y ocho días que en ella pasé. Menos profundo y dulce este recuerdo que los que conservo de mi patria, no tan vivo e indeleble como otros más recientes de un país menos bello, menos querido, pero que circunstancias particulares harán para mí inolvidable; son los días de Bordeaux como la línea que divide mis dos existencias: un intermedio entre los sueños dichosos de mi primera edad y las realidades agitadoras de estos dos últimos años de mi vida. sueños dichosos de mi primera edad y las realidades agitadoras de estos dos últimos años de mi vida.

Eloísa: alguna vez he ideado formar para ti apuntaciones curiosas de mis viajes, consultar a otros viajeros, tomar nociones acerca de la historia, tradiciones y particularidades locales de los sitios de que te hablo; en fin, hermosear estas *Memorias* que te he ofrecido, haciéndolas instructivas e interesantes; pero no he podido; fáltame la tranquilidad de espíritu necesaria para esta empresa, y aun el tiempo para realizarla.

No esperes, pues, una descripción de Bordeaux, ni detalles artísticos de sus notables edificios; conténtate con una ligera reseña de las cosas más sobresalientes que vi en aquella hermosa capital, siendo la primera que te nombraré, el celebrado puente del Garona, obra grande y atrevida, como el genio del hombre que la concibió. He recorrido todas sus salas interiores, en que pudieran habitar muchas familias, y he admirado la solidez y grandiosidad de aquel puente coloso, por decirlo así, que no tiene igual en Europa. Estuve, en el mismo día en que vi el puente, en las montañas rusas, que no es más que un entablado bastante alto, en cuyo remate está una pequeña glorieta, de la que parten los carros romanos, en los que se baja por el rápido declive del entablado. Con un ligero empuje, estos carros parten con increíble velocidad; la fuerza que traen basta para que tuerzan por sí solos donde vuelve el declive, deteniéndose ellos mismos al concluir la carrera. En la rapidez de la bajada, el pecho se oprime y parece que falta el aire; pero esto mismo hace más grata la impresión que se recibe al concluirla, y la carrera por las montañas rusas es una de las diversiones que más se gozan en Bordeaux.

Gustóme infinito el Teatro Principal, que es justamente celebrado como uno de los más bellos edificios de Francia. La sala de espectáculos es muy linda, tiene cinco órdenes de palcos y un lujo extraordinario en los adornos y en el escenario. La compañía de baile que había entonces era inmejorable, y tuvimos el gusto de oír a la célebre cantatriz Mlle. Falcón (prima donna de París) en la ópera *Roberto el Diablo*, en que luce, mejor que en otra alguna, la belleza de su voz y la expresión apasionada de su canto.

Quisiera decirte algo de la catedral de San Andrés, que pasa por un bellísimo edificio, y de la iglesia de San Miguel, que es también muy hermosa; pero no las vi más que dos veces, siempre de prisa, y sólo puedo asegurarte que aunque he visto posteriormente otras soberbias catedrales y otras bellísimas iglesias, ninguna me ha causado la impresión que San Andrés y San Miguel, cada una en su clase, sin duda porque fueron las primeras. El mejor ejemplo que yo había visto hasta entonces era la catedral de Santiago de Cuba, que es bastante bonita para agradar a todos, pero que a nadie admira.

Por dos veces visité el gabinete de Historia Natural y el Museo de Pinturas. Este último me hechizó, pues sabes mi afición por este arte. Admiré copias bellísimas de Miguel Angel, de Rafael y el Dominiquino, y otros cuadros de no inferior mérito de David Lebrun y otros artistas modernos. Estuve también muchas veces en los dos bazares, español y burdelés, en los cuales había siempre una numerosa concurrencia.

Conocí en Bordeaux dos grandes paseos y otros pequeños llamados *Cours*. De los dos principales, el llamado *Quincouse* es el más frecuentado en verano, y *Tourni* en invierno. Ninguno, empero, corresponde a la hermosura de la ciudad, y son muy inferiores a los de otras poblaciones de menos rango. Mas, sin embargo de que no sean notables aquellos paseos por su belleza y adornos, aunque no se ven en ellos ni fuentes, ni estatuas, ni voluptuosos jardines, ¡cuántos encantos tienen en la estación que los conocí!

El alumbrado público de gas ilumina aquel recinto donde, cada noche, tres o cuatro mil personas van a respirar la frescura de la brisa en la estación ardiente del verano. Cada charlatán o buscavida acude allí a situarse, atrayendo gente. A un lado se ve un titiritero, al otro se levanta un teatrillo ambulante. No lejos, se encuentra uno con un cosmorama gritando a toda fuerza de sus pulmones: "Aquí se ven por tres sueldos las principales ciudades de Europa". Otra voz se oye anunciar dos pulgas que tiran de un coche y bailan un vals, y por cualquier parte se levantan bonitas tiendecillas de lienzo, en las que las vendedoras ofrecen frutas, dulces y perfumes.

Muy común es también oír en aquellos paseos voces muy lindas que, acompañadas del arpa, cantan las más escogidas arias de Bellini y Mercadante. Estas voces son de mujeres del pueblo, que pasan toda la noche cantando para recoger unos sueldos. Al retirarse del paseo, es costumbre entrar a tomar sorbetes en alguno de los magníficos cafés que rodean a Tourni, y no he encontrado aún otros tan ricos como los que he tomado allí.

Me falta aún decirte una palabra sobre otra visita que hice en Bordeaux. ¿Adivinarás a quién?... Al cementerio. Sí, Eloísa; pero el cementerio de Boudeaux ha despojado a la muerte de su asquerosidad y horror. Calles de flores, limpias y simétricas, conducen a los sepulcros de mármol, bellos y suntuosos, que más bien adornan que entristecen aquel lugar. Sombreados aquellos monumentos de la muerte por sauces y abetos, y regados de rosas y siemprevivas, nada presentan de horrible o repugnante. En medio del aroma que embalsama aquel ambiente, parece que los muertos deben dormir con un sueño más dulce, y que tiene algo de vago y poético la espantosa evidencia de la nada.

Vi también las catacumbas que están bajo la Torre del Telégrafo, y en las que no hay ciertamente nada de ameno que disminuya el horror de aquel espectáculo. Largos y oscuros subterráneos, donde se respira un aire fétido y malsano, y por conductora una vieja flaca y lívida con una lámpara sepulcral en su descarnada mano. Luego, a un lado y otro, calaveras y esqueletos, con los que se tropieza en la oscuridad. Tal fue el sentimiento de horror y miedo que me inspiró aquel lugar, que sólo conservo de las catacumbas esta impresión.

Ya es tiempo de terminar mis apuntes sobre Bordeaux, y con ellos, querida Eloísa, este primer cuadernillo; pero no puedo concluir la primera parte de mi tarea sin hablarte del castillo de las Bredas. Era una hermosa mañana de julio cuando salimos en coche a visitar este célebre castillo, que dista dos leguas de Bordeaux. Llevaba conmigo el grueso volumen de las obras de Montesquieu, y a pesar que la conversación de los compañeros me impedía entregarme al encanto que gozaba en leerlas, contemplaba aquel libro con emociones que eran más vivas a medida que me acercaba al sitio en que habitara su inmortal autor. Llegué, por fin, y pisé con respeto la tierra que tantas veces recibió también

la huella de Montesquieu. Entré en aquel castillo que fue habitado por él, vi la mesa misma en que tal vez se escribieron algunas de las brillantes páginas del *Esprit des Lois* y la mesetilla en que descansaba los pies mientras escribía, y que conserva todavía la señal de la presión. ¿Qué más puedo decirte? Si has leído a Montesquieu, si eres como yo entusiasta de su genio, tu alma adivinará las emociones que experimentó la mía cuando estuve en las Bredas.

Salimos de Bordeaux el 22 o 23 de julio, sin haber visto ni una vigésima parte de cuanto contiene digno de verse; pero de aquello poco que vi, me ha quedado una memoria imborrable.

SEGUNDO CUADERNILLO

Principiado en Sevilla, el 12 de noviembre de 1838

GALICIA
LA CORUÑA

Voy a hablarte de una ciudad a la que llegué sin placer y dejé sin pesar, y a la que, no obstante, me sería imposible volver a ver sin profundas emociones. He permanecido en ella veinte meses, y si hubiese de escribir la historia de mi vida, las páginas que llenasen estos meses serían de las más queridas y de las más dolorosas para mi corazón. Tú sabes, ¡oh, Eloísa!, cuántos recuerdos caros al par de tristes despierta en mi memoria el solo nombre de La Coruña. Sin embargo, al entrar en ella no tuve ningún presentimiento de la felicidad y el dolor que debía experimentar antes de dejarla. ¡Quizá no existen ya algunas de las personas que allí conocí!... La guerra, como un monstruo insaciable, devora cada día gran número de víctimas... Algunos infelices habrán ya sucumbido de los que aún no hace muchos meses vivían tranquilos en La Coruña... El tiempo vuela, amiga mía, y en su rápido curso ¡cuántas esperanzas desvanece!, ¡cuántos proyectos desbarata!, y deja, ¡ah, sólo un triste recuerdo!... ¡Que no estuviera yo ahora sentada en la puerta de tu casa, amada prima, en una de aquellas noches hermoseadas con la luna apacible de nuestra cara Patria; a tu lado, en una pequeña y escogida reunión de amigos, rodeadas de tus amables hermanas y mirando a nuestras dos madres gozar con entusiasmo maternal de nuestros juegos o conversaciones, y refiriéndose, con aquella confianza de una amistad de cuarenta años, sus pequeños negocios domésticos!... Todo, todo se pasó... Todo se ha mudado. Yo salí llena de ilusiones a *ver mundo*... ya he visto bastante, pues he perdido todas mis ilusiones. En aquellos tiempos en que nada había visto fuera de mi país natal, yo creaba otros mundos en mi imaginación; ahora no tengo más que uno... está delante de mí, lo veo con todos sus prestigios, con todas sus brillantes miserias... y, sin embargo, el vacío del corazón está todavía... no le llenan ahora ni aun las ilusiones... ¡Siempre este vacío, siempre! Dime tú, cuya alma tierna y ardiente ha sabido mil veces comprender la mía; di Eloísa, ¿crees que hubiera podido llenar este vacío si aquel sueño fugaz de ventura se hubiera realizado?... Tú sabes de qué hablo. Pero, ¡ah!, ¿qué me importa tu respuesta? No se ha realizado, ni se realizará; he dejado esa Coruña, cuyo solo nombre ha sido el origen de que me distraiga al escribirte

de mi principal objeto; he dejado La Coruña y otros también la han dejado... En ella quedaron sepultadas mis últimas ilusiones, en ella mi deseo de ver, mi ambición de gozar... ¡Todo pasó! El mundo es uno mismo en todas partes; en todas partes hay algunos placeres y muchos trabajos y dolores, y hay, dondequiera, algunos corazones sensibles (éstos son infelices), algunos egoístas (éstos son más dichosos) y muchos hombres que no tienen corazón... viven, vegetan, sin goces, sin pesares, que viven porque no saben morir y mueren sin saber lo que es vivir. Este es el mundo, según lo veo en los momentos en que, como ahora, me domina no sé qué genio de desilusión, y entonces suelo exclamar con Heredia:

"¿Quién ha helado
el entusiasmo espléndido y sublime
que a admirar y gozar me arrebataba?"

Sin embargo, ¡es cosa cruel sentirse con un corazón cansado y frío bajo este sol de fuego!... Yo digo alguna vez como Corina: "¡Desgraciados aquellos cuyas penas no se alivian bajo tan bello cielo!"... Sí, yo pido al sol de Andalucía uno de sus rayos, Eloísa mía, para que, disipando las nubes de mi alma, pueda yo hablarte con algún arreglo de esa Coruña, causa de todas estas digresiones. El me ha oído, sin duda... Helo aquí, tan hermoso, tan brillante como en un día de mayo. ¡Oh, yo te bendigo, sol de Andalucía!...¡Tus rayos, aun en la estación fúnebre del invierno, caen fúlgidos y cariñosos sobre esta tierra de vida! No, Eloísa; el mundo no es lo mismo en todas partes... es el hombre, el hombre sí es en todas partes lo mismo: ¡siempre loco, siempre desdichado! Ya conocerás que tengo hoy un espíritu muy *romántico* y, al mismo tiempo, muy filosófico. Perdóname; para impedir a mi imaginación tomar demasiado vuelo, voy a encerrarla en el estrecho círculo de La Coruña.

Es ella sola, querida Eloísa, una pequeña península que debe a su localidad la salubridad de sus aires y su aspecto risueño y agradable. Está dividida en ciudad nueva y vieja y la defienden los castillos de San Antón, San Diego y San Clemente. Se dice que su nombre actual es un derivado de *Columna*, nombre que tuvo antiguamente por estar en ella la Columna o Torre de Hércules, obra que aseguran ser de los romanos, y en la cual está ahora la Farola o Farol, que se ve desde el mar a una gran distancia. Toda la Torre es de piedra de sillería, y para llegar al farol creo haber subido hasta 250 escalones de una escalera de caracol bastante cómoda. La parte antigua de La Coruña es, generalmente, designada con el solo nombre de Ciudad, y la nueva con el de Pescadería. La Ciudad es irregular, el piso desigual, con muchas cuestas, y las calles angostas y torcidas la mayor parte; pero la Pescadería es limpia, hermosa y alegre. Las calles principales de La Coruña todas están magníficamente embaldosadas, y en la Pescadería hay algunas bastante rectas y anchas. La calle Real es la más estimada, así por la regularidad de sus casas como por ser muy concurrida, pero la de San Andrés es más ancha.

Hay varias fuentes, algunas muy buenas, que abastecen de agua a la ciudad, pero no se conocen los pozos ni aljibes, ni hay fuentes en las casas como en Sevilla y otras partes.

Me ha chocado que en una población que es la primera de Galicia y que ocupa un lugar entre las mejores de España, no se encuentre un templo correspondiente, ni un buen teatro, ni un colegio, ni ningún edificio sobresaliente. Ninguna de sus iglesias es digna de particular mención; el teatro que hay nada ofrece de bueno, y las únicas cosas que se enseñan a los forasteros son La Pallosa, que es la fábrica de tabacos, y la fábrica de cristales.

En la Pescadería está el teatro; cuando salí de La Coruña se trataba de hacer otro mejor en el local en que existió la iglesia de San Jorge, recientemente demolida. También están en la Pescadería la casa de Correos, intendencia, consulado y las principales fondas y cafés;

pero en la ciudad vieja está el palacio del capitán general y la Audiencia. La mayor parte de las familias nobles del país viven en la ciudad vieja,porque tienen allí casas propias, y la Pescadería está principalmente habitada por los empleados, comerciantes y forasteros. Sin embargo, los mismos que viven en la ciudad se apresuran a dejarla a las horas que sus ocupaciones se lo permiten, y bajan a buscar ávidamente el bullicio y animación de la Pescadería.

Empiezan a hacerse dos nuevos paseos; mas hasta ahora sólo ha existido una alameda en la Pescadería, nada bonita, pero muy concurrida en las tardes de verano y en las mañanas de invierno.

Otro punto hay de reunión, donde se pasea muchas veces con preferencia a la alameda, principalmente por las noches en verano, y lo llaman Cantón. En las largas tardes de junio, julio y agosto, el paseo es regularmente fuera de puertas, a un gran barrio que llaman Santa Lucía; al anochecer bajan a la alameda, y siempre se termina en el Cantón.

Eloísa, en los primeros días de mi venida a Europa, hallaba muy menos decentes y suntuosos los paseos de por estos países que los de nuestra Isla. Aquella multitud de carruajes, el ruido que formaban, el lujo de las damas que muellemente sentadas ostentaban en los elegantes quitrines esas gracias seductoras, que la Naturaleza otorgó con más prodigalidad a las hijas de Cuba que a ningunas otras mujeres de la tierra; todo me parecía propender a dar a nuestros paseos más atractivos que a los paseos de Europa. Por otra parte, no estando habituada, como lo sabes, de andar a pie, me cansaba al momento, y no tardaba a rendirme totalmente, en medio de la más lucida tarde de paseo, teniendo muy luego que sentarme o volver a casa, maldiciendo de todo corazón la malvada costumbre de pasear a pie. ¿Te confesaré que en el día pienso de un modo opuesto?... Habituada ya a estos paseos, me gustan cien veces más que los nuestros, que me parecen verdaderamente hasta sosos y cansados. En efecto, ir sin hablar con los demás paseantes, cada pareja metida en su carruaje, siempre en la misma posición y sin otro interés u objeto que lucirse, es cosa bien fastidiosa.

Aunque hay muchos cafés en La Coruña, ninguno es sobresaliente. También hay gran número de tiendas de géneros y lencería, pero todas presentan un exterior harto poco lucido y ni aun decente, si se comparan con las de Santiago de Cuba, Cádiz y Sevilla, tan lujosamente adornadas. Hay una Biblioteca pública y un gabinete de lectura perfectamente surtido.

A todo americano debe chocarle de una manera muy desagradable la pobreza de Galicia. En los días primeros de mi llegada a La Coruña me melancolizaba ver por las calles una tropa de mendigos, cubiertos de trapos asquerosos, sitiar al forastero, importunar y hacer mil bajezas para obtener una moneda de cobre: la misma mendicidad en nuestra hermosa Cuba no es tan repugnante con mucho como la de Galicia, y yo no había visto todavía este exceso de miseria y de degradación humana. Padecía mi corazón cada vez que salía a la calle, cada vez que me ponía al balcón, y viniendo de Bordeaux, donde no se ve un mendicante, no podía dejar de hacer reflexiones muy dolorosas sobre nuestra metrópoli.

El comercio de La Coruña, aunque bastante decaído, aún es considerable, y la afluencia de forasteros le da, principalmente en la Pescadería, mucha vida y movimiento. Sin embargo, no habiendo yo estado hasta entonces en población ninguna en que no hubiese carruajes, me parecía, especialmente por las noches, notar en La Coruña un aire de tristeza y languidez, echando de menos aquel estrepitoso y alegre ruido de los carruajes a que mi oído estaba acostumbrado.

La Coruña es, a mi entender, la ciudad de Galicia donde se encuentra un trato más fino; pero no será, sin embargo, el trato, en manera alguna, una de las ventajas que celebre el forastero en ella, pues además de la poca sociabilidad que hay por lo general en el carácter gallego, los chismes, murmuraciones, rivalidades y etiquetas hacen desagradable la sociedad poca que puede tenerse.

En la clase baja del pueblo es grande la pobreza, el desaseo y un abandono, una ignorancia tan crasa, que no sabré expresar cuánto me sorprendió. He dudado a veces, tratando gallegos de la clase de criados, que Dios haya dado, a todos ellos juntos, la dosis de inteligencia necesaria a un solo ser racional.

Las gallegas coruñesas no son, generalmente, muy hermosas; sin embargo, no son tampoco feas, y visten con lujo y elegancia. En ellas, lo que me desagrada es el acento, que aun al cabo de cerca de dos años que las oía hablar, no podía sufrir mi oído aquella detonación áspera y dura. Este acento gallego, hablando castellano, me desagradaría siempre, a pesar de que gusto del dialecto del país, que en la gente del pueblo bajo es dulce y gracioso.

He notado que personas finas, que pasan por bien habladas, usan rarísimos términos cuando hablan castellano, dando a muchas voces unas acepciones que me eran desconocidas. La voz *quitar*, por ejemplo, es empleada para expresar tantas cosas diferentes, que se dice *quitar* un retrato para decir hacer, o sacar un retrato, *quitar* el chocolate para expresar que se eche en la taza o pozuelo, y *quitar* un rigodón al piano, como si dijesen tocarlo. Hablando un día con una mujer que había servido en casa, me dijo que trataba de poner una casa de huéspedes o pupilos, y añadió: "Este es el mejor modo que veo para poder quitar la vida". Admirada de oír tan extraña conclusión, la hice mil preguntas, y comprendí que el quitar la vida era un sinónimo de buscar con qué vivir. Los hombres en La Coruña no son mal parecidos; aunque se dice que los coruñeses son los más morenos de Galicia, tienen, por lo general, hermosos colores. Visten bien y tienen modales bastante finos. Las damas (excepto algunas pocas de la alta aristocracia montadas por el gran tono), acostumbran a planchar sus vestidos ellas mismas, calcetan, guisan si se ofrece y se emplean en casa en otras mil faenas que una señora en mi país miraría como desagradables y que ni soñamos jamás poder hacer. Por eso, las americanas pasamos en Galicia por perezosas, holgazanas y poco aptas para el gobierno doméstico; y yo creo que es innegable que, bien por efecto del clima, bien por la educación, somos, en realidad, las cubanas por lo menos, más indolentes que las gallegas, y que rara mujer de nuestro país se sometería con gusto a ahumarse por la mañana en la cocina y pasar la noche con la calceta en la mano. En la clase del pueblo he admirado en las mujeres de Galicia un vigor y fortaleza que resiste a los trabajos más duros y al parecer más impropios del sexo.

Siguiendo la costumbre que tengo de visitar el cementerio de toda población en que resido algún tiempo, estuve a ver el de La Coruña. Es chico y desaseado.

En el llamado Baluarte de San Carlos vi la tumba del célebre general Moore, sencilla y elegante, que me agradó mucho. Todos los ingleses que vienen a La Coruña visitan con respeto la tumba de su malogrado compatriota; yo hice lo mismo sin ser inglesa, y no me retiré de aquel sitio sin decir con emoción este verso de un poeta moderno:

"Grata y blanda esta tierra te sea
si es que puede serlo nunca jamás
tierra extranjera..."

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Si no me engaña mi memoria en el día, fue el 23 de marzo (de este año de 1838) cuando salimos de La Coruña para Santiago en la diligencia, a las tres o cuatro de la madrugada. Son diez leguas de camino nada grato, que hizo la diligencia en trece horas; pero teniendo que llevar escolta, andaba despacio, y llegamos a Santiago, con un tiempo lloviznoso, a eso de las cuatro de la tarde. La entrada de la ciudad es muy innoble y desagradable y casi inspira un sentimiento de repugnancia. Todo lo que el aspecto de La Coruña tiene de alegre y animado, otro tanto es triste y silencioso el de Santiago, sin que se encuentre el menor punto de semejanza entre estas dos ciudades de Galicia, que se disputan la preeminencia hace tanto tiempo.

Santiago es grande, infinitamente mayor que La Coruña, y paseando por sus calles se admiran muchos y magníficos edificios de que aquélla carece; pero Santiago tiene todas las desventajas de una ciudad interna, que se notan a primera vista viniendo de otra marítima y comercial. Sus calles son, en lo general torcidas, estrechas y poco limpias. Las principales están embaldosadas o con anchas aceras, pero otras tienen un empedrado bastante malo. La plaza llamada de la Constitución es hermosa y digna de una descripción más detallada que la que podré darte yo, no habiéndola visto más que dos veces, sin mayor examen. Es grande y cuadrada; la catedral sola forma un frente, y el seminario otro, ambos edificios de una suntuosidad admirable. La catedral tiene tres torres afiligranadas, de exquisito trabajo, y vista por cualesquiera de sus fachadas, presenta esta bella iglesia un aspecto grandioso y magnífico. Entrando, sorprende la riqueza y suntuosidad de sus adornos, y antes de haber visto la catedral de Sevilla, yo hubiera dicho que no era posible encontrar cosa más magnífica. Dícese que en una capilla está el cuerpo del apóstol Santiago, y en la misma se encierran otras muchas reliquias de Santos, sobre las que el fanatismo y la superstición han hecho un velo de ridículo que destruye en gran parte el efecto religioso que debiera producir. No se da fácil entrada a los forasteros que van a visitar esta capilla, pero se les regala un largo papel impreso que contienen la lista de todas las santas preciosidades y reliquias que dicen haber en ella, y no pude menos de reírme leyendo esta enumeración, en la que una gota de la leche virginal de María Santísima está en primer lugar.

Lo que hay de más cierto con respecto a la dicha capilla, es que oculta inmensas riquezas de las ofrendas que de tiempo inmemorial se hacen en ella.

Hay en Santiago un prodigioso número de iglesias y conventos, y todos ellos son hermosos edificios. La iglesia de San Martín es casi tan soberbia y bella como la misma catedral.

Tantos son los magníficos edificios de Santiago, que no puedo enumerarlos ni hacerte mención particular de ninguno de ellos; sólo sé que mirándolos bajo aquel cielo oscuro y triste y en una tan fea población, no pude menos que compararlos a una rica sarta de perlas colocada en el hocico de un cerdo.

No vi en Santiago más que un paseo de verano, ni creo hay más; éste es una alameda poco mejor que la de La Coruña, fuera de la ciudad, en el camino de Pontevedra; cuando la vi aún estaban los árboles sin hojas y nada presentaba de agradable; para paseo de invierno hay unos portales que llaman Rúa del Villar.

No hay teatro ninguno en aquella grandísima ciudad, lo que me causó no poca extrañeza, y creo que, comparado el trato de los coruñeses con el de los de Santiago, debe parecer muy fino y sociable el de los primeros.

Estuvimos dos días y medio en aquella ciudad, y el 26, por la madrugada, salimos para Pontevedra, no en diligencia, porque no la había, sino en unas llamadas literas, que creo invención de los gallegos y que por cierto no les hace honor, pues no es posible viajar más incómodamente que en las tales literas.

PONTEVEDRA

Sin embargo de lo molestados que íbamos en las literas, y de un tiempo frío y lloviznoso que nos acompañó en todo el viaje desde que salimos de la episcopal Santiago, nos encantó la hermosura de aquellas campiñas, que son más risueñas y románticas a proporción que uno se aproxima a Pontevedra. A medida que nos alejábamos de Santiago, nos parecía notar un cielo más despejado y hermoso y más labrados los campos, y al llegar a Pontevedra (aun en la estación en que yo hice este viaje, que no era la más favorable a las bellezas de los campos), se cree uno transportado a los jardines del Edén. El camino de Santiago a Pontevedra son nueve leguas sembradas de pueblecitos, entre los cuales, Caldas y el Padrón son los más considerables. Cerca del primero de estos dos está la iglesia o ermita de la Esclavitud, que dicen es muy milagrosa; pero yo no puedo decir sino que es bonita. A las nueve de la noche llegamos a Pontevedra, ¡tal es la parsimonia de las literas!, y pasamos allí seis o siete días bastante divertidos.

Pontevedra es una población pequeña, cuya principal ventaja es su localidad en medio de hermosísimas campiñas y con una ría magnífica. El caserío no es malo, y la plaza de la Constitución es bastante bonita.

Lo mismo que Santiago y La Coruña, tiene varias fuentes, algunas de muy buenas aguas, y las calles están medianamente empedradas.

El aspecto de la población es alegre; tiene serenos y alumbrado público, y orgullosa con su nuevo título de ciudad y capital de provincia, se cree al nivel de La Coruña, con la cual pretende rivalizar.

Hay un paseo de verano bastante bueno, y en el invierno se pasean, como en Santiago, por unos portales, que llaman La Herrería.

Hay algunas iglesias regulares, teatro ninguno, pero sí una tertulia a que asistí, que es brillantísima para el pueblo, y que no la vi igual en Santiago ni en La Coruña.

VIGO

El 2 salimos de Pontevedra, en caballerías, a las ocho de la mañana, y llegamos a Vigo a las tres de la tarde, en medio de un terrible aguacero.

Paramos en la posada llamada de La Vizcaína, que está en la plaza de la Constitución, que es lo mejor de la ciudad; y estuvimos hasta el 5 por la noche (si no me engaño), en que nos embarcamos.

La localidad ventajosa de Vigo, y su bahía, que se reputa como una de las mejores de Europa, me hacen admirar no se haya fomentado más y de que no sea una gran ciudad comercial.

Su aspecto es alegre y pintoresco; pero el caserío feo y el piso desigual en extremo, lleno de cuestas, como el de Santiago de Cuba.

Me admiré de encontrar en Vigo un teatro, que sería bueno en cualquier ciudad de más rango, y que para Vigo es magnífico. Me agradó, igualmente, el fino trato que noté en las

pocas personas que allí conocí, y que me dijeron otros forasteros era general en todos los vigueses.

En fin, el 5 nos embarcamos Manuel y yo en el vapor inglés *Londonderry*, a las diez de la noche, con un hermoso tiempo. ¡Fue, sin embargo, una noche bien triste para mí!... Me separaba por primera vez de mamá, y en el momento de realizar el deseo... largamente alimentado de visitar a mi familia paterna y conocer la Andalucía, en el momento, digo, de conseguir mi anhelo, faltó éste de repente en mi corazón, y sólo el temor de parecer en ridículo a los ojos de las gentes si dejaba conocer esta mudanza, pudo resolverme a ejecutar el terrible esfuerzo con que me arranqué de los brazos cariñosos de una madre tan querida.

Bien en breve nos alejamos de aquella bahía, y ya me vi fuera de Galicia, de aquella Galicia que yo creía a veces aborrecer, que deseaba dejar, y en la cual, sin embargo, dejaba sitios llenos para mí de dulcísimos recuerdos.

Mi primera navegación había sido con franceses; luego, de Bordeaux a La Coruña, con alemanes, y entonces me vi rodeada de ingleses. Sin embargo, había también españoles y damas inglesas que entendían el francés, lengua que hablo lo bastante para darme a entender. El cielo estaba despejado, el mar en calma, y el vapor, como una saeta, dejó bien pronto atrás la costa de Galicia.

TRADICION

EL CACIQUE DE TURMEQUE

I

Tan grandes habían llegado a ser los desórdenes y abusos de la magistratura española en el reino de Nueva Granada, hacia el año de 1579, que atravesando los mares el ruido del escándalo resonó dentro de los muros del regio alcázar, obligando a Felipe II a elegir con premura un visitador, o juez de residencia, cuya honradez, integridad y energía pudieran detener los progresos de aquel mal, que amenazaba hacer para siempre odiosa la administración de la madre patria en sus ricos dominios del vasto continente americano.

Recayó la elección real en el afamado jurisconsulto de aquella época, don Juan Bautista Monzón, magistrado el más antiguo de la Real Audiencia de Lima, y en quien todos reconocían condiciones adecuadas al cargo que se le confiaba.

En efecto, era el nuevo visitador hombre recto y de gran firmeza de carácter, animándole, además, los mayores deseos de corresponder dignamente a la confianza de su soberano. Con resolución tan laudable, abandonó sin pesar la bella ciudad donde había sabido ganarse general aprecio en el ejercicio de sus funciones de oidor, para trasladarse a aquélla en que le aguardaban otras más difíciles y peligrosas.

No pudo, empero, comprender exactamente hasta qué punto lo eran, hasta después de haber pisado el suelo de la Nueva Granada, y aun, mejor diremos, después de haber residido algún tiempo en su naciente capital Santa Fe de Bogotá, foco a la sazón de intrigas y de corrupción pública. Allí tenía su asiento la Real Audiencia, que, por sus importantísimas y extraordinarias atribuciones, constituía el poder más extenso y formidable de los existentes entonces en aquellas colonias..., poder con el cual tenía que chocar forzosamente el nuevo funcionario, para quebrantarse con estrépito, si no se prestaba a doblegarse.

Conociólo así don Juan Bautista Monzón; pero, decidido a no aceptar lo último, preparóse a la colosal lucha que juzgó inevitable, y mostrándose desde luego insensible a todo linaje de seducciones, y envolviéndose en impenetrable reserva, sólo se ocupó de estudiar concienzudamente, palmo a palmo, el campo donde debía librarse la batalla, midiendo las fuerzas del enemigo, y allegándose auxiliares que robusteciesen las suyas.

Tan luego se creyó con suficientes probabilidades de éxito, sorprendió a la Audiencia con un primer golpe de justicia, que la hizo comprender el temple del hombre con quien

tenía que habérselas; fue dicho golpe la suspensión del magistrado Rodríguez de Mora, íntimo amigo del presidente don Lope Díez de Armendáriz, quien empleó en vano toda su influencia para sostenerle y evitarle la mengua de ser enviado preso a la metrópoli.

Aquel acto fue la señal de guerra, comenzada al punto con recíproco encarnizamiento. Dividióse la ciudad, desde tal suceso, en dos bandos irreconciliables, que tomaron los nombres de Monzonista el uno, y de Lopista el otro.

No entra en nuestro propósito desplegar con amplitud, ante los ojos del lector, un cuadro exacto de aquellas intestinas contiendas trabadas en países recientemente conquistados, y convertidos ya, por bastardas pasiones, en teatro de inmorales y sangrientos dramas; bástanos, para la inteligencia del que comenzamos a relatar, la breve exposición que hemos hecho, y sólo añadiremos que continuando el visitador firme en la resolución de cumplir severamente sus deberes, despreciando la nube de odiosidades que se iba levantando y envolviéndole, llegó hasta el extremo de deponer también al mismo presidente Armendáriz, no obstante el gran partido con que contaba y el favor que se le suponía en la corte.

Rayaron tan alto el dolor y la cólera de aquel poderoso personaje al verse obligado a abandonar las casas reales, o palacio de justicia, en que hasta entonces se alojara con el boato de un bajá, que cayó enfermo y murió algún tiempo después, entre el clamoreo de sus numerosos parciales, que acusaban a don Juan Bautista Monzón de ser causante aborrecible de aquella pérdida irreparable para la madre patria.

La rabia de los Lopistas contra el visitador y sus amigos, fue, por la antedicha desgracia, llevada a indescribible frenesí, y de los señores de la Audiencia sólo uno, el fiscal don Alonso de Orozco, se mostraba un tanto desapasionado, sosteniendo con don Juan Bautista, si no relaciones de cordial amistad, al menos de agradable cortesía.

Se ufanaban de ello los Monzonistas, porque reputaban a don Alonso persona de gran iniciativa y trastienda, tan útil, por tanto, para amigo, como temible para adversario. Ejercía, además, omnipotente influjo sobre su compañero el oidor Zorrilla, por manera que quien lograba tener propicio al fiscal, podía contar desde luego con la benevolencia de su amigo.

Quiso, empero, la fatalidad que perdiese Monzón en un momento la ventaja, que procuraba conservar con debida prudencia, de lograr se mantuviesen imparciales aquel hombre peligroso y el otro que era su dócil instrumento, y fue el caso del modo que vamos a referir en breves líneas.

Hallábase cierto día en su despacho, no poco preocupado en aquellos instantes, con las calumnias que se empleaban, según noticias fidedignas que había recibido, para denigrarle en España, cuando fue advertido de que la señora Orozco solicitaba urgentemente hablarle. Introducida que fue a su presencia, vio a la dama, vestida de luto y bañada en lágrimas, precipitarse a sus pies pidiéndole justicia contra su marido, a quien acusaba de imperdonables agravios.

–Me veo aborrecida, sacrificada –gritaba retorciéndose las manos con desesperación–. El hombre a quien hice dueño de mi mano y de mi cuantiosa fortuna no se contenta con abandonarme, sino que hace pública su ciega idolatría por una mujer casada..., por una coqueta sin corazón, que sólo acepta el suyo por tener el gusto de despedazar el mío. Os pido amparo y remedio, señor visitador, y recurriré hasta el mismo rey si sois indiferente a mi desgracia, si os hallan sordo mis súplicas.

Don Juan Bautista trató en vano de tranquilizarla, ofreciéndole interponer los consejos de la amistad entre ella y su marido, pues tuvo al cabo que recurrir a un arbitrio supremo,

empeñando la palabra solemne de amonestar seriamente a la mujer causante de sus celos, para que en lo sucesivo mirase mejor por la paz doméstica del fiscal y por la honra de su propio consorte.

Mediante tal promesa, la afligida señora de Orozco consintió en volver al domicilio conyugal, esperanzada un tanto de recobrar, si no el cariño de su esposo infiel, las consideraciones, al menos, que le eran debidas como legítima esposa y como dama de posición elevada.

Pero, ¿quién era la rival triunfadora que se había enseñoreado en poco tiempo del alma de don Alonso, causando ruidosos disturbios en su antes apacible matrimonio?

En el siguiente capítulo se la haremos conocer a nuestros benévolos lectores.

II

Entre los capitanes españoles residentes en Santa Fe de Bogotá, se contaba uno, cuyo nombre no necesitamos revelar, que estaba casado con cierta beldad célebre, nacida en las floridas márgenes del Genil, y llegada al apogeo de su desarrollo en las del indiano Funza. Llamábase Estrella, y jamás se la designaba en el pueblo sin anteponer la calificación de *incomparable*. La incomparable Estrella, la incomparable capitana, eran las dos maneras de nombrarla, porque a la verdad nada podía encontrarse tan admirablemente bello como el cuerpo de aquella joven dama.

¿Correspondía a la hermosura exterior la del alma que dentro se abrigaba?

Estrella, en nuestro concepto, no era una persona positivamente mala, sino que tenía, como otras muchas mujeres, la desgracia de haberse quedado incompleta, acaso por falta de acertada educación. Viva de fantasía, vehemente de carácter, impresionable por temperamento, carecía, en cambio, de exactitud en el raciocinio, de fijeza en las ideas, de profundidad en los afectos. Podría decirse que las pasiones resbalaban con violencia sobre la superficie de su alma, conmoviéndola toda, mas sin detenerse nunca para poder arraigarse: cuando amaba o cuando aborrecía, llegaba a lo increíble el ímpetu primero de sus sentimientos, pero frecuentemente se operaba en ella, sin darse cuenta a sí misma, una reacción inevitable, sucediendo a los poderosos arranques la indiferencia y la calma, en cierto modo necesarias pausas de una naturaleza a la vez débil y extremadamente fogosa. Del mismo modo se sucedían en su mente los pensamientos más contradictorios, sin que su juicio, siempre ofuscado por las impresiones del momento, alcanzase a descubrir con certeza dónde estaba la verdad y dónde estaba el error.

Había contraído Estrella un enlace de inclinación, siendo el capitán hombre de mérito, y además modelo de excelentes maridos, pero, a pesar de todo, dos años después de casada se aburría grandemente la *incomparable* capitana, porque su novelesca imaginación no hallaba el idilio que había soñado, en la historia real del matrimonio, y una serie de falsos raciocinios la había casi convencido de que debía ser desgraciada, como víctima de un engaño del que era responsable su cónyuge.

¿Por qué no continuaba siendo a sus ojos el amante medio desconocido, envuelto entre los celajes de oro con que lo revistiera su virginal entusiasmo? ¿Por qué se transformaba en un hombre, noble y cariñoso sin duda, pero asaz distinto de lo que ella lo juzgaba en sus insomnios de joven enamorada, tan pronto convirtiéndole en héroe, digno de figurar en los libros de caballería, con cuya lectura se extasiaba; tan pronto adorándole como uno de

aquellos seres ideales que suelen columbrar los poetas en los arrebatos sublimes de la inspiración divina?

Estrella se sentía, por tanto, disgustada de su esposo, sin que se la ocurriera acusarse nunca a sí misma de locura o inconstancia; pues antes bien era, según su lógica, la persona paciente y sacrificada, asistiéndola, consiguientemente, indisputable derecho para quejarse de su suerte y procurar endulzársela.

En tal concepto, acaso se rindió sin grandes remordimientos a las amorosas persecuciones del ardiente fiscal, a quien durante algunos meses adornó a su placer con los más bellos ropajes que pudo inventar su meridional fantasía; hasta el punto de llegar a persuadirse que era el solo mortal capaz y digno de inspirarla un amor verdadero e indestructible. Aquello en la lógica de Estrella, no podía aparecer a los ojos de Dios vulgar crimen de adulterio, porque Orozco y ella, predestinados a amarse, cedían fatal e irresistiblemente a la fuerza de ineludible decreto.

Sucedió, no obstante, que pasado algún tiempo, y mientras la fiscala sufría todos los tormentos de los más fundados celos, el fiscal, por su parte, comenzó a concebir agitadoras sospechas de irse despoetizando a los ojos de su amada, cuyos primeros ardores le parecían entibiados.

No recelaba todavía, a pesar de ello, que hubiese algún rival desconocido, que con su naciente poder fuese debilitando el antiguo, pero la malicia de los curiosos que suele tener ojos más perspicaces que el amor mismo, hacía circular ya observaciones significativas, sobre la exactitud con que aparecía en su ventana cada tarde la incomparable capitana, a la hora precisa en que pasaba por su calle, rigiendo vigoroso alazán el afamado jinete cacique de Turmequé, a quien nadie se igualaba en destreza y bizarría cuando enfrenaba con hábil mano los corceles más indómitos.

En honor de la verdad, tenemos que confesar que no era solamente Estrella quien se complaciese en contemplar la gallarda apostura de aquel príncipe indiano de elegante talle, de negros y fulgurantes ojos, de tez ligeramente bronceada, pero admirable por su juvenil tersura, y de profusa cabellera rizada, que sombreaba, prestándole cierta gravedad melancólica, una frente altiva y espaciosa, hecha al parecer expresamente para ostentar una corona.

Nunca resonaban por las calles de Santa Fe las conocidas pisadas del alazán del cacique, sin que se cuajasen de gente todas las ventanas y balcones; y no pocas veces pudo ufanarse el joven jinete oyendo salir de femeniles labios estas o semejantes exclamaciones: "¡Qué hermoso es ese hombre a caballo!" "¡Qué admirablemente monta!" "¡Sobre su alazán, parece el cacique una pintura!".

Aquel jinete celebrado llevaba en sus venas sangre regia americana, pues nació del himeneo del conquistador don Juan de Torres, con una princesa, hija del soberano de Tunja, la cual le llevó en dote el principado o cacicazgo de Turmequé,* pero aun más que por su origen augusto, era notable por su figura, que ostentaba la singular belleza producida comúnmente por el cruzamiento de razas. Con dificultad se podría encontrar otro hombre en quien se amalgamasen tan armónicamente los más nobles rasgos de los

* El territorio llamado por los españoles Nuevo Reino de Granada, estaba dividido a su llegada en dos monarquías, independientes la una de la otra, siendo una de ellas la de Tunja. Ambas –debilitadas por intestinas disensiones– resistieron poco a las armas españolas, gracias a lo cual, al posesionarse pacíficamente del país los conquistadores, dejaron –por algún tiempo al menos– parte de los dominios que poseían a los reyes y príncipes indígenas.

hijos de la Europa meridional, con los característicos de las castas superiores americanas, constituyéndole un tipo magnífico, que no vacilamos en calificar como el bello ideal de los mestizos.

¿Quién puede imaginar que la impresionable Estrella mirase con indiferencia aquel príncipe típico, y que su ya decaído entusiasmo por el fiscal alcanzase a preservarla del natural anhelo de ser también vista y admirada por el objeto a quien ella veía y admiraba cada tarde al través de importuna celosía?

Este deseo debía hallar, por otra parte, eficaz aguijón en la dificultad que se le presentaba para satisfacerlo.

Don Diego de Torres, aunque pasaba largas temporadas en Santa Fe, residía habitualmente en sus dominios patrimoniales, donde era adorado por sus vasallos; y aun durante su permanencia en la capital de la Nueva Granada, veíasele poquísimo o ningún empeño por frecuentar la sociedad de las damas; ya porque los ejercicios de la equitación y la caza, en los cuales sobresalía, constituyesen sus placeres favoritos; ya porque le advirtiese secreto instinto para retraerle del peligro, que había de ser el amor causa fatal de todas sus desventuras.

La incomparable capitana ideaba, por tanto, con afán, medios a propósito para hacerse conocer de aquel hombre, que tenía la extravagancia de no haber pretendido hasta entonces la honra de rendir sus homenajes a la belleza más célebre de Bogotá, cuando recibió inesperadamente la visita del señor Monzón, que iba a cumplir con su acostumbrada formalidad la promesa empeñada a la fiscala.

No era la primera vez que atravesaba los umbrales de la casa del capitán el grave jurisconsulto, pero nunca le había observado Estrella tan serio y tan preocupado como entonces parecía. Embarazábale, en efecto, no poco lo delicado del asunto que tenía que tratar con una dama cuya vehemencia de carácter no le era desconocida, pero se resolvió al fin a abordar resueltamente la cuestión, y, si bien con las formas más blandas y decorosas que le sugirió su cortesía, hizo comprender a Estrella la necesidad urgente de que por su propia honra, y para poner término a las perturbaciones introducidas en el hogar doméstico de don Alonso de Orozco, se cuidase de desvanecer apariencias malignamente interpretadas por el vulgo.

Tenía orgullo la incomparable capitana, y picada en lo más vivo por la amonestación que recibía, hubo de contestar con sobrada destemplanza, pues llegó a agriarse hasta tal punto su plática con Monzón, que, indignado éste, dejó escapar una amenaza de destierro.

Entonces no conoció ya límites la violenta cólera de la dama, quien le mandó con imperio saliese al punto de su casa, realizando, si a tanto se atrevía, la imprudente baladronada proferida en su presencia.

El visitador, como ya hemos dicho, no era hombre que se dejase acobardar. Dos días después el capitán fue destinado a desempeñar cierta comisión a bastante distancia de Santa Fe, advirtiéndosele que convendría llevase consigo a su mujer, porque podía ser largo el tiempo de su ausencia.

Apenas supo Estrella esta orden comunicada a su esposo, trazó con mano convulsa y entre lágrimas de despecho, las siguientes líneas, dirigidas al fiscal:

> El odioso viejo que se ufana con oírse llamar *Catón el del azote*, no se contenta ya con los atropellos cometidos con vuestros compañeros, sino que, para heriros a vos mismo de rechazo, me ha insultado echándome en cara el crimen que cometo en amaros, y acaba de consumar la obra de su

aborrecimiento valiéndose de un pretexto para desterrarme de Santa Fe, según osó amenazarme. Quiere a todo trance separarnos para siempre, y por mi parte os juro que así sucederá, si no me probáis con vuestra conducta que sois hombre capaz de vengaros y vengarme.

No habían pasado muchas horas desde que esta carta fue puesta en manos de don Alonso de Orozco, cuando se veía ya a la incomparable capitana, despejado el ceño, embellecido el expresivo semblante con el encanto de la más dulce sonrisa, disponiendo por sí misma, con cierta impaciencia jubilosa, los preparativos de la partida, señalada para la siguiente mañana.

¿Qué había ocurrido que operase tan repentino cambio?...

Cosa muy sencilla en apariencia. Estrella se hallaba enterada de que el lugar de su destierro era casualmente... Turmequé.

III

La carta y la partida de nuestra heroína rompieron de un golpe las urbanas, si no amistosas relaciones, que hasta entonces se conservaron entre don Alonso de Orozco y don Juan Bautista Monzón.

El odio que el primero concibió contra el segundo, comenzó desde luego a hacerse ostensible con toda la acrimonia propia de la índole del rencoroso togado, y su amigo Zorrilla, siempre dominado por el ciego afecto que le profesaba, no tardó en tomar parte en sus desfavorables sentimientos respecto al visitador, quien por su lado, aunque comprendiendo lo temibles que eran aquellos nuevos enemigos, no creyó propio de su dignidad cejar ni siquiera una línea de la posición en que la suerte le había colocado casi a despecho suyo, pues siempre tuvo por sistema, durante el desempeño de su delicadísima misión, el respeto más profundo por la vida privada.

La ciudad, hecha ya antes centro permanente de intrigas, llegó a convertirse, por las influencias de Orozco y de Zorrilla, en verdadero campo de Agramante, donde nadie se consideraba a cubierto de calumnias y maquinaciones, y donde a cada paso se suscitaban alborotos, capaces de mantener a las gentes pacíficas del pueblo en continua alarma y profundo descontento.

Pero aunque trabajase don Alonso con empeño constante para atizar los odios de los partidos, y crear dificultades y tropiezos al severo visitador, a quien a todo trance quería perder, no dejaba por eso de consagrar largas horas a los tiernos desvelos de su pasión amorosa, que se exaltaba con la ausencia de su objeto. Casi no pasaba ningún día sin que hiciese llegar a manos de Estrella cartas expresivas y largas, en las que, al mismo tiempo que pintaba los tormentos de su amante pecho, explayaba su enconado resentimiento contra don Juan Bautista, y la resolución que había tomado de no sosegar un momento hasta hacerle salir de la Nueva Granada o encontrar en ella su sepulcro.

Ni una palabra, sin embargo, contestaba a tan repetidas y elocuentes misivas la bella desterrada, y su prolongado silencio fue haciéndose tan insoportable para el fiscal, que, fingiendo un negocio urgente, que le obligaba a ir a Tunja, entró de incógnito en Tur-mequé, muy decidido a arrostrar con todo, si era preciso, para ver a su dama y oír de sus labios la causa del enojo que parecía mostrarle al rehusar respuesta a sus escritos apasionados.

El mismo día en que llegó, sigilosamente y disfrazado, asistían el capitán y su esposa a una gran montería a que los convidara el cacique, con quien el primero contrajo grande

amistad, según fatal tendencia de todos los maridos condenados por la suerte a ser víctimas de una desgracia que tarde o nunca conocen.

Tuvo el dolor don Alonso de ver pasar delante de sus ojos la lucida cabalgata de bizarros cazadores, entre los cuales brillaba esplendorosa la Estrella de su alma, que, para colmo de malandanza, acariciaba en aquel instante, con los más suaves rayos de su luz, al joven príncipe indiano, colocado en su famoso alazán junto al tordo palafrén, cuyos lomos oprimía ligeramente la gallardísima amazona.

Tan perfecta pareja formaban aquellos dos tipos, verdaderamente hermosos, que el mismo fiscal no pudo menos de admirarla, mas sintiendo a la vez abrasársele el pecho con la infernal llama de los celos.

Comenzó entonces la expiación providencial, debida justamente a tantas humillaciones y angustias como aquel mal marido había hecho sufrir a su desgraciada consorte.

Renunciamos a describir el rabioso despecho que devoró a don Alonso durante las horas de la alegre montería, que se le hizo interminable, y sin meternos tampoco en los corazones del cacique y de la capitana, para escudriñar y describir al público el porqué huyeron veloces para ellos aquellas mismas horas que al fiscal le parecieron eternas, abreviaremos nuestra historia, diciendo únicamente que al regresar la cabalgata ya había logrado Orozco ponerse de acuerdo con una negra, esclava de su ídolo, y confidenta y favorecedora, en no lejanos días, de sus adúlteros amores, para que le facilitase con aquélla una conferencia a solas.

Probablemente sospechaba la esclava que ocurrían algunas mudanzas en el fondo del pecho de su ama, pues no osó prevenirla de la visita inesperada que iba a proporcionarla aquella noche, aprovechando el tiempo en que acostumbraba el capitán divertirse con los naipes en la casa de un amigo.

Sucedió, por tanto, que mientras la negra, pagada anticipadamente por Orozco, le introducía con sigilo en el gabinete en que pensaban encontrar a Estrella, ocupada según solía en la lectura de sus libros predilectos, que eran todos de aventuras de caballería y de amorosas intrigas, nuestra heroína daba entrada por la puerta trasera de la casa, y entre los arbustos fragantes de su solitario jardín, a otra visita también de antemano concertada.

La bella inconstante tocaba al apogeo de la dicha, porque se hallaba en el período álgido de su nueva pasión, y era aquella la primera cita a que asistía el amante por quien entonces deliraba.

Sorprendidos Orozco y su introductora al no hallarla, como habían supuesto, en su gabinete favorito, recorrieron, buscándola, todas las habitaciones de la casa, mas fue diligencia inútil. La esclava, sin embargo, mostraba certeza de que no había salido su señora, ocurriéndosele al cabo que era probable se hallase en el jardín, oído lo cual por el impaciente fiscal se dio prisa a descender a él, haciéndosele un siglo cada minuto que tardaba en verse a las plantas de su hermosa querida.

Tan luego como penetró en aquel recinto perfumado, tuvo por segura la presencia de Estrella, pues nada, en verdad, parecía más natural que escoger tal sitio para asilo misterioso de pensamientos tiernos.

Reinaba una cálida y serena noche de estío: el firmamento, límpido y estrellado, comenzaba, además, a argentarse con los suaves rayos de la luna, que iba apareciendo majestuosa en su trono de nácar; los árboles y plantas, de diversas formas, adquirían cierta fantástica vaguedad al balancearse entre los pálidos albores; los efluvios penetrantes de mil variadas flores embalsamaban la atmósfera, refrescada un tanto por aquellas voluptuosas

brisas de los mares del sur americano... y la soledad poética del lugar, el silencio interrumpido a intervalos por algunas notas musicales del ruiseñor oculto entre las ramas..., todo, en una palabra, hacía del jardín de la incomparable capitana, en aquellas horas de las sombras propicias al amor, un teatro a propósito para las ardientes aspiraciones del deseo y los ensueños dulces de la esperanza.

Tanto era así, que don Alonso se sintió estremecido de emoción a la sola idea de encontrar allí a su amada, envuelto el lindo talle por aquel ambiente fragante, coronada la alabastrina frente por los tibios destellos del astro apacible de la noche, y acariciada la blonda cabellera por los tenues besos del aura, que uniría sus suspiros a los recogidos en sus alas de los carmíneos labios de la hermosa.

Enajenado con tales pensamientos, había andado gran parte del jardín, cuando de pronto, al aproximarse a un cenadorcillo cubierto de madreselvas, llegó a sus oídos el suave murmullo de femenil acento.

Palpitó con violencia el corazón del togado, que dio tres pasos más precipitadamente, pero se detuvo en seguida, atónito y como estupefacto.

No podía ya caberle duda: era la voz de Estrella la que oía..., la voz de Estrella, pronunciando dentro del cenador algunas de aquellas inefables palabras que le habían sido a él mismo tantas veces dirigidas.

En la presente ocasión contestaba a ellas otra voz varonil, que con cada una de sus apasionadas inflexiones clavaba en el pecho del fiscal, agudo y emponzoñado dardo.

Tan aterradora fue la impresión recibida, que se quedó éste durante algunos minutos sin movimiento, sin habla, y aun pudiéramos decir sin conciencia exacta de lo que le estaba pasando.

A los esfuerzos que para arrancarle de allí comenzó a hacer la asustadísima esclava, comprendiendo al fin lo crítico de la situación, se fue despertando en don Alonso la paralizada actividad, y con tal ímpetu se desató en su alma la furia de los celos, que, queriendo acaso decir algo, sólo pudo arrojar un grito inarticulado, más semejante al rugido de una fiera que a ninguna exclamación salida del labio humano.

Oyólo Estrella, y echó a correr despavorida a refugiarse en su casa, en tanto que don Alonso, tirando frenético de la espada, se precipitaba hacia la entrada del cenador, donde se encontró frente a frente con el joven cacique de Turmequé.

Aunque disfrazados ambos, reconociéronse los dos rivales a la primera mirada, y, sin trocar una sola palabra, cruzaron al punto los aceros, cuyos estridentes choques sucedieron de pronto a los tiernos conceptos y a los amorosos suspiros de que, momentos antes, había sido testigo aquel jardín solitario.

La esclava, mientras tanto, explicaba con balbuciente labio a su señora, de quien fue en seguimiento, los antecedentes de lo ocurrido, convirtiendo con tales aclaraciones el pánico terror que hiciera huir a Estrella, en fundado y profundísimo espanto.

Ya hemos dicho que no era malo el corazón de la voltaria beldad; que no pertenecía al número de aquellas frías coquetas capaces de hacerse un juego del amor que inspiran, y un triunfo de los desastres que ocasionan. Había amado al fiscal, idealizándolo con todos los tesoros de su rica fantasía, y ahora, que aquella ilusión se hallaba desvanecida, amaba con nuevo delirante entusiasmo al bello príncipe indígena, que parecía hecho ex profeso para exaltar los sentimientos de una organización caprichosa, en la que todo era tan enérgico como pasajero.

A la idea de que dos hombres igualmente enamorados de ella se habían encontrado en

su jardín, preveía la incomparable capitana la consecuencia inmediata de semejante suceso, y se halló presa de tan terrible angustia e insoportable ansiedad, que, sin atender a las súplicas y reflexiones de su esclava, tornó desatentada al mismo paraje de que había huido, resuelta a interponer su hermoso pecho entre las espadas de don Alonso y don Diego.

En vano, empero, recorrió todo el jardín, llamando al uno y al otro entre desgarradores sollozos; todo estaba desierto y silencioso... Los dos rivales habían desaparecido, cual si se los tragase la tierra, y acaso juzgara Estrella que cuanto le parecía haber ocurrido aquella fatal noche no era sino alucinación de un sueño, si de pronto, al pasar cerca del cenador, no hubieran resbalado sus delicados pies en un charco de todavía hirviente sangre.

Cayó sin sentido sobre ella, y al levantarla en sus brazos la negra que la acompañaba, pudo observar, merced a la claridad de la luna, luciendo ya plenamente en lo más alto del firmamento, que el rojizo rastro llegaba hasta la misma puerta del jardín.

Era evidente, por tanto, que uno de los dos contendientes había sido sacado por allí, regando con su sangre las huellas de su conductor.

IV

La incomparable capitana fue asaltada aquella noche por violentísima fiebre, que su marido y su médico atribuyeron, desde luego, a las fatigas y a las emociones de la montería reciente, y que su previsora esclava supo aprovechar para enarenar por sí misma la parte del jardín donde las manchas de sangre revelaban la escena de que había sido teatro.

Nosotros, por nuestra parte, dejaremos a la señora en su lecho, y a la negra en su prudente trabajo, para transportar por segunda vez al lector a la ciudad de Santa Fe, y presentarle, como es debido, otro personaje de esta verídica historia, del cual aún no hemos tenido ocasión hasta ahora de darle noticia alguna.

Llámase Juan Roldán, y un buen amigo nuestro (distinguido escritor del lejano país en cuya infancia ocurrieron los dramáticos hechos que relatamos) lo ha designado con el nombre de Artagnan de Bogotá.*

Había sido aquel hombre alguacil de corte durante la presidencia de don Lope de Armendáriz, quien lo estimaba mucho, y en servicio del cual jugó algunas malas partidas al visitador Monzón, pero descubriendo en ellas tanta travesura de ingenio y tanta decisión de carácter, que, lejos de cobrarle ojeriza el viejo jurisconsulto, concibió vivos deseos de conocerle y de atraerle a su bando.

Efectivamente, cierto día que pasaba Roldán por la plaza donde tenía su morada el visitador, pocas semanas después de lo narrado en nuestro anterior capítulo, se halló sorprendido por el aviso, dado por un paje, de que su señor le había visto desde el balcón y le mandaba pasase inmediatamente a su despacho.

Atendiendo a la voz de la conciencia, pensó desde luego el cesante alguacil que era llegado, aunque algo tarde, el momento de pagar sus insignes trapisondas en favor del presidente caído; pero, no obstante, se presentó a Monzón con tranquilo talante y levantado ánimo, porque era persona que no eludía nunca la responsabilidad de sus actos.

– ¿Sois vos –le preguntó el juez–, quien, según afirma la pública creencia, me habéis

* Nuestros ilustrados lectores conocen, sin duda, al Artagnan francés, que tanto figura en una de las más populares novelas del célebre Alejandro Dumas, padre.

puesto por apodo *Catón el del azote?*

– Sí, señor –respondió sin inmutarse Roldán–: Catón, según dicen gentes más instruidas que yo, era un austero romano, enemigo declarado de toda injusticia. ¿Con quién mejor pudiera, por tanto, comparar a vuestra señoría?

– Veo que no me engañaba –dijo don Juan Bautista–, al suponeros un perillán de talento y de audacia, capaz de salir bien de las mayores dificultades. ¿Habré acertado del mismo modo con otra cosa que imagino de vos?

– Dígala vuestra señoría –replicó Roldán–, y con toda franqueza le declararé si se equivoca o si atina.

– Pues bien –repuso Monzón–, paréceme, desde que tuve conocimiento de algunos rasgos vuestros, que tenéis mucho de duende, y en tal concepto nada puede pasar en todo el reino de la Nueva Granada, sin que os sea fácil dar de ello los más exactos pormenores.

– Exagera un poco vuestra señoría –contestó el ex alguacil–, aunque no va del todo descaminado su juicio. Es indudable que casi siempre descubro cuanto quiero descubrir, y averiguo cuanto me conviene averiguar, mas carezco de la facultad, atribuida a los duendes, de penetrar hasta el fondo del alma para descubrir sus secretos; y tanto es así, que, cuando vuestra señoría me hizo llamar, hubiera jurado estarme destinada cuando menos terrible reprimenda; del mismo modo que ahora, viendo la afabilidad con que me trata, no tengo bastante ingenio para explicarme tan impensada fortuna.

– Sin embargo –observó sonriendo el visitador–, estoy seguro de que comprendéis perfectamente que un hombre como vos pueda ser preciosa adquisición para otro hombre que se halle en mis especiales circunstancias.

– La verdad es –dijo Roldán– que no me figuraba lo reconociera vuestra señoría; pero me guardaré bien de incurrir en una falsa modestia, negando que encuentre en mí cuanto pueda necesitar, si pretende vuestra señoría tener a su disposición un amigo a toda prueba.

– ¿Queréislo ser desde hoy? –inquirió el visitador.

– Lo quiero y lo he menester –respondió Roldán–; pues no sólo me complazco en consagrar mi vida al servicio del señor que me escoge, sino que además mi cesantía me reduce a vivir con harta escasez, para no aprovechar favorablemente ardiente ocasión de proporcionarme, a cualquier precio, tan poderoso patrocinio.

–Dadme, pues, la mano –pronunció el visitador–, y contad con que, viviendo yo, no faltará nunca el pan en vuestra mesa, pero sabed también que exijo prueba inmediata de que queréis y podéis corresponder a mi buena voluntad en favor vuestro.

– Determine vuestra señoría esa prueba y la tendrá, si no es humanamente imposible.

– Pues bien, tomad este bolsillo, que contiene oro de buena ley, y volved a verme dentro de tres días, trayéndome informes fidedignos de dónde se encuentra y qué es lo que hace el fiscal don Alonso de Orozco, pues no ignoráis sin duda, como nadie en el pueblo, que partió para Tunja a no sé qué negocios, hace ya cerca de un mes, y nada se sabe de él; lo cual tiene a su esposa muy llena de zozobras, y a mí muy lleno de sospechas de que aquél, mi enemigo, prepare entre el misterio nuevos embrollos y asechanzas.

– Al tiempo fijado por vuestra señoría, y a la misma hora que está sonando, me verá entrar en esta estancia, para poner en su conocimiento cuanto logre inquirir sobre el asunto que me encarga.

– Adiós, pues, Roldán; cuento con vuestra promesa y con vuestra discreción.

– Adiós, señor don Juan Bautista; aunque se lo haya tragado la ballena de Jonás, juro traer a vuestra señoría noticias ciertas de las operaciones del fiscal.

Estas fueron las últimas palabras trocadas entre el juez y el alguacil, quienes se separaron en seguida, quedando el uno muy satisfecho del servidor que adquiría, y yendo el otro colmado de esperanzas con el protector que ganaba.

V

Con la ausencia de don Alonso de Orozco se había calmado un tanto la agitación efervescente de los dos partidos o bandos en que se hallaba dividida la ciudad de Santa Fe, patentizándose más quién era el principal excitador que tenían por entonces las pasiones populares

Don Juan Bautista, sin embargo se hallaba cual nunca preocupado, porque le advertía vago presentimiento que algo muy nuevo y terrible debía surgir pronto de aquella transitoria suspensión, que bien podía compararse con la calma que suele preceder a las grandes tempestades.

Esperaba con impaciente anhelo los informes prometidos por Roldán, y llegó al fin el día señalado para su segunda entrevista, presentándose el alguacil cesante exactamente a la hora por él mismo fijada.

– ¡Y bien!, ¿podéis sacarme de dudas? –preguntó el visitador, apenas le tuvo en su presencia–. ¿Se halla en Tunja todavía el silencioso fiscal?

– No se halla en Tunja, ni ha pisado siquiera aquel suelo –respondió Roldán moviendo la cabeza–. El señor de Orozco fue solamente a Turmequé, con objeto sin duda de procurar algún solaz a la bella desterrada, pero sé de buena tinta que sólo ha contribuido su visita a aumentar los disgustos de la incomparable capitana. Es cosa fuera de duda, al parecer, aunque sabida de muy pocas personas, que el pobre fiscal tuvo un duelo, según algunos, con el marido de la dama; según otros, que a mi entender juzgan mejor, con cierto caballero, desconocido todavía, y con el cual medió, por lo visto, alguna casual reyerta. Lo que hay de positivo, hoy por hoy, es que don Diego de Torres halló, no sé dónde, al susodicho don Alonso, herido de no poca gravedad, y que lo hubiera pasado harto mal, si piadoso el cacique no lo hubiese confiado sigilosamente a los cuidados de un amigo suyo, que le ha asistido con cariñoso esmero, teniendo el gusto al presente de contemplarle fuera de peligro. Si son de todo punto exactos los informes adquiridos, dentro de pocos días tendremos en Santa Fe al convaleciente, y quiera Dios que la sangría recibida le haya calmado el ardoroso espíritu de intriga que tanto desarrollo había adquirido en él durante los meses últimos.

– No esperaba, ciertamente, nada de lo que me habéis contado –dijo Monzón a su nuevo servidor–; pero tanto confío en su exactitud, que excuso buscarle confirmación escribiendo a mi joven amigo el señor de Turmequé, quien desde luego me confiaría cuanto supiese, pues creo merecerle absoluta confianza. En cuanto a la llegada de Orozco, no os encargo me deis inmediatamente aviso de ella, porque abrigo certidumbre de que, no obstante la sangría recibida, como vos decís, ha de volver aquel hombre tan inmutable en sus odios, que, sin que nadie me la advierta, conoceré de seguida su presencia en Santa Fe.

El visitador no se engañaba en cuanto a prever que el regreso de su enemigo se haría sentir prontamente, pero pudo notar con extrañeza un nuevo e inesperado giro en las intrigas que difundía su soplo.

Aunque asaz decaída la robustez física de don Alonso, a consecuencia, según él, de unas largas tercianas acabadas de pasar, de ninguna debilidad se resentía su ánimo, fecundo

siempre en invenciones dañinas, y la que entonces echó a volar por la atmósfera pública, era de tal naturaleza que desde luego conocerá el lector cuán meditada había sido, y qué infernal espíritu la inspiraba.

Comenzó a circular de súbito pavoroso rumor: hablábase nada menos que de una conspiración formidable, preparada entre tinieblas y próxima a estallar cuando menos se esperase. Suponíase que la todavía numerosa raza india, saliendo al cabo de su aparente indolencia por alguna iniciativa secreta, tenía concertado el degüello de todos los españoles, comenzando la sangrienta hecatombe por los magistrados de la Real Audiencia y demás autoridades de las provincias de Nueva Granada.

Esta voz, insólita y alarmante, fue haciéndose de día en día más fuerte y más insistente, hasta el punto de inquietar mucho, según indicios, a los señores magistrados, cuyo espanto pareció llegar a su apogeo al sonar repentinamente el nombre del cacique de Turmequé, como jefe de la conspiración tenebrosa.

Ninguna de las personas que le conocían particularmente prestó crédito a tal acusación, pero el bando contrario al visitador, de quien era grande amigo don Diego, aparentó profunda certeza de ser harto fundada la voz pública, a la que hizo tomar cuerpo y procuró justificar con toda clase de calumnias contra el acusado.

Mientras tanto, los oidores exageraban sus alardes de pavura, y con motivo todo del vociferado alzamiento, se organizaron a toda prisa compañías y escuadrones de soldados; se puso guardia permanente al Real Sello, llamando para ello desde Marequita al capitán que tenía dicho cargo, y, suponiendo a la ciudad de Tunja foco de la conspiración, llenáronla de vigilantes y espías, cortando los caminos por donde se dijo esperaban nuevas fuerzas los conjurados.

En vista de tantos preparativos y armamentos, las gentes sencillas llegaron a amedrentarse de veras, y, según palabras del cronista don Juan Rodríguez Tresle, se "alborotó toda aquella tierra, si bien entendían los buenos el engaño y la falsedad en que se fundaba todo".

Era uno de estos *buenos*, que veían claramente la mano urdidora de la trama, el visitador don Juan Bautista Monzón, el cual se explicó entonces por quién y con qué motivo había sido herido el fiscal, resuelto al parecer a vengarse a todo trance.

En consecuencia, confió a Juan Roldán la nueva misión de pasar secretamente a Turmequé para ver al cacique en su nombre, darle conocimiento exacto de lo que estaba pasando, y aconsejarle huyese sin demora, embarcándose para España, donde, a cubierto de las iras de su enemigo, podía poner en claro su completa inocencia y las viles maquinaciones de que se intentaba hacerle víctima.

Roldán desempeñó con su fidelidad acostumbrada el encargo que se le confiara, y puso en juego cuantos recursos le sugirió la imaginación para decidir a don Diego a no perder momento, ya que, por fortuna, o más bien por carencia de pruebas, que aún no habían podido fraguarse, retardaban mandarle prender el fiscal y sus secuaces.

Todo, sin embargo, fue inútil. Hércules hilaba a los pies de Ofelia, olvidando toda una vida de gloriosas proezas; y Sansón, adormecido en el regazo de Dalila, se dejaba despojar de la cabellera, en que consistía su fuerza, para ser entregado a los filisteos...

¿Qué mucho, pues, que un indolente príncipe indiano, en el período más fuerte de su amorosa pasión, lo olvidase también todo y todo lo arriesgase, antes de consentir en romper la dulce cadena que lo ataba en Turmequé a las plantas de la incomparable Estrella?

Los sabios consejos del visitador, y las reflexiones y súplicas de Roldán, se estrellaron fatalmente contra la invencible ceguedad de los primeros amores, y persuadiéndose don

Diego de que todas las alharacas y calumnias excitadas por su vencido y rabioso rival, no podrían causarle otro daño que el de inquietarle algunos días, si era tan cobarde que las temiera, se contentó con agradecer a Monzón y a su emisario el interés que le demostraban, contestando al primero en las siguientes líneas, trazadas al correr de la pluma y sin ningún género de previsión o cuidado:

> He sabido por vuestro mensajero todo lo que ocurre allá, y veo que, como me decís, la trama se transparenta bastante; pero no tengáis cuidado: yo no me amedrento ni huyo, mas estoy prevenido, y, si fuese menester gente, de las hojas de los árboles sabremos hacer hombres, antes que sucumbir a los sátrapas opresores de este infortunado país. De todos modos, cuento con vos y con la ayuda del cielo, para no ser vencido en la lucha.

Confiado este escrito a Juan Roldán, le despidió el cacique, no sospechando ni remotamente que acababa él mismo de suministrar un arma a la malicia de sus contrarios; arma que le asestarían sin darle tiempo para llevar a efecto ninguna de las prevenciones en su defensa, que, según indicaba a Monzón, parecía dispuesto a oponerles. La fatalidad, que comenzaba a perseguirle, se encargó de apresurarle la triste evidencia de su imprevisión y de la sagacidad de los calumniadores.

Don Alonso se había creado una policía, por la cual se hallaba al corriente de cuanto pasaba, así en la capital del reino como en Tunja y en Turmequé: ella le dio conocimiento oportuno de la salida de Roldán para el último de dichos puntos, con misión secreta del visitador para don Diego de Torres, y cuando desempeñada aquélla, regresaba el ex alguacil de corte un tanto mohíno de la inutilidad de sus esfuerzos, se vio asaltado de súbito en lo más solitario del camino, por seis hombres armados que se daban todas las apariencias de ladrones, pero que, según pudo comprender más tarde, eran agentes disfrazados del infatigable Orozco.

Creyendo al principio Roldán que se trataba sólo de despojarle del dinero, y dispuesto a sacrificarlo, a trueque de no perder momento para llevar cuanto antes a su nuevo protector la carta del cacique, cuyo contenido ignoraba, sin embargo, no vaciló en vaciar prontamente sus bolsillos en manos de los salteadores, pero como no era esto lo que ellos buscaban, aparentaron dudar fuese tan escaso el oro que llevaba consigo, expresándole no se satisfarían sino después de registrarle escrupulosamente.

Al ejecutarlo así, encontraron la carta del cacique al visitador, y la tenaz resistencia opuesta por Roldán a dejársela arrancar, sólo sirvió para convencerlos de la importancia del hallazgo, el cual se apropiaron sin escrúpulo, dejando harto mal parado al animoso alguacil, quien se batió heroicamente contra los seis para defender el objeto que le estaba encomendado.

Quedó el infeliz rendido, y maniatado a un árbol en el fondo de áspero matorral, donde pasó dos días sin ningún auxilio humano. Acudieron al cabo, atraídos por sus gritos, algunos indios de las cercanías, los cuales le acogieron hospitalariamente en sus chozas, proporcionándole el alimento y descanso de que se hallaba asaz necesitado.

VI

La carta del cacique al visitador, de que se vio en posesión don Alonso de Orozco, fue para él un tesoro superior en valía a cuantos hubiera podido concebir en su avidez de

venganza. Aquella carta, que, como habrán notado nuestros lectores, se prestaba sin violencia a las interpretaciones más malignas, no sólo comprometía gravemente a su autor, sino también a la persona a quien iba dirigida; por tanto, el fiscal se encontraba impensadamente con medios de satisfacer su ensañado aborrecimiento hacia el hombre que le había robado el corazón de su querida, regando, además, con su sangre el sitio de amorosas citas, y de cumplir al mismo tiempo los votos de su ciego encono contra el severo censor de sus devaneos, quien, desterrándole el objeto amado, había sido origen de sus primeros pesares, y aun de las posteriores consecuencias de aquella separación impía.

Tan grande fue el júbilo que le inundó el alma, que su salud no poco quebrantada de resultas de las heridas, se robusteció rápidamente, recobrando aquella naturaleza activa y vigorosa todo su resorte primitivo.

El importante documento, espada de dos filos en su mano, fue presentado sin pérdida de tiempo al tribunal y examinado en secreta sesión que el público no conoció hasta ver sus efectos, sirviendo de encabezamiento a la causa criminal incoada contra don Diego de Torres, sobre el cual recayó en el mismo día mandamiento de prisión. No se atrevió la Audiencia a dictar igual medida respecto del visitador; ya fuese porque se intimidase ante la magnitud del hecho, comprendiendo que si la opinión pública aceptaba sin dificultad la verosimilitud de que un príncipe indígena conspirase por libertar a su pueblo del extranjero yugo, no podría aceptar del mismo modo la absurda suposición de que se le asociase en la empresa el severo magistrado español honrado con la confianza del rey; ya fuese porque se propusiera Orozco forjar, durante el curso del proceso, indicios más vehementes en que la inculpación se apoyara.

Corrieron tan veloces los procedimientos del tribunal, que sorprendido el cacique, cuando ni aun sospechaba posible se intentase llegar a tal extremo en la farsa creada por el odio, se encontró preso en su propio domicilio, sin que le fuera posible intentar defenderse, entrando en Santa Fe, para ser encerrado en oscuro calabozo, el mismo día en que Roldán, repuesto un tanto de su maladanza, volvía también confuso y cabizbajo, para presentarse al visitador y darle cuenta de su triste aventura.

De este modo supo don Juan Bautista simultáneamente el encarcelamiento de su amigo y la existencia de una carta de éste dirigida a él, en poder de los enemigos de ambos; pero como ignoraba la forma fatalmente ambigua que había dado el desacertado joven a aquel escrito familiar, y como no le era posible suponer pudiera redundarle otro daño que el de patentizar su interés por la suerte del simpático príncipe, estuvo muy lejos de prever las ulteriores consecuencias que, para el uno y para el otro, pudiera tener aquella carta.

No obstante esto, le afectó en gran manera la prisión de don Diego, tanto más, cuanto que comprendía que todo lo que intentase hacer en su favor podría resultar en su daño, aumentando, con las pruebas de su cariño, el odio tan ostensiblemente empezado a mostrar contra don Diego, por el bando que hasta entonces había hecho del mismo Monzón blanco principal de sus tiros.

La causa formada al preso avanzaba con inusitada rapidez y envuelta en profundísimo misterio, pero toda la gente desapasionada iba viendo, asaz claro, que la única verdadera conspiración era la fraguada por el fiscal para comprometer al cacique, persuadiéndose, sin embargo, la generalidad del público, y más que nadie Monzón, de que faltando pruebas con que justificar el crimen imputado a don Diego, el desenlace del drama no podría ser sangriento.

El desengaño de tal juicio no se hizo esperar mucho. Siguiendo sus trámites el proceso

sin la menor pausa, llegó a vista, y todo el reino de Granada supo, con escándalo y dolor, que el cacique de Turmequé, convicto de traición a la madre patria, por una carta suya y por dos testigos, agentes conocidos del fiscal, había sido condenado al cadalso, confiscándose todos los bienes a favor de la Real Cámara.

Cuando don Juan Bautista tuvo certeza de aquella increíble injusticia, la tuvo también, por desgracia, de que el asesinato jurídico que se intentaba aparecía revestido de todas las formalidades legales, no prestándose, por tanto, a que se reclamase contra él; pero sí a que cualquiera gestión suya a favor del sentenciado, apareciese como corroborante de la complicidad que en dicho proceso se procuraba atribuirle, bien que de un modo oscuro y cobarde.

Hasta la misma severidad de Monzón, suspendiendo, como lo había hecho, a algunos ministros de la Real Audiencia, había servido a los planes de sus adversarios, pues reducido el tribunal a sólo dos oidores, y siendo Zorrilla dócil instrumento de la voluntad de Orozco, del lado a que se inclinase éste iba forzosamente el peso de la mayoría.

Ningún recurso, por tanto, encontraba don Juan Bautista para salvar a don Diego; ninguna esperanza podía enviar al infortunado amigo víctima de inicua trama.

Bajo la pesadumbre de este pensamiento, paseábase el visitador nerviosamente agitado por toda la longitud de su aposento, mesándose de vez en cuando las venerables canas, y exhalando a intervalos dolorosas exclamaciones, cuando entró su paje a advertirle que el ex alguacil de corte pedía con empeño hablarle.

Todo era importante para el afligido anciano en aquellos instantes, y estuvo a punto de negarse a recibir a Roldán. Pero era tanta, al parecer, la impaciencia de éste, que, sin aguardar venia, apareció de pronto en su presencia.

– Ya sabréis el espectáculo que vamos a tener –le dijo con acerba sonrisa don Juan Bautista–; la sangría que esperabais debilitase el ardor de los odios del fiscal, va a producir otra, de efectos más seguros y funestos.

– Sé que está condenado a muerte don Diego de Torres –contestó el alguacil–; pero sé también que al entrar en capilla mañana, cesará la incomunicación en que se le ha tenido hasta hoy.

– ¿Qué consuelo sacáis de eso? –preguntó Monzón.

– Uno muy importante –repuso su interlocutor–; podré verle y hablarle.

– No me hallo con fuerzas para hacer otro tanto –dijo el visitador suspirando.

– Pues yo sí –replicó Roldán, en cuyo rostro pareció brillar cierta vislumbre de esperanza–. ¿Juzga vuestra señoría imposible que antes de que luzca el día de la ejecución ordenada por el tribunal, venga una noche bastante tenebrosa para favorecer, mediante mi buena voluntad y el auxilio del cielo, la evasión de don Diego de Torres?

– ¡Ah!, si tal lograseis –exclamó el magistrado, a quien parecía comunicarse el ánimo de su nuevo amigo–; si a tanto llegara vuestro ingenio y vuestra audacia, juro que os pondría "por medalla de mi gorra".*

– Pues yo soy capaz de todo por servir a vuestra señoría y por libertar al pobre cacique, víctima inocente de la más sañosa envidia.

– Pero, ¿qué haréis –preguntó don Juan Bautista– para salir bien de vuestro empeño? ¿Qué plan habéis concebido? ¿Con qué cooperación contáis?

– Suplico a vuestra señoría –replicó al punto Roldán–, no me pida explicaciones, pues

* Palabras textuales de la crónica.

en balde quería dárselas. Sólo sé que me he dicho a mí mismo, con resolución inmutable, que es menester salvar la vida de don Diego, impidiendo el triunfo del fiscal. Me lo he dicho a mí mismo, y creo que lo cumpliré. Los medios, dejo a la Providencia el cuidado de suministrármelos. El sábado, según tengo entendido, es el día señalado para la ejecución sangrienta. Ruego a vuestra señoría que el viernes por la noche tenga aprestado algún disfraz oportuno, y en sus caballerizas el mejor y más ligero de sus caballos, pues confío presentarle aquí al preso, y conviene que todo esté preparado para su precipitada fuga.

El visitador, sin poder contenerse, estrechó en sus brazos al alguacil cesante, y le juró solemnemente que o no podría cosa alguna, o le alcanzaría la mejor encomienda de la Nueva Granada.

– No me pesará ser rico –contestó Roldán–; pero el abrazo que acabo de recibir de vuestra señoría vale más que todas las encomiendas del mundo. Adiós, señor; hasta el viernes por la noche..., o hasta la eternidad; porque si no salgo airoso de mi empresa, jamás tendré valor para tornar a ponerme en la presencia de vuestra señoría.

VII

Al llegar a los oídos de Estrella la inesperada cuanto infausta noticia de haber sido sentenciado a muerte el hombre a quien al presente adoraba, por la implacable venganza del amante pretérito y sustituido, sintió con tal violencia los ímpetus del dolor y de la ira, que, en los primeros momentos de febril exaltación, estuvo a punto de ir a Santa Fe, para traspasar con un golpe de su propia diestra el corazón del malvado, que le parecía entonces imposible hubiese sido nunca objeto de su cariño entusiasta.

Cierto moralista ha dicho que nada llega a ser tan indiferente para una mujer como el amante que no ha sabido conservar su conquista; pero Estrella iba más lejos, y no sin razón, pues concebía odio a muerte contra don Alfonso; reputando gran desdicha que la espada del cacique hubiera dejado incompleta su obra, la memorable noche del encuentro en el jardín.

Estos arrebatos, sin embargo, tuvieron la limitada duración de que, al parecer, no acertaban a salir los sentimientos de aquella alma impresionable y, viniendo al extremo de la reacción, sucedió a ellos tan profundo abatimiento y tan femenil flaqueza, que acabó Estrella por escribir humilde y poética carta al mismo causador de su amargura, a quien poco antes hubiera querido aniquilar con su saña.

En aquella carta, no sólo se le imploraba con fervorosas súplicas para que no manchase su buen nombre de magistrado, sacrificando a un inocente a sus rencores de hombre, sino que hasta se le dejaba entrever la lisonjera esperanza de recobrar la felicidad perdida, si mostraba merecerla, dando, con la salvación de su rival, prueba grande y gloriosa de su levantado ánimo.

Al trazar dichas líneas la incomparable capitana, creíase de buena fe sublimada hasta la cumbre del más excelso heroísmo; porque matar a don Alonso por amor a don Diego se le presentaba entonces como cosa vulgar; pero sacrificar su nuevo amor hasta el punto de volver al antiguo, en el momento de serle más odioso, era comprar la vida del cacique con la inmolación de sí misma.

Juzgando, pues, según estas ideas, que forzosamente se rendiría el corazón de Orozco a pruebas tan extraordinarias de la inmensa valía del que se le presentaba posible de

reconquistar, calmáronse un tanto sus angustias y zozobras, pasando de un modo llevadero los penosos días de expectativa.

Mientras tanto, el fiscal, insensible a los elocuentes ruegos y a las dulces esperanzas que la carta contenía, mandó notificar su sentencia al desventurado don Diego, haciéndole poner en capilla inmediatamente después.

Aunque sorpendido el joven por golpe tan imprevisto, pues jamás se le ocurrió pudiera llegar a tanto la audacia y perversidad de su enemigo, supo mostrar la dignidad y entereza que convenía a su rango, y de la multitud de amigos que se apresuró a ir a visitarle, tomando parte en su desgracia, no hubo siquiera uno que no saliese asombrado del predominio inmenso que ejercía sobre sí mismo aquel príncipe, lleno de porvenir, a quien iban a arrancarle la existencia en lo más florido de sus años.

Las simpatías que siempre mereció de la mayoría del pueblo, se exaltaron, como era natural, por la compasión excitada por su desgracia, y hasta muchos de los mismos partidarios del fiscal se mostraron poco dispuestos a aplaudir aquel triunfo, del que en su interior se avergonzaban.

Durante todo el día del jueves no se desocupó un momento de visitadores entristecidos el calabozo de don Diego, siendo uno de los últimos que se presentó a llenar tan amargo deber el ex alguacil Roldán, pues llegó precisamente en el momento de anunciar el alcaide que había sonado la hora de cerrar las puertas de la cárcel. Apenas tuvo tiempo, por consiguiente, de precipitarse a abrazar al sentenciado, pero aprovechó aquel acto para decirle al oído con rápido y claro acento, del que no perdió don Diego ni siquiera una sílaba, estas palabras misteriosas:

– ¡Valor!, mañana os traeré un regalo del cual espero mucho.

Dicho esto, dio el pésame al cacique en alta voz, y saliendo del calabozo, acompañado del alcaide, preguntó a éste si le permitiría –según era acostumbrado hacerlo con los reos en capilla– obsequiar al día siguiente a don Diego con algunos manjares suculentos, que le prestasen fuerzas para el trance terrible.

– No tengo ninguna orden en contrario –respondió el interrogado–; podéis, pues, ejecutar vuestro caritativo deseo; mas sin poner en olvido que mañana es viernes, día de vigilia, y no parece bien darle carne por alimento a quien va a comparecer delante de Dios el sábado, para rendirle cuenta de sus fallas.

– Os estimo la advertencia –repuso Roldán–; pero como creo que nada fortifica tanto como la sustancia animal, traeré a don Diego dos pasteles; uno de pescado, para que se le sirva mañana; y otro de carne, que podrá comer cuando haya pasado la mitad de la noche.

– Sea en buena hora –dijo el alcaide despidiéndole a la puerta–; de todas maneras, me parece que poco apetito ha de tener el pobre mozo para aprovecharse de vuestras previsoras liberalidades.

Las palabras del ex alguacil agitaron toda la noche, con devorante insomnio, la mente de don Diego de Torres. El débil rayo de esperanza que de improviso penetraba en su alma, le trastornaba de tal modo que, por más que discurría, formando multitud de conjeturas extrañas, no alcanzaba a encontrar ninguna racional, para prestarle suficiente asidero al empeño con que procuraba persuadirse de no ser su salvación imposible.

En aquellas horas de soledad, en las cuales podía descargarse de la aparente calma, impuesta cuando se hallaba a presencia de testigos por su orgullo de hombre y de príncipe, entregábase la pobre víctima a todo el natural sentimiento que le dominaba. Pesábale morir, porque se sentía joven, amante y amado..., porque le halagaba la vida pocas

semanas antes, y aun podría volver a embriagarle con sus delicias durante larga serie de venturosos años..., porque su conciencia le daba testimonio de que, no obstante devaneos juveniles, jamás se había manchado con ningún crimen odioso, digno de aquel castigo..., porque abrigaba, en fin, la noble ambición de poder algún día servir y honrar a su patria. Pesábale morir, repetimos, y le pesaba demasiado para que las oscuras indicaciones de Roldán se le apartasen un punto de la mente, permitiéndole reposo, ni bastasen, sin embargo, para prestar fundamento a ninguna justificable esperanza.

La fiebre que lo devoraba no se había calmado aún, cuando presentándose el alcaide en su calabozo, le anunció la salida del sol y la llegada del sacerdote que venía a prepararle cristianamente para su fin cercano.

Este brusco llamamiento a la realidad positiva de su tristísima situación arrancó a don Diego de sus agitadoras cavilaciones, y, como era religioso de veras, mandó entrar inmediatamente al ministro de Dios, procurando concentrar todas sus facultades para disponerse al cumplimiento de sus postreros deberes.

Así fue. Algunas horas más tarde había recibido cuantos auxilios brinda la católica Iglesia a los hijos de quienes mira en tan graves circunstancias, y suplicaba al alcaide no permitiese aquel día la afluencia de gente que le distrajo durante el anterior, pues deseaba pasar en recogimiento las últimas horas que le restaban en la tierra.

– ¿Negaré también entrada –preguntó el alcaide– al obsequioso Juan Roldán, que quiere regalaros vuestra comida de despedida?

Estremecióse el cacique al recuerdo que se le hacía de una tan dulce como vaga esperanza, y respondió suspirando:

– Bien; veré a Roldán, aunque harto comprendo que sólo es en la muerte en lo que pensar debo.

VIII

A la hora precisa de servirse la comida al preso, apareció Roldán con su anunciado regalo, que consistía, según había dicho al alcaide la noche antes, en dos pasteles de diversos tamaños, pero igualmente apetitosos por su aspecto.

Púsolos por sí mismo sobre la mesa, diciendo al indicar el de menos volumen:

– De este puede comer vuestra merced sin escrúpulo alguno, pues no faltará a la vigilia; en cuanto al mayor, déjelo, si gusta, para su última cena, que supongo hará bastante tarde.

Fijó don Diego los ojos en el gran pastel, comprendiendo que allí era donde se encerraba el misterio, pero como se hallase presente el alcaide, tomó prontamente el más pequeño y lo partió invitando a los testigos de dicha operación para que le acompañasen a hacerle los honores.

Aceptaron el alcaide y el ex alguacil, remojando el primero la comida con tan frecuentes libaciones, que, cuando los tres dejaron la mesa, pudo notar don Diego el efecto de aquéllas, pues comenzaba a hacerse harto visible.

Guardó entonces cuidadosamente, es decir, en el sitio más recóndito y oscuro de su calabozo, el enorme plato destinado a su cena, y esperó con ansiedad la noche, que por cierto anunciaba, en lo encapotado que se iba poniendo el cielo, y en los relámpagos que de vez en cuando parecían incendiarlo, sería probablemente lóbrega y tempestuosa.

Varios señores de Santa Fe y de Tunja, ligados a don Diego con particular amistad, le prestaron compañía, lo mismo que Roldán, hasta la llegada de las nocturnas sombras, pues

entonces –tanto por el aspecto amenazador del firmamento, como por la impaciencia que mostraba el alcaide deseoso de irse a domir la borrachera, contra la cual estaba luchando en balde– las visitas se retiraron sucesivamente, no sin verter lágrimas sinceras al dar al cacique los abrazos que juzgaban postreros.

Roldán se despidió después de todos; pero éste, en vez de llorar, dejó transparentar en su rostro tal expresión de brío y de confianza, que hubo de sentir don Diego comunicársele, como por magnetismo, aquellas animadoras impresiones.

Luego se quedó completamente solo, pues el alcaide se dio prisa a girar su última visita a los presos, para tenderse cuanto antes en su mullida cama, cerró su puerta don Diego con agitada mano, y levantó, palpitándole el pecho, la densa cubierta del pastelón misterioso, que acaso encerraba su vida y su libertad.

Efectivamente, presentáronse a su vista varias herramientas escogidas con acierto para el objeto a qué se las destinaba y entre ellas un billete de Roldán, diciendo:

> Limad, sin pérdida de tiempo, la cadena que os sujeta; luego trabajad por dentro, mientras yo haré lo mismo por fuera, para arrancar los hierros y dilatar el hueco de la ventanilla que presta luz al calabozo; una vez conseguido esto, que será fácil, porque la oscuridad de la noche debe ostentarse profunda, la misma escala de que haré uso para llegar a la altura de la reja, os dará auxilio para descender sin trabajo. Animo y actividad. Dios está con nosotros.

Don Diego cumplió exactamente las anteriores indicaciones, y la noche, justificando por completo los presentimientos de Roldán, desplegó sobre la tierra tan tenebroso manto, que muy en breve todo fue silencio y soledad en torno de los muros de la cárcel, sin que volviera a oírse ni la más leve pisada de importuno transeúnte.

Sin embargo, la emoción del cacique en aquellos instantes, y la zozobra que le agitaba, recelando a cada paso ver aparecer al alcaide, hacían que el trabajo emprendido en tales disposiciones progresase con harta lentitud para el ansia inmensa de su corazón impaciente.

Por dos veces tiró las herramientas, de que no acertaba a servirse con la destreza necesaria, y por dos veces también, sintiendo los ligeros golpes dados por Roldán en la reja, y viéndose todavía enlazado por los rudos eslabones de la cadena, la sacudió desesperado, con furor tan violento que ensangrentó sus carnes con el áspero roce de los hierros.

Don Juan Bautista Monzón también velaba en su casa, en medio de la ansiedad más penosa. Desde temprano había hecho se recogiese toda su servidumbre, quedándose sin otra compañía que un sobrino suyo, mozo discreto y decidido, a quien otorgaba toda su confianza.

Brioso corcel, enjaezado, aguardaba piafando en la caballeriza; traje completo de indio de las llanuras de Tunja colgaba de una especie de percha; y un par de pistolas de dos cañones, y una aguda partesana de tres filos, se veían encima de la mesa, del mismo despacho donde el visitador se paseaba inquieto, contando las horas de aquella noche que le parecía marchar con lentitud desusada.

De vez en cuando entreabría la ventana que daba sobre la plaza, y levantando los ojos al cielo, en el cual no brillaba ni una estrella solitaria, y del que se desprendía a intervalos menuda lluvia, acompañada de sordos truenos y de silbidos del viento, murmuraba plegarias fervorosas a favor del mísero príncipe, cuya vida o muerte se estaban jugando al azar en aquellos momentos.

Duraba la expectativa angustiosa desde las nueve de la noche, y habían sonado las doce, sin el menor indicio de que pudiera pronto terminarse.

– Mucho temo, señor –dijo a don Juan Bautista su sobrino–, que el bueno de Roldán se las haya pintado harto felices, seducido por la viveza de su imaginación fecunda.

– No lo quiera Dios –contestó el visitador, dejándose caer en un sillón, rendido por el movimiento continuo en que había estado tres horas–; es necesario creer que la justicia divina no ha de permitir se consume la más vil iniquidad; pero a pesar de asistirme esta convicción, confieso que crecen por momentos mis inquietudes, pareciéndome que esta noche, tan lóbrega y tan triste, más bien que protectora de la evasión de don Diego, es como anuncio luctuoso de su inevitable muerte.

– No tengo miedo por él solo –repuso su interlocutor–, sino que me espanta la idea de que la perversidad de don Alonso de Orozco no ha de contentarse con una víctima. Sabed, no faltan audaces que propalen, con aire de reserva, ser prueba del grande miramiento que la Audiencia quiere tener por vos, el que no suene ya vuestro nombre como comprometido en el proceso del cacique.

– Reconozco que son capaces de todo mis sañosos enemigos, pero lo absurdo de semejante acusación no puede escaparse a la claridad de su entendimiento. Nada receléis en ese punto, y como logremos salvar al pobre don Diego, espero con toda seguridad que hallará en España la protección que merece, y sus calumniadores y los míos el castigo que dicta la justicia.

Cuando acababa el visitador de pronunciar estas palabras, parecióle percibir algún rumor en la plaza, y levantándose lleno de esperanzas, corrió con su sobrino a la ventana.

La lobreguez era tal, que nada podía distinguirse, pero prestando atento oído a la voz de un hombre que se acercaba hablando con otros, pudieron comprender tío y sobrino, estremeciéndose de horror, que aquellos individuos, que pasaban delante de su ventana, eran los operarios que dejaban levantado el patíbulo para el cacique, y se retiraban charlando de ello tranquilamente a sus casas.

La campana de la próxima iglesia daba entonces la una... Había pasado la primera hora del fatal sábado, cuya luz al nacer debía alumbrar la ejecución de don Diego.

A esta idea aterradora se sintió desfallecer Monzón, y hasta su joven deudo no pudo reprimir la siguiente exclamación:

– ¡Me parece que todo está perdido!

Siguióse largo intervalo de pavoroso silencio; pero de pronto ligerísimo aunque perceptible golpe, sonó en la reja de la ventana, y precipitándose a ella los dos hombres que con ansiedad velaban, oyeron la conocida voz de Roldán articular estas breves y elocuentes palabras:

– Aquí estamos.

Corrió el joven a abrir la puerta a los recién venidos, y no tardó don Juan Bautista en ver delante de sí al ex alguacil triunfante, quien presentándole su conquista, le dijo con su habitual desenfado:

– Hele aquí, que viene para pagarle a vuestra señoría el abrazo que me adelantó generoso.

Largo y tierno, sin duda, fue aquel abrazo dado por el anciano magistrado al joven príncipe su amigo; mas no lo fue menos el que repitió al libertador de éste, arrancando de aquel corazón, tan entero como agradecido, una lágrima de enternecimiento.

Era, empero, preciso no detenerse en demostraciones afectuosas; el tiempo urgía demasiado.

Don Diego fue revestido con prontitud de su disfraz de indio campesino; don Juan Bautista le dio en pocas palabras los consejos e instrucciones que juzgó convenientes; su joven deudo le armó de partesana y pistolas; Roldán trajo por sí mismo de la caballeriza el ligero corcel destinado a alejarlo rápidamente de los sitios que podían serle peligrosos; y el cacique, llorando de júbilo y de reconocimiento inefable, los estrechó uno a uno entre sus brazos, pidió al venerable anciano su bendición de hombre justo, y plantándose, con su acostumbrada gallardía, en la montura que le aguardaba, emprendió carrera tan veloz, que aún no habían cesado casi los tiernos adioses repetidos desde la ventana, y ya no percibían los oídos del visitador y de sus compañeros, ni un leve rumor del ruido que producían las herraduras del caballo sobre el pedregoso pavimento.

IX

Renunciamos a expresar la frenética cólera del fiscal cuando, a la hora señalada para el suplicio de su víctima, supo con evidencia que se le había escapado.

Desde luego, comprenderá el lector la actividad que desplegaría para despachar en todas direcciones requisitorias y agentes, a fin de que se buscara y detuviera al reo en cualquiera parte donde se hubiese refugiado, no siendo menor su diligencia para inquirir quién había cooperado a su fuga, facilitándole las herramientas de que se sirvió al efecto.

Respecto a lo primero, nada alcanzaron todas las pesquisas, pues nadie dio la más pequeña luz sobre el camino tomado por el fugitivo, ni del sitio en que pudiera ocultarse, pero por desgracia de Roldán no fue tan difícil la averiguación de lo segundo.

El enorme pastel encontrado en el calabozo sin su cubierta de masa, ostentaba en lo interior señales evidentes de los instrumentos que había encerrado, y el alcaide declaró, con todos sus detalles, por quién y de qué manera había llegado aquel regalo a las manos de don Diego.

Dictóse, por consiguiente, auto de prisión contra el alguacil cesante, y como en vez de buscarse escondite aquel hombre singular –paseaba la ufanía de su triunfo por los sitios más públicos– sucedió que, pocas horas después de haber sacado de la cárcel a su protegido, se vio ocupando aquel puesto que hizo quedar vacante.

A medida que pasaba tiempo sin producir fruto sus disposiciones para descubrir a don Diego, iba adquiriendo mayor fuerza la sospecha concebida por don Alonso desde el principio, de que don Juan Bautista Monzón había sido secreto motor del hecho que tuvo a Roldán por instrumento, dirigiendo, por tanto, todos los procedimientos del proceso formado a éste, de la manera más hábil para hacer resaltar aquella complicidad, cuyas pruebas acaso podrían consolarle de ver frustrada su primera venganza.

El ex alguacil era demasiado sagaz para que se le oscurecieran las intenciones del rencoroso togado, en las arterías y argucias de que lo cercaba mientras se sumariaba su causa, y no fue posible sacarle la menor palabra que comprometiera a Monzón, si bien confesó plenamente haber favorecido la fuga del cacique, por estar convencido de su inocencia y profesarle particular cariño.

Conociendo al cabo el fiscal que se le retardaba la hora de poder descargar en el venerable anciano la furia de que se había escapado el joven príncipe, dirigióla toda contra el infeliz Roldán, a quien se mandó someter a la cuestión del tormento, presenciándola el mismo don Alonso.

De todas las barbaries de aquel tiempo que la civilización ha ido poco a poco desterrando, ninguna nos ha parecido nunca tan brutal y repugnante como la llamada *cuestión del tormento.*

Distamos mucho de ser partidarios de la pena de muerte, mas comprendemos que haya podido, y aún pueda, parecer a muchos una necesidad inexorable, pues confesamos la existencia de ciertas perversidades, innatas y profundas, que parecen alejar toda esperanza de regeneración futura, pero la *cuestión del tormento* no se presta a ningún género de disculpa, porque no obedece a ninguna razón de conveniencia social. Ese refinamiento de crueldad, ideando medios para producir el dolor físico hasta hacerlo irresistible, y pretendiendo arrancar en los gritos desgarradores de la trastornada víctima la serena voz de la verdad, es la más absurda de las demencias, la más inútil de las ferocidades. Se hace, por tanto, inverosímil que semejante inspiración del infierno haya podido dominar los primeros fervorosos siglos del cristianismo; haya osado querer amalgamarse con el espíritu sublime del Evangelio.

No intentamos afectar el ánimo del lector describiéndole aquí, con sus horribles detalles, la tortura atroz de la garrucha, que tuvo que sufrir nuestro pobre Roldán; diremos solamente que, aunque levantado a considerable altura por la cuerda que le sujetaba los puños, y llevando en cada uno de los pies un peso de sesenta libras de hierro, no flaqueó ni un instante la entereza de aquel corazón viril; antes por el contrario, cuando, en lo más fuerte del dolor, clamó porque lo bajasen, ofreciendo decir toda la verdad de cuanto había pasado, supo aprovechar audazmente la atención con que lo escuchaban los circunstantes, y en particular el escribano público, para hacer las inesperadas declaraciones siguientes:

– Puesto que se me obliga a expresar sin rebozo cuanto sepa, aunque para ello me sea necesario aludir a personas dignas de respeto, voy a complacer al tribunal con una exposición sencilla y exacta de los sucesos ocurridos. Declaro primeramente que ha sido de todo punto falso el vociferado alzamiento, pues, según noticias recientes, que reputo fidedignas, don Diego de Torres, lejos de ocuparse en fraguar conspiraciones, estaba consagrado exclusivamente a una joven dama, muy conocida de su señoría el fiscal don Alonso de Orozco, quien fue a visitarla, no hace mucho, a su destierro de Turmequé, donde tuvo ocasión de convencerse de la verdad de mi aserto. Declaro asimismo que he creído prestar servicio a la Real Audiencia facilitando la evasión del sentenciado, tanto por evitarle el remordimiento que la asaltaría cuando llegase a entender tardíamente la inocencia del supuesto reo, cuanto por impedir en lo posible se exaltase más en los ánimos el odio contra el señor fiscal, de quien se aseguraba, calumniándolo, que por celos y envidia había fraguado contra el cacique una trama verdaderamente satánica.

– ¡Basta! –gritó a este punto mordiéndose los labios el personaje aludido–, continúese la ejecución de lo acordado, y que no escriba el secretario las insolentes necedades que ha pronunciado ese hombre.

El vizcaíno Alvis, al cual se dirigía la última orden, miró de alto a bajo a quien la pronunció, como quien examina un objeto merecedor de estudio, y respondió gravemente: –"Secretario del rey tiene que ser siempre secretario fiel."* Diga Roldán lo que guste; que yo juro escribirlo sin omitir una tilde.

– Pues bien –añadió entonces el ex alguacil, más envalentonado con la firmeza del

* Palabras textuales, según el cronista Tresle.

secretario–, ponga vuestra merced, señor de Alvis, que recuso al señor fiscal don Alonso de Orozco porque, según proclama la voz pública, no puede su señoría juzgar con imparcialidad nada que esté relacionado con don Juan Bautista Monzón y con don Diego de Torres, porque el uno, a pedimento de la mujer legítima, que se veía abandonada, desterró de Santa Fe a la que designaba por rival, y el otro tuvo la buena o la mala suerte de que dicha señora desterrada lo escogiese para suplantar en su corazón al antiguo amante, de quien parece se encontraba cansada.

Armóse tal alboroto en la sala del tormento al escuchar las anteriores palabras, que durante algunos minutos fue imposible restablecer el orden para que se pudiese entender lo que cada uno reclamaba.

Furibundo don Alonso, exigía a gritos se continuase la tortura de aquel reo insolente y escandaloso, mientras el oidor Zorrilla, presente también, reforzando las voces de su amigo, apostrofaba a Roldán con amenazas e improperios; y que el secretario, pidiendo desaforadamente calma y dignidad, contribuía a turbar la primera, perdiendo él mismo la segunda. Sólo el paciente se conservaba sereno, aunque sus sangrientos y descoyuntados puños estuviesen delatando los terribles dolores que sufría.

– ¡A la garrucha! ¡A la garrucha otra vez! –fueron últimamente los clamores que, dominando a los otros, se hicieron oír imperiosos–. ¡A la garrucha hasta que confiese quién ha sido su cómplice en la evasión facilitada al cacique!

Los ejecutores obedecieron; giró la ruda cuerda por la máquina, y el infeliz torturado fue subido rápidamente, llevando consigo las barras de ciento veinte libras de peso.

En esta ocasión, toda la fuerza del ánimo no bastó a sostener la del dolorido cuerpo.

Desencajándosele al pobre Roldán el antes sereno rostro, turbósele la mirada, brotó sanguinolenta espuma de sus convulsos labios, y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, exhaló tan hondo gemido, que parecía que con él se le escapaba el alma.

– Este hombre se muere –dijo uno de los ejcutores, y como Zorrilla mandase soltar la cuerda, lo hicieron todos tan de pronto, que el paciente dio en tierra con tremendo golpe, que fue juzgado mortal por cuantos lo presenciaron.

Dispúsose entonces la venida de un médico, y tardándose demasiado al hallarlo, se retiraron, por fin, el fiscal y su amigo, dejando a la víctima sin conocimiento todavía y con las apariencias de cadáver.

Algunas horas después, sin embargo, y mientras el facultativo que había acudido a visitarle daba parte al Real Acuerdo de que el enfermo se hallaba muy próximo a su fin, éste, que al volver en sí se encontró solo, acostado en la cama y envuelto en una sábana mojada en vino, dio por primeras señales de vida el levantarse al punto, aunque con trabajo, por el quebrantamiento de sus miembros, y ponerse a examinar, curioso, los barrotes empleados en su tortura.

Habíanle dejado una vela encendida, de la cual se aprovechó en seguida para buscar medio de salir de aquella pieza, logrando, en efecto, proporcionarse comunicación con la inmediata; donde se hallaba otro preso de su mismo partido o bando, complicado en la supuesta conjuración del cacique, y el cual pensó mirar un fantasma cuando se le presentó de improviso, semiamortajado en el lienzo de la sábana blanca que lo envolvía, y entre la que resaltaba, a la opaca luz de la vela llevada en su diestra, la amarillez del aún desencajado semblante.

– ¿Quién sois? –preguntó con sobresalto.

– Juan Roldán –respondió el interpelado–, que viene a pediros algo para comer,

ofreciéndoos, en cambio, cuatro famosas barras de hierro para la reja de la casa de campo que estáis construyendo en Tunja.

– ¡Qué escucho! -exclamó el sorprendido preso, arrojándose del lecho–. ¿Ha sido, pues, falsa la noticia que me dieron, de que habíais sufrido esta tarde la cuestión del tormento, saliendo de ella expirante?

– En cuanto a lo primero –dijo el ex alguacil exhibiendo sus manos–, viendo estáis que no os han engañado; pero respecto a lo último, como me deis con qué matar el hambre, única tortura que sufro por el momento, me atrevo a aseguraros que no moriré de ésta, Dios mediante, porque aún me queda mucho que hacer por este pícaro mundo.

– Aquí tenéis bizcochos y vino –le dijo su compañero de prisión, sirviéndole él mismo lo que ofrecía.

– Me dejo servir de vos –le advirtió Roldán–, porque necesito sentarme a causa del temblor de mis piernas, pero para que el obsequio sea completo, exijo vaciéis conmigo esta botella, brindando primeramente por el rey nuestro señor don Felipe II, después por el joven cacique de Turmequé, a quien libre el cielo de volver a esta morada; y últimamente por vuestra libertad y por la mía, que serán pruebas de que por fin ha sido limpiado este hermoso y desgraciado país de la caterva de malandrines que hoy infestan su suelo y deshonran el glorioso nombre de la madre patria.

X

Siguiendo los consejos del visitador, el fugitivo don Diego se guardó bien, en los primeros días que siguieron a su evasión, de presentarse en ningún puerto para facilitarse embarco para España, pues era casi seguro que, suponiéndole esta intención, hubiesen tomado las autoridades medidas perentorias para su captura en tales puntos. Hizo lo que menos debía suponerse por sus perseguidores, que fue internarse en los mismos campos de lo que fueron sus dominios, y confundido entre los indios, sus vasallos –con cuya fidelidad contaba–, dedicarse como ellos a las faenas campestres, beneficiando el terreno de que le habían despojado.

El cronista coetáneo de nuestro héroe, en su curioso libro dedicado al rey de España (y del cual nos hemos servido para esta verídica leyenda), refiere que hubo vez en que se interrogó al mismo cacique por los que le buscaban, sobre si tenían sus antiguos súbditos alguna noticia de su paradero, bastando una cabellera postiza y el disfraz que vestía, para no ser conocido, y que le dejaran "cuidar tranquilamente las labranzas de sus indios, a fin de que no se las comiesen los periquitos".*

Sólo los perspicaces ojos del amor podían alcanzar el poder de descubrir, a través del cambio exterior, la identidad del rústico labrador y del elegante príncipe.

Estrella, cuya salud quebrantaron las fuertes emociones de los últimos sucesos, quiso retirarse a la campiña –después que tuvo conocimiento de la salvación de su amante– para

* Palabras de la crónica.[La crónica a que hace referencia la Avellaneda no es otra que *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle, libro escrito en 1638 y no publicado hasta 1859, en Bogotá. Al parecer, esta fue la edición conocida por la cubana, hallándose en su tierra natal (1859-1864). El cambio de apellido que se observa en la nota 4, puede ser licencia poética, pues, que su relato es pura invención encuadrada en los hechos históricos, o tal vez debido a una mala transcripción en la edición principe. La de 1863 explica que, según el propio autor, él era "de los Freires de Alcalá de Henares".]

probar si los aires puros, la soledad y el sosiego, restablecían por completo su naturaleza fatigada.

Casualidad caprichosa, o instinto inexplicable del corazón, la hizo escoger precisamente la casa de campo de una amiga suya, que estaba situada cerca de la aldeílla de indios en cuyas chozas había buscado asilo el cacique.

Se solían pasear la incomparable capitana y la amiga a cuyo lado pasaba aquella temporada campestre, en las primeras horas de las frescas tardes de otoño, tomando a veces la dirección del caserío indicado, y entre gran número de indios, encontrados comúnmente a su paso, les llamó la atención, cierto día, uno que al verlas por primera vez dejó escapar pequeño grito de sorpresa, si bien fue envuelto en seguida como para ocultarlo a sus miradas, por un tropel de trabajadores compañeros suyos.

Sin explicarse claramente el porqué, Estrella estuvo desvelada toda la noche, y a la siguiente mañana, abriendo la ventana de su aposento, se encontró depositado en ella un lucido ramillete atado con encarnada cinta, que reconoció al instante por haberle pertenecido, aunque hurto amoroso se la sustrajese cierto día.

La vista sola de aquel objeto hizo que lo adivinase todo: don Diego de Torres estaba cerca..., don Diego de Torres era el fingido labriego de cuyos labios se escapara, el día antes, al encontrarla, el grito extraño que resonó por largo tiempo en su pecho.

Aquella tarde salió la joven a paseo más temprano que de costumbre, y sin la compañía de su amiga, de quien suponemos logró desembarazarse por medio de algún ingenioso artificio, de esos en que son tan fecundas las mujeres, y al regresar a su morada, cualquier curioso que la hubiera observado no podría menos de admirar la expresión de salud, de contento y de ufanía que brillaba de nuevo en su peregrino semblante.

Era fácil comprender, con sólo verla, que se hallaba de nuevo en posesión del objeto amado, por quien tanto había tenido que temer y sufrir durante largas semanas.

En sus sucesivas excursiones pedestres, siempre que lograba hacerlas sola o sin otra compañía que la de su fiel negra, regresaba comúnmente bastante tarde, y tan satisfecha, al parecer, que la amiga que la hospedaba no podía menos de asombrarse de aquella complacencia, extraordinaria y constante, que hallaba su huéspeda en contemplar las labranzas de los indígenas.

No era llegada aún para el amor de Estrella hacia el cacique la época de decadencia; antes al contrario, prestábanle exaltación y poesía todas las circunstancias que lo acompañaban.

Las calumnias y persecuciones de que había sido blanco don Diego; su sentencia de muerte, dictada por los celos de un rival aborrecible; los peligros que aún corría en aquellos campos patrimoniales, en los que se hallaba acogido por la piedad de los que eran sus naturales vasallos; la casualidad o el destino, que le había reunido allí con la que tantos infortunios le atrajera con su amor; las misteriosas citas en el fondo de una cabaña india, guardada por la fidelidad de hombres semisalvajes; la imposibilidad misma de prolongar aquella situación, llena a la vez de inquietudes acerbas y de embriagadoras delicias..., todo parecía concertado a propósito para enardecer la mente de una mujer novelesca y ávida siempre de nuevas impresiones.

Pero mientras ella representaba con entusiasmo loco aquellas interesantes escenas del drama secreto de su vida, el desenlace, todavía ignorado, que la Providencia le señalaba, se iba preparando silenciosamente por el actor que hasta entonces había figurado menos.

Las declaraciones de Roldán en el tormento, trascendiendo al público, despertaron de

nuevo poderosamente a la maledicencia. Todos hablaban de los celos del fiscal y de los nuevos amores de la capitana; todos referían hechos descubiertos, o inventados, para hacer más digna de execración y desprecio a la liviana mujer causa de tantas revueltas y desgracias; todos ponderaban la estúpida ceguedad o la inconcebible indiferencia del deshonrado marido, y los mayores amigos de éste fueron los primeros en darle muestras de un desvío, que si al principio sólo le causó extrañeza, le produjo bien pronto largas y tormentosas cavilaciones.

Habíase quedado en Turmequé cuando se retiró Estrella a la campiña, pero tan insoportable llegó a hacérsele el ostensible alejamiento de cuantas personas frecuentaban antes su trato; de tal naturaleza fueron las sospechas que empezaron a asaltarle, por palabras sueltas cogidas aquí y allá en los corrillos a que se aproximaba, y que solían deshacerse a su llegada, que al cabo de algunos días resolvió salir a toda costa de tan cruel incertidumbre.

Una vez despertados en su mente recelos terribles sobre la conducta de su mujer, veníansele a la memoria recuerdos de circunstancias que pasaron inadvertidas, pero que adquirían de repente toda la fuerza de datos acusadores, y aunque no acertaba todavía a comprender toda la extensión del ridículo que llevaba encima, la sospecha sola de que intentaban imponérselo, bastaba para herirle mortalmente en lo más íntimo de su delicado pundonor.

Don Diego, por su parte, no se adormecía tanto esta vez en brazos de su fortuna amorosa, que descuidara el hacer practicar diligencias activas a fin de facilitarse modo seguro de embarcarse en Cartagena con dirección a España. Hubiera sido peligroso intentarlo en los primeros días de su evasión, pero el tiempo transcurrido ya era suficiente para que pudiera creerse menos perseguido y expuesto, y sólo esperaba aviso de algún buque que se diese a la vela, para abandonar su asilo y gozar verdaderamente la libertad conquistada.

El capitán, marido de Estrella, acertó casualmente a presentarse en la casa de campo en que ésta se hospedaba, el mismo día en que los dos amantes acababan de darse los más tiernos adioses, partiendo él para Cartagena y quedando ella llena de tristeza, ansiando prontas noticias de haberse felizmente embarcado.

El capitán llegó pensativo y sombrío; la capitana le recibió sorprendida y turbada. Por más que el uno y la otra se esforzaran por disimular sus secretos sentimientos, ni ella pudo desconocer que su marido venía preocupado de alguna idea penosa, ni a él se le ocultó un momento que su mujer se hallaba agitada por algún recelo misterioso.

Había, empero, una diferencia notable, y es que la esposa más pensaba en el amante que observaba al marido, y que éste no dejaba un instante de acechar, por decirlo así, cada uno de los movimientos y de las impresiones de aquélla.

De este modo, cuando la negra, confidenta de nuestra heroína, obedeciendo a un encargo recibido de ella, vino, pocos días después, a entregarla secretamente un pequeño escrito, en que el cacique la comunicaba haberse embarcado sin contratiempo y darse al mar en seguida, la emoción gozosa de la enamorada dama no pudo ocultársele al observador capitán, así como tampoco ni el más pequeño fragmento del pliego que su mujer, apenas leído, había con una tijera menudamente cortado.

No le fue posible en verdad, por más que trabajó para coordinar los esparcidos trozos, tomar conocimiento del sentido de las palabras que contenían, pero dos cosas quedaron desde aquel momento para él fuera de toda duda: la primera, que su mujer tenía un amante,

de quien había recibido favorables noticias aquel día..., otra, que la esclava negra era sabedora de todos los secretos de su ama.

Fue entonces instantánea la resolución del capitán. Manifestó a Estrella que siendo ya tiempo de que regresara a Turmequé, y estando la casa que allí habitaban en el desorden consiguiente a la ausencia suya y al descuido de militar poco avezado a las incumbencias domésticas, creía conveniente adelantarse él con la esclava, para que, cuando ella tornase a su hogar, lo hallara todo en disposición de recibirla dignamente.

En consecuencia, la joven permaneció algunos días más con su amiga, en completa libertad para ir a contemplar amorosa los sitios de sus últimas entrevistas con el cacique, y de la tierna despedida en que se habían jurado mutuamente no olvidarse jamás, y el capitán partió para Turmequé, llevándose a la negra, resuelto a arrancarle a todo trance los secretos de que era depositaria.

XI

Al regresar el marido de Estrella a Turmequé, corrían en dicha población nuevas escandalosas noticias de sucesos ocurridos en la capital del reino. El fiscal parecía realizar, con la enormidad de los desmanes a que se abandonaba, el popular aserto de que ciega Dios al que debe perderse.

No había conseguido, ni con torturas, ni con amenazas de muerte, ni con promesas de galardones, arrancarle al impertérrito Roldán nada que le diese luz sobre el paradero del cacique, ni nada tampoco en que pudiese apoyar las acusaciones de complicidad en que quería envolver al visitador respecto al supuesto delito de aquel personaje, pero, en cambio, logró al cabo ganarse a un criado infiel, que prestara testimonio de las íntimas relaciones del reo fugitivo con el severo magistrado, y de que había estado el primero en la casa del segundo, apenas escapado de la prisión, para proveerse de armas y de caballo con que emprender la fuga.

Sobre estos datos aglomeró el fiscal otros, hábilmente combinados por su ingenio, no vacilando después de instruir proceso en forma, dirigido a hacer evidente la criminalidad del alto funcionario contra quien dirigía entonces los tiros de su saña.

Comprendiendo Monzón lo que se fraguaba en su daño, resolvió, con aprobación del cabildo de regidores, y del arzobispo y alto clero, a quienes consultó, anticipar un golpe decisivo, suspendiendo a toda la Real Audiencia, pero antes de que el auto se hubiese firmado, la actividad de don Alonso le ganó de mano, y vio, con tanta sorpresa como indignación, asaltada su casa en mitad del día por alguaciles y hombres de armas, capitaneándolos el capitán del Sello y el mismo fiscal Orozco, que venían a prenderle, según disposición del Real Acuerdo.

El joven sobrino del visitador, su compañero de velada la noche de la evasión del cacique, les salió al encuentro, desarmado, y dirigiéndose al capitán, le dijo únicamente:

– ¿Qué significa esto? ¿Quién ha ordenado semejante traición y villanía?

A cuyas palabras contestó el interpelado:

– Aquí no hay más traidores que vosotros –apuntándole al mismo tiempo con una pistola, que por fortuna se negó a hacer fuego, pero con la cual dio al mancebo tan tremendo golpe entre ceja y ceja, que lo tendió a sus pies sin conocimiento.

En los mismos instantes, según refiere la crónica, se trababan a cuchilladas en el patio

los alguaciles de la Audiencia y los criados del visitador, hasta que interponiéndose la fuerza armada, tuvieron que ceder los últimos, no sin haber antes sellado en la tierra con su sangre el testimonio de fidelidad que daban a su señor.

Este, mientras tanto, se presentó indignado a sus enemigos, protestando enérgicamente contra el inaudito atropello que se intentaba cometer en su persona, pero el fiscal, sordo a todas las razones, mandó echarle mano sin tardanza, y así lo ejecutaron sus secuaces.

> Asiéronle de piernas y brazos [dice el cronista], levantáronle en peso, y echaron a andar por la escalera abajo, y como al descender fuese colgando hacia atrás la cabeza de don Juan Bautista, un buen hidalgo de Tunja, que se hallaba allí atraído por el tumulto sostúvole la cabeza con sus dos manos; pero habiéndosele deslizado en los últimos tramos, por querer cuidarse de la espada que llevaba debajo del brazo, llevó tan grande golpe el pobre visitador, que se quedó desmayado. Al hidago de Tunja le costó el comedimiento de haberle sostenido algunos minutos la cabeza, mil quinientos pesos de multa.

Con la prisión del anciano y digno magistrado no se dio por satisfecha la venganza del fiscal; había ido muy lejos, para retroceder o estacionarse. "Los muertos no hablan", decía a su amigo Zorrilla, indicando de este modo, asaz claramente, lo que faltaba por hacer si querían ponerse a cubierto, después de tales desmanes, de la justicia del rey, a quien tarde o temprano le serían conocidos.

Intentóse, por tanto, envenenar al preso, pero adivinándolo éste, no comía otra cosa que lo que le llevaba, dentro de las mangas de su hábito, cierto fraile de San Francisco, amigo y confesor suyo, que le visitaba con frecuencia.

Pensóse también ahorcarle en la cárcel, haciendo creer que se había suicidado en un momento de despecho furioso, pero llegando a entenderlo los regidores, se juntaron en cabildo, y redactaron una petición al Real Acuerdo, a fin de que se les hiciese depositarios de la persona del visitador Monzón, para lo cual ofrecían fianzas suficientes, respondiendo de que lo entregarían cuando llegara el caso, pues sólo pretendían salvarle la vida de asechanzas alevosas, y no sustraerle al fallo que dictase la justicia.

El arzobispo, por su parte, acompañándole en este empeño todos los prebendados, se presentó, asismismo, al Real Acuerdo, reclamando se pusiesen guardias de vista responsables de la vida del visitador, a quien se decía de público trababan de asesinar cobardemente algunos de sus enemigos, y, a despecho del fiscal, la Audiencia tuvo que atender a tan respetables peticiones, dictando medidas bastantes para impedir los atentados que se temían y anunciaban.

De este modo quedó a salvo de la venganza, que quería darle el postrer golpe, uno de los personajes más notables de cuantos figuran en esta breve historia, y declaramos con entera verdad, aunque se nos acusa de tendencias grandes hacia lo trágico, y aunque reconocemos que nos place hacer patente en nuestras obras la ineludible ley de las expiaciones, declaramos, repito, sentir vivos deseos en la ocasión presente, de poder decir lo mismo que de aquél, de la incomparable Estrella, sobre cuya luz vimos extenderse al final del anterior capítulo cierta nube tempestuosa.

El deber que nos hemos impuesto, sin embargo, de no alterar la exactitud de los hechos, nos obliga a confesar que no tuvo la esclava negra el heroico sufrimiento que ostentó Roldán en la torutura, pues declaró plenamente, bajo los golpes del látigo, cuantos secretos le eran conocidos por la confianza que en ella tenía la imprevisora capitana.

La crónica refiere, sin salir garante de que sean ciertos todos los pormenores del suceso, que el ofendido esposo, una vez enterado de toda la extensión de su desgracia, hizo venir a Estrella a Turmequé, donde no se hallaba ya su confidente a quien se alejó de allí bajo especioso pretexto.

Nada hubo de alarmante en la manera con que recibió a la querida del cacique el marido conocedor de sus faltas. La casa que habitaban había sido convenientemente dispuesta para las comodidades de la elegante joven; perfumaban su nupcial aposento ramos de las últimas flores otoñales, pagadas a alto precio; cantaban sus pájaros favoritos en nuevas jaulas doradas, vestidas con festones de campanillas matizadas; y la nueva camarera que debía servirla durante la ausencia de la esclava negra, se engalanó extraordinariamente, por orden del amo, para presentarse a la señora con agradable aspecto..., todo, en una palabra, parecía demostrar que el capitán era, como siempre, el fino y amante esposo de la célebre beldad de cuya posesión se ufanaba.

Estrella sólo pudo notar con extrañeza la carencia de visitas de bienvenida, que la costumbre la autorizaba a esperar, y se quejó de seguida a su cónyuge de tan inexplicable aislamiento.

– Tiene mucha disculpa, a mi juicio –le respondió el capitán con la mayor naturalidad posible–; todo el mundo está disgustado en estos días por los tristes sucesos ocurridos.

– También me afecta la prisión del pobre don Juan Bautista –repuso la dama–, pero no creo que deba ser motivo suficiente para faltar las gentes de Turmequé a los usuales deberes de cortesía.

– ¿Ignoráis –preguntó el marido, clavando la vista en el semblante de su intelocutora– que corren otras noticias más tristes para este pueblo que el encarcelamiento del juez visitador?

– ¿Cuáles son esas noticias? Nada he sabido, sino los atropellos contra Monzón –dijo Estrella.

– Pues no se habla hoy de otra cosa –pronunció el marido, soltando una mentira, al parecer meditada de antemano–, sino de la desgracia de nuestro joven amigo el cacique don Diego, quien después de tener la fortuna de escaparse de manos del verdugo, ha hallado la muerte entre las olas, porque se asegura el naufragio del bergantín en que se embarcó ha pocos días con dirección a España.

Estrella se esforzó en vano por conservar aplomo y firmeza. El capitán, que no apartaba de su rostro la escrutadora mirada, viola palidecer, estremecerse, y sucumbir al cabo de la impresión del nuevo e inesperado golpe, cayendo en completo síncope.

Estaba, sin embargo, tan bella, caída a los pies del marido, blanca e inanimada como estatua de alabastro –obra maestra de cincel inspirado–, y las madejas de oro de sus profusos cabellos semivelaban con tan poética gracia aquellas facciones admirablemente armónicas, que el causante del daño, al contemplarla cruzado de brazos durante algunos minutos, acabó por conmoverse a su despecho, pues hizo llamar al médico que la socorriese con urgencia.

El esculapio ordenó inmediatamente sangrarla, y, conociendo la costumbre seguida en tales accidentes, el marido lo había previsto, sin duda, pues todo estaba preparado para que se cumpliese sin el menor retardo la prescripción facultativa.

Picóse, pues, la vena en uno de los hermosos brazos de la paciente, sin embargo de que empezaba a recobrar los sentidos, y la vista de la sangre debió causar tan irresistible impresión en el ánimo del esposo, que apenas la vio brotar, diose prisa a poner sobre la

herida el pulgar de su diestra, exclamando que no tenía valor para permitir continuase corriendo aquella sangre preciosa, que le era tan querida.

El cirujano, obediente, vendó en seguida el brazo de la joven, y –¡cosa extraña!– pocos instantes después de su dolencia, cambiando de carácter, presentó síntomas terribles e inexplicables para el médico.

Consternado, al parecer, el capitán no se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero la enferma, sintiendo que la muerte discurría por sus venas con rapidez asombrosa, pidió ansiosamente los auxilios espirituales.

Fue complacido su religioso afán: confesóse con penitentes disposiciones, recibió de seguida el santo viático, y en un momento de conversación a solas que tuvo después con su marido, se asegura que le pidió perdón llena de arrepentimiento profundo, y que lo alcanzó de veras.

Al día siguiente no existía ya aquella mujer bellísima, cuya desgracia repentina trocó en compasión y en simpatía las maledicencias públicas.

La voz general acusaba al capitán de haberle introducido en las venas, al cubrir con su dedo la cisura de la sangría, un veneno sutilísimo conocido en el país, y que puesto en el más ligero contacto con la sangre la descompone toda en pocas horas, llegando a difundirse de tal modo la sospecha del indicado crimen, que el capitán fue preso, y abrióse sumaria en averiguación de la verdad de los hechos.

No estaba extinguida en el pecho del fiscal la frenética pasión que le inspiraba Estrella, y acaso lo hubiera pasado mal el vengativo esposo si posteriores acontecimientos –que serán asunto del siguiente capítulo, último de esta historia– no hubiesen producido trastorno completo en el curso de las cosas pasadas.

XII

Llegadas a España las noticias de los escándalos de que dejamos hecha sucinta relación, procedióse, como era consiguiente, al nombramiento de nuevo visitador y nuevos oidores, los cuales, con grande júbilo del país, llegaron felizmente a las playas americanas, para poner término a una situación insoportable.

El mismo día en que los nuevos funcionarios fueron recibidos con públicos festejos en la ciudad de Santa Fe, cansada de agitaciones y alborotos, pasó el señor Prieto de Orellana a la prisión de su antecesor don Juan Bautista, para ponerle en libertad y desagraviarle, con las mayores demostraciones de deferencia y respeto.

Tan grande fue el gentío agolpado al paso del respetable Monzón, que, según refiere el cronista, no pudo entrar en la iglesia mayor, adonde se dirigió para rendir gracias al cielo, impidiéndoselo la muchedumbre jubilosa, que por todas partes lo cercaba.

Algunos días después se abrieron también las puertas de la cárcel para Roldán y cuantos fueron complicados en el fingido alzamiento; y no pasó mucho tiempo tampoco sin que se satisficiese por completo la pública vindicta, residenciándose al fiscal Orozco y a su amigo el licenciado Zorrilla, los cuales fueron embarcados para Castilla en calidad de presos, cabiéndoles, además, el sentimiento de saber que partía al mismo tiempo que ellos, llevándose a Roldán, y despedidos ambos por generales bendiciones del pueblo, don Juan Bautista Monzón, nombrado por su majestad presidente de la Real Audiencia de Lima, donde había dejado antes los recuerdos más gratos.

Comenzó a respirar el reino de la Nueva Granada, después de tantos disturbios, bajo la nueva administración, cuya suavidad quiso ser tanta, que no bastándole haber puesto en libertad a los encausados por intrigas de partido, hizo sobreseer hasta muchos procesos por delitos comunes, contándose entre ellos el del capitán viudo de la infortunada Estrella.

Desde el momento en que se vio libre, sólo se ocupó éste de poner orden en sus negocios, realizado lo cual solicitó permiso de pasar a España, que le fue al fin otorgado.

Su venganza se había quedado a medias, y estaba resuelto a completarla. Érale preciso lavar del todo la mancha de su honra, siguiendo al través de los mares a los dos hombres funestos para él, y cuya sangre tenía que verter su espada.

Firme en este propósito, no alcanzó a debilitarlo un momento, ni la circunstancia de haberlo detenido largos meses en el puerto de su desembarco una enfermedad peligrosa, de cuyas resultas quedó largo tiempo baldado, ni la oscuridad que parecía rodear la existencia de sus dos enemigos, de cuyo paradero pedía en vano noticias a sus corresponsales de la corte.

Tan luego le fue posible, emprendió el capitán personales diligencias para descubrir lo que anhelaba saber, y, efectivamente, llegó a su conocimiento que el primer corruptor de su infeliz consorte se hallaba entonces en una pequeña población de la vieja Castilla.

Pasó en seguida al punto designado, y se presentó sin anunciarse en la casa en que se le dijo habitaba don Alonso.

Quiso la casualidad saliese a recibirlo la esposa del que buscaba, y al preguntarla el capitán la hora en que podría hablar reservadamente con su marido, vio, admirado, que en vez de contestarle, la señora de Orozco dejó caer de sus ojos algunas irreprimibles lágrimas, balbuceando al cabo entre sollozos:

– Señor, no os será posible tratar con mi marido de ningún asunto serio, si es eso lo que deseáis.

– ¿Por qué causa, señora? –preguntó el viudo con alguna impaciencia–; puede tener tal importancia lo que necesito comunicar a don Alonso, que, cualesquiera que sean sus ocupaciones presentes, se crea en el deber de interrumpirlas para prestarme audiencia.

– Según lo que os oigo –repuso la señora–, ignoráis, caballero, el estado de mi esposo.

– ¿Cuál es, pues?

– ¡Está loco!..., ¡completamente loco!... –articuló la ex fiscala, prorrumpiendo de nuevo en amarguísimo llanto...

El capitán se retiró preocupado.

– ¿Por qué vengarse el hombre –se decía a sí mismo– cuando la Providencia sabe de esta manera volver por el ofendido, castigando al ofensor?

Sin embargo de esta justísima reflexión, continuó sus diligencias para encontrar al cacique.

Durante muchas semanas hízolo inútilmente, pero cierto día, visitando en Madrid las caballerizas reales, vio de pronto pasar cerca de él a un joven modestamente vestido y con aspecto macilento y triste, pero en el que se descubría, no obstante, maravillosa semejanza con don Diego de Torres.

– ¿Quién es ese hombre? –preguntó al jefe de las caballerizas, que le iba acompañando.

– Es el picador de los caballos de su majestad –respondió sencillamente el interrogado.

– Se parece mucho a un conocido mío –dijo entonces el capitán, volviendo la cabeza para seguir con los ojos al objeto de la conversación.

– No sería extraño que lo hubieseis visto durante vuestra residencia en la Nueva Granada –repuso el jefe de las caballerizas–, porque habéis de saber que ese hombre era un personaje no hace mucho tiempo todavía. Hizo la calaverada de promover cierto alzamien-

to de indios, a cuya raza pertenece por su madre, y fue condenado a muerte por la Real Audiencia de Santa Fe. Logró, empero, escaparse, viniendo a pedir amparo a nuestro augusto soberano, quien tuvo a bien dispensárselo, y como todos sus bienes, que se dice eran cuantiosos, fueron confiscados a favor de la Real Cámara, le señaló su majestad una pensión de mil cuatrocientos cuarenta reales anuales, a condición de que se ocupase algún tiempo en adiestrar las caballerías del palacio, porque es un jinete sin segundo.

El capitán no quiso hablar ni oír más. Se despidió de su amigo, y salió de aquel sitio convencido plenamente de la exactitud de sus raciocinios al dejar la casa de don Alonso Orozco.

– Sí, sí –afirmaba en su interior, mientras el recuerdo de la muerte de Estrella sacaba una lágrima a sus párpados–, no le toca al hombre tomar venganza del hombre: hay invisible mano justiciera, que ningún delito deja impune jamás. Sólo ella sabe dónde, y cuándo, y cómo, debe descargar su azote.

¿Qué pena podría imponérsele, mayor de la que sufre, al joven príncipe indiano, reducido a adiestrar los caballos del rey por el salario de una peseta al día?

NOVELA

EL ARTISTA BARQUERO
O
LOS CUATRO 5 DE JUNIO

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

El paseo por la Bahía de Marsella

Empezaba a declinar la más apacible tarde de junio de 1752, y aunque era domingo –día de reposo y de oración, en que disminuye un tanto el bulliciosos hervidero de la vida comercial–, el puerto de Marsella, poblado de mástiles y banderas de todas las naciones del mundo, presentaba, como siempre, su aspecto animado. Uníase más bien al movimiento ordinario de la activa multitud que de continuo bulle por los muelles –formando pintoresco contraste con sus variados trajes, y alegre algazara con sus diversos idiomas– el considerable número de oficinistas domingueros, turistas transeúntes y distinguidos ociosos, que iban llenando lanchas y botes, para visitar los fuertes o las islillas que se levantan en grupo, a media legua apenas de la costa, como para contemplar de frente a la hermosa reina del Mediterráneo.

Entre las pocas barcas que aún aguardaban pasajeros, se distinguía por su blancura una que casi tocaba con su popa los pies del pesado edificio consistorial, y que con su graciosa vela latina –plegada todavía–, se asemejaba a un cisne dormitando al suave balance de las tranquilas olas.

La única persona que la ocupaba era un rubio y gallardo mancebo, como de dieciocho a veinte años, vestido con pulcra sencillez que no carecía de elegancia, y cuya mano derecha –apoyada negligentemente en el timón–, mostraba tan aristocrática hermosura, que no era posible presumir estuviese avezada a manejarlo.

Prestando poco interés al bullicioso espectáculo que le rodeaba, dejaba el joven perderse sus miradas por la inmensidad del espacio, cuando de pronto lo sacó de su contemplación melancólica el movimiento que imprimió a la barquilla el peso de otro individuo que, saltando a ella con agilidad poco común a sus años –que bien podían pasar

de sesenta–, y que se arrellanó sin decir palabra en el asiento más cómodo.

Presentaba la fisonomía de aquel recién llegado cierto contraste difícil de pintar, pues temperaba la severidad de algunas líneas del rostro y la expresión profunda y un tanto desdeñosa de sus ojos penetrantes, cierto no sé qué de benévolo y dulce que se traslucía en su gesto habitual y hasta en la misma gravedad de su espaciosa frente, aviniéndose bien con la extremada modestia de su traje y el *sans-façon* de sus francos modales.

Detuvo la vista nuestro hombre por breve momento en su joven compañero de embarcación, y la volvió enseguida hacia el muelle, paseándola por todos los que con trazas de barqueros circulaban en él; pero sin satisfacerse, al parecer, con el resultado de aquella investigación, gritó al cabo con alguna impaciencia:

– ¡Eh! ¿No tiene patrón esta barca? ¿Dónde diablo se esconde?

– Perdonad, caballero –dijo entonces el mancebo–, yo soy el que buscáis.

– ¿Vos? –exclamó sorprendido el anciano.

– Ciertamente, señor, y si queréis salir del puerto, estoy a vuestras órdenes.

– Mi deseo se limita a dar un corto paseo –respondió el desconocido, mirando con creciente curiosidad a su galán conductor–: Quisiera gozar mejor de la suavidad de esta halagüeña brisa, admirando a la vez en horizonte más vasto los últimos crepúsculos de tan deliciosa tarde.

– Tenéis razón –repuso el barquero levantando al occidente una mirada de artista–, porque no hay espectáculo que iguale en magnificencia a una puesta de sol en el hermoso cielo de la Provenza.

Pronunciando estas palabras soltó la blanca vela del esquife, que empezó a hender al instante las serenas aguas de la bahía.

Hubo entonces largo intervalo de silencio, que rompió bruscamente el desconocido, diciendo:

– Ni vuestro aspecto ni vuestro lenguaje son propios del oficio que venís ejerciendo, y que indudablemente no es el vuestro.

– En efecto, señor, -contestó el joven suspirando-; sólo soy barquero los días festivos, porque en ellos está cerrado el obrador del lapidario con quien trabajo el resto de la semana.

– ¿Tenéis grande afición a ese otro oficio?

– ¡Ah! no, por desgracia: la pintura de paisajes y de arquitectura ha sido desde la infancia mi vocación decidida.

– ¿Quién os impide, pues, cultivar tan noble arte?

– El anhelo de ganar pronto dinero, lo cual no es posible en el largo y costoso aprendizaje que aquél requiere.

– Sois demasiado joven para tanta codicia.

– No adolezco, gracias a Dios, de semejante defecto.

– Pues confieso que no os comprendo, amigo mío, –dijo el anciano deponiendo la involuntaria aspereza con que acompañara su observación última.

– Me explicaré más claro, ya que tenéis la bondad de mostrar ese interés, pues no es dable sospechar en vos ociosa curiosidad. Yo, señor, he nacido en París, donde mi padre desempeñaba un cargo ventajoso que proporcionaba a la familia medianas comodidades, y me dediqué a la pintura teniendo por maestro un distinguido artista, que aseguraba hallar en mí excelentes disposiciones. Desgraciadamente perdió mi padre su colocación, y tuvo que resolver entonces establecerse en Marsella, por la circunstancia de tener aquí su mujer algunos bienes raíces, y varios amigos que le prometían facilitar a su marido pronto y

decente acomodo. Hízose así, quedando interrumpidos mis estudios que posteriores infortunios me obligaron, antes de mucho, a renunciar completamente, para dedicarme a otro oficio de más breves resultados. Siendo, sin embargo, harto escaso todavía el provecho que éste me proporciona, utilizo, como véis, los días que me deja libre el maestro, ganando algo con esta barca prestada; y aún, así y todo, mi pobre madre y mis dos hermanitas carecerían de lo más indispensable para la vida, si no se ayudasen ellas mismas, ocupándose día y noche en labores de su sexo.

– Según eso, ¿vuestro afán por dinero nace de que veis pobre a vuestra familia, y anheláis, como es natural, poder aliviar su suerte?

– ¡Oh, señor, sí! no me es dado olvidar un momento que mientras yo no consiga reunir considerable suma, vivirán tres ángeles en el dolor y la miseria, y arrastrará mi desdichado padre sus ominosas cadenas.

– ¡Cómo! ¿está acaso en presidio vuestro padre?

– La honradez de su vida no podía conducirle a la infamia –respondió el mancebo con dignidad-; pero lo aciago de su estrella le ha llevado a la esclavitud.

– Os ruego, amigo mío –dijo el desconocido con nuevo y vivo interés-, que me deis explicación más amplia, si no os lo impiden poderosos motivos de reserva.

– Todo os lo diré en pocas palabras, caballero. Cierto comerciante trastornó la cabeza de mi padre con grandes proyectos de especulaciones, por cuyo medio le aseguraba serían los dos, en cortísimo tiempo, millonarios. Vendidos, con tal objeto, los pocos bienes que poseíamos, mi padre fletó un buque cargado de mercancías, que constituían ya toda su fortuna, y renunciando a su lucrativa ocupación de corredor de comercio, quiso capitanearlo él mismo, como en efecto lo hizo, dándose a la vela para Esmirna, hoy hace precisamente dos años.

La voz del narrador quedó durante algunos minutos ahogada por violentos sollozos que no pudo reprimir, y el desconocido –respetando su dolor– guardó también silencio, aunque visiblemente agitado por cierta ansiedad penosa, que se convirtió en profundo enternecimiento cuando el joven pudo articular por fin, en medio de sus lágrimas:

– Fue apresado por un corsario... se halla cautivo en Tetuán desde entonces... quizás para siempre... no es cosa fácil reunir los seis mil francos que exigen por su rescate.

– Calmaos, pobre joven, dijo el anciano con casi paternal acento, y no desesperéis de alcanzar de la Providencia los medios de libertar al autor de vuestra vida.

– Cuando ocurrió la desgracia –añadió su interlocutor–, quise y aun intenté hacerme llevar a Tetuán para ofrecerme en cambio del cautivo; pero mi madre llegó a saber mi proyecto, no sé cómo, y no solamente lo trató de absurdo e irrealizable, amenazándome con negarme su bendición si persistía en él, sino que también habló a los capitanes de buques que frecuentan las costas africanas, rogándoles que ninguno me admitiese a su bordo. Así me hallé privado del único medio inmediato que alcanzaba para volver a mi pobre padre al seno de su familia.

– ¿Y aún os halláis dispuesto a sacrificar vuestra libertad por restituirle la suya? –preguntó el anciano con tono cada vez más afectuoso.

– ¡Siempre, señor! –contestó el interpelado con voz firme. ¡Mi libertad, decís! ¡Oh! eso no es nada... otro sacrificio mayor haría ahora, alejándome de Marsella... pero no vacilaría ante ninguno si lograra que consintiese mi madre.

– Habláis de sacrificar algo que apreciáis más que la libertad, ¿estaréis por ventura enamorado?

El joven bajó los ojos, empañados aún por las lágrimas, y su bella frente se coloreó como

la de una virgen que ve sorprendidos de improviso los secretos de su corazón.

– ¡Vamos! sed del todo franco –dijo su compañero, procurando desmentir con una sonrisa la emoción que revelaba su acento–. Ya que me habéis dispensado la confianza de referirme la historia de vuestros infortunios, no me dejéis ignorar la de vuestros amores. Decidme quién es vuestra novia, y qué esperanzas os animan a ambos.

– No puedo decir que tengo novia, señor, respondió el joven, pues no alimento la más leve esperanza. Amo, es verdad, amo apasionadamente, para colmo de mi desdicha, a la hija única de cierto mercader enriquecido en una de las Antillas españolas, y que goza al presente en esta ciudad, que es su patria, una opulencia de príncipe. ¿Cómo puedo prometerme que quiera dar su heredera a un infeliz artesano?

– La dificultad no sería tan grande si se tratase de un aventajado artista, –observó el desconocido.

– Lo creo así, señor; pero yo no puedo ser ya, cuando más, sino humilde lapidario.

– ¿Quién sabe? ¿Cómo os llamáis?

– Huberto Robert, caballero.

– ¿Y vuestro padre?

– Tiene mi mismo nombre.

– ¿Habéis podido saber quién es su dueño?

– Sí, señor; pertenece al jefe de los jardines reales.

– Se me figura que ese jefe de los jardines no ha de ser un mal amo, y tengo, además, amigo Huberto, profunda convicción de que la Providencia premiará al cabo la nobleza de vuestros sentimientos y de vuestra conducta, mejorando la suerte de vuestra cara familia y dispensándoos a todos días serenos y felices, que sincerísimamente os deseo. Ahora servíos atracar la barca al muelle a que nos vamos acercando, y recibid las gracias que os debo por la condescendencia que habéis tenido de darme conversación durante mi paseo.

– Conversación bien triste y que os ha privado del placer que os prometíais gozar, admirando la magnificencia del cielo a la despedida del rey de los astros.

– No importa; todo tiene compensaciones, mi joven amigo y ésa es una verdad que no debéis olvidar nunca.

Terminando estas palabras el desconocido, se envolvió en su abrigo y guardó meditabundo silencio, hasta que, atracando el esquife, deslizó en la mano que le tendió Huberto –para ayudarle a saltar al muelle– un objeto algo pesado, y sin darle tiempo para ver lo que era, se confundió entre la multitud, que iba envolviendo ya las primeras sombras de la noche.

CAPITULO II

La Primera Entrevista

En el mismo instante en que el desconocido se separaba de Huberto, abríanse las persianas de una rasgada ventana en el entresuelo de la casa más próxima al paseo público llamado *le Cours*, a la extremidad de la monumental calle de la Canebière, y aparecía en el hueco una linda joven vestida toda de blanco.

Aquella figura –que se destacaba a la pálida claridad del último crepúsculo sobre el fondo de una habitación aún no alumbrada por luz artificial–, presentaba rasgos distintivos de una organización desarrollada prematuramente, bajo cielo más poderoso que el que

entonces la acariciaba con moribundos reflejos.

Comprendíase por la casi infantil expresión de su fisonomía candorosa –llena, sin embargo, de gracia francesa y vivacidad española–, que apenas había gozado de la primera sonrisa del alba de la vida; mientras que sus formas mórbidas y perfectas; su tez delicada y un poco morena; sus magníficos ojos negros de largas pestañas y acariciadora mirada, y cierta voluptuosa dejadez en todos sus movimientos, caracterizaban la especial belleza de la criolla; de la mujer precoz que ostenta toda la lozanía de la juventud, sin haber perdido aún las inocentes gracias de la niñez.

Apoyando sus pequeñas y torneadas manos en los hierros de la reja, tendió la hermosa criatura larguísimas miradas por la extensión de la ancha calle, y las dejó vagar seguidamente con aire escudriñador por entre las sombras del arbolado que adorna profusamente el antes mencionado paseo; mas no pudo descubrir sin duda lo que buscaba, pues bajó con gesto mohíno su graciosa cabeza, cubierta de oscuros rizos, y empezó a deshojar maquinalmente, con cierto despecho, un encarnado clavel que se levantaba a sus pies en rica maceta de porcelana.

Terminada tal operación, repitiéronse las miradas con creciente afán, y al parecer con no más satisfactorio éxito; pues esta vez el disgusto que se siguió fue mucho más ostensible, y un delicado piececito –de aquellos que sólo produce Cuba–, golpeó repetidas veces el pavimento en señal inequívoca de impaciencia.

– ¡Eh! no enfadarse; ya vino –pronunció al mismo tiempo en extraño patuá, medio español medio francés, que no nos es posible conservar, una rolliza mulata que se dejó ver a espaldas de la joven, ostentando en su crespa cabeza vistoso pañuelo de madrás, y en sus toscas facciones la expresión *mimadora* de una ternura casi maternal.

– ¡Ya vino! ¿pues dónde está? –dijo al punto la niña, hablando con pureza la elegante lengua de Racine, pero dejando percibir cierta acentuación extranjera, a la vez que el dulce dejo criollo–. Creo que sueñas, Niná.

– No por cierto, Josefina mía –respondió ella, enlazando sus robustos brazos la gentil cintura de la doncella, con esa familiaridad cariñosa que usan en nuestras Antillas con los hijos de la casa las esclavas nacidas y envejecidas en ella–. Estoy muy despierta y muy alegre también, porque os vengo a comunicar una noticia que debe causaros la más grata sorpresa.

– ¿De veras, Niná?

– Sí, vida mía; sabed que si él no está ya al frente o al pie de vuestra ventana, es porque os aguarda en la verja del jardín, donde podréis hablaros libremente.

– ¡Qué dices! –exclamó Josefina, entre gozosa y asustada–. ¡Hablarle en el jardín!... Pero eso es muy arriesgado. El jardinero anda siempre rondando por los que considera dominios suyos, y si llegase a sorprendernos no dejaría de charlar de ello con los otros criados, llegando muy presto todo a los oídos de papá.

– Nada –repuso la mulata–; no sucederá nada de cuanto se forja vuestro miedo. ¿Soy tan tonta que no haya tomado mis medidas? El jardinero duerme una *turca* que no lo dejará en muchas horas, y los demás que pudieran *curiosear* se aprovechan con ansia del permiso que les he dado, en mi calidad de mayordoma, para ir a solazarse hasta las diez, ya que pasan sin paseo tantos otros domingos, por las rarezas del amo.

– Pero, ¿y él? ¿y mi padre?

– Sabéis que hoy apenas le hemos visto la cara, y cuando sube tanto de punto su acostumbrado mal humor, maldito lo que se cuida de vos ni de nadie. Venid, pues, querida niña: tiempo es ya de que se explique el afortunado galán, que con sólo el lenguaje de los

ojos ha tenido la habilidad de hacernos perder la chaveta, sin que sepamos de él otra cosa sino que se llama Huberto.

– Yo estoy segura –dijo la joven con graciosa gravedad–, de que es un caballero en toda la extensión de la palabra.

– También a mí me lo parece, y además, no sé si será por verlo ya como novio vuestro, o porque él tenga en su persona cierta hechicería natural, pero confieso que no hallo hombre en Marsella que sirva para descalzarle. Sin embargo, bueno es que cuanto antes se sepa ser verdad lo que nos figuramos, y se pueda decir a boca llena que habéis hecho una elección que no deja nada que desear.

– Sí, sí, tienes razón; vamos a hablarle, Niná: nunca he deseado tanto cosa alguna, y te agradeceré siempre como el mayor servicio el habérmela proporcionado. Con todo –añadió deteniéndose en mitad del gabinete que iba a abandonar–, siento tan grande emoción, que casi me embarga el aliento. Esta entrevista inesperada me hace el efecto de una gran locura.

– Pues más lo era, ciertamente, el estaros en la ventana horas enteras, como lo habéis hecho hasta aquí, para trocar con él, siempre de plantón abajo, suspiros y palabritas sueltas que nada adelantaban. Sabed que precisamente por prudencia es por lo que he tenido más empeño en facilitaros que le habléis en el jardín. Aquella calle, a espaldas de la casa, es menos transitada que ésta, y al través de la alta verja cubierta de enredaderas, podréis charlar con vuestro Huberto sin ser vista de alma viviente; mientras que por acá no cesan de pasar curiosos, teniendo por añadidura de vecina a la vieja Mouchard, a quien le viene el nombre de perilla, pues es una fisgona, que se ocupa en husmearlo todo. Mucho será que no se haya enterado ya de cuanto pasa, y esté acechando la ocasión de chismear a su gusto. Vuestro padre suele visitarla, ella dicen que no lo ve con malos ojos, y acaso crea congraciarse con él echándola de la celadora de la honra de su casa.

– No se hable más, ¡ea! –dijo Josefina–: Huberto está esperando, y por propia experiencia he comprendido hoy lo insufrible que es eso cuando uno ama.

Pronunciadas dichas palabras, echó a correr con tal ligereza –no obstante las violentas palpitaciones de su corazón, capaces de ahogarla–, que la corpulenta mulata tuvo que sudar mucho para seguirla a distancia.

Era la vez primera que los dos amantes se iban a hablar de cerca –según Niná se lo ha hecho comprender al lector en el diálogo que antecede–, y tenía, por tanto, la entrevista que referimos, algo de extraordinario y solemne, que no sólo sobrecogía a la doncella, sino también a nuestro ya conocido Huberto.

– ¡Oh Josefina! –exclamó con voz trémula de emoción, luego que ella se acercó a la verja–. ¿No estoy soñando? ¿Puedo al fin hablaros? ¿Puedo deciros que os amo, que os adoro, sin el recelo de servir de diversión a tanto transeúnte, que he maldecido mil veces?

– A Niná le debemos estos dulces momentos, que me han cogido de sorpersa, –contestó la joven–. Pero vos, que los esperabais, pues os fue prevenido que vinieseis aquí, ¿cómo es que habéis llegado más tarde que otros días? Sólo os veo los festivos, después de que anochece, y ya que os hacéis desear el resto de la semana, justo me parece que en esta primera entrevista, por lo menos, me anticipaseis la hora en vez de retrasármela.

– ¡Ah! perdonadme, amor mío –repuso Huberto, procurando traspasar con sus ojos la tupida cortina de madreselva y jazmines que le ocultaba a su linda interlocutora–. Debéis

comprender que no ha podido provenir de mi voluntad ese retardo imprevisto, como tampoco el privarme de saludar con más frecuencia la reja de vuestro gabinete. Mis ocupaciones duran los días comunes hasta tarde de la noche, y aun los festivos apenas dispongo libremente de aquellos breves instantes que consagro a la felicidad de contemplaros.

– ¿Habéis tenido hoy mayores atenciones que los otros días de fiesta, señor Huberto?

– No, amiga mía; pero sucedió que cierto sujeto, que debía satisfacerme pequeñísima cantidad, me dio en el paseo del muelle una bolsa que, abierta después de haberse él ido, vi contenía muchas monedas de oro, y entre ellas, además, una rica sortija de brillantes. Tuve, pues, que hacer inmediatamente diligencias para devolverle lo que por equivocación me dejara, y he perdido la media hora que me echáis en cara recorriendo los muelles y sus cercanías, en minuciosa revista de todos los paseantes... trabajo inútil en verdad, pues no di con mi hombre; proporcionándome sólo, a más del dolor de haber perdido algunos de estos momentos, el que vos me riñáis con apariencias de justicia.

– ¡Qué oficioso se conoce que sois! –dijo sonriendo Josefina–. Ya tendrá cuidado de hallaros el dueño de la bolsa, sin necesidad de que os mováis tanto para facilitárselo. Desde las siete prescindí yo de todo para sólo ocuparme de vos... y eso aunque conozco haría mejor dedicando todo mi tiempo y mi cuidado a prestar consuelo y compañía a un padre que padece.

– ¡Cómo! –exclamó Huberto con interés–. ¿Está acaso enfermo monsieur Caillard?

– No sé qué responderos –dijo Josefina–. Los males del espíritu, que no se llaman enfermedades, ni es costumbre tratar por la ciencia médica, son, sin embargo, muchas veces mortales. Como no sabéis de mí y de mi familia, sino que mi padre es un comerciante venido de la Habana con una hija única –servidora vuestra– que se llama Josefina, poco o nada comprenderéis si os digo que raro es el día que dejo de llorar por las desgracias de mi casa.

– En efecto, amada niña, -respondió el joven, logrando esta vez encuadrar, digámoslo así, entre las guirnaldas que vestían la verja el gracioso semblante de la doncella, que iluminó instantáneamente un rayo argentado de la luna–: estaba persuadido de que vuestra familia era tan dichosa como infortunada la mía.

– En cuatro meses transcurridos desde que nos vimos por primera vez en la misa mayor de la iglesia de San Teodoro, –repuso Josefina–, nunca habíamos podido hablarnos seis palabras seguidas; y pues hoy logramos esta ocasión feliz, que acaso no se repita, quiero que nos comuniquemos nuestras penas, explicándonos con franqueza nuestra posición recíproca. Sí, mi buen amigo; conviene que nos conozcamos mejor, toda vez que me amáis, y que en ese sentimiento fundo ya todas mis esperanzas de ventura.

– ¡Oh bien mío! –exclamó el joven, permitiéndose besar una bonita mano apoyada en la verja–. ¡Cuán dichoso sabéis hacerme con una sola palabra, en medio de las amarguras que me cercan! Tenéis razón; preciso es que no ignoréis nada; que os abra este pecho, que os adora, y cuyos sentimientos constituyen toda la historia de mi humilde vida.

– Yo os daré el ejemplo –dijo vivamente Josefina: –conoceréis, oyéndome, que no hay en la tierra ser alguno exento de sinsabores, y éstos antecedentes que voy a daros del hombre a quien debo la existencia y de quien depende mi destino, os harán acaso comprender su carácter y disculpar sus rarezas.

El joven tornó a besar la lindísima mano que se quedó desde aquel momento entre las suyas, y Josefina comenzó su relato como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO III

Historia de una familia cubana

"Mi padre recibió del cielo, como nosotros, una alma tierna y apasionada, si bien bajo el disfraz de un exterior algo áspero. Enamoróse perdidamente de la que después tuvo por esposa, pero no era él entonces sino un pobre mercader extranjero, y ella –hija predilecta de un opulento hacendado de La Habana–, estaba, además, prometida desde la infancia a cierto ricacho, joven todavía, y no indiferente a sus ojos. Pocas eran, por tanto, las ilusiones que podía alimentar el desventurado francés, cuya pasión se exaltó hasta el delirio por los mismos obstáculos, al parecer insuperables, en que se estrellaba su esperanza."

A estas palabras exhaló nuestro héroe profundísimo suspiro, que podía traducirse: –¡Ah! ¡bien sé lo que es eso!

No podemos asegurar que lo entendiese así Josefina, pero es lo cierto que hizo precediese otro suspiro, no menos expresivo, a la continuación de su historia, que fue en estos términos:

"Aquella triste pasión iba consumiendo la vida del que estaba destinado a ser autor de la mía; pues no sólo no le era dable prometerse la aprobación de la familia a que anhelaba enlazarse, sino que ni aun siquera podía contar con las simpatías de su adorada. Burlas de los indiferentes, desaires de los allegados, tormentos de un deseo imposible, todo le hubiera sido soportable, con la idea de merecer una mirada tierna de la que constituía su universo; mas no observaba cosa que no le indicase que era completamente de otro el corazón que él hubiera conquistado a costa de cien vidas que tuviese.

"Pasáronse de aquel modo muchos meses, llegando por fin el señalado para el casamiento de mi futura madre.

"La boda debía celebrarse en un hermoso cafetal que poseía mi abuelo, a las inmediaciones de Guanabacoa, y allá se trasladaron anticipadamente la familia y todos los convidados.

"¿Podréis creer que mi padre, conservando aún, en tales circunstancias, la incontrastable tenacidad de su desesperado amor, también corrió a ocultarse en la humilde cabaña de un esclavo, conceptuando todavía una dicha el aspirar el mismo ambiente que su ídolo, y poder seguir sus pasos alguna vez, besando las huellas que dejaban sus plantas?

"Por inverosímil que os parezca, el hecho fue tal como acabo de indicarlo, mi querido amigo, y esto os dará idea del extraño carácter del señor Caillard.

"La víspera de las nupcias se dio en el cafetal un opíparo banquete, al que siguió alegre noche de baile. Terminando éste –antes de lo regular, por haberse retirado la novia, fatigada sin duda de las emociones del día–, a la mitad de la noche reinaban ya la calma y el silencio en aquellas salas, tan iluminadas y bulliciosas en las primeras horas.

"De súbito empezó a notar la futura desposada, cuyo sueño era probablemente más ligero que el de las otras personas, cierto olor pronunciado, sintiendo al mismo tiempo que se le iba condensando la atmósfera en la oscuridad de su aposento, hasta el punto casi de sofocarla. Llamó asustada a Niná, su camarera, que dormía cerca de ella, y no bien hubo despertado la mulata, exclamó llena de espanto: – ¡Jesús, María! algo se está quemando por aquí, y no es cosa de poca monta. ¡Niña! ¿Escucháis esos chasquidos? ¡Oh! ¡levantaos! ¡levantaos!

"Mi madre intentó obedecerla, pero de tal manera la habían sobrecogido las palabras que acababa de oír y que confirmaban sus propios recelos, que le faltaron completamente

las fuerzas, y cayó sin sentido a los pies del lecho que quería abandonar.

"Afortunadamente Niná conservaba, no obstante su sobresalto, la presencia de espíritu que tanto vale en semejantes casos, y comprendiendo rápidamente la inminencia del peligro, así como el estado de su ama, corrió hacia ella sin perder momento, la envolvió en las sábanas, y tomándola en brazos se lanzó fuera del cuarto, cuya puerta encontró y abrió con admirable tino, en medio de las tinieblas. Al punto mismo, por el lado opuesto, se precipitaban dentro las llamas con imponderable violencia, resonando simultáneamente por todos los ámbitos de la casa el clamor pavoroso de ¡fuego! ¡fuego!

"Vuestra viva imaginación, Huberto, os pintará mejor que mi torpe palabra aquella escena terrible, a la que dio lugar –según después se supo– cierto descuido del novio de mi madre, que tuvo, sin embargo, la dicha de salvarse el primero saltando por una ventana; pero tan afectado por el miedo que perdió el uso de la voz durante largo rato, y no pudo ni aun dar la alarma, con sus gritos, a los que dejaba dentro. Os diré solamente que, auxiliados por los esclavos, pronto tuvieron la fortuna de hallarse a salvo –sin más que al-gunas contusiones y quemaduras– cuantos descansaban aquella fatal noche bajo el techo hospitalario de mi abuelo; siendo aquel pobre anciano, medio baldado, el único que faltaba.

"Nadie, empero, le echó de menos desde luego en la conturbación general y en medio de la noche, alumbrada sólo por los resplandores siniestros del incendio, si bien todos se habían ido reuniendo en la meseta de una colina, donde Niná se refugiara la primera con su señorita desmayada.

"El estado de ésta contribuía, sin duda, a preocupar los ánimos, pues continuaba sin dar casi señales de vida, allí donde tan escasos auxilios era posible prestarla, y a vista del fuego, cuyos espantosos progresos no alcanzaban a atajar turbas de infatigables negros.

"Cuando, por fin, se logró que saliese la joven de su largo síncope, y pudo ella tender ansiosamente sus miradas por los grupos que la rodeaban, notó al momento– a los albores del día que iban ya despuntando– la ausencia de la persona que le era más amada en el mundo. Levantándose entonces despavorida, señaló a su novio el punto del edificio en que se hallaba situado el dormitorio del anciano, y gritó con desagarrador acento: –¡Mi padre aún está allí!

"Todos fijaron los ojos con espanto en el paraje indicado; mas viéndole convertido en devorante hoguera, todos los apartaron inmediatamente, gimiendo consternados, sin que se le ocurriese a ninguno el intentar siquiera lo que parecía imposible.

"La doncella, sin embargo, continuaba clamando: '¡Mi padre! ¡salvad a mi padre!'. Y cayendo de rodillas a los pies de su futuro esposo, levantaba hacia él sus manos crispadas y sus ojos llenos de angustia.

"El movía tristemente la cabeza sin acertar a dirigir palabra a la bella suplicante; mas la hermana mayor de ésta le sacó del conflicto, pronunciando con decisivo tono: 'Todo lo que podemos hacer, hermana mía, es encomendarlo a Dios.'

"Oírlo mi madre, levantarse frenética y echar a correr con dirección al incendio, todo fue obra de un segundo.

"Niná y el novio –que la siguieron acelerados– no hubieran probablemente conseguido alcanzarla, si ella misma no se detuviese de pronto y hasta retrocediera estremecida, cual si pavoroso fantasma saliese a cortarle el paso.

"Así era en verdad, mi buen amigo: todos los que se hallaban en la colina vieron que la subía una especie de espectro, cuya vista horrorizaba".

– Era monsieur Caillard, ¿no es cierto? –dijo Huberto, interrumpiendo conmovido.

– Era él, sí –contestó Josefina–, él, medio desnudo, ennegrecido por el humo, cubierto de quemaduras, pero llevando sobre su espalda –que era una sangrienta llaga–, al padre de su adorada, milagrosamente salvado por su abnegación sublime.

"Cuando hubo depositado al exánime anciano en brazos de la más amante de las hijas, cayó el mísero a las plantas de ésta punto menos que moribundo, sin poder decirle sino estas breves pero consoladoras palabras: '¡Está vivo!'.

– ¡Qué venturoso fue! –tornó a exclamar Huberto con cierto tono de envidia–. ¡Cuánto no daría yo, Josefina, por tener ocasión de rendir a vuestro padre un servicio semejante, aun cuando me costase la existencia!

– Lo creo –dijo la linda criolla sonriendo y estrechando dulcemente la mano que aún retenía la suya–; pero, por fortuna, no hay incendios cada día, mi caro amigo, y nos será preciso buscar algún otro medio menos heroico de que merezcáis de mi padre el premio que él obtuvo.

"Aún me resta deciros que, felizmente, nadie murió entonces. Transportados a la capital, en muy mala situación, el salvador y el salvado, y puestos en un mismo aposento de la casa de mi abuelo, fueron asistidos con igual asiduidad y ternura por la que era tan querida de ambos hasta que tuvo el placer de contemplarlos, casi al mismo tiempo, completamente restablecidos.

"Me parece leer en vuestros ojos, gracias a esta hermosa luna, que estáis adivinando también, sin necesidad de que añada a lo dicho la menor palabra, que el casamiento con el ricacho quedó suspenso indefinidamente, y que más tarde, al segundo aniversario del suceso, se inauguró la nueva casa del cafetal, construida al pie de la colina, con otra boda, que no fue turbada por ningún accidente siniestro.

"Tuvo lugar su celebración en un templete redondo que, dando el diseño mi mismo abuelo, se había levantado sobre aquella meseta memorable. Al frontis de la linda rotonda se leía, grabado: *Recuerdo eterno,* y se ostentaba dentro una estatua representando a la Gratitud en el acto de coronar al Amor, reclinado en su seno.

"Las esbeltas palmas, los frondosos mangos, que, sombreando una parte de la colina, cobijaban la espalda del templete, eran los mismos a cuyo abrigo colocó Niná a mi madre desmayada en la noche terrible del incendio. Los floridos rosales, los matizados crótones, los tiernos naranjos que formaban elegantes grupos a los dos lados del pórtico, así como las violetas y verbenas que alfombraban la ladera por donde subió mi padre con su preciosa carga, todos habían sido plantados por la mano misma de la joven esposa.

"Allí, amigo mío, en aquel templo del agradecimiento, en que recibieron la bendición nupcial los autores de mi vida, fui bautizada, diez meses después, colmando la alegría de la familia; y como ésta habitó constantemente desde entonces en la finca predilecta, su poético accesorio llegó a ser el teatro de todos los regocijos domésticos.

"En él se celebraban las fiestas de cumpleaños y de los Santos Patronos; en él las alegres cenas de Noche Buena, las meriendas de Pascuas, las veladas de San Juan, los bailes campestres que solemnizaban la recolección del café.

"Al echar con felicidad mi primer diente, allá fui llevada en procesión, entre cánticos de acción de gracias a la Providencia: cuando articulé la primera palabra, allá se ostentó vistosa luminaria de vasos de colores: allá, en fin, aprendí a andar, asida de la diestra materna, que me guiaba a adornar de rosas el altar del reconocimiento.

"A cada fausto suceso de tal índole, plantaban los esposos un nuevo árbol en el corto camino de aquel santuario de los dulces recuerdos, y se depositaba en el pedestal de la

estatua alguna ofrenda votiva; resultando, con el tiempo, que era una magnífica alameda la que nos llevaba de la casa a la colina, y que el templete se vio tapizado, por decirlo así, de primorosas alhajas y simbólicas figurillas.

"Contaba yo nueve años cuando la señora Caillard anunció, llena de júbilo, que iba por segunda vez a ser madre, y la anhelada noticia se festejó con tres días de iluminación del sitio consagrado. Pero ¡ah! el acontecimiento que entonces se celebraba, era precisamente el que debía trocar en luto y en soledad las risueñas pompas de la colina.

"Mi pobre madre sucumbió a los treinta años, víctima de un alumbramiento desgraciado, sin sobrevivirla el infante, objeto de tanto anhelo.

"Figuraos, Huberto, cuál sería el doloroso trastorno de aquella casa, morada hasta aquel día de la felicidad más pura.

"Mi abuelo siguió al sepulcro prontamente a la más cara de sus hijas; mi padre fue postrado por gravísima y larga enfermedad, que le dejó en despedida la consunción física, y una flaqueza tal de las funciones intelectuales, que hacía temer se convirtiese en completo idiotismo.

"Durante más de un año permaneció en La Habana (pues no se le permitió volver al cafetal), asistiéndole cariñosamente mis tías y sus familias; pero en vista de la creciente decadencia de su salud se resolvió, al cabo, trasladarle al suelo natal, como último recurso a que apelaba la ciencia.

"Mis doce años años cumplía la misma mañana en que pisé por primera vez las playas de Marsella, y cuatro y medio han pasado desde aquel suceso, que puedo llamar afortunado, pues fue el comienzo de la mejoría lenta, pero progresiva, del estado del enfermo.

"Sin embargo, a medida que recobraba sus fuerzas y facultades, se le despertaba también con mayor intensidad y energía el sentimiento de su gran desgracia –adormecido antes en la absoluta postración de su ser–, y aun no cumplidos dos años de su regreso a Francia, ya no pensaba más que en volver a la isla de Cuba mirada por él como su verdadera patria. Necesito, decía, aquel cielo, aquel aire de mi felicidad perdida; aquella colina, santuario de mis eternas memorias, y donde aún hallaré por todas partes huellas y emanaciones de mi esposa.

"No hubo razones ni súplicas que lograran hacerle renunciar a tan halagüeñas esperanzas. Surcamos nuevamente el seno del océano, para ir a buscar la certeza de una decepción amarguísima.

" ¡Ay, amigo Huberto! El templo de la gratitud no existía ya; la colina querida se hallaba despojada de sus galas y transformada impíamente.

"Nuestros deudos, usando de los poderes que les dejó mi padre, casi sin conciencia de ello, lo habían vendido todo, en la persuasión de hacerle servicio, puesto que no contaban con su regreso a la isla. El nuevo dueño del cafetal, hombre positivista y vulgar, para quien nada era bello sino lo materialmente útil, juzgó que estaría la colina mucho mejor empleada siendo el asiento de un enorme criadero de palomas, hecho con el maderamen del templete, que conservando en ella estatuas, árboles y flores que no tenían para él significación alguna.

"No intentaré pintaros el efecto que causó en el alma enferma del señor Caillard una profanación tan odiosa; sólo os diré que fue tal, que volvimos a embarcarnos inmediatamente, huyendo de los mismos parajes que habíamos ido buscando al través de las olas. Marsella, empero, no restituyó a mi padre la calma del espíritu, como la salud del cuerpo. Desde entonces se ha hecho tétrico, extravagante, maniático.

"En la imposibilidad de recobrar, tal cual lo necesita, el sitio consagrado por todas las alegrías de su vida, se ha apoderado de él atormentador afán de verlo reproducido por el arte. A poco de su vuelta a Francia encargó la pintura exacta de aquel paisaje a cuantos artistas hay en La Habana; pero, aunque algunos de ellos habían visto el original muchas veces, ninguno alcanzó a imitarlo de un modo que dejara satisfechas las exigencias del viudo inconsolable.

"Después ha hecho detalladas descripciones de los objetos queridos a varios pintores de Marsella, de Lyon y aun de París que, mediante retribuciones cuantiosas, se han prestado a probar si acertaban a complacerle: el éxito siempre ha sido el mismo.

"Este no es el cielo de los Trópicos (exclama a cada nueva muestra que se le presenta), no hay calor en esta luz, no hay vida en esta vegetación raquítica... nada veo que me recuerde las suaves brisas que suspiraban entre las palmeras y bambúes, enredando juguetonas los negros rizos de mi bella cubana: nada que anime este recinto frío e inmóvil, como la figura académica en que el torpe pintor ha creído copiar la irregular pero expresiva imagen de la Gratitud, concebida por el corazón. Al fuego, al fuego todo este hielo.

"Para que acabéis de comprender la fuerza de su manía, sólo os falta saber, amigo Huberto, que, desesperado de hallar quien le pinte su anhelado paisaje, se pasa él mismo días y noches con el lápiz o el pincel en la mano, intentando inútilmente, pues carece de toda noción del arte, trasladar al papel o al lienzo lo que tan claramente conserva impreso en su alma.

"A cada ensayo desgraciado se siguen momentos dolorosos de desaliento y postración, hasta que lo reanima de nuevo violentamente su extraña monomanía, que –os lo confieso– llego a creer contagiosa, pues me hallo yo mismo tentada muchas veces a tomar también la paleta, juzgando imposible (como le sucede al pobre papá) que no acierte a trazar mi mano lo que me parece tener todavía delante de mis ojos.

"He aquí la historia de mi familia, con todos sus pormenores, y a fin de que nada absolutamente ignoréis, la terminaré diciendo que me pertenece –como herencia materna– más que mediana fortuna, y que el señor Caillard, independientemente de mis bienes que administra, los posee considerables; pues no sólo aumentó muchísimo con su laboriosidad, durante diez años y medio de matrimonio, el modesto capital que aportó a él, sino que le cupieron también cuantiosos gananciales de la dote de su esposa, quien le agració, además, con todo su quinto, al que unió mi abuelo parte del suyo, en agradecimiento a lo bien que le manejó sus intereses desde el mismo día en que pudo llamarle hijo.

"Ahora, amigo mío, os toca a vos darme conocimiento de cuanto os concierne, persuadido, como debéis estarlo, de que si vuestra suerte no es próspera, la impresión que me haga tal noticia será aumentar, si es posible, el afecto con que os miro."

Cesó de hablar Josefina, aguardando contestación; pero no recibió ninguna. El mancebo se hallaba evidentemente tan preocupado, que ponía en olvido hasta la presencia de su amada.

– ¿En qué pensáis? –preguntó ella con un poco de extrañeza–. ¿Os habrá fastidiado tanto mi larga narración, que os falte ánimo para comenzar la vuestra?

El interpelado desplegaba los labios para decir algo –no sabemos qué, cuando Niná que vigilaba a alguna distancia, llegó exclamando asustada:

– Callad y separaos. El amo ha salido de su encierro, y le oigo andar por el corredor llamando con grandes voces a la niña.

Josefina sólo se detuvo para estrechar la mano de su amante, diciéndole aceleradamente:

– Hasta el domingo: por si no podemos hablarnos, traedme escrita vuestra historia.

Separóse en seguida de la verja, y luego que nuestro héroe hubo perdido de vista su blanco vestido por entre los grupos de naranjos y rosales, se alejó también lentamente en dirección al humilde arrabal de San Lázaro, donde habitaba, con su familia, el tercer piso de un caserón viejo y destartalado.

CAPITULO IV

Tentaciones

El pensamiento que absorbía a Huberto, inspirado por algunas de las palabras que acababa de oír a Josefina, no es probablemente un misterio para nuestros penetrantes lectores. Monsieur Caillard se hallaba atormentado por el afán de obtener del arte perfecta imagen de aquel templete y de aquella colina, que eran para él un idilio de sus felicidades domésticas: el inspirado pintor que acertase a animar con el soplo del genio la copia exacta del sencillo monumento, sería, por tanto, objeto de admiración, de gratitud y fervorosa amistad para el triste monomaníaco: y ¿qué más podía anhelar el amante de su hija?

La grave preocupación de Huberto se encerraba, por consiguiente, en la respuesta que debería dar a esta pregunta dirigida a sí mismo: ¿No pudiera ser yo el afortunado artista?

– Mucho que sí (le aseguró al cabo su orgullo): posees superabundante idoneidad, y el amor –que te prestaría sus inspiraciones– sabe operar los mayores prodigios.

– ¡Ah! –exclamó entonces con íntima convicción nuestro joven–: si no me hallase encadenado a un vil trabajo mecánico, si pudiera estudiar un año más siquiera el divino arte que amo, a mí indudablemente me debería ese hombre lo que ha pedido en balde a consumados maestros. Yo leería con los ojos del alma, en el alma tierna de mi adorada virgen, todo aquel conjunto de afectuosos recuerdos vinculados a los objetos materiales cuyos detalles recogería de sus labios. Yo sabría animarlos con la vida inmensa de mi amor, idealizarlos con la poesía melancólica de mis ensueños de ventura.

– Pero ¿cómo? –añadía después, sucediendo al entusiasmo hondísmo desaliento–. ¿Cómo he de arreglarme para intentarlo siquiera? El día que yo faltase del obrador del lapidario carecerían de pan mi madre y mis hermanitas, cuyos propios recursos aun son harto eventuales. ¡Si consiguiese, al menos, cierto tiempo de libertad!.... ¡Si pudiese reunir la suma necesaria para que mi familia no tuviese por algún tiempo necesidad de mí!

Al hacer la última reflexión le asaltaron de súbito un recuerdo y una idea, que parecieron aclarar instantáneamente las nubes de su horizonte. Llevaba en la faltriquera, no sólo una cantidad algo considerable, sino también valiosísima joya, que había podido apreciar a la primera mirada, como inteligente que era ya en la materia. Con usar, pues, de lo que a su disposición se hallaba –y podía presumir don voluntario–, el júbilo y la paz tornarían en breve al hogar doméstico del cautivo, cuyas cadenas quedarían quebrantadas; mientras que el tierno amante privado de esperanza, el pobre artista condenado a prosaicas tareas, se hallaría por su parte libre también para cultivar su genio y abrir florida senda al porvenir de su amor.

El asalto de la tentación no podía ser más rudo: Huberto, recibiéndolo desprevenido,

quedó casi sojuzgado desde el primer instante, y el objeto temible, la rica bolsa del desconocido, se halló abierta, sin poder decir cómo, en su mano trémula y abrasada.

La luna –que se hallaba en sus primeros días de crecimiento–, próxima a abandonar en aquella hora de prueba el trono celeste, desde cuya altura había acariciado la primera entrevista de los dos amantes, lanzó, maligna, en tal momento sus últimos resplandores, que se reflejaron y multiplicaron con mágica fascinación en las límpidas facetas del magnífico y solitario brillante, destacado de entre el montón de dobles luises de oro que le prestaban séquito.

Los ojos del joven –fijos con calenturiento ardor en aquel foco centelleante–, se cerraron de pronto como deslumbrados; pero, así y todo, sentía vivamente las irradiaciones fúlgidas y vertiginosas, que llegaban a su cerebro como efluvios de fuego, como torbellinos de llamas.

Cuando tornó a abrir los párpados ardientes, la reina de la noche había corrido del todo las tupidas cortinas de su lecho de nubes; la oscuridad en torno suyo era casi completa; pero aquellas sombras, que podía creerse venían exprofeso para favorecer el triunfo del deseo culpable, encubriendo la vergüenza de la probidad vencida; aquellas sombras, decíamos, parecían surcadas todavía, a la vista de nuestro protagonista, por fantásticos cambiantes de luces maravillosas, que eclipsaban la débil claridad de la razón ya ofuscada.

Sin embargo, el instinto elevado de aquel adolescente generoso no estaba, en medio de todo, completamente ahogado. Algo había en el fondo de su alma que aún se esforzaba por protestar contra tantas seducciones irresistibles. En balde, para acallar aquella tímida pero íntima protesta, recordaba Huberto, o creía recordar, haber visto el tentador brillante en un dedo de la diestra liberal que se lo entregara, deduciendo de ello que sólo pudo hallarse en la bolsa, algunos instantes después, por un acto de deliberada voluntad y con intención determinada de acompañar con él las monedas que se le destinaban. La voz interior combatía elocuentemente esta hipótesis, apenas había sido formulada, suscitando dudas y presentando argumentos que poco a poco iban echando por tierra los capciosos sofismas del deseo.

– ¿Por qué recibir como don de la Providencia (le decía) lo que puede no ser más que tentación del abismo? ¿En qué se funda tu confianza? Dando por cierto que no te engañe la imaginación cuando presumes recordar que el valioso anillo brillaba esta tarde en la mano que te dio la bolsa, ¿qué razón hay para afirmar que sólo pudo ponerse en ella con la intención que supones?

Semejante dádiva no está justificada, es inverosímil como gratificación de un ligero servicio, y como limosna de caridad sería excesiva aun partiendo de la diestra munífica de un príncipe, cuanto más dispensándola un hombre en cuyo sencillo aspecto nada había de magnificencia regia.

– Aún permitiéndote creer que pueda ser el desconocido disfrazado magnate –añadía severamente aquella voz interior–, ¿le concedes, además, tan abnegada generosidad, que se prive voluntariamente del placer, tan dulce para toda alma benéfica, de escuchar las bendiciones de tu reconocimiento, y hasta de la certeza de que supieras debérselo?

¿Cómo explicar que te deje en una duda que te expone a ser ingrato y culpable, apropiándote como hallazgo casual lo que podías utilizar legítimamente y con gratitud, sabiendo ser intencional beneficio?

¡Oh, no! la pasión te fascina más que los rutilantes reflejos de esa piedra preciosa; pues es lo probable, lo casi evidente, que su dueño sólo creyó darte en la bolsa algunas pocas

monedas, olvidado del oro que contenía y de la joya que, por algún incidente extraño, fue momentáneamente depositada en ella.

Ante la fuerza de esta lógica de la conciencia, el encanto se fue desvaneciendo, y derrumbándose el bello edificio de locas esperanzas.

Pasando, en la reacción violenta, de un extremo a otro, el desgraciado amante de Josefina llegó a rechazar absolutamente, como ilusión de su memoria, el recuerdo que se le presentaba de haber visto la sortija en uno de los dedos de su compañero de barca. Todo lo juzgó ya seducción de la codicia, todo le inspiró desconfianza y pavura, hasta que, sumergiendo al cabo con doloroso esfuerzo la tentadora bolsa hasta el fondo de su faltriquera, exclamó decididamente:

– ¡Apártate, ocúltate! No quiero verte más: sólo te guardaré como sagrado depósito, que debo respetar aun a costa de mi vida. Primero inutilizar un beneficio voluntario que exponerme a abusar de una equivocación, apropiándome lo ajeno. ¡Jamás semejante mancha recaerá sobre mí! ¡Muera antes en la desgracia que vivir en la vergüenza!

Se hallaba, al tomar tan honroso partido, en la plaza de Aix, que tenía que atravesar para ir a su morada, y sentándose breve rato en uno de los bancos que en aquel tiempo la rodeaban, procuró calmar del todo las tempestades de su espíritu encomendándose devotamente a la *Madre de los Desamparados*, y pidiéndole con fervor sus santas inspiraciones; pues la cristiana enseñanza que debió en la infancia a su madre no fue lo que menos contribuyó a hacerlo, durante el largo curso de su vida, modelo perfecto de caballeresca hidalguía.

Cuando emprendió de nuevo su camino, la serenidad reinaba ya en su alma y pudo raciocinar desapasionadamente sobre los límites justos de la incertidumbre, que le vedaba aprovecharse de unos valores que podían hacer la suerte de su familia y la suya.

Conservarlos en eterno depósito no era, a su entender, más razonable que apropiárselos inmediatamente sin previas diligencias para restituirlos. Su primer cuidado debía cifrarse en llenar esta obligación ampliamente, y si ningún resultado alcanzaba, si nadie se presentaba reclamando la bolsa, ni él conseguía descubrir el paradero del desconocido para devolvérsela religiosamente íntegra, en ese caso bien podría sin escrúpulo dar por cosa segura que la intención de aquél había sido favorecerle con tan oportuno y considerable socorro.

La última cuestión llegó, por tanto, a reducirse a esto: ¿cuáles medios emplearía para la restitución que su conciencia le ordenaba, antes de permitirle la propiedad ambicionada?

No sabía Huberto del anciano de la barca, ni aun siquiera si moraba habitualmente en Marsella, así como tampoco había dicho a aquél cuál era su habitación, que difícilmente podría inquirir por sólo el conocimiento de su oscuro nombre.

El único arbitrio seguro que se le ocurrió, por consiguiente, fue el de acudir todos los días festivos, durante un mes –que empezaría a contar desde aquel–, al paraje mismo en que le halló el caballero cuando entró a ocupar su ligera embarcación, permaneciendo allí como un poste, bien visible para cuantos pasasen, a fin de que si era buscado por su acreedor pudiese fácilmente encontrarle.

Aun se propuso hacer más. Al retirarse cada noche, si había sido inútil su expectativa, pasaría minuciosa revista a los paseantes del muelle, informándose del mejor modo posible si alguno conocía al anciano de la nariz aguileña, de los penetrantes ojos y de la benévola sonrisa. Sólo después de cumplido el mes sin producir resultado todas las diligencias practicadas durante su curso, podría Huberto considerarse con derecho a

disponer de los luises dobles de oro y del magnífico solitario, que aun siendo inseguro le pertenecieran como dádiva graciosa, podía apropiarse entonces como cosas sin dueño.

Merced a esta solución, que en su concepto lo conciliaba todo, llegó a su casa el mancebo con cierto aire de triunfo, y dispuesto a dar tregua a las graves preocupaciones de su amor y su desgracia, para honrar la frugal cena de la familia con el buen apetito de sus diecinueve años, y de un trabajo corporal de muchas horas seguidas. ¡Ignoraba que aquel asilo doméstico, donde buscaba el reposo de tantas fatigas y combates, le guardaba el segundo y más vigoroso asalto de la tentación vencida!...

En una pequeña pieza –que servía a la vez de sala, comedor y taller de costura–, se hallaban sentadas alrededor de una mesa de pino, ocupadas como de costumbre en labores "propias del sexo", la señora Robert y sus dos interesantes hijas, cuyos juveniles semblantes, surcados por recientes lágrimas, revelaban una angustia que había sabido borrar del suyo la esforzada matrona para recibir sonriendo a su primogénito querido. Este, empero, comprendió desde la primera mirada que algo de extraordinario agitaba en aquel momento a los tres corazones que más le amaban en el mundo, y sin besar siquiera la materna diestra, que afectuosamente le era presentada, preguntó al punto con alterado acento:

– ¿Qué hay de nuevo, madre mía?

– Nada por ahora –respondió la señora Robert, lanzando a las jóvenes una ojeada que parecía reconvenirlas de no ocultar mejor la amargura de sus almas–.Voy a servir nuestra colación, que tomaremos tranquilamente con la bendición del Señor, y mañana habrá tiempo para tratar nuestros asuntos.

– ¡No, no! –exclamó Huberto con ansiedad–: veo llorar a mis hermanas, y vos misma, madre mía, tenéis la voz trémula y el semblante demudado. Algo ha ocurrido aquí durante mi ausencia; algo muy desagradable, que queréis ocultarme. En nombre del cielo no prosigáis en tan inútil empeño: decídmelo todo; todo debo saberlo; a todo estoy preparado.

– Pues bien, hermano –dijo entonces prorrumpiendo en sollozos la mayor de las niñas–; ten entendido que mañana seremos arrojadas de este humilde albergue, y no hallaremos techo que nos cobije.

– ¡Cómo! ¡Qué dices!...

– La verdad, hijo mío –declaró al fin la pobre madre dando también rienda suela a su comprimido llanto–: tú te empeñaste en que repusiéramos nuestra escasa ropa blanca, y ese desembolso extraordinario nos hizo imposible el satisfacer con la exactitud que antes los alquileres del cuarto. Debemos más de tres meses, y en vista de ello el dueño se ha presentado hoy, exigiendo se le paguen inmediatamente o de lo contrario mudemos de domicilio.

– Nos ha llamado tramposas –añadió la menor de las hijas, corriendo a ocultar en el seno de Huberto su rostro cubierto de confusión y de lágrimas–; nos ha tratado sin piedad, hermano mío, amenazándonos con echarnos ignominiosamente.

– Y ¿adónde ir, Dios bueno! –gritaba al mismo tiempo desolada la hermana mayor–: ¿quién nos prestará asilo después de tamaña afrenta? ¡Oh madre! no podréis resistir a este último golpe; os perderemos, sucumbiréis al fin y quedaremos sin amparo en la tierra.

– ¡Hijas mías, hijas de mi corazón!– era cuanto, en medio de aquellas amarguras, acertaba a proferir la desgraciada señora, cuyos descarnados brazos se cruzaban sobre el enflaquecido seno, como comprimiendo los estallidos del dolor.

Huberto, mientras tanto, trémulo, conturbado, fuera de sí, en el centro de aquella escena desgarradora, sentía que sus manos se dirigían convulsivas y maquinalmente a la bolsa, contra la cual palpitaba su corazón dolorido, saliendo de sus labios acentos roncos, que

entre el trío de lamentos y gemidos que se alzaba en rededor, llegaron por fin a hacerse espacio, dejando entender estas cortadas pero decisivas frases: –¡No! ¡pagaremos! ¡es preciso! ¡Pues bien! ¡yo tengo oro! ¡yo os daré oro!

– ¿Es eso cierto, hermano? –exclamó al punto la más joven, brillando en sus peregrinas facciones la alegría de la esperanza–. ¿Tienes dinero? ¿puedes salvarnos? Repítelo, por Dios; repite esa promesa que vuelve la vida a tu madre y tus hermanas.

– ¡Sí, sí, sí! –pronunciaba Huberto con sorda voz y delirante mirada. –Tengo... tengo... pagaremos a todo el mundo.

– ¡Bendígate el cielo! –gritó madame Robert enajenada–: ¡bendígate, como yo te bendigo, ángel tutelar de esta infeliz familia!

– ¡Huberto mío! ¡Hermano de mi alma! –clamaban al mismo tiempo las dos muchachas, cubriendo de besos la frente de nuestro héroe, sin echar de ver, en el arrebato de su gozo, que aquella frente se nublaba confusa, cubierta de frío sudor, y que el peso que ellas descargaban de sus corazones iba cayendo, más abrumador y terrible, sobre el alma del desgraciado mancebo.

Calmados un tanto los primeros transportes, la matrona preguntó a su hijo cómo había podido reunir cantidad suficiente para satisfacer los alquileres últimamente devengados; pero Huberto bajó los ojos y se limitó a decirle:

– Id a descansar, madre mía, llevándoos a estas niñas; mañana hablaremos despacio, y todo quedará arreglado: ¡os lo juro!

Madame Robert, a quien tantos disgustos tenían realmente quebrantada y enferma, condescendió al cabo a los deseos de su hijo, y cuando las tres mujeres se hubieron retirado, después de colmarle de caricias y bendiciones, nuestro pobre barquero se dejó caer de rodillas, y cubriéndose el enrojecido rostro con las crispadas manos, ¡Oh Dios justo!, exclamó, no permitáis que consuma lo que sería un robo a los ojos de mi conciencia; pero ¡ah! no permitáis tampoco que haya mentido a mi madre y a las dos inocentes criaturas que como yo nacieron de su seno. No permitáis que, bárbaramente honrado, llegue a ellas mañana para arrancarles la esperanza halagüeña con que he secado sus lágrimas, y faltar al juramento con que me he ligado ante Vos.

Terminada esta súplica, permaneció en la misma postura, sumido por largo rato en muda meditación, y en el momento en que la campana de la próxima iglesia sonaba pausadamente las doce, se levantó del suelo, pálido, los ojos arrasados en lágrimas, pero con cierto aire de resolución y de calma, que indicaba haber triunfado otra vez de la poderosa tentación, encontrando nuevo medio –aunque indudablemente costoso– de conciliar los votos de la piedad filial con las prescripciones severas de la conciencia.

Si el lector quiere conocer esta segunda solución de las rudas pruebas promovidas por la bolsa del desconocido en el alma noble de nuestro pobre barquero, no tiene más que leer en el siguiente capítulo la carta escrita por él a la doncella cubana entre lágrimas y suspiros; mientras ella sonreía amorosa, soñando que era conducida al ara nupcial por la mano querida que había estrechado la suya por primera vez en aquella memorable noche del 5 de junio de 1752.

CAPITULO V

Serena Mañana y Tarde Borrascosa

Hay en el amor de la mujer algo de tan místico e ideal, que no la permite comprender

y tasar en su verdadero valor los obstáculos que le oponen las convenciones del mundo positivo. El prisma por donde mira cuanto tiene relación con el objeto de su culto, se lo presenta todo con halagüeños colores, que disfrazan las realidades. Esos ropajes de púrpura y de oro, que saca ella de los tesoros de poesía que guarda en su corazón, llegan a formar parte integrante de la persona querida, ocultando cuanto puede revelar la flaqueza de la naturaleza mortal y la prosa de la vida. En aquel ídolo, que encumbra el entusiasmo muy por encima de la esfera común, tan difícil es concebir las innumerables miserias de la condición humana, como las infinitas lástimas de que parece irremediable origen la imperfección del organismo social.

Josefina debía conjeturar –sin necesidad para ello de extraordinaria perspicacia–, que su amante era uno de esos pobres seres maltratados por la fortuna y en ruda lucha con las exigencias materiales de esta trabajosa existencia; debía prever que las revelaciones que iba a hacerle de su posición y la de su familia, nada tendrían de halagüeñas ni favorables a los votos de su alma... pero las deducciones lógicas quedaban oscurecidas ante el brillo fascinador de locas esperanzas.

¿Cómo ocurrírsele que el atildado mancebo pudiera ser un pobre artesano o un humilde barquero? ¿Cómo sospechar que tuviese una familia indigente?

Habituada desde la cuna a la abundancia fácil de la muelle vida criolla, necesitaba Josefina del testimonio de los harapos y de las asquerosas llagas del mendigo, para concebir las penalidades y las humillaciones de la miseria. En su querido Huberto, en el jovencito de pulcro aspecto, de aristocráticas manos, de escogido lenguaje, todo tenía que representársele hermoso como su figura, ideal como su amor, brillante como su ingenio.

El había indicado, es cierto, desgracias de familia; pero hay desgracias poéticas, que prestan nuevo encanto a sus víctimas, y de aquel linaje eran forzosamente las que asociaba alguna vez la doncella a la imagen de su amado. Bien podía no ser rico, pero, ¿quién imaginaría siquiera que se hallase colocado, por extrema pobreza, en la última grada de la escala social? Esto para la linda habanera bien podía llamarse un imposible.

Animada, pues, por las más dulces ilusiones, se levantó el domingo siguiente al que ha prestado asunto a los anteriores capítulos, tan alegre, tan risueña como lo es la aurora en el ardiente cielo de su patria, y aun también en aquella otra región privilegiada que fue la cuna de la gaya ciencia, y donde el amor fundó la célebre cátedra por cuyas decisiones se rigió la Europa durante más de dos siglos.

Cuando llegara la noche iba a ver la joven a su adorado, iba a saber por él mismo todas las circunstancias de su vida, y cierta de que le serían honrosas, se lisonjeaba anticipadamente de poder abrigar fundada confianza respecto al consentimiento paterno para un enlace que era su sueño de oro. Adornóse, por tanto, con inocente coquetismo desde las primeras horas de aquel día que reputaba fausto, y orgullosa con las seguridades que le dio su espejo de estar linda como nunca, sonrió feliz al sereno firmamento, que desplegaba sobre su cabeza espléndido pabellón de azul y nácar; a los rayos del sol, que, penetrando por entre celajes de rosada seda y blanca muselina, esmaltaban los elegantes muebles de su virginal estancia; a las juguetonas auras matinales, que robaban a sus negros cabellos suaves efluvios de heliotropo; a las matizadas flores que, agrupadas artísticamente en ricos jarrones de porcelana china, embalsamaban el aire con sus mil fragancias; a los musiquillos alados que la daban concierto desde los naranjos del jardín... y a todo, en una palabra, cuanto se asociaba a su alegría, pareciéndole presagio venturoso.

Aquel día, hasta monsieur Caillard se mostraba menos displicente que de costumbre.

Rompiendo sus hábitos, salió después del almuerzo a hacer algunas visitas en la vecindad. Mientras duró su ausencia, Josefina tocó el piano, cantó deliciosamente populares aires de su patria, jugueteó como una chiquilla con su pequeño perro habanero, de blancas lanas rizadas, adornó con verdes festones las doradas jaulas de sus vistosos pájaros tropicales; y por último, hizo llorar de gozo a Niná, arreglando con ella gravemente el plan de su futura casa, cuando fuese ya *señora de estado*.

Cerca de la hora de comer, los sones de la campanilla de la puerta anunciaron la vuelta de monsieur Caillard, que llamaba habitualmente con cierta violencia, pero que lo hizo esta vez con mayor fuerza que nunca.

La joven corrió a abrirle ella misma, con la sonrisa en los labios y el halago en la mirada.

– ¡Cuánto habéis paseado, papito! –le dijo en español graciosamente, cuando le franqueó la entrada–. Hoy, de seguro, no estaréis desganado.

Monsieur Caillard, como si no la oyese, pasó rozando con ella sin siquera mirarla, y se dirigió a su cuarto con fruncido entrecejo.

– ¡Uf!... –exclamó Niná, que había seguido a su señorita–. La mañana amaneció serena, pero me parece ver ya nubes muy negras, que están anunciando mala tarde.

Josefina, por su parte, se quedó largo rato pensativa y mohína; pero, como no era, en verdad, cosa muy rara que tuviese el ex mercader largos accesos de taciturnidad y aspereza, ni el ama ni la criada atribuyeron lo ocurrido a motivo alguno particular, y la comida se sirvió sin alteración en la hora.

El padre de familia, sin embargo, se presentó en la mesa con aspecto tan adusto y sombrío, que la pobre Josefina no pudo atravesar bocado, y la mulata –acostumbrada a excitar el apetito de sus señores haciendo la apología de cada plato–, no osó interrumpir con la menor palabra el silencio triste que reinaba, haciendo presentir algo de extraordinario.

Luego que se levantaron los manteles y se retiraron los sirvientes –excepto Niná, que no quiso apartarse de su niña hasta no ver en lo que paraba aquello–, monsieur Caillard, mudo durante la comida, fijó en la ya inquieta mujer aterradora mirada, y pronunció secamente estas órdenes que significaban demasiado:

– Desde hoy se cerrará con llave todas las tardes, después del riego, la puerta del jardín que lo comunica con el patio, siéndome tú responsable si cualquiera persona de la casa entra en él a dichas horas. Prohibo asimismo que esta niña vuelva a ponerse nunca en la ventana de su gabinete, escandalizando a los que pasan.

– ¡Yo, papá!.. ¡yo escandalizo! –fue cuanto pudo proferir con trémulo acento la turbada Josefina.

– ¡Tú, sí! –repitió el padre, poniéndose en pie con ademán indignado–. ¡Tú, patrocinada en tus devaneos por esta mulata loca, que corresponde de ese modo a la libertad que le concedió mi esposa, y a la confianza con que yo la he honrado!

– ¡Jesús, María! –exclamó Niná, santiguándose como quien oye una blasfemia, pero sin acertar a encubrir el desconcierto en que la ponía el ver al amo enterado, a no dudarlo, de las faltas cometidas.

– ¿Te atreverás a negarlo? –le preguntó monsieur Caillard, devorándola con los ojos.

– Bien sabe el señor –contestó ella, eludiendo tan directa interpelación–, que esta casa es un convento donde no entra jamás alma viviente.

– ¡Pero sale mi hija a ventanas y verjas para dar conversación a un pilluelo! –repuso monsieur Caillard, más y más irritado.

Niná comenzó a temblar, sin ocurrírsele ya disculpa o subterfugio; pero lastimada Jose-

fina del desprecio con que era calificado su amante, se permitió decir tímidamente:

– El no es un pillo, papá, sino un joven apreciable, decente... un ...

– ¡Un barquero! gritó furibundo el padre, sin dejarla acabar–. ¡Un barquero del muelle, que suelta los remos los domingos para echarla de caballero, enamorando a mi hija a vista de todo el mundo! Quizá espera que, comprometiéndola, desacreditándola tan públicamente, me veré obligado a recibirlo por yerno.

– ¡No, no! ¡nada de eso es verdad! –dijo la joven, en súbito arranque de energía y con invencible convicción–. Han calumniado a Huberto, padre mío, y yo sabré probároslo si tenéis a bien escucharme.

– Sí, señor, le han calumniado, –repitió la mulata, envalentonada un poco con la firmeza de su ama–. El sujeto de quien se trata, es todo un caballero, que con las mejores intenciones del mundo...

– ¡Silencio, y afuera! –exclamó imperiosamente el viudo, indicándole la puerta–. En cuanto *a vos, señorita*, –prosiguió ceremoniosamente mirando a Josefina–, idos a meditar en vuestro cuarto sobre los deberes de una buena hija y de una doncella recatada. Cuando los hayáis recordado, me prestaré a oír las disculpas que podáis encontrar a vuestra imprudente conducta, y os indicaré yo mismo los medios de repararla.

Dicho esto, se entró en su habitación, que cerró con estrépito, y la infeliz niña –perdiendo de golpe su momentánea entereza–, cayó de rodillas sollozando, de una manera tal, que destrozaba el pecho de Niná, presente allí todavía a despecho de la intimación que se le hiciera.

– ¡Ay, niña de mis ojos! –exclamó, levantándola como si fuese una pluma–. No os aflijáis así si no queréis matarme. Mirad también que los criados pueden oíros y enterarse de todo. Venid conmigo a vuestro cuarto, donde nos desahogaremos a nuestro gusto.

Se la llevó, en efecto, en sus fornidos brazos, y luego que la hubo colocado en el lecho, desajustándola y cubriéndola de caricias, la dijo con tono de infalible esperanza:

– ¡Ea, esto pasará! ya lo veréis. Los chismes de Madame Mouchard son seguramente la causa de semejante polvareda. Bien sabéis que me la estaba temiendo hace días. Pero no hay que asustarse ni caer en desaliento. El joven no puede ser lo que dicen, y cuando las cosas se aclaren todo acabará en bien, según el corazón me lo anuncia.

– Yo lo espero así –contestó Josefina, un tanto reanimada por el fausto presagio–. ¡Decir que Huberto es un pilluelo! ¡un barquero!... Esa mujer carece hasta de sentido común. Lo que yo he recelado alguna vez es que acaso su fortuna no se iguale con la mía; pero monsieur Caillard no puede rechazarlo por tal circunstancia, pues tampoco él era tan rico como mi madre cuando se casó con ella.

– Sin embargo –observó Niná con cierta gravedad y mascando magistralmente un pedazo de andullo–, dice un refrán de nuestra tierra que no se acuerda el prior de cuando fue sacristán, y eso sucederá acaso a vuestro señor padre. Creo, con todo, que siendo el muchacho de nacimiento ilustre, como me parece indudable, lo demás podrá arreglarse, supliendo nobleza por riqueza. Por tal razón, es lo más urgente y lo más indispensable, que pronto, muy pronto, se haga patente la verdad, y os aconsejo, hija mía, que no penséis en ninguna otra cosa.

– Pero, ¿qué puedo hacer –repuso la joven renovando su llanto–, si se me prohíbe volver a hablarle nunca? Ya sabes que esta noche vendrá; que esta noche debía decirme cuanto anhelamos saber positivamente. ¡Y verme privada de salir al jardín! ... ¡Privada hasta de asomarme a la reja para indicarle que arroje por la ventana la carta que por prevención le encargué me trajese!... Si ni aun ese papel viene a prestarnos auxilio en tan críticos

momentos, imposible nos será destruir con los más leves datos todos los embustes de que han llenado la cabeza a papá.

– No hay que temer semejante cosa –dijo la mulata resueltamente–. Vos obedeceréis, como es debido, no saliendo a la ventana; pero a mí nadie me ha cerrado hasta ahora la puerta de la calle.

Josefina saltó del lecho, trocando de súbito por regocijo infantil su angustiosísima pena, y enlazó los blancos brazos al bronceado cuello de Niná, exclamando transportada:

– ¡Tú me traerás la carta! ¡Oh, sí, saldrás ahora mismo para traérmela, Niná mía, mi segunda madre! ¡Cuánto te lo agradeceremos los dos!

– Calma, calma –respondió la mulata, dejándose besar la tostada frente por los labios de rosa de la joven–: aún no ha dado la hora en que acostumbra venir el señorito.

– ¡Cierto! –pronunció suspirando Josefina, cuyos ojos se fijaron un momento en el reloj de sobremesa que había en su gabinete. Es más temprano de lo que parece; porque, saliendo exacto lo que dijiste al notar el ceño con que volvió papá, a la mañana magnífica que tuvimos, ha seguido encapotada tarde.

– ¿Qué importa? ¡mejor! –replicó su interlocutora, encendiendo la hermosa lámpara del gabinete–. La noche llega antes de tiempo, quizá para que venga también antes de lo ordinario el que aparece siempre entre sus sombras, y que hoy debe ser para nosotras luz que disipe todas las oscuridades.

Apenas acababa esta poética frase, que revelaba la brillantez de imaginación que es común en el pueblo cubano hasta en la clase más inculta, se oyó, en efecto, cierta significativa tosecilla, que hizo palpitar el turgente seno de Josefina, pues no le era en verdad desconocida.

Corrió maquinalmente a la ventana, cuyas celosías permanecían cerradas; pero la detuvo Niná, recomendándola prudencia, y asegurándola que tendría en sus manos el anhelado papel antes de cinco minutos.

– ¡Corre! ¡corre, pues! –gritaba la joven, empujándola; y la complaciente mulata había traspasado ya los umbrales del gabinete, moviendo con cuanta ligereza le era posible su respetable mole, cuando oyeron ambas la voz de monsieur Caillard, llamando desde la puerta de su cuarto.

Tuvo que acudir Niná, que dejó a la doncella agitada, impaciente, ansiosa; pero sin resolverse a abrir la reja, a cuyo pie tosía su amante hasta desgarrarse la laringe.

Volvió a poco la mulata, advirtiéndola que le ordenaba su padre pasara al instante a hablarle.

– ¡Oh, Dios mío! –exclamó toda trastornada nuestra niña-: será para que le dé las explicaciones, las disculpas ofrecidas–. ¿Y qué decirle, Niná, si antes no veo la carta que espero de tu mano?

– El señor tiene abierto su cuarto, se pasea por él, puede verme salir y hundirme de un puñetazo, si comprende a lo que voy; pero a todo trance corro a complaceros –dijo la mulata volviendo a imprimir celeridad a su pesado volumen.

Josefina entonces se arrodilló devotamente ante una imagen de la Virgen de la Esperanza, depositando a sus plantas los tiernos votos de su inocente amor.

Mientras tanto se iba impacientando monsieur Caillard de la tardanza de su hija, y comenzó por fin a llamar de nuevo a la mulata con tono que indicaba su humor desapacible.

Levantóse la joven de su muda oración, temblando de que llegase a conocer su padre la ausencia de Niná, harto significativa a tales horas; y antes que exponerla a la cólera de

un amo burlado, resolvió presentarse ella misma, renunciando a la esperanza de recibir la carta en tan oportuno momento.

Atravesaba trémula la extensión de la ancha sala, cuando vio aparecer jadeante a la rolliza mujer, trayendo empuñada la suspirada misiva.

– Aquí la tenéis –dijo triunfante, aunque casi ahogándose–. Como si adivinase a lo que iba, no bien me miró salir por el portón, cuando se me llegó presuroso, poniéndome el papel en la mano.

Josefina, sin atender ya a lo que decía Niná, rasgaba el sobre con temblor convulsivo.

– ¡Allá voy! ¡allá voy! –gritaba en seguida la feliz mensajera, oyendo las voces con que la llamaba su amo; pero sin determinarse a renunciar al gusto de saber antes lo que contenía la carta, añadía frotándose las manos–: ¡Leed, leed, niñita! ¡Ahora sí que va a quedar lucida la vieja bruja Mouchard! Ahora si que podréis decir a boca llena a vuestro señor padre quién es el novio que os habéis escogido.

La joven devoraba ya la carta; pero en vez de la alegría que buscaba en su rostro la mulata, mortal palidez iba cubriendo sus mejillas. De repente el papel se le escapa de las manos, un grito desgarrador sale de su pecho, y cae sin conocimiento en brazos de Niná, en el momento mismo en que monsieur Caillard, impaciente, entraba de mal talante en la sala.

La carta que tan terrible efecto había causado, no encerraba, sino las siguientes sencillas y sinceras palabras:

"Me exigís noticias de mi vida y posición, Josefina, y llenando un deber –que reconozco– me habría anticipado a vuestros deseos, si antes de ahora hubiese tenido ocasión de hablaros o autorización de escribiros.

"¡Oh, sí! mi delicadeza me apremiaba a revelaros lo poco que vale, según apreciaciones del mundo, el hombre a quien honráis con vuestra preferencia, y a cuyo destino quizá os halláis pronta a unir el vuestro.

"No esperéis, sin embargo, una historia; no esperéis la narración de sucesos que os llevarían insensiblemente de un pasado del que no queda nada, a un presente que sólo desventuras encierra.

"Todo lo sabréis cuando os diga que el motivo de no veros sino los días festivos, es que paso el resto de la semana trabajando a salario en el obrador de un artesano; que si aun en los días de descanso sólo os dedico algunas horas de la noche, es porque empleo la tarde manejando el remo en la bahía... Ultimamente, que si cuando leeis esta carta no os halláis expuesta a que lleguen a vuestras puertas mi madre y mis hermanas –pidiendo por caridad un rincón de vuestras caballerizas para guarecerse de la intemperie–, es porque para conservarles su humildísimo asilo, he resuelto vender por algunos cientos de francos un año más de mi libertad al lapidario que me tiene a sueldo, y del que podría, sin eso, emanciparme en breve para trabajar por mi cuenta, proporcionándome tal vez el rescatar a mi padre, que arrastra las cadenas del esclavo.

"En lo dicho tenéis completo cuadro de mi posición y la de mi familia. Si después de contemplarlo juzgáis prudentemente que es preciso concluir de un golpe relaciones cuyo porvenir nada os ofrece de halagüeño; si este aprendiz de lapidario, este barquero dominguero, os parece indigno del aprecio que le habéis dispensado a ciegas –por efecto de inexperiencia y bondad–, no quiero, Josefina, que os toméis ni aun la pena de expresármelo. Para que yo lo entienda y me aleje para siempre de vos, respetando profundamente la resolución que os dicte vuestro legítimo orgullo, bastaría que pase media hora, después de entregaros estas líneas, sin que os vea aparecer de nuevo en vuestra ventana

o en la verja del jardín.

"Vuestra ausencia en tal momento me dirá bastante... Será un adiós eterno, al que responderá mi alma con un gemido de interminable dolor, pero sin mezclar ni una gota de la hiel del resentimiento a las lágrimas purísimas del más desgraciado amor.

Huberto Robert."

CAPITULO VI

El Plazo cumplido y las dos cartas

Huberto Robert iba y venía, agitado, de la ventana del gabinete a la verja del jardín, y de la verja del jardín a la ventana del gabinete, fijos los inquietos ojos tan pronto en las inmóviles persianas herméticamente cerradas, en cuyo aplomado barniz –humedecido por menuda llovizna–, formaban opacos visos las luces que comenzaban a encenderse en el cercano paseo; tan pronto en las ondulantes cortinas de jazmines y madreselvas, por entre las cuales sólo se presentaban confusamente a sus miradas desiertos cuadros de flores, perdidos entre las sombras; siéndole menester aplicar largo rato atento oído, para convencerse con enojo de que no se unía al rumor de las ramas, agitadas por el viento, el de ligeros pasos de piececitos criollos, hollando con cautela la mojada arena.

La media hora que señalara en su carta había pasado ya, aunque con desesperadora lentitud, y nada indicaba todavía el feliz término de aquella angustiosa expectativa.

Sin embargo, el pobre amante hallaba mil razones para no marcharse todavía. Acaso la camarera no tuvo oportunidad de entregar su escrito inmediatamente después de recibirlo. Acaso alguna visita indiscreta, o algún capricho de su maniático padre, retardaba, a despecho de Josefina, su salida a la verja o a la ventana. Acaso también estaría aguardando que cesara la molesta llovizna.

Huberto continuó consiguientemente sus paseos por uno de los costados de la casa, sin que le asaltara todavía, ni siquiera un instante, la dolorosa idea de que pudiera ser voluntaria la ausencia de su adorada.

Pero pasaron diez minutos más, y luego quince, y luego veinte, y otra media hora al cabo; y cesó en tanto la menuda lluvia, despejándose el cielo.

Entonces nuestro héroe principió a sentir que desfallecía su esperanza, y que su corazón –alarmado y lleno de impaciencia querellosa–, daba un mentís solemne a las protestas de prudente resignación que con cándida buena fe había estampado en su carta.

–¿Será posible –osó al fin preguntarse–, que sólo su voluntad le retenga? ¿Me despreciará sin disimulo, me abandonará de repente, sólo por haberle confesado que soy infeliz? Aquel amor que parecía tan espontáneo, tan generoso, tan sincero, ¿no sería en el fondo sino vanidad y coquetismo, disipándose en el momento en que se le presenta poco gloriosa la conquista de este corazón, que no puede ofrecerle otra cosa que su entusiasta culto? ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! antes que me convenza de ello quitadme la vida al pie de esta ventana, en que me figuro todavía que voy a verla aparecer pura y hermosa y tierna; con su frente de virgen, que parece trono del candor; con su mirada acariciadora, que era, a mi juicio, el espejo de un alma toda amor; con su sonrisa franca y apacible, que sólo indica bondad de corazón y nobleza de carácter. ¡Perezca, perezca yo si me he de ver obligado a reconocer, detrás de tan bellas apariencias, la prosaica realidad de un espíritu ruin, de una naturaleza egoísta y vulgar!

Si cuando esto pensaba Huberto le hubiesen sido revelados todos los sucesos de aquel día, asegurándole que Josefina era presa en tales momentos de devorante fiebre, y que en medio de su delirio pronunciaba sin cesar el nombre del amante que la acusaba injusto, sin duda que el dolor causado por tal noticia habría sido profundo y aparentemente más vivo que el que experimentaba entre sus sospechas de abandono; pero nos parece –si hemos de decir verdad– que no tendría tanto de punzante y acerbo.

Hay en la seguridad de ser amado cierta dulzura inefable, cierta complacencia íntima, que, a pesar nuestro, nos consuela muchas veces hasta de las desgracias que causamos al mismo objeto de nuestra idolatría.

La más tierna de las pasiones adolece, como ninguna, de este egoísmo secreto que se insinúa con ella aun en los pechos más nobles; dando lugar a que miremos como axioma el dicho de un moralista, según el cual, el amante más generoso primero que renunciar todo poder sobre el corazón de la mujer querida, aceptará la facultad de hacerla desventurada.

Huberto era hombre –aunque del linaje de los privilegiados–, y como hombre se hallaba sujeto a las flaquezas comunes. Por eso creemos que los tormentos terribles que tuvo que devorar en aquella noche de dudas, de expectación, de presagios siniestros, de decepciones, se hubieran calmado probablemente con la triste certidumbre de estar enferma Josefina; pero enferma de amor por él, y a impulsos de la amarga pena de sentir quebrantarse su esperanza en invencibles obstáculos.

Sucedió, empero, que no se le pasase por las mientes la posibilidad de nuestra hipótesis; y si tal imprevisión le excusó acaso crueles remordimientos, dejóle, en cambio, en toda su aspereza la insoportable idea de la indignidad de su ídolo, y el presentimiento lúgubre de la futura soledad de su alma.

Eran las diez dadas cuando –sin dirigir a aquélla por quien se creía ya indudablemente sacrificado, el adiós sin hiel que en su carta le ofrecía–, empezó a huir, digámoslo así, del aspecto atormentador de la ventana y la verja, ante las cuales habían brotado de su pecho lágrimas de sangre, cuya huella le parecía imborrable.

Sin embargo, la aceleración de sus primeros pasos fue decayendo progresivamente hasta convertirse en lentitud, revelándose de este modo la reacción que iba operándose en aquella naturaleza magnánima.

– Yo mismo la escribí, pensaba entonces que estaría en su derecho al romper prudentemente de un golpe locas relaciones sin porvenir; yo le aseguré que respetaría religiosamente la resolución que pudieran dictarle legítimos miramientos, sin mezclar una queja al llanto de mi dolor. ¿Por qué, pues, este acerbo sentimiento, que me aguija ensangrentándome, al apartarme de lugares que me fueron queridos... de lugares ¡ah! donde he debido a ella los únicos instantes de dicha que he alcanzado en la tierra? ¿Por qué esta cólera concentrada y desgarradora, que sólo se aplacaría pudiendo despreciar a quien me la inspira? ¿Cuál es el crimen de la pobre niña? Me vio, conoció que me agradaba, se gozó en ello con el candor de sus dieciséis años, sin que le ocurriera disimularlo. Luego se habituó a mis paseos por su calle; cedió al encanto que tienen para toda mujer el misterio y las galantes intrigas; alimentó, como yo, ilusiones, que eran tanto más naturales cuanto era menos lo que sabía de mí, pudiendo suponer cuanto le fuese agradable. De pronto, y cuando una sola vez ha tenido ocasión de hablarme, descubre imprevistamente que soy casi un mendigo... ¿Hay algo de extraño en que sucumba su naciente cariño bajo golpe tan rudo? ¿No debe, además, a su familia sagrados respetos? ¿Con qué derecho exigiría yo que me los sacrificase?

Tan sensatas reflexiones dieron por resultado inmediato que, al entrar en su humilde arrabal, nuestro protagonista se detuviese un momento, volviendo atrás larguísima mirada, cual si buscase al través de las sombras y la distancia la misma casa de que se desviara presuroso.

Luego dos tristes suspiros, confiados al viento de la noche, tuvieron, al parecer, por objeto llevar a la señorita Caillard –al mismo tiempo que el adiós prometido y del que poco antes se la juzgaba indigna–, una impetración de gracia para el egoísta corazón que había abrigado algunas horas amargo despecho contra ella.

La reacción era completa. De la reciente tempestad en que naufragara su esperanza, Huberto tuvo la suerte de salvar la poesía de su amor.

– ¡Sea ella feliz! –dijo por último, al poner el pie en el umbral de su casa–. Aquí, en este pobre albergue, a cuya puerta llego rendido por el derrumbamiento repentino de mis postreras esperanzas; aquí únicamente debo buscar, de hoy más, el consuelo y el cariño. Adiós para siempre, ensueños de ambición, locos delirios de amor... adiós, poéticas aspiraciones del entusiasmo. El destino nos separa y yo acepto su fallo. Seré barquero, seré lapidario, seré cuanto deba ser, para sofocar de una vez mis presuntuosos instintos, y no vivir más que para mi familia desgraciada.

Murmurando estas palabras, llegó a la pieza en que trabajaban su madre y sus hermanas, sin que ninguna de las tres pudiera sorprender en su rostro ni el más leve indicio de las terribles pasiones de que fuera campo su pecho, pocos minutos antes.

No se desmintieron en los siguientes días este dominio que supo tomar el joven sobre sí mismo y la firmeza de la resolución expresada.

Ni una sola vez volvió a dirigir sus pasos hacia la morada de monsieur Caillard, ni una sola vez dejó escapar de sus labios –ni aun en la soledad de su cámara– el querido nombre de Josefina.

Veíasele cada mañana salir muy temprano y con tranquilo aspecto para dirigirse a su acostumbrada tarea, de la que no volvía nunca hasta muy pasadas las nueve de la noche. Veíasele, asimismo, todos los domingos y fiestas emplear con gusto muchas horas, después de misa, enseñando a sus hermanas a hacer bonitos dibujos para bordados, o bien orando devotamente con su madre por la libertad del cautivo.

Luego, terminada su frugal comida, jamás dejaba en tales días de presentarse en el muelle, donde desempeñaba sin el menor asomo de repugnancia su segundo oficio de humilde patrón de barca. Allí permanecía hasta no quedar nadie, diligente siempre en procurarse noticias del anciano del cinco de junio; pero siempre retirándose sin haberle visto, ni poder inquirir su nombre o su paradero.

Cada día se aumentaban, por consiguiente, las probabilidades de quedar dueño, en último resultado, del oro y la rica joya que tanto había codiciado; y que, aunque ya no le despertasen los mismos anhelos y las mismas personales esperanzas (pues no amándole Josefina, poco le importaba cambiar su presente condición por la más noble que le brindaba el arte), todavía, sin embargo, conservaban el valor inmenso que debían tener a sus ojos, como rescate de su padre y medio de proporcionar algún alivio a una pobre madre, quebrantada y enferma por el dolor y el trabajo.

En tal concepto, Huberto no podía menos de desear vivamente el cumplimiento del plazo que se impusiera a sí mismo, teniendo ya casi una certidumbre de que los valores, que nadie reclamaba, le pertenecían legítimamente, como dávida generosa del noble desconocido.

El tiempo voló, en efecto –aunque no según los impulsos de su impaciencia–, llegando, por último, el primer domingo de julio, último día de su largo mes de expectativa.

Huberto salió de su casa aquella tarde, seguro de poder decir a su vuelta a las tres personas que más le amaban en el mundo: "¡Alegraos! ¡sed felices! He aquí el rescate del padre y del esposo por quien tanto hemos llorado; he aquí también vuestro pan de cada día asegurado por muchos meses. La Providencia, al dispensaros por mi mano beneficios tan grandes, parece que ha querido resarcirme de cuantos sacrificios me ha impuesto, y yo vengo agradecido a bencedirla con vosotras."

Gozándose de antemano en la pura satisfacción de aquel momento solemne, tantos días esperado, casi olvidaba el joven las heridas de su alma; casi se sentía venturoso, con la misma carencia de personales esperanzas, que le obligaba a vivir únicamente de la vida de su familia, no teniendo otros goces que los que a ella le diera, y de ella refluyesen en su corazón generoso.

Su barquilla, atada al muelle, se mecía blandamente, ni más ni menos que como la vimos un mes antes, en el momento de saltar a ella el incógnito caballero.

Como entonces también, nuestro protagonista se hallaba reclinado en el asiento de popa, dejando a merced de la brisa su blonda y rizada cabellera, y perdida por el espacio la mirada melancólica de sus rasgados ojos, de un azul oscuro y tornasolado.

Su aspecto era más macilento, más grave que el cinco de junio en que le conocimos; pero en nada se habían alterado la gallardía y distinción, que fijaban las miradas de los transeúntes, arrancando de sus labios estas y otras exclamaciones análogas:

– Ved al barquerillo que da envidia a los más galanes caballeros, ¡qué interesante!

– ¡Lástima que un muchacho tan gentil se halle manejando el remo!

Huberto nada de esto oía; su pensamiento se hallaba en el hogar materno, y cuando a intervalos se ocupaba de los objetos cercanos, sólo era cotejando a cuantas personas de edad aparecieran por allí, con la imagen que conservaba del anciano misterioso.

Pero era inútil, por dicha suya, esta postrera pesquisa. Nadie se asemejaba al dueño de la bolsa; ningún hombre poseía su mirada penetrante y a la vez expresiva, su sonrisa dulce y grave, su frente majestuosa y brillante, que parecía reflejar la luz del pensamiento en los argentados cabellos que le servían de corona.

Los últimos crepúsculos se iban apagando lentamente en el azulado seno de las aguas; el gentío se dispersaba como un hormiguero pisado; la tarde expiraba tan poéticamente como la del cinco de junio, y Huberto –preparándose ya a abandonar la barca–, apretaba contra su pecho la bolsa salvadora, murmurando con emoción inefable: ¡Ya eres libre, padre mío!

– ¡Ah! –añadió en seguida mentalmente, cediendo a un recuerdo irresistible–: ¡qué noche tan feliz si ella me amase! Mañana, pagando mi deuda al lapidario, saldría de su detestable obrador, diciendo regocijado: *¡soy artista, puedo consagrarme a mi vocación querida; puedo alimentar la ambición de merecer un día la mano de Josefina de la gratitud de su padre!*

En el mismo instante sintió caer a sus pies cierto cuerpo duro, aunque de poco volumen –y bajándose a recogerlo– vio que era una piedra, a la que iba atado un papel.

Estremecióle al punto vago presentimiento; lanzó ansiosa mirada por el muelle, y creyó reconocer en la figura de una mujer embozada, que se alejaba de prisa, el andar pesado y las amplias formas de Niná.

El corazón de Huberto comenzó a saltar de modo que le faltaba espacio en el pecho. Sus

ojos, turbados como por un vértigo, se afanaron en balde por poder distinguir, a la opaca claridad del moribundo crepúsculo, siquiera una línea del billete perfumado que acababan de desplegar sus manos trémulas.

Entonces saltó en tierra para dirigirse a alguno de los inmediatos almacenes en demanda de luz... de luz que le permitiese ver el nuevo dolor, o la nueva satisfacción imprevista, que en aquella carta le deparaba la suerte.

Cinco o seis pasos había dado, cuando tropezó con un hombre que, por su aire y traje, parecía marino.

– Perdonad –balbuceó Huberto en ademán de continuar su marcha.

– Deteneos un momento –dijo, casi simultáneamente, el forastero–. Creo, según las señas que me han dado, que tengo el gusto de hablar al señor Huberto Robert, patrón de aquella barquilla blanca, de la que os he visto saltar.

– Cierto: ¿qué me queréis? –pronunció Huberto impaciente.

– Debo preguntaros para mayor seguridad, antes que todo –repuso el marino–, si fuisteis vos quien el cinco del mes pasado recibió en su barca y paseó por la bahía a cierto caballero como de sesenta años.

– ¡Ah!... sí –murmuró apenas nuestro joven, que a tan inesperadas palabras sintió chocar de súbito en su pecho, con la reciente esperanza que le despertara el billete, el temor doloroso de ver desvanecidas las antiguas, que ya juzgaba seguras.

– ¿Querréis decirme –por no dejarme duda–, lo que contenía una bolsa que, al despedirse de vos, puso en vuestras manos el caballero mencionado?

– Hela aquí –respondió el joven, presentándola prontamente, aunque le pareció que se arrancaba con ella pedazos del corazón–. Podéis cercioraros por vuestros ojos, pues tal cual la recibí la conservo.

– ¡Cómo! ¿Es posible? –exclamó su interlocutor, sin disimular el asombro que le causaba lo que oía–. ¿No os habéis aprovechado ni aún de los luises que acompañaban al diamante?

– Os repito que la bolsa está íntegra –repuso Huberto, con cierta ufanía que se asociaba a su angustia–. Comprendiendo que me había sido dada equivocadamente, vengo hace un mes a este sitio, todos los días festivos, esperando me fuese reclamada. Tomadla, pues, si, como parece, traéis ese encargo.

– No es tal mi cometido– replicó el forastero–; sólo debo llevaros, si tenéis a bien seguirme, adonde os espera la única persona que puede alegar legítimos derechos a la posesión de los objetos tan religiosamente conservados por vuestra probidad. Venid, pues.

Huberto obedeció maquinalmente, con paso vacilante y desalentado espíritu.

¡Oh destino! –decía en sus adentros–, ¿no quieres dejarme ni aun el consuelo de cumplir mis deberes filiales? ¡Y en qué momento voy a ser despojado de lo que constituía la dicha de mi familia!... ¡Cuando es quizá de Josefina esta carta, contra la que apenas palpita mi corazón oprimido! ¡Cuando quizá me ordena alentarme, esperar, merecerla conquistándome un nombre!

Pero no –añadía en seguida con mortal postración–; mi estrella es demasiado infausta para que me sea dado presumir nada de lisonjero. Esta carta, o no será *de ella*, o sólo me traerá nuevas amarguras. ¿No estoy viendo una prueba de que el rigor de los hados no se aplaca todavía?

Atormentado por estas reflexiones, seguía al hombre que le guiaba silencioso, hasta que le vio parar delante de un hermoso edificio, sobre cuya puerta se leía: *Hotel de Oriente.*

–Aquí se hospeda el individuo que buscamos –dijo entonces el marino–; no tenéis que

hacer otra cosa, señor Huberto, sino subir y llamar al cuarto número 3, del segundo piso, donde sois aguardado. Luego que salgáis de allí, tomaos la molestia de leer esta carta que os entrego, y que para vos me fue confiada.

Sin más explicación volvió a echar a andar, dirigiéndose al muelle, de donde venía, y Huberto se halló solo en el umbral del hotel con dos cartas en la mano.

CAPITULO VII

Quién era el huésped del Hotel de Oriente, y lo que contenía una de las dos cartas.

Subió nuestro héroe la espaciosa escalera del hotel de Oriente, devanándose los sesos, como suele decirse, por adivinar de quién sería la segunda epístola en aquella tarde recibida, y lo que contendría la primera, que –según sus presentimientos–, debía ser de Josefina.

Aquella preocupación del ánimo no era obstáculo, sin embargo, para continuar sintiendo el penoso esfuerzo con que iba a consumar, en la devolución de la bolsa, el completo sacrificio de todas sus esperanzas. El rudo choque de tantos impulsos comenzaba a producirle cierta especie de vértigo, que le hacía imaginar hallarse bajo el influjo de alucinaciones febriles, no ser hechos positivos nada de cuanto le había pasado.

Anhelando darse a sí mismo pruebas que le convenciesen, y notando que alumbraban ya varios faroles la escalera, en cuyo último tramo se encontraba, se acercó precipitadamente al que en aquel descanso lucía, y rompió con mano temblorosa el sobre de la carta que, en su concepto, debía interesarle más.

Su corazón no le engañaba; la linda diestra de la joven cubana había trazado las líneas que se presentaron a su vista, y que expresaban lo que copiamos literalmente en las que el lector va a recorrer:

"Convaleciente de muy grave dolencia, tomo la pluma, Huberto, para daros una explicación que quizá convenga a vuestra tranquilidad, y exigiros una promesa que interesa mucho a la mía.

"Me lisonjea la íntima persuasión de que no habréis creído, ni por un momento, pudiesen alterar vuestras desdichas la afección profunda que me inspiráis; pero concibo todas las inquietudes de vuestra alma desde la noche en que aguardaríais inútilmente verme aparecer como me suplicabais. Sabed, pues, aunque tarde, que por fatal coincidencia fue instruido mi padre de nuestras relaciones el día mismo en que recibí vuestra carta, siéndome prohibido hasta el tener abierta mi ventana.

"No extrañaréis ahora que sucumbiese mi salud a tan fuertes y amargas impresiones, y me perdonaréis los malos ratos que involuntariamente os habré causado, comprendiendo que la idea de ellos aumentaba no poco mis propios sufrimientos.

"Sí, amigo mío; entonces pedía al cielo que me conservase la vida para poder disculparme con vos; para poder deciros, *yo os amo, barquero o lo que seáis, y os estimaré siempre como al más noble de los hombres.*

"Hoy, empero, cuando veo escuchada mi súplica y satisfecho mi afán; hoy que vuelvo

a la vida por la bondad divina y los imponderables cuidados del mejor de los padres; hoy, Huberto, me juzgaría muy culpable aun a vuestros mismos ojos, pues vuestra carta me prueba que sois un hijo excelente, si echase en completo olvido mis deberes filiales por atender sólo a los intereses del amor. No puede obrar así la que ha visto, durante largas noches, velar sin descanso a la cabecera de su calenturiento lecho al autor querido de su existencia, rogándole la conservase para hacerle dichoso. No puede obrar así la que en aquellas horas de dolor ha jurado al cielo no hacerse indigna jamás de toda esa ternura que tiene la felicidad de merecer a cuantos le son caros.

"Escuchad, pues, Huberto, lo que voy a deciros, conciliando, en lo posible, los votos de mi corazón con las imperiosas exigencias de mis deberes más santos.

"Mi padre quiere que rompa todas mis comunicaciones con vos, y os prevengo, por tanto, aunque llena de aflicción, como os lo dirán las manchas de acerbas lágrimas que borran estas letras, que ya no me veréis, como antes, los domingos y fiestas. Mas todavía, ¡oh amigo de mi alma!, debo declararos también que, cifrando mi dicha en ser vuestra para siempre, respetaré no obstante, en todo tiempo, la voluntad sagrada que trastorna mi destino, y nunca os daré mi mano si no conseguís cambiar aquélla.

"Cumplida de este modo la obligación de hija, el pecho de la amante pide algo para su consuelo, y de vos solamente puede esperarlo.

"El cinco de junio me será siempre memorable y querido, porque tal día tuvo lugar en el jardín nuestra primera y única conferencia; porque tal día se enlazaron nuestras manos y se confundieron nuestros hálitos. Ahora bien, ¡Huberto! prometedme que mientras seáis libre, mientras no améis a otra, vendréis cada año, el cinco de junio, al sitio mismo de nuestra dulce entrevista, para trocar una mirada de esperanza y un suspiro de recuerdo con vuestra desgraciada

Josefina

P.D.– Poned la contestación bajo una piedra blanca que veréis colocada junto a la verja, en el ángulo izquierdo del jardín, al pie de un rosal de Alejandría."

¿Tendremos necesidad de decir que el llanto del amante aumentó considerablemente las manchas del papel, y que besado éste cien veces, y otras cien oprimido sobre el corazón, la pobre carta quedó tal, en breves minutos, que aun a su autora le costaría trabajo entenderla?

En aquellos momentos borrósele de la memoria al mancebo la existencia de la otra misiva que encerraba su bolsillo, y hasta la del cuarto número 3 (que tenía a la vista), donde lo esperaba la persona que venía buscando para llevar a efecto su sacrificio. De nada se acordaba sino de su tierna Josefina, que había sido ultrajada por su desconfianza, calumniada por su ligereza.

Sentíase Huberto, a un tiempo mismo, feliz y desventurado; tan dipuesto a rendir gracias fervorosas al cielo por la inmensa ventura de poseer todavía el purísimo amor de su adorada niña, como a quejarse sin consuelo por la imponderable desgracia de verse separado de aquélla, en cuyo corazón se atesoraban para él todas las glorias y las delicias del mundo.

¡Cuánto no hubiera dado por verla una vez siquiera, por arrojarse a sus plantas, llorando como en aquel momento, y que ella leyese en sus ojos todo el tumulto de sentimientos que se desbordaban en su alma!

Formando estaba tan irrealizables votos, cuando salió de repente del susodicho cuarto, número 3, una voz varonil, que preguntaba al mozo del hotel –que acababa de encender los faroles– si aun no había vuelto monsieur Nyon, capitán del bergantín *Neptuno*.

¡Cosa extraña! Aquellas pocas palabras produjeron en Huberto la impresión de una descarga eléctrica. Se estremeció todo, dejó de pensar en Josefina, y –como si volviera a imaginarse presa del delirio–, se pasó las manos por la frente, a manera de quien quiere desembarazarse de algún pensamiento absurdo o inoportuno.

El criado a quien se dirigiera la interpelación del huésped, echando de ver acaso la impresión que produjo en nuestro joven, se encaró a él resueltamente, preguntándole a su vez:

– ¿No buscáis vos al caballero de ese cuarto?

– Sí... sí... –tartamudeó Huberto.– ¿Quién es? ¡Quiero verle! ¡quiero verle al instante!

Y se lanzó como una saeta a la puerta número 3, que se abrió de par en par simultáneamente, apareciendo en su umbral un hombre como de cuarenta y ocho años y de simpático aspecto.

Verse los dos y precipitarse cada uno en brazos del otro, con gritos de alegría, fue cosa de un momento, pero muchos tuvieron que transcurrir antes de que se les oyera articular distintamente estas exclamaciones, embargadas largo rato por el exceso del júbilo:

– ¡Padre!

– ¡Hijo mío!

Monsieur Robert –pues no puede ya cabernos duda de que era él quien se hospedaba en el *Hotel de Oriente*–, logró primero que Huberto dominar un tanto sus transportes, y se apresuró a preguntar por su mujer y sus hijas. Sabedor de que se hallaban buenas, añadió vivamente:

– Desde el momento en que pisé la querida tierra de Marsella, quise volar ansioso al seno de mi familia. El capitán Nyon –en cuyo buque he venido y a quien debo mil atenciones– me advirtió entonces que habíais mudado de casa, según sus noticias, y nada lograría, por tanto, con echarme por esas calles a la ventura. Tuve que seguir el consejo que me dio, de esperar aquí algunas horas, pues él contaba ver por la tarde a cierto sujeto que podía decirle con seguridad el nuevo domicilio que teníais, y me lo comunicaría en seguida. ¡Qué lejos estaba yo de imaginar siquiera, mientras que le aguardaba impaciente, que antes que a monsieur Nyon vería a mi propio hijo, a mi queridísimo Huberto!

Y el ex cautivo tornó a abrazar al joven, besando repetidas veces su hermosa frente y su rizada cabellera blonda.

Huberto le expresó que el mismo capitán Nyon (pues no dudaba fuese él), le había encontrado en el muelle y conducido al hotel, y que era exacta la noticia que diera a monsieur Robert de haber cambiado la familia de habitación, viviendo al presente en un pequeño cuarto del arrabal de San Lázaro.

– ¡Ah! lo comprendo –exclamó el recién llegado–: mi infausta empresa os redujo a la miseria, y aunque estoy cierto de que los amigos os habrán ayudado eficazmente, no habréis tenido que imponeros pocas privaciones para reunir la cantidad necesaria para mi rescate. Corramos, hijo mío, corramos a los brazos de esos buenos ángeles que Dios me ha dado por esposa y por hijas, y a quienes debo amar desde hoy doblemente con reconocimiento infinito.

Hablando así, tomó monsieur Robert la pequeña maleta que constituía su equipaje, y echó a andar presuroso, sin cuidarse de pedir su cuenta al fondista. Quiso llenar Huberto

este deber, pero el criado a quien se dirigió al efecto, respondió que el capitán Nyon había satisfecho ya todos los gastos hechos aquel día por él y su compañero.

Siguió, pues, nuestro joven al ex cautivo, que iba ya como un galgo por esas calles, y cuando logró alcanzarle, le hizo presente la conveniencia de adelantársele para preparar la familia a un gozo que podría afectarla demasiado, cogiéndola de improviso.

– Moderaré el paso –contestó monsieur Robert–, dejando que me tomes delantera; aunque no creo que pueda sorprender mucho mi presencia a las que ya deben esperarme, toda vez que saben me han rescatado hace días.

No juzgó Huberto que era aquel momento el más oportuno para desvanecer las erróneas creencias de su padre, declarándole que no cabía a su familia la dicha de haberle libertado, ni a los amigos de quienes conservaba tan buen concepto, derecho ninguno a reclamar parte en su agradecimiento. Se limitó a repetirle que creía prudente llegar él con algunos minutos de anticipación, y precipitó su marcha.

Monsieur Robert se consolaba del disgusto de tener que reprimir su impaciencia, mirando y saludando con entusiasmo cuantos objetos se le ofrecían al paso.

Cada calle, cada casa era para él como un amigo recobrado, después de haber perdido toda esperanza. Lágrimas de dulcísima emoción humedecían sus ojos por instantes, y afectuosos suspiros se exhalaban de sus labios en aquel fausto ambiente de la libertad y de la patria.

Huberto llegó en tanto a su casa.

Madame Robert y sus hijas (a quienes había prevenido que lo esperasen temprano aquella noche, pues ya sabemos que contaba poderles dar la grata noticia de poseer una bolsa llena de oro y una joya que valuaba en más de tres mil escudos), se ocupaban en partir avellanas, que –con un trozo de queso y algunos mendrugos de pan–, debían componer su colación.

– Bien venido, Huberto mío –le dijo la madre al verlo entrar–. Nuestra cena de hoy es harto pobre, pero será, en cambio, más alegre que de costumbre, pues nos das el gusto de venir con dos horas de anticipación, y con aspecto risueño.

– Madre querida –respondió conmovido nuestro héroe–, al anunciároslo así desde esta tarde, presentía una ventura que el cielo realiza mucho más allá de mis esperanzas. Oídme con calma –añadió al notar la extrema agitación que excitaban instantáneamente aquellas primeras palabras–. Hace un mes que guardo cierto secreto; hace un mes que vislumbraba la posibilidad de un feliz cambio en nuestra suerte. No me resolví a comunicároslo, por no exponeros a una decepción que hubiera agravado las amarguras presentes. Gracias a Dios, aquel temor cesa de existir hoy, madre y hermanas mías. Gracias a Dios, en vez de la esperanza dudosa, puedo ya daros la certeza de una dicha cercana.

Hizo una pausa el mancebo, durante la cual sus dos hermanas aglomeraron rápidamente preguntas y suposiciones sin que madame Robert acertase a articular ni una sola sílaba, según la embargaba la violencia de su ansiedad visible.

Huberto se llegó a ella, la enlazó suavemente en sus brazos, y pronunció muy despacio y muy quedito en su oído:

– ¿Qué diríais, si os asegurase que tenemos medios de rescatar a mi padre?

Madame Robert, toda trémula, asió con sus flacas y crispadas manos la hermosa cabeza de su hijo, y le miró fijamente, como para leerle en el alma que no era un delirio la esperanza imprevista con que alborozaba la suya.

–Sí, miradme bien –dijo el joven, sonriendo y llorando a un mismo tiempo–: miradme

bien, porque el semblante os expresará mejor que la palabra, la alegría inmensa que me está ahogando.

– ¡Huberto! ¡Huberto! –gritó la mayor de las hermanas–. ¿Es verdad lo que indicas? ¡Repítelo, por piedad! ¡Repítenos cien veces que podemos ya redimir a nuestro padre!

– ¡Sí, sí! ¿No nos lo aseguran sus transportes? ¿No lo dicen también nuestros corazones, saltando de regocijo? ¡Vendrá papá! ¡lo veremos aquí pronto! –exclamó la pequeña, abandonándose sin reserva a la felicidad que parecía al fin sonreírles.

– ¿Oís lo que dice esa niña, madre mía? –dijo entonces Huberto, acercando a los labios de la señora Robert un jarro de agua fresca que había sobre la mesa–. Bebed algunos tragos, sosegaos, y en seguida podré quizá repetiros con ella: "¡Vendrá papá! ¡pronto lo vais a ver aquí!"

La puerta, que dejara Huberto entornada, se abrió de súbito al terminar él las anteriores palabras, y el grito penetrante, indescriptible, que salió al punto del pecho de la matrona, fue recogido instantáneamente por los labios de su esposo.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El pintor que cubrió con un velo la cara de Agamenón, al presentarlo en un cuadro del sacrificio de su hija, mostró ser artista de verdadero genio.

Los supremos dolores y las supremas alegrías no pueden expresarse con pinceles ni plumas. Ni aun la palabra hablada, rápida imagen del pensamiento, ni aun la fisonomía viva, claro espejo de los afectos y de las sensaciones, alcanzarán nunca a comunicarnos –por el débil conducto de los sentidos– esos grandes esfuerzos del alma inmortal en los momentos de sus solemnes crisis.

Renunciar a pintarlos es mostrar al menos que se les comprende, y comprenderlos es lo más que puede alcanzar el talento del artista.

Así lo juzgarán, sin duda, nuestros ilustrados lectores, permitiéndonos que –como el pintor griego–, echemos un velo sobre los primeros instantes de la feliz reunión del redimido esclavo con su adorada familia.

CAPITULO VIII

Lo que decía la otra carta, y resultado de las diligencias practicadas para saber el nombre de su autor

Cuando fue posible hablarse y entenderse, monsieur Robert dio gracias a su mujer e hijos por los sacrificios que se habían indudablemente impuesto, a fin de llevar a cabo su rescate.

– Esta pobre habitación en que os hallo –les dijo–, esa mezquina cena que veo sobre la mesa, vuestros semblantes pálidos, vuestros vestidos humildes..., todo me está diciendo las grandes privaciones con que me habéis comprado la dicha de volver a vuestro seno. A la vez que os testifico el reconocimiento debido, no puedo menos, por tanto, que lamentar con enojo el exceso de vuestra abnegación. ¿No era bastante desprenderos de seis mil francos, laboriosamente reunidos, sin que, además de comprar tan cara mi libertad, os

metieseis en mandarme ropas, demasiado ricas para nuestra posición presente? Ni ¿qué necesidad tenía yo tampoco –puesto que me pagábais el viaje– de los cincuenta luises que me entregó monsieur Nyon, al recibirme a bordo?

La señora y las señoritas Robert se miraron atónitas, volviéndose luego con movimiento simultáneo –y a cual más enternecida–, al joven, que también escuchara visiblemente conmovido lo que había dicho su padre.

– ¡Oh hijo de mi alma! –exclamó la primera, vertiendo dulces lágrimas–. ¿Con que, todo eso has hecho, sin que lo sospecháramos nosotras? ¿Y cómo sospecharlo –añadió dirigiéndose a su esposo–, si el pobre muchacho no tenía, al parecer, otros medios con que ganarnos el sustento, sino su trabajo en el obrador de un lapidario, que en los primeros meses le daba muy poco, subiendo progresivamente hasta setenta francos, que me eran entregados por mi hijo, y que, unidos al producto de nuestras costuras, apenas bastaban para vivir los cuatro?

– Entonces, –dijo monsieur Robert con alguna alteración–, sin duda los buenos amigos que aquí he dejado, proporcionaron a Huberto los medios de hacer esos dispendios, de que me parece muy extraño no os diese conocimiento.

– ¡Los amigos! –repuso con viveza su mujer–. ¡Ah! no se tienen muchos en la desgracia, y en cuanto a nosotros, bien se puede decir que no hemos hallado ninguno.

Monsieur Robert se estremeció de pies a cabeza, oscureciéndose su frente con un pensamiento capaz de anublar todas sus alegrías. En seguida clavó en su hijo mirada inquieta y escrutadora, escapándose de sus labios, con cierta violencia, esta interpelación perentoria:

– ¿De dónde, pues, ha salido todo aquel dinero?

Huberto sacó de su faltriquera la consabida bolsa, y echando sobre la mesa lo que contenía, dijo con profunda emoción, que su padre, ofuscado, confundió acaso con otro sentimiento:

– Todo aquel dinero, y todo esto –de que podéis disponer igualmente– ha salido, padre mío, de una misma mano... mano desconocida, por desgracia, que no nos es dado besar, reconocidos; mano de un bienhechor anónimo, que, como la Providencia, sólo es visible en la bondad de sus obras.

– ¡Desventurado! –exclamó el padre, poniéndose en pie casi despavorido–. ¿Cómo te atreves a responder con esa novela inverosímil al atroz recelo que debió revelarte mi pregunta? ¡Oh, Dios mío! Perezcamos todos aquí, en estos momentos que parecían tan felices, si han sido comprados a precio de nuestra honra.

– ¡Padre! ¡Padre!... –fue cuanto pudo articular el joven, al escuchar la expresión terminante de tan afrentosa sospecha; pero eran tales la legítima altivez y la bella dignidad que brillaron de súbito en toda su figura, que monsieur Robert bajó involuntariamente los ojos, fijos hasta entonces en su rostro con tenaz perseverancia.

La expresión de aquel rostro persuadía con más elocuencia que hubieran podido hacerlo las mejores pruebas aducidas por Huberto en demostración de su inocencia.

– ¡Esposo mío! –dijo al mismo tiempo la señora Robert–. No ultrajes nunca con la más leve duda la probidad de nuestro hijo. Yo creería lo imposible, antes que sospechar en él acción ninguna vergonzosa.

– ¡Oh no! ¡es nuestro ángel! ¡nuestro buen ángel! –exclamaron a la vez las dos hermanas –corriendo a colgarse de su cuello para abrumarle de besos.

Monsieur Robert tornó a sentarse, más bien confuso ya que receloso, y pronunció

después de un rato de silencio, con voz casi sumisa:

– Que me perdone... pero que también me explique, por Dios, cómo ha podido encontrar ese bienhechor misterioso.

El joven se acercó con ademán lleno de nobleza, y aun de solemnidad imponente, y le refirió en breves palabras su encuentro y conversación con el desconocido, sus pesquisas durante un mes, la escena de aquella tarde con el capitán Nyon, y concluyó presentando a su padre la carta que le diera aquel hombre, único por quien podían saber quién era el benéfico personaje, del que tantas mercedes recibían.

Monsieur Robert rasgó vivamente la cubierta, y leyó, en medio del profundo silencio y vivísimo interés de sus cuatro oyentes:

"Cuando veáis estas líneas, mi joven amigo, ya habréis reconocido con cuánta razón os aseguré que la Providencia no desampara a los buenos. Yo le rindo gracias por haberme escogido esta vez como instrumento de sus beneficios; dádselas vos también por haberos hecho digno de recibirlos.

"Una feliz casualidad me ha facilitado descubrir quién es el profesor de pintura de quien recibisteis lecciones en París, y que conserva alta opinión de vuestras excelentes disposiciones. Este juicio suyo, y la convicción que me infundió vuestra fisonomía de que poseéis verdadero genio artístico, me mueven a aconsejaros que tan luego hayáis dedicado algunas horas a la felicidad de abrazar a vuestro padre, os pongáis en camino para la capital, donde os espera ya vuestro antiguo maestro, que os hospedará en su propia casa. Por dos años tenéis pagados los gastos de pensión y de estudios, y si sois aplicado –como creo–, con vuestro talento y los conocimientos anteriormente adquiridos, es probable que os baste ese tiempo para que podáis presentaros a la heredera del ex mercader de las Antillas españolas, como un artista de mérito, y no como un barquero poco práctico. Así, al menos, os lo desea

El Viejo del Cinco de Junio"

– ¡Hijo mío! –exclamó monsieur Robert, al terminar su lectura–. ¡Hijo mío, corramos al Hotel de Oriente! Es preciso saber esta noche misma el nombre del autor de esta carta... del genio tutelar de esta familia.

– ¡Sí, padre, sí! –contestó el joven, bañado el rostro en llanto–. Nuestra ventura quedaría incompleta si nos viésemos privados por más tiempo de besar mil veces la mano generosa del mejor de los hombres. Venid, pues, venid. El capitán Nyon debe saberlo todo; él nos revelará ese nombre, que será bendecido mientras exista uno siquiera de nosotros o de nuestros descendientes.

Y el padre y el hijo iban a salir presurosos, cuando, deteniéndolos madame Robert, les contó en alta voz las campanadas de la iglesia vecina, que daban distintamente las doce.

– ¿Quién se hallará dispuesto a ser complaciente a tales horas? –les dijo sonriendo–. Si queréis que ese señor Nyon no maldiga enojado la impaciencia de vuestra gratitud, dejadle descansar tranquilamente de las fatigas del viaje, y mañana temprano lo encontraréis, de seguro, benévolo y expansivo–. Mientras tanto –añadió con tono más grave–, cumplamos nosotros el santo deber de rendir gracias al cielo por vernos reunidos felizmente, rogándole que colme de sus eternas bendiciones al que ha sido en la tierra la imagen y el ministro de su bondad divina para con los pobres.

Cayó de rodillas la matrona al concluir estas palabras, y su marido y sus hijos se prosternaron silenciosos alrededor suyo.

Durante más de un cuarto de hora permanecieron los cinco en humilde actitud y

religioso recogimiento, acompañando su muda y fervorosa oración con dulces lágrimas de reconocimiento.

Patético y hermoso era aquel espectáculo doméstico.

La varonil cabeza del padre de familia –surcada prematuramente por anchas líneas de plata, que se cruzaban sobre su frente–, se inclinaba ante Dios, al lado de la pálida faz de su casta compañera, marchita igualmente por el trabajo y los dolores; pero todavía interesante con los restos de aquella pura belleza griega, peculiar a las hijas de la antigua Focia. Luego, en torno de sus dos figuras graves y melancólicas, las tres cabezas rubias y poéticas de la juvenil prole, humillándose también, como las de los ángeles de Rafael a la presencia de la Virgen sin mancha... Todo presentaba en su conjunto un cuadro digno de la paleta del grande artista de Urbino, que hubiera hallado en él todo el idealismo de sus aspiraciones místicas, en consonancia con las severas realidades de la vida.

Terminada la silenciosa plegaria, madame Robert condujo a su marido a la mesa, y aquellos puñados de avellanas, aquel trozo de queso duro, acompañados de mendrugos de pan seco, constituyeron una cena la más grata, la más amena de cuantas se han servido jamás.

Ningún potentado podía proporcionársela igual, dispendiando el oro a manos llenas en suculentos y exquisitos manjares.

La franca alegría y el sincero amor que sazonaba la del estrecho cuarto del arrabal de San Lázaro, no es condimento común en los banquetes suntuosos.

Entablóse naturalmente, de sobremesa, la conversación sobre los disgustos ya felizmente pasados. Mil y mil preguntas dirigidas al padre le llevaron insensiblemente a referir la historia de sus dos años de cautiverio, produciendo en el auditorio un interés tan vivo, que las horas volaban sin darse cuenta de ello.

Madame Robert fue la primera que, abriendo la ventana, señaló sonriendo el firmamento, bañado ya por los albores del día. Todos se miraron sorprendidos. La noche se les había pasado veloz como un minuto, sin que nadie sintiese fatiga de cuerpo ni de espíritu.

Tan cierto es que la felicidad –y aun lo mismo el dolor–, saben hacer desplegar al hombre vigor y fuerzas, que no parecen posibles en la normal existencia.

Los dos Robert se dieron prisa en correr, a las primeras horas de la mañana, que tan impensadamente se les venía encima, en busca de monsieur Nyon, dejando a las señoras algún rato de reposo.

Llegaron tan temprano al Hotel de Oriente, que les fue preciso aguardar cerca de una hora, paseándose por la calle, a que el conserje diera señales de vida. Abrióse la puerta al cabo, y nuestros dos impacientes anunciaron su urgencia de hablar al instante con el capitán del *Neptuno*, que se hospedaba en el segundo piso.

– ¿El capitán del *Neptuno*? –dijo el portero, bostezando todavía–. ¡Hum! me parece que venís engañados. No ha dormido nunca, que yo recuerde, bajo el techo de esta casa.

– En ella, al menos, comió ayer conmigo –observó monsieur Robert.

– Ya lo sé, pero también me consta que salió en seguida.

– ¿Y no volvió?

– Lo vi, si no me equivoco, con el joven señor que os acompaña, pero preguntadle si no es cierto que lo dejó entrar solo, volviéndose el capitán desde la puerta.

– ¿No presumís dónde habrá pasado la noche?

– ¡Toma! En su barco probablemente; como que, según he oído, se debía dar a la vela apenas amaneciera.

– ¡Ah!... ¿estáis seguro de ello?

– Aguardad, y preguntaré arriba.

El portero subió en efecto, y volvió a poco confirmando su dicho. Monsieur Nyon no había dormido en el hotel, y por lo que le oyeron la mañana anterior, suponían que debía darse a la vela aquel día, con rumbo a Malta.

Padre e hijo echaron a correr de nuevo en dirección del muelle en que había desembarcado el primero.

– Es muy temprano para que salga ahora –dijo éste a Huberto, para tranquilizarse él mismo con la seguridad que daba–. Hay bastante niebla hoy, y no meterá su buque por la estrechura de nuestro puerto hasta que el sol alumbre despejado. Lo que temo es que no haya allí todavía patrón ninguno que nos conduzca a bordo.

– Descuidad respecto a esto –respondió sonriendo el joven–, pues no me pesará en manera alguna desempeñar una vez más mi oficio de barquero, que tanta ventura me ha traído.

Cuando llegaron jadeantes, procuraron distinguir, entre aquel bosque de mástiles, el bergantín que había anclado el día antes, pero les fue imposible.

Huberto se lanzó entonces a una barca, hizo entrar a su padre, y soltando la amarra del anillo de hierro que la sujetaba, comenzó a remar vigorosamente, aproximándose al sitio que debía ocupar el *Neptuno*.

La niebla, mientras tanto, se disipaba en fugaces nubecillas, ante los rayos del brillante sol que ilumina la parte meridional de Francia.

Un grito se escapó de improviso de los labios de monsieur Robert.

– ¿Qué es eso, padre mío? – preguntó asustado el joven, dejando caer entrambos remos.

– ¡Mira! ¡mira! ... El cielo nos niega la satisfacción de conocer el nombre que debemos bendecir –dijo monsieur Robert, señalando un buque que con viento en popa y a toda vela, se alejaba gallardamente de las aguas de Marsella.

Su vista no había padecido error. Era el *Neptuno*, que pronto no se presentó a los ojos que le seguían ansiosos, sino como un punto casi imperceptible, perdido entre dos inmensidades.

El padre y el hijo volvieron al muelle, silenciosos y mohínos.

– Quizá no sepamos nunca quién es nuestro bienhechor –dijo al cabo monsieur Robert con hondo suspiro.

– ¿Olvidáis que, siguiendo su consejo, debo marcharme a París en el primer coche que salga, y que mi maestro ha recibido de él dos anualidades de mi pensión y aprendizaje? –respondió Huberto con tono de esperanza–. Todo lo sabremos, padre mío; todo nos lo dirá aquel hombre con quien voy a vivir en breve.

– Es verdad, ¡oh! ¡sí!, él le conoce forzosamente –exclamó monsieur Robert con el regocijo de un niño, pero de pronto trocóse en triste gravedad su risueña animación, y añadió, tomando tiernamente las manos de su hijo–. ¡Pero qué, Huberto! ¿Quieres dejarme tan pronto?

– Padre –respondió el joven, besando las manos que estrechaban las suyas–, si aún me creéis necesario a mi familia, lapidario y barquero seré toda mi vida con orgullo; mas si en la posición nueva que os abre la Providencia podéis pasaros sin mis débiles auxilios, dejadme, os ruego, que aspire cuanto antes a honrar vuestro nombre y a realizar las faustas esperanzas de nuestro querido bienhechor, alcanzando algún día la pura gloria de artista.

– Tienes razón; ¡vete! –fue toda la respuesta del padre.

Lo abrazó en seguida, y dejándole en libertad de disponer sus preparativos de marcha,

regresó él a la casa para dar algún descanso a su cuerpo, quebrantado al fin por tantas y tan fuertes emociones.

CAPITULO IX

La partida

La primera diligencia de Huberto, cuando se separó de su padre, fue ir a pagar al lapidario el adelanto que le había hecho para satisfacer al casero, y le anunció al mismo tiempo que cesaba de pertenecer al oficio.

Saliendo ufano de aquel taller, al que no volvería nunca, se preguntaba el joven a sí propio si no era un sueño la repentina y próspera mudanza de su suerte.

El día anterior, a aquellas mismas horas, aún era un pobre artesano, un barquero, por añadidura despreciado –en su concepto al menos–, por la mujer que adoraba; creyendo esclavo todavía al autor querido de su vida; testigo continuo de la miseria de su casa. Hoy, como por encanto, miraba libre a su padre y restituido a su hogar, socorrida y dichosa su familia, tierna y constante a Josefina, rotas las cadenas que le sujetaban a él mismo, y abierto ante sus ojos un porvenir de gloria.

Haciendo este cotejo, sentía Huberto rebosar en su pecho la más ferviente gratitud hacia la Providencia y hacia el que había sido su representante en la tierra.

¡Cuánto deseaba verse en París para indagar, para descubrir el nombre de aquel que sólo contemplara un vez para no olvidarlo nunca! ¡Cómo se regocijaba anticipadamente con la idea de conseguir al cabo besar mil veces su mano bienhechora, y expresarle– con lágrimas de amor, si no con elocuentes palabras–, todos los sentimientos de cinco corazones que él había llenado de esperanza y consuelo!

Excitado por tales impulsos, no pudo menos de experimentar viva satisfacción al saber que estaba en su mano partir el mismo día, pues de la mensajería particular establecida recientemente en la Canébière, salía un carruaje a las once y aún conservaba asientos disponibles. Tomó uno sin vacilar, y –compradas algunas cosas necesarias al viaje–, volvió a su casa para hacer su maleta, escribir a Josefina y almorzar por vez postrera con la familia reunida.

Aún descansaba ésta de la vigilia anterior; por manera que tuvo Huberto completa libertad de ocuparse detenidamente de las dos primeras atenciones.

No fue largo, empero, el tiempo que exigían sus preparativos de equipaje. Pronto estuvo dispuesto y pudo pensar únicamente en contestar la preciosa carta, que fue de nuevo leída, y de nuevo también cubierta de besos y salpicada de lágrimas.

Media hora, por lo menos, corrió después la pluma agitadamente sobre el papel, con acompañamiento de suspiros, que rendían testimonio de ser el corazón quien dirigía los movimientos de aquélla. Patéticas descripciones de íntimos pesares, confesiones humildes de sospechas injustas, votos de gratitud, dulces quejas de amor, santos juramentos de constancia, exigencias tiernas de fidelidad inviolable... todo esto y mucho más se encerró en aquellas líneas trazadas poco antes de la partida; pero –¡cosa extraña!– nada se dijo en ellas de esta última circunstancia ni de los sucesos recientes.

El amor es esencialmente caprichoso. Huberto se complacía en dejar a Josefina amando

con heroísmo al barquero oscuro y sin esperanza. Su mente novelesca le ofrecía un cuadro delicioso en la grata sorpresa que le causaría más tarde, si –como le anunciaba su protector desconocido–, podía presentársele distinguido artista, cogiéndola de nuevo transformación tan fausta.

Además, es preciso decirlo, toda la fe que tiene el genio en sí mismo no basta a preservarle, en ciertos momentos decisivos, de recelos acobardadores.

A Huberto se le ocurría, precisamente al ver cumplido su fervoroso anhelo de consagrarse al arte, que quizá no era más que un delirio de orgullo la capacidad que se atribuía, y que la indulgencia ajena no le disputaba. Sentía vagos temores de no llegar jamás a la altura que ambicionaba; ¿y para qué, en tal duda, seducir a su amada con esperanzas presuntuosas? ¿Para qué exponerla a decepciones amargas? ¡Qué ridículo –pensaba el joven–, qué lastimoso papel haría yo a sus ojos si, después de decirle hoy: *Mi suerte se cambia, mi porvenir se esclarece, parto a París a conquistarme un nombre, a trabajar también para satisfacer, a fuerza de amor y genio, los votos de tu padre, que ningún artista ha llenado hasta ahora*; volviese dentro de dos años sin reputación, sin éxito en mi empeño temerario, no pudiendo aspirar sino a ser contado entre los pintores adocenados!

Esta reflexión fue acaso la que más poderosamente le decidió a guardar absoluto silencio con Josefina, respecto a los últimos sucesos y al viaje que era su consecuencia.

Según lo resuelto por la misma doncella, no debían verse sino una vez al año... esos días cinco de junio que eran para los dos, aniversarios de dichas. En Marsella o en París, Huberto no faltaría jamás a la cita que le daba su amada, no dejaría por ningún motivo de acudir a su verja, para trocar con ella la mirada de esperanza y el suspiro de recuerdo que serían por largo tiempo sus únicas comunicaciones. Atendido esto, tan ausente estaba el amante para su querida permanciendo en Marsella como viviendo en París, y el hacerle saber que iba a ser mayor la distancia material que los separaba, parecía al primero una crueldad innecesaria.

La carta se concluyó, pues, como hemos dicho, sin contener la menor palabra por donde pudiera colegir la que debía recibirla ninguna de las novedades ocurridas, y cuando la cerraba el autor entró una de sus hermanas advirtiéndole que era esperado para el almuerzo.

En efecto, Huberto halló a la familia sentada ya en torno de la mesita de pino, cuyo aspecto era más halagüeño que de ordinario. Chuletas de ternera, tortilla de yerbas, algunas docenas de ostras, blanquísimo pan y buen vino, rendían testimonio de la mejora de los fondos domésticos, y solemnizaban la presencia del padre de la familia, que tornaba a presidir la mesa.

El almuerzo, sin embargo, no fue tan animado como la pobre colación de la víspera. Las señoras sabían ya por monsieur Robert que el joven las abandonaría pronto, y esta noticia las afectaba vivamente.

Al levantarse los manteles, sonaban las diez en la cercana iglesia. Huberto las contó conmovido, y poniéndose al punto de rodillas delante de los esposos, les pidió su bendición.

– ¡Cómo! –exclamó, estremeciéndose, la madre–. ¿Es hoy por ventura, hijo mío?

– Dentro de un hora parte el carruaje que debe conducirme –respondió aquél, agolpándose a sus ojos el llanto.

– ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Eso no puede ser! –gritó la señora Robert, pálida y trémula, hasta el punto de verse obligada a tomar por apoyo el brazo de su marido.

– ¡Animo, cara esposa! –le dijo él, aparentando firmeza–. Nuestro Huberto ha sufrido

mucho en ventaja nuestra, y justo me parece que suframos algo por el bien suyo.

– ¡Cierto! –balbuceó la madre inclinando resignadamente la cabeza, y extendiendo luego sobre la del joven sus manos descoloridas y casi transparentes–. Dios te bendiga –le dijo–, como yo lo hago, y recompense con liberalidad infinita cuanto has hecho por tu desvalida familia.

– ¡Sí! –añadió monsieur Robert con gravedad solemne–. Cúmplanse los votos de la que te llevó en sus entrañas, concédate el cielo una esposa tierna y casta como ella, y sean tus hijos para ti lo que tú has sido para tus padres.

Diciendo esto, quiso meter en los bolsillos del viajero parte de los cincuenta luises que recibiera de monsieur Nyon, pero Huberto los rechazó dulcemente, poniendo al mismo tiempo en un dedo de madame Robert la magnífica sortija del desconocido.

– Os he tomado ya bastante –les dijo– del numerario que acompañaba esta alhaja. Pagadas mis deudas y mi asiento, aún me queda lo necesario para mi manutención durante el viaje. Conservad el resto de vuestros fondos, padre mío, para ayudaros mientras permanezcáis sin ocupación lucrativa, y sea el valioso brillante que deposito en manos de mi madre, la dote de mi hermana mayor, siempre que no os obligue a venderlo alguna urgencia inevitable. En cuanto a nuestra pequeña –añadió sonriendo entre sus lágrimas–, la destino mi mejor cuadro, que espero en Dios podrá valer tanto como la sortija.

Las dos jóvenes se colgaron de su cuello, y por espacio de algunos minutos sólo se oyeron tiernos adioses, medio ahogados por sollozos.

Monsieur Robert puso fin a tan patética escena haciendo venir un mozo, que cargó con la maleta del viajero, y arrancando a éste de los brazos que le retenían, lo llevó él mismo hasta el segundo tramo de la estrecha escalera–. Adiós –le dijo entonces, abrazándole–: que pronto podamos bendecir juntos al protector generoso, a quien probablemente conocerás en París.

– ¡Adiós, hijo de mi alma!, ¡Adiós, hermano querido! –le gritaban también desde lo alto las tres desconsoladas mujeres.

– ¡Hasta el cinco de junio! –respondió Huberto, ya al pie de la escalera–. Sea cual fuere mi destino, pasaré siempre ese día en el suelo de Marsella.

– ¡Ah¡ !sí ! ¡sí! –repuso la madre, alentada un tanto con tal promesa–. El cinco de junio es memorable para nosotros todos, pues fue en él cuando conociste a nuestro ángel tutelar. Que siempre oremos juntos en ese día, pidiendo al cielo lo colme de ventura.

– ¡Siempre! –repitió Huberto, lanzándose con esfuerzo fuera del umbral.

– ¡Hasta el cinco de junio, pues! –gritaron en coro las tres voces femeniles.

– ¡Hasta el cinco de junio! –dijo también monsieur Robert. Y Huberto se alejó, murmurando largo trecho–: Hasta el cinco de junio...

Por primera vez desde la cruel noche en que mandó a Josefina su primera carta, volvió a verse nuestro protagonista al pie de aquella ventana en que por tanto tiempo aparecía su ídolo cada día festivo, colmándole de felicidad con una dulce sonrisa, con una tierna mirada.

El corazón del joven, conmovido por la reciente despedida, desfalleció casi bajo la nueva impresión que recibía, a presencia de aquellos sitios, tan llenos de recuerdos inolvidables.

Se hallaban corridas las persianas, sus ojos anhelantes no podían traspasar aquel obstáculo, para columbrar siquiera uno de los preciosos muebles de la virginal estancia.

En aquel ángulo izquierto de la verja, por entre cuyos hierros se asomaba, risueña y

esmaltada por los argentados rayos del astro de la noche, la hermosísima cara de la joven criolla, en aquella célebre noche del cinco de junio.

El pequeño jardín estaba desierto. Sólo turbaban a intervalos su melancólico silencio los amorosos píos de algunos pajarillos, que se guarecían del sol en las frondosas copas de los naranjos enanos.

El mancebo permaneció largo rato inmóvil, sin fuerzas para levantar la blanca piedra que veía a sus pies al otro lado de la verja.

Pero volaba el tiempo, iban a dar las once, y además podían pasar gentes cuya atención llamase, continuando clavado junto a la verja.

Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, alzó con temblorosa mano la designada piedra, y, según lo prevenido por Josefina, colocó debajo su carta.

Terminada la operación, se despidió del jardín con larga y congojosa mirada, y tornó a ver por última vez la ventana querida.

¡No halló alteración! La celosía importuna, que en otros tiempos se descorría ante él para dar paso a la luz de su alma, continuaba cerrada tenazmente, cubriendo de sombras su corazón dolorido.

De pronto, empero, llegó a sus oídos un preludio ejecutado en el piano, y que agitó todas sus fibras, cual si fuera la voz misma de la virgen cubana.

Aquellos sonidos eran arrancados al músico instrumento por sus dedos nacarados... aquellos sonidos probaban a Huberto que ella se hallaba allí, al otro lado del muro, a pocos pasos de él, pudiendo oír el *adiós* que le enviase desde la calle.

El adiós no fue, sin embargo, pronunciado todavía, y en vez de él, resonó suavemente una melodía de Pórpora, tierna, patética, casi gemidora.

Al expirar la última nota, la estridente voz de la campana vino a anunciar al viajero, embelesado por la deliciosa cadencia en que le parecía recoger dulces promesas y amorosos suspiros, que era ya la tristísima hora de la partida.

En efecto, el carruaje se estaba enganchando al alcance de su vista.

– ¡Adiós! –murmuró por fin–. Adiós, Josefina mía; hasta el cinco de junio.

Una lágrima ardiente, resbalando cristalina por todo lo largo de sus mejillas, cayó en tierra, sellando al pie de la ventana la última huella de su paso.

Por un misterio de magnetismo, la doncella cubana se inclinaba en aquel mismo instante sobre el teclado, que enmudecía, salpicándolo con otra lágrima silenciosa; porque se le había ocurrido de repente medir con el pensamiento los eternos once meses que aún la separaban del cinco de junio de 1753.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Huberto en París

El París de Luis XV no era, en verdad, el París que hemos conocido, el París de Luis Felipe o de Napoleón III, con su más de millón y medio de habitantes –repartidos en más de dos mil calles– y sus monumentales embarcaderos de líneas férreas, y su brillante alumbrado de gas, y sus innumerables carruajes públicos, y sus trágicos y épicos recuerdos de la revolución y del imperio consignados en soberbios arcos como el del Carrousel y el de la Estrella, y en columnas y puentes como los de Julio, Vendome, Arcola, Jena, Austerlitz, etc., o en boulevares como los de Sebastopol y Strasbourg –improvisaciones gigantescas de la época presente, que se hermanan con el mercado de hierro, la fuente de San Miguel, la prolongación de la gran calle de Rívoli, y tantas otras magníficas obras hechas al vapor por la rápida e incansable actividad del soberano por sufragio universal. Pero era, sin embargo, el París aristocrático y galante, animado todavía por el licencioso espíritu de la Regencia, y todavía deslumbrante con mágicas huellas del fastuoso reinado precedente.

Para un joven ávido de placeres, aquel París valía tanto, cuando menos, como el París de nuestros días, y para un ambicioso impaciente, los caminos de entonces no eran ciertamente más difíciles y largos que los de ahora, aunque no había periodismo comparable al moderno, ni bolsa, ni tribuna: sendas de atajo maravillosas, por las cuales hemos visto a muchos llegar en un santiamén al poder y a la fortuna.

En cambio, bastaban un capricho de cualquiera de las sucesivas favoritas, un remoto parentesco con alguno de los cortesanos predilectos, una mirada benévola del ministro –ganada por la adulación más baja–, bastaban, repetimos, con sobrada frecuencia, para sacar del polvo las más insignificantes existencias, revistiéndolas de pasajera importancia.

Nuestro héroe, empero, llegó a la inmensa fábrica de reputaciones y fortunas, al foco inexhausto de deleites, sin sed ninguna de éstos, y sin vislumbrar siquiera los elementos fáciles de aquéllas.

Todo, en su concepto, tenía precisamente que debérselo a su talento y estudio, resultando de tal creencia que París para él se redujo al modesto recinto del obrador del maestro con quien vivía, y a los museos en que iba a admirar los modelos más notables de

las diversas escuelas de su arte.

Nuestros lectores adivinan, sin duda, que el primer cuidado del joven fue indagar de su profesor y patrón quién era la persona que había pagado sus dos años de aprendizaje y pensión, pero el artista le preguntó a su turno, sorprendido:

– Pues ¡qué! ¿Lo ignoráis?

Tras la respuesta de Huberto le refirió que sólo se había llegado a él un sujeto con trazas de agente de negocios, el cual, a nombre de monsieur Robert, padre, le propuso tomar como pupilo y discípulo al que ya había sido lo último, tiempo antes.

– Acepté desde luego –añadió el pintor–, porque me constaba vuestra admirable disposición para el arte, y tenía también muy presente lo noble de vuestra índole. El encargado me pagó dos años adelantados, según lo propuesto por él mismo, le di el correspondiente recibo para vuestro padre, se despidió advirtiéndome que vendríais pronto, y nada he vuelto a saber respecto a dicho sujeto.

– Pero recordáis, sin duda, quién fue el que con anterioridad a la conferencia que acabáis de referirme, supo por vos que me habíais dado lecciones antes que mi familia abandonase a París.

– ¡Aguardad! –repuso el maestro, recapacitando un momento, como para aclarar algún recuerdo confuso–. Es posible que alguien me hablase de vos primero que el agente. ¡Oh, sí, me parece que tengo cierta idea de ello, pero son tantos los que visitan mi estudio! No imaginéis que se trata solamente de gentes adocenadas –añadió con cierta jactancia–. Altos funcionarios públicos, celebridades de todo género, suelen honrar este obrador, admirando mis concienzudos trabajos. Quizá fue alguno de ellos quien me dijo algo con respecto a vos, pero confieso que, por más que me afano, no acierto a verlo en mi flaquísima memoria.

– ¡Dios mío! –exclamó el joven–, ¿estaré condenado a ignorar siempre ese nombre?

– Decidme los motivos que os mueven a inquirirlo con tan grande interés, y acaso sacaré de ello alguna luz que esclarezca mis recuerdos.

Huberto contó, en efecto, los favores que debía al desconocido anciano; pero aunque aquel relato conmoviese al pintor –cuyo corazón era excelente–, y le hiciese participar del anhelo de su discípulo, no pudo absolutamente satisfacerlo. Veinte nombres soltó a la ventura, como meras hipótesis; mas al dar señas de las personas, ninguna convenía con las del hombre de la barca.

Frustrada nuevamente su esperanza, no pensó Huberto desde aquel día sino en sus estudios suspirados. La asiduidad y el ardor con que se consagró a ellos llegaron a inspirar al maestro recelos por su salud. Le dio prudentes consejos, le echó enérgicas reprimendas, pero el joven –que agradecía, al parecer, los unos y escuchaba con humildad las otras–, no daba, sin embargo, la menor muestra de enmienda. El afán que lo devoraba le producía una especie de fiebre, de la que no alcanzaba a enseñorearse su propia voluntad.

Por un feliz acaso, que él juzgó providencial, era hijo de Cuba, nacido en La Habana como su amada, uno de sus más queridos condiscípulos. Aquel joven pertenecía a una familia rica, que había tratado mucho a la difunta señora Caillard, a quien recordaba perfectamente, así como también a su lindísima hija, que se le parecía mucho. Más aún: había estado muchas veces en el consabido templete de la colina, conservándolo muy claro en su memoria, y hasta sabía una circunstancia ignorada indudablemente por el viudo monomaníaco. Era dicha circunstancia nada menos que la existencia del diseño del templete en poder del arquitecto a cuyo cargo estuvo la ejecución, y con el cual tenía

precisamente parentesco no remoto el que dio a nuestro Huberto esta noticia, que casi le puso a pique de volverse loco de alegría.

Por supuesto, el diseño fue pedido urgentemente a La Habana, y se recibió en breve, acompañado de un precioso álbum que encargara el criollo a cierto amigo suyo, y en el cual no sólo almacenó éste varios paisajes de los más característicos de la virgen tierra y del tórrido cielo de nuestra hermosa isla, sino también multitud de aves, plantas y hasta reptiles indígenas.

Aquel álbum fue para el amante de Josefina, según desde luego comprenderán nuestros lectores, un tesoro inapreciable, cuya posesión no hubiera trocado por los famosos de Creso.

Su condiscípulo no estaba desprovisto, por tanto, de aparente fundamento cuando, al pedir aquellos croquis a su compatriota colonial, le decía con disculpable orgullo:

"Tengo aquí un amigo que es entusiasta por nuestra cara Antilla, aunque jamás la ha visto, ni aun en pintura. No me habla sino de Cuba, encantándose con las descripciones que le hago, y reteniendo en su memoria los más insignificantes detalles. En vista de ello, casi puedo asegurarte que tan luego como termine sus estudios, tendréis allá ese nuevo colono, que será –estoy cierto–, uno de los mejores artistas de la escuela francesa."

Pero aunque Huberto –animado por la predilección que daba campo a las conjeturas de su compañero–, estudiase con decidido empeño el brillante colorido de la naturaleza del Trópico, no descuidaba tampoco sus ensayos de otra índole.

Desde los primeros días de su llegada a París trabajaba en un pequeño cuadro, o mejor dicho, en el pequeño boceto de un gran cuadro, que se proponía emprender en lo sucesivo, y que no le originaba menos desvelos que los paisajes trasatlánticos.

En aquella incesante embriaguez de sus amados estudios se le pasaron semanas, y luego meses, como si fuesen minutos. Sólo comprendía lo largo del tiempo cuando contaba los días transcurridos sin ver a Josefina ni tener noticias suyas, y los que aún faltaban para el anhelado momento de encontrarse otra vez al pie de su querida ventana o junto a la alta verja tapizada de jazmines.

En cuanto a su familia, recibía frecuentes cartas más y más satisfactorias. "Tu padre –le decía en su última la señora Robert–, ha recobrado, a Dios gracias, su antiguo concepto y numerosas relaciones, ganando tanto o más que antes en su profesión de corredor de comercio. Habitamos un bonito primer piso a la entrada del *boulevard* de la Paz, y lo hemos amueblado decentemente. Me encuentro como tú deseabas, hijo mío, descansada y sin más cuidado que el de mi salud decaída. Tu hermana mayor tiene a su cargo la casa y hace un ama de gobierno inmejorable. La pequeña lleva los libros a tu padre, mejor, según dice él, que el tenedor más experto. Además se ocupa en primorosos bordados por los dibujos que tú le hiciste. Reúne bastante número de lindísimas obras, que el día que quiera venderlas podrán valerle muy bien sus cuatrocientos francos. La semana próxima pasada regaló un rico pañuelo a madame d'Hericour, cuyo digno esposo es de las personas que más han favorecido a tu padre, contribuyendo a restablecer su crédito de corredor. La amable señora hizo grandes elogios de la delicadeza y perfección del trabajo de nuestra niña, y la prometió, sonriendo, que si lograba algún día decidir a su rebelde deudo, el caballero de S..., a bajar la dura cerviz bajo el yugo matrimonial, recurriría a ella para poder ob-sequiar a la novia con una selecta colección de bordados. Ya ves, Huberto mío, que todo va bien por acá; siendo nuestro solo pesar el no saber todavía el nombre de nuestro bienhechor, y nuestra más dulce esperanza el abrazarte, como ofreciste, el cinco de junio próximo."

Pocos días despues de recibida la carta cuya parte más notable acabamos de transcribir, y al comenzar la primera semana del florido abril, entrando una mañana el maestro, de vuelta de ciertas diligencias, fijó su atención un bonito boceto, que halló colocado modestamente en el rincón más oscuro de la sala de estudio.

Representaba cierta escena que le era conocida por relato. Era el puerto de Marsella, al declinar de una apacible tarde, y se destacaba en primer término la barquilla blanca con su joven patrón, en el momento de saltar a ella el desconocido personaje.

– ¡Hola, hola! –exclamó el maestro, fijando complacida mirada en aquel primer ensayo de su discípulo predilecto–. Esto es ya una composición que, como obra de principiante, pude llamarse admirable. No está muy estudiada la perspectiva, no muy correcto el dibujo, pero hay allí libertad de ejecución, toques felices, colorido brillante. Además, la semejanza del barquero con el artista resalta a primera vista: está bien esa cabeza... muy bien.

– ¿Y la del anciano? –preguntó ansiosamente Huberto, que soltando el pincel con que coloraba otro estudio, se acercó con viveza a su interlocutor–. ¿No os recuerda a nadie esa fisonomía? ¿No reconocéis, al contemplarla, a ninguna de las personas que estuvieron en esta sala en los días anteriores a vuestra conversación con el agente?

El maestro miró largo rato la pintura, y dijo después ingenuamente:

– No, amigo mío, no me dice nada esa cara. Si es retrato, no he visto nunca al original, o vos no habéis acertado en manera alguna con el parecido.

El joven se volvió al caballete silencioso y mohíno; por mucho que alabaron su boceto, a la par del maestro, los condiscípulos que fueron llegando sucesivamente, el autor no se dignó ya dirigirle otra vez una mirada, murmurando despechado, a cada encomio que oía:

– ¡Bah! como si ignorase yo que eso no vale nada.

Es de advertir que nuestro barquero artista había alimentado la esperanza de que al ver el maestro aquella imagen de su bienhechor querido, que le había ocupado largamente, no podría menos de exclamar al instante: ¡Es Fulano! En efecto, bien podía no acordarse de quién era la persona que le habló de Huberto antes que el agente, pero de seguro (pensaba él), no ignoraría el nombre de aquélla, y tan luego como se presentase a sus ojos tan característica fisonomía, aquel nombre se le escaparía de los labios.

El desvanecimiento de esta última esperanza no produjo solamente un disgusto amarguísimo en el pobre joven, sino también cierto apocamiento que podía ejercer funestas influencias en su porvenir artístico.

– ¿Cómo he de presumir –se decía–, acertar en la copia de lo que no he visto, dar semejanza y vida a lo que llega a mí como sombra de un ajeno recuerdo, yo, que he sido incapaz de hacer reconocibles rasgos que conservo en el alma y que son tan verdaderamente notables? ¡Oh! La vanidad me cegaba. El empeño temerario que me proponía llevar a cabo es, por lo visto, muy superior a mis fuerzas. El amor por sí sólo no alcanzará a prestarme la intuición maravillosa del genio.

Estas reflexiones tristes fomentaban sin cesar la extraña postración que se iba apoderando de aquella naturaleza impresionable; siendo de notar que se acrecentaba visiblemente a medida que estaba más próxima la época de su visita a Marsella.

La fatalidad parecía empeñada en nublarle al tierno amante el día único para su corazón; el día con que soñara durante largos meses de silenciosa ausencia.

Llegada la antevíspera de su partida, no se mostraba Huberto más satisfecho y animado. Contra su costumbre, que era –como hemos dicho–, no abandonar el obrador sino para ir al museo, aquella mañana anduvo vagando largas horas por las alamedas y jardines de los Campos Elíseos, cuyo nombre en aquella época era el de *Grand-Cours*, dado por Luis XIV.

Procuraba el joven fatigar su cuerpo, a ver si sentía menos de ese modo, el decaimiento de su espíritu.

En efecto, regresó a su morada rendido de tanto andar, pero sin que fuera, no obstante, menos melancólica la expresión pensativa de su frente.

– ¡Huberto! ¡Huberto! –oyó gritar de pronto en el instante de llegar al último tramo de la escalera.

Alzó los ojos y vio al maestro, que le salía al encuentro con el aspecto de un hombre regocijado.

– ¡Amigo mío! –le dijo tomándole por el brazo para hacerle subir más de prisa los pocos escalones que aún le faltaban–: tengo una gran noticia que daros. ¡Venid! vais a confesar que sois un hombre nacido con dichosísima estrella, no obstante los contratiempos pasados.

– ¿Qué hay? ¿qué ocurre? –preguntó el mancebo, dando lugar a la curiosidad que forzosamente debía despertarle semejante exordio.

– Adivinad, adivinad, si sois penetrador. Se trata de un suceso que de seguro os llenará de júbilo, y por el cual sincerísimamente os felicito.

– ¿Ha habido alguna carta de mi familia?

– Es mejor que eso lo que voy a deciros.

– ¡Ah!... ¿será que hayáis descubierto quién es mi protector misterioso?

– ¡Mejor que eso todavía!

– ¡Mejor que eso!

– Juzgaréis por vos mismo al escucharme –repuso el maestro, parándole junto al umbral de la sala, que acababan de atravesar, mientras se frotaba las manos con infantil alegría, a la vez que se esforzaba por prestar a su tono cierta misteriosa importancia.

CAPITULO II

El destino del primer boceto

– ¿No echáis de menos nada en el recinto que tenéis a la vista? –le dijo al fin a Huberto.

El discípulo paseó su mirada por cuantos objetos contenía la sala, y respondió después con forzada sonrisa:

– ¡Ah! ¡Bien! Veo que habéis quitado de aquel rincón mi pobre primer ensayo. Lo apruebo en verdad, mi querido maestro, pues no era digno de ocupar ni aun el lugar más humilde, aquí donde se ostentan tantas obras notables.

– ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! –repuso su interlocutor, riéndose a carcajadas–; dais prueba de no poseer, en la ocasión presente por lo menos, ni pizca de perspicacia. Esa pintura, que despreciáis, se encuentra a estas horas en mucho más honorífico puesto que el del que suponéis la he privado, y vale a su novel autor lo que no obtienen fácilmente consumados profesores por obras muy acabadas.

– ¿Qué decís? ¿La habéis vendido acaso? –tornó a exclamar el mancebo, entre alegre y pesaroso–. No comprendo, añadió, que haya persona bastante extravagante para haber pagado cara, según indicáis, cosa de tan escasa valía; pero, así y todo, no me proponía enajenarla, no lo deseaba; porque, a falta de mérito artístico, tiene para mí el del asunto que representa.

– ¿Quién os habla de venta? El boceto, amigo mío, os vale mucho más que algunos

cientos o miles de francos: os vale nada menos que el agrado, el interés, la protección poderosa de la reina de Francia. ¡Oh! ¡sí! no me miréis con ese aire de incrédulo: bien puedo llamar reina a la que manda en la monarquía y en el monarca más que la augusta señora María Leczinska.

– Entonces... entonces –dijo Huberto balbuciente–, debe ser la favorita la persona de quien habláis.

– Sí, querido. La marquesa de Pompadour, que se enorgullece grandemente oyéndose llamar protectora de las artes, ha honrado hoy con su inesperada visita el humilde obrador en que nos hallamos. La habían encomiado mucho, según dijo, el paisaje de los Alpes que estoy concluyendo para el mariscal de Luxembourg, y no quiso volverse a Versalles, para donde sale pasado mañana, sin apreciar antes por sí misma el mérito de una pintura que tanto la ponderaban.

– ¿Pero mi boceto?

– Aguardad, no seáis impaciente; voy a referiros lo ocurrido con todos sus pormenores. La hermosa dama del rey, y su hermano que la acompañaba, permanecieron largo rato contemplando mi paisaje, casi con éxtasis de admiración. ¡Oh! inteligentes de veras son ambos, pues no se les escapó la menor belleza de detalle. No os repetiré las cosas lisonjeras que me dijeron, para entrar desde luego en la parte que os atañe.

– Sí, sí –pronunció Huberto con agitación visible–; os ruego que acabéis pronto.

– Después que los dos hermanos hubieron examinado a su placer mi celebrada obra, dirigiéndome –como os he indicado– las más expresivas alabanzas, recorrieron el salón mirando a la ligera los muchos buenos estudios que contiene; pero al llegar delante del boceto que desdeñáis, se detuvo la marquesa, fijándole por largo tiempo atenta y complacida mirada. ¡Qué linda pintura! –dijo seguidamente el señor de Marigny– ¡ved qué frescura! ¡qué vida! Esas olas parece que se mueven, acariciando la blanca navecilla; ese rayo de luz pálida, que llega a morir sobre la bella frente del joven barquero, es un toque admirable.

– ¡Dijo eso! –exclamó Huberto, cuya emoción llegó al enternecimiento.

– Más que eso –prosiguió el maestro con cordial regocijo–. Creyendo que vuestro boceto era mío, en cuya sola circunstancia creo veréis un motivo de justísimo orgullo, me lo celebró con entusiasmo que nada tenía de ficticio. No le hallo más que un defecto, observó sonriendo, y es la impropiedad del género de hermosura que habéis dado al barquero; figura, por otra parte, la más notable del cuadro. Como creación, hace honor a vuestro idealismo; pero, como verdad de lo que representa, no me parece verosímil.

– Pues sabed, señora, –le contesté al instante–, que esa inverosimilitud es la pura verdad; es un retrato.

– ¡Cómo! ¡un retrato! –exclamó ella admirada–. ¿Existe un hombre, de esa condición, en quién hayáis visto tan poético y distinguido tipo?

–Existe aquí –respondí, sonriendo a mi vez–, en este humilde taller que os dignáis visitar, y es el mismo autor del boceto que ha tenido la dicha de agradaros.

– ¡Es posible! –exclamó ella–, ¡un barquero artista!

Los dos hermanos hicieron mil preguntas, mostrando curiosidad vivísima, y les referí por último, en compendio, cuanto sé de vuestra historia. Hubiera dado cualquier cosa porque estuvieseis presente. ¡Con qué interés escuchó mi breve relación la favorita hechicera! ¡Qué dos perlas –como diría un poeta– se asomaron a sus párpados, al saber la causa del afán que os llevó hasta el extremo de ejercer el grosero oficio para proporcionaros dinero!

Terminada mi narración, dijo al marqués de Marigny con cierto tono de generosa envidia:

– ¡Feliz el desconocido a quien cupo la gloria de representar la Providencia, socorriendo de ese modo al infortunio, y recompensando la virtud y el talento! Deseo –añadió, volviéndose a mí–, deseo ya tanto como vuestro discípulo saber el nombre de ese bienhechor misterioso, y comprendo todo el valor que, independiente del de su mérito artístico, tiene el precioso boceto que estamos contemplando. ¿Pensáis que su autor quiera cederlo, proporcionándome el gusto de colocarlo entre los mejores de mi pequeña galería de pinturas? A ningún precio me parecería cara tan grata adquisición.

– Señora –contesté al momento, inclinándome con galantería–, seguro de interpretar los sentimientos de mi joven amigo, me atrevo suplicaros en su nombre que os dignéis aceptar el pobre ensayo, que tan benévolamente juzgáis, como sincero homenaje de su profundo respeto hacia la que es aclamada justamente ángel tutelar de las bellas artes.

– Este cumplimiento, amigo Huberto –prosiguió diciendo el maestro con satisfacción de sí mismo–, fue del mejor efecto que podáis imaginar. La marquesa admitió con muestras de íntima complacencia el pequeño obsequio que en vuestro nombre la hacía, y me encargó por dos veces, con la más encantadora sonrisa, que no olvidara deciros el alto concepto que formaba de vuestro talento, y el singular aprecio que le merecía vuestro carácter. Aguardo, añadió, que monsieur Robert me proporcione ocasión de expresarle por mí misma estos sentimientos, que por tantos títulos merece, y me anima la esperanza de que desde hoy no será sólo su anciano desconocido quien goce la dicha de ayudarle a abrirse digna senda de glorioso porvenir.

En fin, amigo Huberto, sólo me resta deciros para colmar vuestra satisfacción, que el boceto fue llevado inmediatamente a su nuevo y honroso puesto, y que madame de Pompadour, en el momento casi de entrar en el coche, supo hacerme entender que mañana hasta el mediodía no recibiría visitas, pero que se hallaba dispuesta a hacer excepción a favor vuestro, por el gusto de daros las gracias cuanto antes, y mostraros a la vez algunos de los selectos cuadros en cuya sociedad se encuentra instalado el vuestro. Ahora bien, ¿no tenía motivos para aseguraros que habéis nacido dichoso? ¿No son noticias dignas del júbilo con que os fueron anunciadas, éstas que acabáis de oír de mis labios?

Huberto no tuvo tiempo de contestar, porque, como entraban al mismo tiempo en el salón –a cuyos umbrales se habían detenido hasta entonces–, le rodearon al punto todos los condiscípulos, juzgando, hasta los envidiosos, que no les era dable excusarse de ofrecer a nuestro héroe más o menos sinceros parabienes.

Él, mientras tanto, embargado por la impresión de un suceso al que veía dar tan grande importancia, y sintiéndose halagado de súbito, después de tantos días de profundo desaliento y tímida desconfianza, se hallaba poseído de una especie de deliciosa embriaguez, que le privaba casi del uso de la palabra.

Esa exageración de sensibilidad, fuerza y martirio de las naturalezas que han debido al cielo la misteriosa facultad que llamamos genio; esa potencia caprichosa de la imaginación, que todo lo agranda o lo achica, de una manera inconcebible para el vulgo; hacen extrañamente del hombre que la posee, el ser más poderoso y más débil de la tierra. Capaz de levantar montañas como si fuesen aristas, se le ve, sin embargo, con frecuencia convertir las aristas en montañas, y rendirse bajo el peso que les da su fantasía.

Por eso la fe del artista –esa fe en sí mismo, que le hace acometer y llevar a efecto la grandiosa empresa de realizar lo ideal–, suele postrarse flaca al golpe inesperado de un

fallo injusto: por eso el aplauso, el aura popular, la resonancia del éxito, que llamamos fama, son necesidades imperiosas, sin cuya satisfacción el mayor talento artístico decae poco a poco, y aun se esteriliza muchas veces.

Diríase que la Providencia, siempre sabia, ha querido poner –como antídoto del orgullo egoísta, en las inteligencias privilegiadas–, esa imposibilidad de vivir de sí mismas, que las lleva irresistiblemente a comunicar y a recibir; esa antítesis singular de fuerza espontánea y necesidad de estímulo, que hace que la soberanía que ejercen por su propio derecho, sólo les sea preciosa por la sanción ruidosa del sufragio público.

Para Huberto bastó mucho menos en la ocasión de que hablamos: tanto como le desanimara la sola circunstancia de no haber acertado a dar semejanza al retrato del desconocido, otro tanto se alentó y recobró esperanza al suave impulso de algunas palabras lisonjeras de delicados labios femeniles.

El artista tiene de niño casi más que de gigante; cualquiera cosa le alegra o le entristece; el más leve empuje basta para remontarle a los cielos o para sumirle en el abismo.

En toda aquella noche no pegó los ojos nuestro joven: su boceto, colocado entre las obras maestras que eran preciado ornato del palacio de la mujer más poderosa entonces de la Francia; su nombre conocido y pronunciado por ella con aprecio y simpatía; su visita solicitada y esperada; su próximo viaje a Marsella, no ya desesperanzado y triste, sino gozoso y lleno de fe en un porvenir que comenzaba a sonreírle...; todas estas ideas, y otras infinitas que les servían de corolarios, exaltaban la mente del artista, privándole de reposo.

Desde muy temprano se levantó, calenturiento todavía, y dio principio a su *toilette*, que fue tan esmerada y larga como la de una coqueta. Comprendió –acaso por primera vez en su vida–, que un agradable exterior es a los ojos de toda mujer, y aun de muchos hombres, la más eficaz recomendación del talento, y que un apoyo cual el de la marquesa de Pompadour podía valerle más que muchos años de estudio.

¿Sería esto ya un comienzo de corrupción?

No lo indaguemos: en aquella época –y quizá en cualquiera otra–, el haber tardado un año en sospechar que fuese el favor más necesario que el mérito, bastaría para hacer el elogio de Huberto Robert, aun cuando su vida posterior no diese testimonio de que nunca pudo malearle la atmósfera en que respiraba, hasta hacerle olvidar la dignidad del talento.

Perdonándole, pues, el que se vistiese con esmero algo frívolo el día de su importante visita, y pasando por alto los consejos –llenos de experiencia– que le dio en aquella ocasión su elocuente maestro, vamos a transportar al lector, en un abrir y cerrar de ojos, si tiene a bien seguirnos, a la opulenta morada de la hermosa querida de Luis XV.

CAPITULO III

La Marquesa de Pompadour

El palacio del Elíseo es un vasto edificio que no nos atrevemos a llamar monumental, pero que en su vida –de menos de dos siglos– ha atesorado recuerdos de gran interés histórico y dramáticas coincidencias.

¡Cosa notable! Aquellos muros, aquellos salones, que aún nos parecen impregnados de los adúlteros amores de Juana Antonieta Poisson y su corruptor augusto; aquellos muros y aquellos salones, que presenciaron sin duda escenas de libertinaje regio y de envilecimiento de la monarquía, son los mismos que aposentaron después a la difundidora

enérgica de la revolución triunfante... a la prensa infatigable de la república, que desde allí derramaba su democrático espíritu sobre la Europa conmovida. Marat y Robespierre hollaron con sus plantas los ricos pavimentos que aún conservaban huellas de la omnipotente favorita, y respiraron los vapores de la guillotina en el ambiente embalsamado por sus hálitos voluptusos.

Más tarde, esos muros y esos salones prestaron albergue sucesivamente a Napoleón, a Alejandro, a Wellington..., y el desgraciado Duque de Berry salió de ellos para recibir el golpe de una mano homicida, como si las hecatombes revolucionarias no hubieran bastado a la expiación de su estirpe.

Luego, en nuestros días, esos muros, esos salones sirvieron también de residencia al venturoso presidente de la segunda república, que es hoy dueño de la Francia. Los sucesos del 2 de diciembre, que todos recordamos, fueron, por tanto, concebidos en aquellos mismos sitios en que la imprenta –convertida en cátedra de anarquía–, envileció la libertad, inspirando y sancionando en su nombre crímenes horrorosos.

La Providencia suele hacer tales manifestaciones de su infalible justicia, y el palacio en que vamos ahora a introducir al lector, parece escogido particularmente para teatro de sucesivas y evidentes expiaciones.

Nada era, empero, más alegre, más fresco, más coquetamente suntuoso, que el perfumado recinto en que se nos presenta la primera propietaria del Elíseo, el día de la visita de nuestro protagonista. Todo respiraba opulencia y buen gusto en aquel *boudoir* elegante, del que se había hecho la profana deidad, incensada por un pueblo, altar privilegiado, a que sólo eran admitidos los adoradores predilectos.

En los momentos en que se dirigía Huberto al *Faubourg Saint-Honoré*, donde se levanta el palacio, se hallaba la favorita semiacostada muellemente en una especie de diván oriental, teniendo delante el consabido boceto, colocado en un atril de ébano.

Aunque contaba ya algo más de seis lustros, no había perdido su belleza nada del primitivo esmalte; antes bien, cierta dulce melancolía –que en aquella época de su vida solía prestarle misteriosa sombra–, acrecentaba quizá la gracia indefinible de su expresivo semblante.

En la ocasión de que hablamos, aquella interesante veladura era más visible que nunca en su hermosa frente pensativa, que apoyaba en la mano, y en la larga mirada de sus lánguidos ojos fijos en la pintura; pudiendo creerse que le despertaba su vista recuerdos casi extinguidos, de aspiraciones irrealizables o de desvanecidas esperanzas.

Así era, en efecto. Juana Antonieta Poisson, marquesa de Pompadour, por la gracia del rey, se había casado obedeciendo a su madre y cuando salía apenas de la infancia, con un hombre honrado, pero vulgar, que no supo comprenderla nunca, y a quien ella sólo pudo soportar algunos años.

Cerca de nueve habían transcurrido desde que el aburrimiento de su situación, y las sugestiones de la femenil vanidad, la arrojaron en brazos de Luis XV; pero éste, que nada dejó que desear a su ambición ni a su capricho, no poseía tampoco medios ningunos de satisfacer las exigencias de su corazón apasionado.

Sabido es que si el disoluto monarca encontró suficientes encantos en la amistad de la marquesa para pagársela durante veinte años con escandalosa privanza, nunca, empero, fue capaz de sentir un amor verdadero que lo preservara de continuas infidelidades; y sabido es también que si la favorita pudo conservar hasta la muerte la brillante posición que tantas le envidiaron, se lo debió en gran parte a una tolerancia tan hábil como excesiva, que

hubiera sido incompatible con sentimientos vehementes.

Sí, aquella mujer de naturaleza poderosa tocaba casi al término de la juventud, sin haber amado todavía. Durante mucho tiempo, la embriagaron de tal modo los goces del poderío, las delicias de la opulencia, las satisfacciones de la vanidad y los placeres de continuadas fiestas, que no pudo percibir ni las protestas de su conciencia, ni los gemidos de su alma solitaria; pero cuando el hábito de todo aquello comenzó al cabo a disminuir sus prestigios, la querida del rey – en medio de su fausto, teniendo a sus plantas cuanto encerraba la corte de más ilustre, decidiendo a su arbitrio los asuntos más graves del Estado–, se sentía sorprendida no pocas veces por instantes de amargura, en que súbitos despertamientos del corazón la hacían comprender cuán grande era el vacío de felicidad que cercaba su culpable existencia, en la cúspide misma de la fortuna.

Entonces sus aspiraciones y esperanzas de virgen, los ensueños de amor que acariciaron la aurora de su vida, los vagos deseos de desconocida ventura, atravesaban su mente de improviso, arrancándola del pecho suspiros dolorosos.

Entonces, al través de aquellos puros reflejos de un pasado inocente, entreveía la lobreguez de un porvenir desprovisto de memorias santas de virtud, de recuerdos dulces de amor; cargado solamente con los remordimientos y pesares que dejaría en pos suya el efímero reinado de una hermosura frágil, cuyo cetro se le caería pronto de las manos.

Ahora bien, renunciando a explicar el porqué, pues el alma humana tiene misterios impenetrables, declararemos sencillamente que la contemplación del boceto de nuestro pobre Huberto tuvo el extraño influjo de hacer sentir como nunca, a la favorita poderosa, la melancolía de esos momentos en que no era más que una mujer tierna necesitada de consuelo.

¿Presentiría tal vez encontrarlo muy grande haciendo la suerte de aquel bello adolescente, que contemplaba manejando el rudo remo para ganar el pan de su familia? ¿Sería, si no, porque al espectáculo de la ajena virtud vibrasen simpáticamente secretas cuerdas de un corazón generoso, aunque pervertido; o deberemos sólo suponer que un instinto –bastante común en su sexo–, la advertía de repente que el joven oscuro, que sólo conocía en pintura, podía ser para ella un ministro de venganza, un instrumento de expiación?

Sea de ello lo que fuere, preciso nos es confesar que la marquesa se conmovió de un modo extraño en el momento en que le fue anunciado monsieur Huberto Robert, sonrojándose como si hubiese sido una virgen de quince años sorprendida en su primer suspiro misterioso.

Nuestro héroe, por su parte, turbado con esa timidez respetuosa que siempre causa en los pobres el deslumbrante aspecto de la mansión de los ricos, olvidó completamente las estudiadas frases con que –por consejo de su maestro–, se había propuesto inaugurar la entrevista, y se presentó también trémulo, también rojo como la grana, prolongando tanto sus mudas reverencias que dieron tiempo a la favorita para recobrar su aplomo.

– Monsieur Robert –le dijo entonces con afable sonrisa y señalando el boceto que tenía a la vista–, no necesito expresar lo mucho que me agrada la linda joya con que habéis tenido la bondad de enriquecer mi museo; os lo prueba bastante el hallarla aquí, en mi gabinete particular, siendo objeto de mi atención hasta el instante de vuestra llegada.

Huberto, que –siguiendo la dirección de la blanca mano–, había fijado sus ojos en la feliz pintura, los volvió por toda respuesta al hermoso semblante de la dama, con expresión de tan apasionada gratitud, que –sin exceso de vanidad–, podía interpretársela significativa de más fogoso sentimiento.

Hemos tenido ocasión de observar que la grande actividad de la mente comunica a veces –aun a los afectos más vulgares–, cierto poder magnético de que suelen carecer hasta en supremos momentos las pasiones de naturalezas comunes. La amistad, la admiración, la simpatía, la simple benevolencia alcanzan en ciertos ojos –fulgurantes naturalmente por la llama creadora del genio–, un poder y una intensidad muy superiores a la energía de su origen; sucediendo por esto que pueda en ocasiones, y sin quererlo, mentir el amor la inteligencia.

Madame de Pompadour no había recibido jamás –entre el tropel brillante de sus aduladores–, mirada comparable con la del agradecido artista. La señorita Caillard hubiera desentrañado la expresión de aquella mirada del alma del que la daba sin encontrar cosa que la alarmase; pero Luis XV no habría quizá penetrado la impresión de aquella misma mirada en el alma de la que la recibía, sin sentirse un tanto lastimado.

Sin embargo, la conversación entre la favorita del rey y el amante de la doncella criolla, fue por largo rato insignificante y embarazosa.

Él, como ignorante de los usos del mundo, temía faltar, por exceso de reconocimiento, a los respetos sociales, cayendo, sin saberlo, en inconveniencias.

Ella, habituada al frívolo trato cortesano, no sabía cómo dominar sus propias emociones, para tratar según era debido a aquel hombre que consideraba tan inferior, pero en el que adivinaba las susceptibilidades de la pobreza, la dignidad de la virtud y las exigencias del talento.

Buscando salida a una posición penosa, le propuso visitar su museo, y ayudarla a colocar en su puesto de honor el boceto afortunado: la invitación no podía ser más lisonjera, y fue, por consiguiente, agradecida y aceptada.

Apenas se vio Huberto en aquel salón, cuyo único ornato eran obras de su arte, en ambiente más puro, más familiar para él que el perfumado del lujoso *boudoir* que acababa de dejar, contemplando a la marquesa, no ya como gran señora que dispensa audiencia, sino como entusiasta mujer que coloca por sí misma –con casi infantil ufanía–, el modesto ensayo de su protegido, entre las producciones más notables; mientras le hace comprender que sabe apreciar el mérito con observaciones que revelan exquisito sentimiento artístico... apenas, decimos, tuvo lugar esta mudanza de escena, hábilmente realizada por el femenil instinto, ya Huberto se encontró convertido en otro hombre, disipándose como por magia la timidez que comprimía su naturaleza expansiva.

Ensanchándosele el pecho, animósele el rostro, desatósele la lengua, y allí –en la región de su vida, en la atmósfera del talento–, obedeciendo dócil al impulso que le daba su amable interlocutora, preguntándole su juicio sobre las diversas escuelas, los diferentes maestros, y sobre el arte en sí mismo, habló con facilidad, con brillantez, con irresistibles arranques de elocuencia, que participaban del carácter de la inspiración poética en lo mucho que tenían de espontáneos.

La marquesa, encantada con aquel lenguaje del entusiasmo, que la arrebataba momentáneamente de las realidades de la vida para hacerla vagar por las brillantes esferas del idealismo, le excitaba incesantemente con nuevas ingeniosas preguntas, con nuevas oportunas observaciones, y hasta con alguna feliz contradicción.

El joven, por su parte, satisfecho en lo íntimo de su amor propio por la atención y el placer con que era escuchada y sostenida su conversación –a la vez que complacido y regocijado al encontrar exquisito gusto y vivo sentimiento de lo bello, en quien tan lisonjeramente había juzgado su obra–, se sentía crecer, digámoslo así, y procuraba

mostrarse digno del aprecio que se le dispensaba, amenizando aquellos momentos, que, en la inocencia de su alma, no podía sospechar remotamente dejasen en la marquesa huellas que él mismo no acertaría a borrar.

Cuando, interrumpiendo de súbito la animada plática, anunció un paje de cámara, desde la puerta, que numerosas personas aguardaban la dicha de saludar a la bella favorita, ella –para quien habían volado dos horas como si fuesen minutos–, exclamó con irreprimible enfado:

– ¡Pues qué! ¿no sabíais todos que no quiero recibir hasta dadas las doce?

– Perdón, señora –respondió el criado inclinándose–, es ya más de la una.

– ¡Más de la una! –repitió asombrada la marquesa– ¡Oh! ¡eso es imposible! ¿No es verdad, monsieur Robert? Dadme el gusto de mirar vuestro reloj.

Huberto no se sintió tan halagado por aquella incredulidad, como embarazado por el testimonio que le pedía.

¡Mirar su reloj! El pobre artista barquero no se hallaba provisto de aquel indispensable regulador del tiempo, y se puso encarnado hasta los ojos, al tener que confesarlo.

La marquesa comprendió entonces la indiscreción cometida, y le tendió afectuosamente la mano en superabundante reparación, diciéndole a la vez con la inflexión más dulce de su voz armoniosa:

– Mañana vuelvo a Versalles, y tendría mucho gusto en que aumentarais alguna vez el reducido círculo de los amigos de confianza que allá forman mi sociedad particular.

Huberto, profundamente conmovido con estas nuevas muestras de distinción –dispensadas en un momento en que se creyó humillado a los ojos de la favorita–, se precipitó a sus pies, derramando algunas lágrimas sobre aquella mano perfumada que estrechaba amistosamente la suya, y que él besó cien veces, y otras tantas llevó atrevido a su palpitante corazón, rompiendo así toda etiqueta y causando con el ardor irresistible de sus imprudencias tan grande turbación en la marquesa, que hubo de arrancarse con cierta violencia de su lado para lanzarse fuera del salón, en que acababa de pasar dos horas, quizá las más llenas de su vida.

También Huberto salió a la calle, y se dirigió a su casa casi maquinalmente, según era de íntima su emoción y de embriagadora su alegría.

Ver su primer ensayo entre obras maestras de afamados artistas; oírse llamar al círculo de sus amigos por la poderosa marquesa de Pompadour, que era ya a sus ojos la más buena y superior de las mujeres; hallarse en vísperas de volver a contemplar, feliz y lleno de esperanzas, el semblante adorado de su tierna Josefina... eran, en verdad, sobrados motivos para trastornar a nuestro héroe, sacándole de sí mismo.

Todas las horas restantes de aquel día, todas las primeras de aquella noche, las pasaron él y el maestro hablando incesantemente de tan lisonjeros sucesos, en alguno de los cuales puede ser que el viejo pintor columbrase algo más de lo que veía su inexperto discípulo, pero en los que ambos a la par fundaban edificios de futuras felicidades.

Luego, a las ocho del día siguiente, partió Huberto para Marsella; pero antes recibió, para colmo de su satisfacción, una preciosa caja de terciopelo carmesí, conteniendo magnífico reloj de oro con cerco de brillantes, y acompañada de timbrado billete, en que se leían estas encantadoras palabras.

"Como espero veros pronto en Versalles y tener el gusto de presentaros al rey, os ruego aceptéis esta repetición, que, a la vez que os recordará siempre la hora en que alcancéis dicha honra, nos preservará a los dos de olvidar –como sucedió ayer–, las que vuelan

ligeras mientras hablamos del arte divino que vos cultiváis con éxito, y yo, aunque profana, admiro con entusiasmo.

Juana Antonia"

CAPITULO IV

Segundo Cinco de Junio

Llegó Huberto a Marsella en una hermosa mañana, transportando de júbilo a su familia, y sintiéndolo él mismo en lo más profundo del alma.

¡Cuánto había cambiado el cuadro doméstico en los once meses de su ausencia! Todo respiraba ya bienestar y desahogo. Monsieur Robert ganaba tanto o más que antes, en su oficio de corredor de comercio. Madame Robert, restablecida al fin de sus achaques, se hallaba encargada del gobierno de la casa, probando la excelencia del desempeño, el buen orden y la sabia economía que resaltaban en todo. Las dos hermanas habían recientemente establecido un almacenillo de variadas chucherías de moda, para las que alcanzaba la mayor primorosa habilidad, y de lindos bordados que salían de manos de la segunda, sin impedirla el auxiliar a su padre, cuyos libros llevaba con el acierto justamente celebrado por la madre en una de sus cartas a nuestro héroe.

La familia, en fin, se ostentaba otra vez próspera, feliz, estimada, dando complemento a la satisfacción con que el primogénito volvía a su seno, trayendo consigo brillante comitiva de esperanzas.

En más de cuarenta horas no le dejaron momento de respiro. ¡Era tanto lo que tenían que decirle, lo que anhelaban preguntarle sus padres y hermanas! ¡Sentía él mismo también tanta necesidad de aquellas largas conversaciones íntimas, llenas de abandono y de dulces minuciosidades!...

Sin embargo, la suspirada luz del cinco de junio apareció al cabo en el horizonte, para arrancarle poderosamente de las delicias domésticas, agitando su corazón con la idea de más impetuosos goces.

Llegaba el instante de volver a contemplar a Josefina; de volver a oír sus acentos de amor; de volver a prodigarla juramentos eternos... Todas las facultades del amante se concentraban en aquella próxima felicidad de duración tan rápida, y las horas del día –que contó rondando la casa de la doncella–, debieron parecerle interminables.

La noche, empero, aunque lenta para la impaciencia, se anunció a su tiempo con los últimos crepúsculos de una tarde serena, y el joven –que sólo abandonara las cercanías del paseo para comer con su familia–, voló de nuevo a situarse al pie de la consabida ventana, cuyas celosías habían permanecido impíamente cerradas durante la mañana.

Estaba escrito que, a pesar de tanta diligencia, el momento feliz sufriese imprevisto retardo, por el mismo que con tanto ardor intentaba apresurarlo.

Al salir Huberto de su casa, le fue entregada una carta venida por el correo de París, y en cuyo sobre reconoció la letra de su maestro. Dicha misiva contenía las siguientes frases, que indicaban el atolondramiento de gozo con que fueron trazadas:

"¿No os decía yo que hacíais muy mal en dejar a París en tales circunstancias? Sobre todo desde que recibisteis la deliciosa carta de ella, debisteis de desistir de tan inoportuno viaje; pues en verdad, querido Huberto, no es cosa de exponer un porvenir brillante por anticipar

mimos de la familia y cumplir empeños tontos de amorcillos de niño, que no significan nada. En fin, lo importante ahora es que regreséis a toda prisa tan luego leáis ésta, por si es posible que lleguéis a tiempo. Ya comprenderéis que *ella* ha vuelto a escribiros al otro día de vuestra marcha imprudente, *señalándoos en términos precisos el momento del gran suceso que anunciaba en su anterior ... el momento fausto en que de seguro pondréis el sello a vuestra envidiable suerte.* No os incluyo sus preciosas líneas por no exponerlas a extravío; pero mirad vuestro soberbio reloj –regalo suyo–, que esta vez os debe servir, no ya para que no olvidéis el curso de las horas pasadas a su lado, sino para recordaros que si perdéis un momento, puede pasar sin fruto la más decisiva hora de vuestra vida.

"Venid, venid volando, pues ya sabéis *quién es quien os espera.*"

Por posdata añadía el pintor:

"Acabo de saber que el cinco, a la diez u once de la noche, saldrá de ésa para ésta un coche de retorno; aprovechadlo: Alamedas de Mailhan, núm. 1, os darán razón."

Huberto no pudo hacer otra cosa que dirigirse, en efecto, a toda prisa a la casa que se le indicaba, porque el día señalado por la marquesa en el nuevo billete de que le daba conocimiento su amigo, no podía ser otro que el de su presentación al rey; suceso verdaderamente harto importante, para que lo tomase con calma, cuando se le advertía que un solo instante perdido podía hacerle llegar tarde.

El conductor del carruaje con quien debía tratar, acababa de salir fatalmente en el momento de llegar a buscarle nuestro joven, y aunque se le aseguró que volvería muy pronto, pasó allí aguardándole más de una hora –que le pareció eterna–, pues le hizo sufrir los mayores tormentos de la ansiedad y la impaciencia.

Llegó, por último, el cochero, en el mismo instante en que Huberto se marchaba, –renunciando a todo antes que demorar por más tiempo la ventura suprema de su corazón–, y ajustado en pocas palabras un asiento que aún había vacante, y fijada la hora de la partida, pudo al cabo correr palpitante a la cita feliz, tantos meses aguardada.

Largo rato hacía ya que se hallaba Josefina instalada en el jardín con la complaciente Niná, concibiendo, en vista de la tardanza de su amado, tristísimas aprensiones. Tan pronto comunicaba a la mulata sombríos presentimientos de que hubiera dejado de existir su amante; tan pronto se sumía en tétrica cavilación, acogiendo sospechas de olvido y de infidelidad, que no era la primera vez que le asaltaban, pues la pobre niña tenía la desgracia de ser propensa a los celos, a esa terrible pasión que la Providencia ha hecho nacer del seno mismo del amor humano, como para castigar su loca aspiración de hacerse un cielo en la tierra.

De repente, en medio de sus más amargas zozobras –que la mulata se afanaba en balde por calmar–, llegó a oídos de nuestra linda cubana aquella tosecilla que el lector no habrá olvidado, y vio agitarse el florido cortinaje de la verja al vivo movimiento de una mano atrevida.

Corrió, lanzando indescribible grito, al que respondieron instantáneamente estas dos exclamaciones, casi ahogadas por el júbilo infinito:

– ¡Josefina! ¡bien mío!

¡Qué momento aquel en que vuelven a verse dos amantes, después de una separación que ha sido bastante larga para exaltar los deseos, sin serlo tanto que llegue a cansar la esperanza! ... ¡Qué momento aquel en que se olvidan todos los afanes, todas la zozobras, todos los pesares de luengos días de soledad del alma!...

Josefina y Huberto, apretándose las manos, confundiendo sus corazones en una mirada intensa, sin acertar a pronunciar más palabras que el adorado nombre, repetido entre

suspiros... Josefina y Huberto, decimos, se hallaron largo rato perdidos en aquel inenarrable enajenamiento del éxtasis, suprema expresión del amor y la alegría. El mundo, el tiempo, todo desapareció para ellos; ninguna idea de límites, ninguna sensación de movimiento cabía en aquella plenitud y dilatación del alma, que les daba la representación de la eternidad en el espacio de minutos.

Luego, cuando empezó a calmarse el transporte que los colocaba fuera de todas las realidades de la vida, cuando recobró cada uno el sentimiento de su personalidad –olvidada en la identificación de las dos existencias–, entonces las tiernas quejas de la exigente sensibilidad femenil fueron las primeras en manifestarse elocuentes.

– ¡Oh Huberto, Huberto! –dijo Josefina– ¡Cuán al pie de la letra, o mejor diré, con cuánta exageración habéis podido cumplir mis indicaciones! Si el deber de hija me ordenaba no veros todos los días de fiesta –como antes–, ni sostener con vos correspondencia, el corazón me exigía también que procurase favorecer la casualidad que podía proporcionar un encuentro anhelado, y he hecho por mi parte cuanto me ha sido posible, teniendo el dolor de ver que nada hacíais por la vuestra. Sí, yo –tan retraída del trato habitualmente–, he asistido con una amiga respetable a los teatros, a los paseos más concurridos, con el solo objeto de encontraros; pero vos, que parece no sentíais la misma necesidad, jamás os habéis dejado ver en parte alguna. Hasta llegué a temer que hubierais muerto, y ya podéis considerar todo lo que habré padecido.

El joven experimentó a estas palabras cierto remordimiento de haber hecho a su amada misterio de su ausencia de Marsella, no obstante lo inocente del motivo, y –con algún embarazo–, contestó que no eran los paseos y los teatros sitios frecuentados por los pobres.

– Además –añadió, quejoso un tanto a su vez-, ¿cómo había de adivinar que en días tan tristes para nosotros rompieseis vuestra costumbre, para presentaros sin vuestro padre en esos parajes públicos?

– No faltaba más, –repuso Josefina, entre sonrisas y lágrimas–, sino que queráis reconvenirme por lo que sólo he hecho a impulso del afán y la esperanza de veros.

– ¡Reconveniros! ¡yo a vos! ¡en tales momentos! ¡Oh! no, querida de mi corazón, no soy tan insensato y tan injusto. Es disculpa, y no queja, la que ha salido de mis labios –dijo Huberto, tornando a besar la torneada mano que retenía entre las suyas.

– Pues bien –replicó la doncella, moviendo su cabeza con inimitable donaire–; disculpaos en buena hora, caballero, pero hacedlo completamente. Decid la causa de haber venido tan tarde a esta cita, dada hace un año... ¡un año que hemos pasado sin vernos! Explicad por qué me habéis hecho pasar horas de ansiedad y de recelo.

– ¿Horas, Josefina? –dijo sonriendo Huberto.

– Horas, sí, señor; desde las siete os aguardaba, y cuando vinisteis eran lo menos las nueve.

– Me llenáis de gozo al confesarme que os ha parecido el tiempo tan largo como a mí, vida de mi alma; pero, en honor de la verdad, debo deciros que desde las seis no he hecho otra cosa que seguir por minutos el movimiento del reloj, y que aún no señalaba las ocho cuando llegué aquí.

– No puede ser, Huberto; os aseguro que no puede ser– exclamó la niña vivamente.

– Vedlo vos misma –dijo él con igual viveza, llevando sin reflexión la mano al rico regalo de la Pompadour, que volvió a guardar apresurado, advirtiendo instantáneamente su imprudencia.

Era en verdad capricho de la suerte que la falta de reloj causara a nuestro héroe penoso

momento de confusión en su entrevista con una bella dama, y que la presencia del mismo objeto le produjese igual embarazo cerca de otra hermosura.

Dominando, empero, su turbación, se apresuró a decir, como resolviendo poner fin al debate:

– ¿Qué importa que sean las ocho o las nueve, amiga mía? Deberíais comprender, como recuerdo habéroslo dicho tal noche como ésta, hace un año, que sólo motivos muy superiores a mi voluntad podían obligarme a retardar yo propio la felicidad de contemplaros... Esta felicidad que me embriaga, por más que queráis debilitarla con reconvenciones injustas.

Hablando así, acariciaba los negros y largos rizos que encuadraban el hermoso semblante de la niña, desprendiendo audazmente de ellos un ramito de violetas, que era su único adorno; pero Josefina no parecía apercibirse de nada. Lo miraba, muy abiertos los ojos, con aire de súbita suspensión y absoluto distraimiento.

La causa era que –a pesar de lo rápido que había sido el doble acto de sacar y guardar el reloj–, había visto ella brillar el magnífico cerco de diamantes, a la claridad viva de la luna, que se hallaba en los días de plenitud, sin que tampoco se escapase a su perspicacia el apresuramiento con que procuró eludir Huberto la prueba por él mismo provocada.

¿Qué debería pensar de aquello? ¿Sería realmente valiosísima joya la que por un instante vio resplanceder en manos del humilde barquero? Y si lo era, como parecía, ¿con qué objeto, pocos minutos antes, le recordaba él mismo su pobreza, desmentida por aquella alhaja, cuya posesión probaba un cambio extraordinario de su suerte?

No hallando la doncella respuesta con que resolver tales dudas, casi se inclinó a creer que los brillantes que vio no fuesen más que una ilusión de óptica, y volvió a entregarse –aunque no del todo satisfecha–, al encanto embriagador de su amoroso coloquio.

– ¡Oh Josefina! –le decía Huberto, anhelante por disipar la ligera nube que velara un momento la pura frente de su amada–. ¡Si supierais cuánto he suspirado, cuánto he delirado por este dulce instante, que compraría con mi vida! Escuchad, bien mío, escuchad lo que yo pensaba, mejor diré, lo que yo soñaba en la soledad de mi existencia; mientras vos me buscabais en las diversiones del mundo, cuyo ruido no os permitiría conversar con mi imagen, como yo lo hacía con la vuestra. Pues bien; sabed que os llevaba bajo el ardiente cielo de vuestra hermosa patria, a aquella colina, a aquel templete del amor y del reconocimiento que me describisteis hace hoy un año en este mismo sitio, y donde tantas veces, desde entonces, os ha visto mi alma corretear, niña y risueña, cogiendo flores –tan lindas y tan puras como vos–, para adornar las aras de la doméstica dicha. Sí, amada mía; me transportaba, en unión vuestra, allá, donde el amor ha consignado su más hermoso triunfo; allá, donde la felicidad tuvo establecida su morada; allá, donde vuestro padre volvía a encontrar su edén, reconstruido al *fiat* de nuestro entusiasmo; y allá os decía mil cosas que aún no os he dicho nunca; y allá os conducía al altar de los recuerdos, donde estaban también depositadas todas mis esperanzas; y allá invocaba la querida sombra de vuestra madre –que llena aquellos parajes consagrados por sus virtudes–, para que bendijese una nueva victoria del poderoso sentimiento que hizo su ventura. ¡Oh, Josefina, Josefina! ¿Comprendéis la dulzura de estos amantes delirios?

– ¡Sí, sí! –respondió ella, embelesada hasta el punto de no guardar ni rastro de las anteriores cabilaciones–. ¿Cómo no comprenderlos, si, por admirable simpatía, yo los he también acariciado? ¡Cosa rara, Huberto! Muchas veces, lo mismo que a vos, se me ha ocurrido pensar que, si algún día corona el cielo nuestros votos, acaso iríamos juntos a mi

isla, y juntos reconstruiríamos el querido templete de la colina. Yo también, yo también he visto renacer a nuestro soplo aquel paraíso perdido. He visto brotar de nuevo las flores predilectas de mi madre, vistiendo pomposamente las faldas de la pintoresca altura que conserva sus huellas; he visto la estatua de la gratitud coronando de nuevo al amor, entre la multitud de ofrendas que señalaban otras tantas alegrías de familia, y haciéndole salva los brillantes pájaros del Trópico, que tornaban a rizar sus matizados plumajes en las esbeltas palmas y los floridos naranjos, balanceados por los frescos alisos. ¿Por qué no creeríamos en esos indudables presagios? ¡Oh, sí! Quiero esperar que los dulces sueños de nuestros corazones serán realidades algún día.

– Yo lo mismo –repuso Huberto enajenado–. Habladme, pues, habladme otra vez, ángel querido, de aquel paraíso de vuestros padres, que quizá lo será de nuestros hijos. Presentádmelo de nuevo, animado por al calor vivífico de vuestra alma, para que yo lo posea desde ahora, tal cual lo guardáis vos misma en vuestros recuerdos... tal cual lo haremos renacer los dos por la potencia irresistible de nuestro amor infinito.

Josefina, magnetizada, digámoslo así, por la voluntad de su amante, comenzó –en efecto– a pintarle segunda vez con exquisitos detalles el paisaje que formaba la monomanía de su padre, realzando a maravilla su brillante descripción con la fuerza y verdad del colorido.

Mientras ella hablaba, el artista hacía volar el lápiz sobre una página de su cartera, sin dejar por eso de fijar por momentos en la inspirada narradora miradas ávidas y penetrantes, que parecían querer arrebatarla del fondo mismo del alma, el fuego del sentimiento que prestaba vida a sus palabras.

De repente la joven se interrumpió, como pesarosa de su propia exaltación, y exclamó, entre enfadada y tierna:

– ¡Oh Dios mío! ¡qué locos somos los dos! ¡Emplear en esto el breve tiempo que pasamos juntos, después de un año de incomunicación, y con la perspectiva de otro año igual! ¡Huberto! dejemos la colina hasta que llegue el día feliz que nuestros presentimientos nos prometen, y tratemos ahora del modo de apresurarlo. ¡Atended, amigo mío! Yo he tenido, yo tengo en este instante mismo otros anuncios del corazón, que es preciso confesaros.

Sí, me parece adivinar que vuestra suerte ha cambiado; que no os halláis este cinco de junio en la situación desgraciada que os afligía en el pasado. ¿Qué decís a esto?... ¿Calláis?... ¡Huberto! mirad que lo único que no os perdonaría nunca es el ser disimulado conmigo. ¿Qué motivo puede haber que lo justifique? ¡Ocultar a su amada lo que debe regocijarla! ... Aun cuando fuera lo contrario, estaríais siempre en el deber de comunicárselo todo a la que el amor ha identificado con vuestra alma, a la que moriría primero que tener para vos algo reservado en la suya.

Esta vez no fue ya vago remordimiento, sino verdadero dolor, lo que sintió el joven por haber dejado ignorar a Josefina los sucesos ocurridos después de su primera entrevista; y conociendo, además, que lo estaba vendiendo su evidente confusión, resolvió al punto referírselo todo, renunciando al placer de la sorpresa que había deseado causarle en más dichoso día.

Desplegaba los labios para comenzar su confesión sincera, cuando la misma Josefina le hizo advertir que se oían pasos en la calle, y vio efectivamente que por el mismo lado de la verja se adelantaba un hombre, el cual apenas distaba ya cosa de treinta pasos.

Apartóse precipitadamente nuestro héroe, temeroso de comprometer la reputación de

su ídolo, y fue a colocarse más allá de la esquina de la casa, deteniéndose allí como si aguardase a alguien.

El transeúnte, por su parte, continuó reposadamente su camino, y pasó rozando casi con el joven, que, apenas lo hubo visto de cerca, dejó escapar una exclamación ahogada, quedándose breve rato suspenso, conmovido e indeciso, hasta que al cabo echó a correr en pos de aquel hombre; no obstante la tosecilla con que le llamaba Josefina, anhelante de continuar el interrumpido coloquio.

Nuestros lectores no extrañarán la conducta del artista cuando les digamos que en el transeúnte –a quien seguía– creyó reconocer al bienhechor misterioso, cuyo nombre y paradero se había afanado en balde por inquirir hasta entonces.

CAPITULO V

Dos esperanzas frustradas

Notando el transeúnte que era seguido, redobló el paso para ganar el próximo paseo, donde había gente por lo común hasta tarde de la noche.

Huberto, sin embargo, como más ligero, le alcanzó antes de que entrase en la alameda, y se le puso delante deteniéndole, si bien en actitud que debía disipar todo recelo.

– ¡Al fin os hallo! –exclamó al mismo tiempo– ¡Oh mi ángel tutelar! dejadme que abrace vuestras rodillas y bese rendido vuestros pies.

– ¿Qué hacéis? –respondió el anciano, parándole la acción. Sin duda padecéis engaño. No os conozco, no os he visto hasta ahora: soy forastero, recién llegado a Marsella.

– ¡Imposible! –repuso Huberto con íntima convicción. –Sois el mismo que, por merced de la Providencia, conocí hace un año en esta ciudad. ¿Cómo creer que os hayáis olvidado enteramente del cinco de junio del año anterior, en que paseasteis por la bahía, ocupando cierta barquilla blanca conducida por un pobre joven, que –correspondiendo al interés que le mostrasteis–, os confió con sinceridad los infortunios de su casa? Pues bien; he aquí al barquero, cuya suerte han trocado vuestros beneficios generosos. ¡Libertador de mi padre! No queráis rehusaros por más tiempo a la gratitud de su familia. No queráis condenarla a ignorar siempre el nombre que debe bendecir.

– Os repito –tomó a pronunciar el forastero, no sin alguna emoción que procuraba reprimir–; os repito, amigo, que estáis en un error; nada tengo que ver con la persona a quien os referís.

– ¡Es en balde negarlo! –exclamó de nuevo y con vehemencia nuestro reconocido artista, a quien afligía aquella obstinada resistencia–. ¡Oh señor! Seríais muy cruel en continuar rechazando de ese modo los sentimientos que sabéis merecer. ¡Vedme imploraros fervorosamente a nombre de toda una familia que os busca, que os llama, que os espera hace un año!

Diciendo esto, se arrojó a sus plantas, sin que esta vez fuera posible estorbárselo; y asiendo apasionadamente las dos manos de su interlocutor, se las apretó sobre su corazón y se las bañó con sus lágrimas.

Aquel hombre inflexible, pareció vacilar en tal instante; pero habiendo echado en torno suyo una mirada rápida, notó que se iba agolpando gran número de curiosos, atraídos por la singular escena que allí estaba pasando. Entonces,visiblemente contrariado, dijo al joven con bastante aspereza:

– ¡Basta! Poned término a una porfía que nos hace ya la diversión del vulgo.

– ¡Pues qué! –gritó aquél exasperado–, ¿no son los que nos miran hombres que sienten latir un corazón en su pecho? ¿Pensáis que haya uno siquiera que no comprenda la santidad del afecto que os parece importuno? ¡Ah, venid, hijos del pueblo! venid vosotros en mi auxilio, –añadió dirigiéndose a los grupos que por momentos crecían–. Rogadle todos conmigo que, sea quien fuere, no desdeñe orgulloso el reconocimiento del pobre; no se niegue a la suprema delicia de contemplar con sus ojos la felicidad que es obra suya.

Tan inesperado y expresivo apóstrofe agitó instantáneamente al populacho, tanto como debió disgustar al misterioso personaje; pues desprendiéndose con fuerza de los brazos del joven –que enlazaban sus rodillas–, corrió de pronto, y sin decir palabra, a confundirse entre la multitud de paseantes que llenaba la alameda.

Mientras él se evadía de este modo, los testigos advenedizos, que concentraban su interés en nuestro protagonista, le cercaron tumultuosamente, con vivas demostraciones de simpatías, impidiéndole por de pronto seguir de cerca las huellas del fugitivo.

Cuando logró desembarazarse, recorrió en vano Huberto toda la extensión del paseo; era ya tarde.

Fuera que hubiese entrado el desconocido en alguna casa inmediata, o que poseyese bastante ligereza, a pesar de sus años, para alejarse mucho en pocos minutos, es lo cierto que, por más que hizo, no pudo el joven encontrarle, ni siquiera inquirir la dirección que había tomado.

Burlada así su esperanza de conocer por fin, y presentar en su casa al que miraba justamente como su providencia en la tierra, volvióse a toda prisa a su abandonado puesto; lamentando la media hora larga que había perdido, y consolándose únicamente con la idea de contárselo todo a Josefina, abriéndole de par en par las puertas de un alma que jamás, gracias al cielo, había abrigado nada que debiera ocultarse.

La plena confianza que desde aquella noche iba a quedar establecida entre los dos amantes, facilitaría indudablemente la realización de sus mutuos deseos, dándoles –además–, en lo presente, medios seguros de comunicarse a despecho de la ausencia.

Llegó a la verja Huberto con esta dulce esperanza, que le hacía menos amargo el fracaso de la precedente, y colocándose donde antes, buscó en vano con los ojos a su linda habanera: la llamó también varias veces amorosamente, pero sin recibir respuesta.

Estúvose entonces mirando largo rato por entre las enredaderas que vestían los hierros, esperando por minutos ver aparecer a la doncella ... ¡Nada! El jardín continuaba desierto.

Se paseó en seguida por todo lo largo del enverjado, dejando oír sin cesar la tosecilla de marras... ningún otro sonido interrumpió el silencio que le cercaba, y que iba teniendo algo de pavoroso.

Ocurriósele que Josefina, cansada de esperarle inútilmente en la verja, se habría ido acaso a la ventana, para ver si él aguardaba en la calle nuevo aviso de poder hablarla, y corrió por tanto al momento a situarse debajo de la consabida reja, que aparecía abierta, dando paso a la luz que iluminaba el gabinete; mas –no obstante este indicio de hallarse la señorita Caillard en su estancia predilecta, y de que nuestro joven, por su parte, no perdonó medio de indicar su presencia en la calle–, ni una sombra de mujer se bosquejó momentáneamente en la ventana.

En vista de ello, tornó Huberto a la verja del jardín, recurriendo a nuevos suspiros, a nuevas toses, a nuevas llamadas... ¡Todo en balde!

Era evidente que no quería o no podía su amada darse por entendida.

Lo primero debía rechazarse por inverosímil, según convicción de Huberto; por consiguiente, se atuvo a lo segundo, y dio por hecho que alguna impertinencia del padre, alguna visita inevitable, o cualquier otro incidente imprevisto –superior a la voluntad de la joven–, la retenía aquella noche, con harto dolor suyo, como en otra no menos memorable, en que se atrevió Huberto a sospechar injustamente de ella.

Esta vez, por la inversa, sentía su corazón en este punto completamente tranquilo; si bien más afectado, por lo mismo, a la tristísima idea de tener que abandonar Marsella sin serle posible llevar a cabo la confesión resuelta, ni dar –al comienzo de un nuevo año de separación absoluta–, siquiera un tierno adiós a la que le era más cara que su vida.

¡Si pudiera al menos escribirla! Pero, ¿de qué manera? ¿por qué conducto hacerle llegar la carta con certeza de no comprometerla?

Nada sobre el particular había sido convenido, aunque era una de las cosas que con mayor empeño se había propuesto Huberto alcanzar de Josefina, en la conferencia tan repentinamente interrumpida.

Desesperado de encontrar –por más que se devanase los sesos–, algún medio de explicarse con la que no aguardaba ver de nuevo en aquella noche de contratiempos, se le presentó súbitamente un recurso, que casi le parecía infalible.

Vínosele a la memoria la piedra del ángulo izquierdo del jardín, bajo la cual –en cumplimiento de indicaciones de su ídolo–, había depositado una carta el día de su primera partida, y se persuadió sin ningún género de duda de que el natural pensamiento de Josefina, en la siguiente mañana, sería ver si había recibido su misterioso buzón alguna otra misiva, necesaria cual ninguna por las circunstancias extrañas que les hacían separarse aquella noche, ignorando cada uno de ellos lo que al otro le había ocurrido.

En este concepto, respiró el joven, aligerado de su angustia y como oyese al mismo tiempo sonar las diez, debiendo partir a las once en punto, trazó con lápiz a toda prisa, sin más luz que la luna, ni más mesa que una de sus rodillas apoyada en la verja, algunos desordenados renglones en que logró, sin embargo, compendiar todo lo importante que tenía que decir, incluso el encuentro que retardara su vuelta aquella noche.

Por término de la carta expresaba lleno de fe su íntima convicción de que el cinco de junio próximo venidero se presentaría allí con un nombre conocido, con una posición honrosa, y acaso, ¡ah!, acaso también con un feliz remedo de aquella colina, de aquel templete querido, que soñaban reconstruir los dos amantes, y cuya posesión, aun en pintura, bastaría tal vez a conquistarles la anhelada venia paternal.

Concluida la carta, fue puesta al pie del rosal de Alejandría, bajo la piedra blanca, que ocupaba el mismo sitio en que la dejó Huberto el año antes, y –para más llamar sobre ella la atención de Josefina–, depositó su amante encima, sujetándolo lo mejor que pudo, el lindo ramillete de violetas que en recientes momentos de felicidad había desprendido de los más sedosos y perfumados bucles.

Despidióse en seguida, con larga y triste mirada, de aquel jardín silencioso; exhaló tierno suspiro bajo la reja –abierta y solitaria todavía–, y echó a correr con cuanta ligereza alcanzaba, para tener tiempo de dar un abrazo a su familia y dirigirse a toda prisa a la alameda de Meilhan.

Un segundo más, y hubiera sido tarde: el coche partía en el momento en que se lanzó a él nuestro héroe –jadeante con la precipitación de su carrera–, y su llegada a París fue precisamente la víspera del día señalado por la marquesa para su presentación a Luis XV.

CAPITULO VI

Versalles

Pocos serán entre nuestros lectores los que no conozcan, de vista o de oídas, la antigua residencia real vecina de París; a la perezosa sultana que –recostada con molicie a la fresca sombra de seculares bosques–, recibía tributo de todas las provincias francesas, y dictaba a la Europa leyes de política, de costumbres y de modas, en aquellos tiempos en que plugo a Luis el *Grande* hacer de ella morada predilecta de su espléndida corte.

Reducida hoy a una tercera parte de su población de entonces; despojada por el rasero revolucionario de la mayor parte de sus pompas, todavía la vemos altiva e indolente en su soledad silenciosa, haciendo alarde de aristocráticos recuerdos, y consolándose de la viudez que la enluta con presentarnos en su soberbio palacio –símbolo y monumento del apogeo de la grandeza monárquica–, el inmenso museo sin rival en el mundo, epopeya de las glorias militares de catorce siglos; cuyas páginas son más de once mil cuadros históricos y numerosas obras de escultura, que asocian fraternalmente los timbres de la monarquía, de la república, del imperio y del constitucionalismo, a quien cabe el de haber operado por mano del rey ciudadano* este consorcio magnífico.

En la época de nuestra historia aún era Versalles la favorita regia, la mansión cortesana, llena de movimiento, de esplendor, de intrigas y de placeres.

La paz que gozaba el reino, y aun toda Europa, desde el famoso tratado de Aix-la-Chapelle, favoreciendo naturalmente la prosperidad pública, dejaba al Gobierno sin otros cuidados que los causados por las escandalosas contiendas del parlamento y el clero; no inquietándole todavía gran cosa los rápidos progresos de una filosofía nueva y audaz, cuyo innovador espíritu, móvil ya de la literatura, se iba insinuando sin ruido en todas las clases de la sociedad, haciéndose prosélitos hasta en la misma corte.

Luis XV sólo pensaba entonces en sacudir a todo trance el hondo tedio que comenzaba a posesionarse de su alma, y en complacer a su querida con suntuosas fiestas que aspiraban a recordar las magnificencias de su predecesor fastuoso.

Tan pronto eran brillantes cacerías que alegraban los bosques de Senart, Rambouillet y Satory, con los roncos sones de las cornamusas; tan pronto entretenidas excursiones, ya al castillo de Bellavista –encantadora propiedad de la Pompadour, que sepultó millones en sus fantásticos jardines-; ya al afamado Choisy, predilecto del rey, donde tenían lugar más frecuentemente aquellas deliciosas cenas de confianza, servidas por genios invisibles, y sobre cuyas mesas, que brotaban del pavimento, como por magia, cubiertas con profusión de exquisitos vinos y suculentos manjares, circulaban después, según los azares del juego, raudales de oro, en largas noches de calenturienta orgía... ya, en fin, a las risueñas márgenes del Eure, para visitar en el poético Anet la pintoresca tumba de Diana de Poitiers, y perderse en lucidas cabalgatas por las románticas selvas, que con el grato silencio de sus sombras convidaban al amor, prometiéndole el misterio.

Con aquellos días de cazas y expediciones alternaban las bellas *soirées* de espectáculos dramáticos en el regio coliseo, cuyos espectadores privilegiados tenían en más aquella

* En los primeros años de su reinado fundó Luis Felipe el célebre Museo al que alude la autora. (Nota de otra edición).

honra que la heredada de cien abuelos gloriosos, y donde figuraban como actrices y galanes las señoras de Pompadour, de Brancas, de Lassenage, etc., y los duques de Nivernois, de Duras, de La Vallière, de Luxembourg, el conde de Maillebois, el marqués de Voger, el vizconde de Chabot, y otros muchos de no menos ilustres nombres.

Luego, de vez en cuando, era teatro el suntuoso palacio de indescribibles saraos, que parecían querer realizar las maravillas prodigadas por la fantasía del Tasso y del Ariosto en la mágica mansión de Armida y en la encantada isla de cuyas seducciones escapó con trabajo el amante feliz de Bradamanta.

Juzgamos imposible el dar idea exacta de aquellas noches de embriagador placer, en que se poblaban los resplandecientes salones y los fantásticos jardines de multitud de bellísimas mujeres cubiertas de encajes y pedrerías; de galanes mancebos y condecorados personajes, envueltos todos en el fragante ambiente de una atmósfera luminosa; en que los vergeles enguirnaldados de infinidad de vasos de colores, destacaban de entre cambiantes de combinadas luces todo un mundo de columnatas, obeliscos, genios, delfines, musas, nereidas, sátiros y dioses, sobre los cuales, y sobre los árboles más altos, remontaban monumentales fuentes los caprichosos juegos de sus aguas, que –formando visos deslumbradores–, descendían en sonoras cascadas, semejantes a una lluvia de ópalos, perlas y diamantes, en que el grandioso canal, reflejando la luminaria inmensa, se extendía argentado hasta el último horizonte que la mirada alcanzaba, ostentando al extremo de uno de sus brazos al oriental Trianón, coronado con sus graciosos grupos de risueños amores.

¡Oh! ¡sí! Renunciamos desde luego a la temeraria empresa de reproducir maravillas, que requerirían, mejor que nuestra humilde pluma, la lámpara encantada de Aladino; pero basta lo dicho para que conciba el lector lo que era la existencia en aquel célebre sitio real, que por primera vez iba a pisar nuestro artista barquero al regresar feliz de su visita a Marsella.

Luis XV, que solía pasar muchas horas de la mañana en las habitaciones de su dama, pertenecientes al palacio, y hasta despachaba a ocasiones en su voluptuoso tocador los asuntos más graves del Estado, no se preocupaba aquel día sino de inventar con ella nuevos ornamentos para sus parques y vergeles.

Quizá Juana Antonia había dado sagazmente este giro a los pensamientos del monarca, con el objeto que nuestros lectores podrán conocer en breve.

– Quiero, mi buena amiga –la decía cariñoso, momentos antes de sonar la hora señalada a Huberto para su presentación–, quiero que haya aquí algo inspirado por vos: algo que quede eternamente como recuerdo de nuestro amor, entre tantas huellas de los de mi augusto abuelo.

– Pues bien, señor –contestaba sonriendo la favorita–, mandadme construir una *fuente Pompadour*, que supere en hermosura a todas las que hoy se admiran.

– Desgraciadamente, no tenemos un Le Notre.

– Pero y si yo diese a Vuestra Majestad otro artista no menos distiguido por su ingenio, ¿le exigiríais, además, un nombre tan célebre como el que acabáis de pronunciar?

– ¡Oh! ¡no! Bien sabéis que podemos dar celebridad aun donde no hallamos genio.

– Díganlo, si no, Juan Bautista María Pierre y vuestro predilecto Boucher.

– ¡Eh! ¡eh! Cuidado con eso, mi bella censora, el último que citáis es para todos, menos para vos, un pintor inimitable.

– No me permitiré la audacia de contradecir a Vuestra Majestad, que sabe le he dado muchas veces el gusto de emplear el erótico pincel de ese artista de moda en la decoración

de Bellavista. Temo, sin embargo, que tanto él como su discípulo y rival Honorato Fragonard, corrompan el arte y den a la posteridad malísima idea de las costumbres de nuestra época.

– ¡Vaya! ¡vaya! ¿Queréis convertiros en otra gazmoña Maintenon, marquesa mía? ¡Ja! ¡ja! Fuera curioso veros predicando sermones de moral, con los traviesos ojos bajos y la donosa cara compungida. Mas, hablando en serio, ¿puede saberse quién es el grande artista desconocido que pensáis presentarme como sucesor de Le Notre?

– ¿No recuerda Vuestra Majestad que le tengo pedida audiencia para este día, a nombre de un joven pintor de arquitectura y de paisajes, que me ha regalado un boceto de marina, digno de Claudio Vernet y aun de su gran tocayo el de Lorena?

– A propósito de Vernet, marquesa, le he encargado ya, cumpliendo vuestro deseo, que me saque vistas de los principales puertos del reino.

– Doy infinitas gracias a Vuestra Majestad, y aún será mayor mi gratitud si dispensa igualmente su augusta protección a mi nuevo recomendado.

– ¿Puedo por ventura negaros cosa alguna?

En el momento de pronunciar el rey esta galante frase, anunció respetuosamente, desde fuera, un pajecillo de cámara, a monsieur Huberto Robert, que solicitaba la honra de besar los pies de la marquesa.

– He aquí ya a vuestro hombre –dijo Luis, comenzando a bostezar a la sola idea de una pesada audiencia–. Lo despacharemos pronto, amiga mía, pues no habréis olvidado que hoy debo recibir en mi cámara al Embajador de Inglaterra, para los eternos altercados sobre límites de las posesiones de ambos reinos en la América septentrional; problema que no acaban de resolver en sus largas conferencias los comisionados respectivos, y tocante al cual deseo oíros antes de la diplomática entrevista.

Juana Antonia, sin parar mientes en tales palabras –aunque le halagaba mucho el discutir graves cuestiones internacionales–, hizo una seña al paje; presentándose en seguida nuestro protagonista, con tan gracioso y noble continente –si bien un poco turbado–, que se ganó desde luego la buena gracia de Luis, para quien era de decisiva influencia la hermosura, aun tratándose de elegir altos empleados o sirvientes subalternos; fundándose, según decía, en que la naturaleza es demasiado verdadera para poder engañar con recomendaciones falsas.

– Estáis a presencia del rey nuestro señor –advirtió a su protegido la marquesa; y mientras él se inclinaba reverente a las augustas plantas, añadió ella con irresistible sonrisa, dirigiéndose al príncipe:

– Tengo la honra de presentar a Vuestra Majestad el joven artista que se ha dignado escoger para encargarle el diseño de las nuevas obras en los reales jardines.

– En efecto –contestó Luis, sonriendo también y levantando afablemente a Huberto–. Tenéis en la marquesa una protectora decidida, y basta veros, además, para darle la razón en cuanto bueno nos ha dicho de vos.

El joven volvió hacia Juana Antonia una mirada tan ardientemente agradecida, que, recelosa de que pudiera parecerlo demasiado, se apresuró la favorita a llamar la atención del rey, constituyéndose en intérprete de los sentimientos de su recomendado respecto a la augusta persona.

Huberto apenas acertó a añadir algunas truncadas frases en corroboración sincera.

– Bueno, bueno, –dijo el monarca–, serán debidamente recompensados vuestros talentos y vuestra adhesión. Ya habéis oído de labios de la marquesa que tenemos a bien

encomendaros ciertos diseños, a los que prestamos particular interés; y como para el mejor acierto de la obra deberéis consultar en todo, el exquisito gusto de esta distinguida señora, quiero que tengáis desde luego habitación en palacio; a cuyo fin os será expedido nombramiento de guardacuadros nuestro y diseñador de nuestros jardines, con la pensión correspondiente.

Juana Antonia, aparentando que tosía, se llevó el pañuelo a la cara para que no se leyese en su fisonomía la impresión que le causaba lo dicho por su regio amante. En cuanto a Huberto, bien comprenderá el lector que apenas acertaba a creer lo que le estaba pasando.

Verse de golpe pensionado por la Corona, honrado con títulos que ambicionaban y pretendían los artistas más notables... todo era para él como un sueño, del que temía despertar al menor movimiento. Así fue que durante algunos minutos se quedó absorto, inmóvil, estático, sin que se revelase su júbilo y su reconocimiento sino por una lágrima cristalina que –brotando de su corazón agradecido–, tembló ligeramente a la extremidad de sus párpados.

La marquesa tuvo esta vez también que acudir al auxilio de su recomendado, y acertó a expresar con tanta gracia la verdad de sus silenciosos afectos, que arrebatado de felicidad Huberto –al verse adivinado y comprendido–, cayó de rodillas en violento transporte, dirigiéndose tan pronto al príncipe, tan pronto a su bella intérprete, con palabras enérgicas, ardorosas, ajenas de todo punto a la ceremonia cortesana; pero llenas de alma, de pasión, de la conmovedora poesía del sentimiento.

Afortunadamente le hizo gracia al soberano aquel exabrupto de desordenada elocuencia, y levantando por segunda vez a nuestro héroe con crecientes muestras de benevolencia, le ofreció de nuevo su protección, dándole a besar su real diestra y permitiéndole después que también sellase con ósculo más expresivo la hermosa mano de su protectora.

Aprovechó ésta aquel momento para indicar al joven estar terminada la feliz audiencia, que había dado ya todos sus resultados, superando las esperanzas de ambos.

En efecto, previa la real venia, salió Huberto de la suntuosa estancia con tan ostensible regocijo, que apenas le columbró el maestro –que aguardaba fuera–, corrió a él frotándose las manos, según costumbre, y exclamando lleno de ufanía:

– ¡Bravo! ¡magnífico! Mis vaticinios se cumplieron; Su Majestad os ha recibido con halagüeño agrado, estimulando vuestro talento con la promesa preciosa de su augusto patrocinio.

– ¡Más que eso, amigo mío! Abrazadme, dadme enhorabuenas. Soy guardacuadros de palacio... soy diseñador de los jardines reales... tengo señalada pensión por el rey mismo.

– ¡Oh! ¡oh! ¡oh!... –dijo el maestro sin poder prescindir de un poquito de envidia, mezclada a su sincero afecto por el discípulo–. Veo que marcháis más presto de lo que era dable presumir, y a ese paso no dudo que sustituyáis, antes de mucho, al célebre Carlos Vanloo en su envidiable puesto de primer pintor de cámara.

En tanto que los dos artistas trocaban éstas y otras palabras en la gran plaza de armas, dominada por el alcázar, que ya miraba nuestro héroe con el amor de próximo habitante de una parte de su soberbio recinto, Luis XV decía a la marquesa, dándole golpecitos en la mejilla:

– ¡Pardiez, querida mía! vuestro protegido es bello como Apolo, y si yo no tuviera fe ciega en vuestra fidelidad inviolable, temería haber cometido una grave imprudencia en la gracia que acabo de dispensarle.

– ¡Apolo! ¡ah! ¡sí! ¡inmejorable! –exclamó con pueril alegría Juana Antonia, desentendién-

dose de las palabras del rey, como si solamente el nombre que repetía, batiendo palmas, le hubiera merecido atención–. Vuestra Majestad, señor, acaba de bautizar con admirable acierto a nuestra fuente querida, cuyo nombre buscaba en balde mi mente. La llamaremos *Baño de Apolo,* y será símbolo de la eterna juventud, cuyo privilegio envidiable sólo parte con Vuestra majestad el dios de la luz y la armonía.

Esta lisonja oportuna valió un halago real a la sagaz favorita; pues aunque Luis no contaba más que cuarenta y tres años, los excesos de su vida le tenían ya marchito y ajado, y ninguna adulación le era, por lo mismo, tan agradable como la de oír asegurar que conservaba incólumes la frescura y esmalte de su mocedad florida.

CAPITULO VII

El diseño de los baños de Apolo

Algunos días después, el guardacuadros de Su Majestad y diseñador de sus reales jardines se instalaba con felicidad en una de las piezas dependientes del palacio, y se abrían ante él las anchas puertas de una nueva vida, antítesis de la pasada.

Cumpliendo la recomendación del rey, érale preciso conferenciar frecuentemente con la bella marquesa, cuyo delicado gusto debía dirigir el diseño de la nueva obra con que se iban a aumentar los primores del arte en aquellos magníficos vergeles.

El novel pintor, ansioso de corresponder a la distinción recibida, dando muestras cuanto antes de su laborioso talento, se afanó mucho en las primeras semanas por presentar a su protectora variados ensayos de diseños, a cual más elegantes; pero la favorita, descontentadiza al parecer, no se daba prisa por elegir ninguno; antes bien, indicando en cada consulta modificaciones distintas, imprimía a la marcha de la obra una lentitud interminable.

Al principio experimentó Huberto más que mediana impaciencia, y hasta se ofendió un tanto su amor propio; mas luego –aun sin explicarse aquellas dilaciones tan lisonjeramente como acaso lo hiciera en su lugar otro más vano o menos inexperto–, comenzó a entibiarse su ardor por el trabajo, habituándose, sin sentirlo, a las visitas diarias, que le proporcionaban saborear el ameno trato de una mujer encantadora, y constituir parte de la literaria y artística sociedad que ella llamaba su círculo de confianza.

En efecto, no eran tan sólo los Conti, Richelieu, Villeroy, Tavane, Lorges, Soubise, Luxembourg, Duras, Clermont de Amboise, Nivernois, Aiquillon, Meuse –y tantos otros ilustres y titulados palaciegos–, los que se honraban con hacer la corte a Juana Antonia Poisson. El filósofo Voltaire, el sabio Fontenelle, el adusto Crebillon, el independiente Helvecio, figuraban entre sus amigos; el cardenal de Bernis era su hechura y su cantor; Marmontel, Marivaux, Mondonville, Vernet, Latour, Pigalee y Lagrenée, sus comensales casi cotidianos. Porque ella amaba realmente las letras y las artes; ella poseía instintos poéticos, a la par que entendimiento ilustrado, que comprendía su época; ella era también incomparable *dilettante,* y sus paisajitos en lienzo y sus frescas flores al pastel –aunque no salían del *comité* de sus predilectos–, la alcanzaban ya en el público reputación de artista.

Huberto, relacionado pronto con todas las celebridades más o menos legítimas, pero

todas brillantes, que eran como planetas de aquel astro de la corte; Huberto, introducido por la misma reina de la hermosura y del talento en el privilegiado círculo de sus inteligentes favoritos, no podía tardar en verse halagado por las más lisonjeras simpatías, y en sentirse atraído poderosamente por seducciones infinitas.

Con veinte años, bella figura, distinguidos modales, ingenio, gracia, modestia interesante, y una pureza de costumbres y una ignorancia del mundo que debían ser incitativos picantes para ciertas damas –que no eran escasas ciertamente en la corte de Luis XV–, nuestro héroe, no sólo pudo contarse desde luego entre los más felices y mimados miembros de la sociedad particular de la favorita, sino que se encontró antes de mucho solicitado y requerido por otros *círculos íntimos*; llegando a ser, sin explicárselo él mismo, el primero de los artistas de moda, y de cuyo pincel –casi desconocido todavía–, se disputaban encopetadas señoras un rasgo cualquiera, de que hacer ostentación en sus escogidas galerías de pintura.

El bello guardacuadros de Su Majestad –que así se le llamaba–, no podía, por tanto, ambicionar más. La facilidad de sus triunfos, embriagándole con prematura y ficticia gloria, parecía creada exprofeso para disgustarle de los desvelos del estudio, que no podían darle nunca sino lo mismo que le anticipaba el favor; mientras que le entregaba, deslumbrado y aturdido, a los caprichos de aquel mismo bastardo poder, en cuya atmósfera corrompida era inevitable se marchitaran, más tarde o más temprano, todas las grandes aspiraciones de su inteligencia, todos los bellos instintos de su corazón.

Peligrosa era, en verdad, aquella prueba, por la que vemos pasar –sin poder remediarlo–, la juvenil existencia de nuestro protagonista. ¿Afirmaremos –llenos de confianza en su virtud–, que entraba en ella con la inalterable serenidad del estoico, y sin el menor riesgo de que salpicase el fango del camino la cándida vestidura de su inocencia, y la naciente aureola de su genio?

Esperamos que no nos exigirá tanto el lector, por grande que sea la severidad de sus principios. En todo caso, le diremos con Terencio:

Homo sum: humani nihil a me alienum puto.

¡Oh, sí! nosotros también somos hombres, y sólo lo que es humano pude interesarnos.

Si pintásemos ángeles, nos bastaría hacerles desplegar en un momento las fúlgidas alas, para sacarles sin sombra de mancha de las ciénagas del mundo. Desgraciadamente, es la flaca humanidad con la que tenemos que habérnosla, y gracias si logramos paso a paso, con trabajo y con lucha, arrancar sus inseguras plantas de los malos pasos que toda nuestra buena voluntad no ha podido evitarle.

Huberto, sin embargo, pisaba la palestra cubierto con formidable escudo: con el escudo de un amor primero indestructible. No le defendían solamente la religiosidad de sus principios, la elevación de sus ideas, la poesía de sus instintos: tenía, además, a su favor el poder de un sentimiento casto, profundo, verdadero.

En aquel súbito cambio de posición, capaz de producir vértigos en la cabeza más firme; en aquel ambiente de intrigas galantes y desordenados placeres, que le era imposible no respirar de continuo, envuelto en el torrente que en balde hubiera querido detener, su debilidad de hombre se hallaba sostenida no pocas veces por su constancia de amante, y aun en los mismos instantes en que se extraviaba un tanto la idealidad del artista por las vivas sensaciones del joven ardiente e impresionable, aun entonces mismo, la poderosa reacción –despertada de súbito por el dulce recuerdo de Josefina–, venía siempre a tiempo para evitar a la virtud una completa caída.

Cuántas veces, en medio de deslumbrantes fiestas, cercado de seductoras y galantes mujeres, cuyo capricho le había dado reputación todavía inmerecida, y cuya provocativa coquetería le brindaba otros triunfos, no menos fáciles y de más peligrosa índole... cuántas veces se sentía arrancado repentinamente del vértigo que le arrebataba; sujetándole su memoria junto a la verja vestida de jazmines, por entre los cuales contemplaba en éxtasis la candorosa faz de su morena virgen del trópico, que eclipsaba con la frescura de sus gracias naturales a todas aquellas hermosuras de bermellón y albayalde, cuyas coronas de diamantes no alcanzaban a encubrir en sus frentes las huellas de las orgías.

Cuántas también, al regresar de una mañana de alegre cabalgata, con aquellas atrevidas amazonas que ha conservado el pincel de Vanloo, o de una noche de francachela a que le arrastraban amigos calaveras, el joven fatigado y calenturiento, reposaba su alma pasando horas tras horas en mentales coloquios con su amada, o reviviendo con el pincel aquella colina consagrada al culto de la familia; aquel asilo del amor, del reconocimiento, de la doméstica dicha, que era también asilo feliz de sus más queridas esperanzas.

¡Oh, no! Nosotros no meteremos impíamente la punta del escalpelo hasta el fondo de la vida de Huberto, por el triste placer de descubrir quizá alguna gota de cieno con que manchar la aureola que le dio la Providencia.

Si no aspiramos a pintar ángeles –porque somos hombres y referimos la historia de otros hombres–, tampoco descenderemos a rebuscar miserias de la flaca carne, porque somos poetas, y no anatómicos.

El lector, pues, no tiene motivo de alarmarse, temiendo que envilezcamos de una plumada la bella figura del artista barquero, por quien hemos procurado interesarle.

Pero no era la inmoralidad de la corte en que vivía, la prueba más ruda y decisiva que tenía que vencer para continuar mereciendo las delicadas simpatías de las personas timoratas que lean su historia.

Existía otra –no queremos disimularlo–, otra mucho más grande, mucho más temible, que nos hace temblar sólo al tocarla.

El diseño de los baños de Apolo no terminaba nunca, por más que pasasen días y días, y menudeasen largas conferencias entre la marquesa y el artista.

Verdad es que daba siempre la maldita casualidad de suscitarse, sin saber cómo, conversaciones interesantes, capaces de distraerlos a pesar suyo del objeto principal que los reunía.

Los dos amaban y cultivaban el arte; ¿cómo no dejarse arrebatar, a ocasiones, en alas del entusiasmo, para hacer en grata compañía excursiones atrevidas por la inmensa región del idealismo?

Los dos debían al cielo sensible corazón y despejado talento, ¿cómo no entretenerse con frecuencia en filosóficas reflexiones sobre el amor, comunicándose descubrimientos psicológicos verdaderamente importantes?

Los dos también adolecían del defecto de ser personas algo fantásticas y *soñadoras* –como se dice ahora–. ¿Qué cosa, por tanto, más natural que el que de vez en cuando se perdiesen involuntariamente en las dulces vaguedades de misteriosa melancolía, conmoviéndose a la par por las vibraciones repentinas de algunas notas arrancadas con distracción a las teclas del piano por mano de la marquesa, o al soplo veloz de una ráfaga de aire, cuando les traía los hálitos de las flores que celebraban a distancia los silenciosos misterios de sus poéticos amores, o al canto de un pájaro, o al último crepúsculo del sol, o a las primeras sombras de la noche, o al trémulo fulgor de las estrellas... o a tantas otras

cosas comunes, que son, sin embargo, revelaciones místicas, armonías inenarrables para las almas tiernas y novelescas?

El diseño de los baños de Apolo no adelantaba, es cierto, merced a todos esos inevitables obstáculos; pero, en cambio, progresaba rápidamente la amistad de Huberto con su amable protectora, llegando de este modo –al cabo de algunos meses–, a poder llamarse íntima y entrañable; capaz tal vez de comprometer la brillante posición de la favorita, si hubiese llegado a ser conocida y comentada.

Felizmente, no sucedió así. Huberto, por timidez, por instinto de las conveniencias, acaso también por orgullo de no confundirse con la turba aduladora de cortesanos, siempre se mantenía en público a respetuosa distancia de la marquesa, que sabía agradecerle aquellos miramientos con una mirada, con una sonrisa furtiva, sin perjuicio de más amplia compensación en las afectuosas conferencias sobre el consabido diseño.

Sin embargo, justos como veraces, debemos declarar que, a despecho de algunas apariencias, no existía en aquellas relaciones nada aún de que pudiera ofenderse con razón la ausente, pero siempre adorada Josefina.

Huberto, lleno de viva gratitud a los beneficios de la Pompadour, encantado con su ingenio, prendado de su bondad, atraído por sus simpatías, quizá también dominado un poco por la superioridad que la daban su experiencia de la vida y su conocimiento del mundo; Huberto, que, al quererla como a la mejor de las amigas, no podía menos que admirarla como una de las más perfectas beldades; Huberto, decimos, no se acusaba todavía, a pesar de todo, ni aun en el secreto más hondo de su conciencia, de un solo pensamiento de infidelidad a su amor. Nunca se le había ocurrido que pudiese llegar a ser la querida del rey rival en su corazón de la doncella cubana, ni que él mismo lo fuese por un solo instante – en el corazón de la marquesa–, de la augusta persona de Su Majestad Luis XV.

Arrostraba los peligros de aquella extraña situación, sin darse cuenta de ellos, sin sospechar que en un momento dado pudieran arrastrarlo irresistiblemente. Ciego por su modestia, fuerte por la fe en su amor, atrevido por su inocencia, nuestro imprudente joven corría sin el menor estremecimiento instintivo al borde de un precipicio, en cuyo fondo podía despertar cuando menos lo esperase.

No sucedía otro tanto a la favorita. Ella leía perfectamente en su corazón; ella medía el camino andado ya, y el que faltaba aún para llegar al término, en su concepto inevitable.

El amor, empero –ese tirano caprichoso que así se complace en derrocar de la cúspide de la virtud como en levantar de los abismos del vicio–; el amor había rejuvenecido, purificado en cierto modo, el alma de aquella mujer, sacrificada por su propia ambición al libertinaje de un príncipe.

Seducida por fatal ilusión –que la persuadió, desde su primera entrevista con Huberto, de haber encendido en el pecho de éste el mismo loco fuego que brotó instantáneamente en el suyo–, Juana Antonia se complacía y se ufanaba prolongando aquella situación indefinida, que la hacía saborear, digámoslo así, las desconocidas dulzuras de un afecto casto, poético, misterioso, realizando de improviso, después de tantos años de olvido, las vagas aspiraciones de sus esperanzas de virgen.

Explicándose la reserva, la no iniciativa de Huberto como efecto indudable de un respeto que la enaltecía, de una timidez que la lisonjeaba, sentíase feliz con la privación misma de una felicidad más amplia; y el adivinarse amada en el secreto de un corazón puro –que la rehabilitaba a sus propios ojos con aquel culto silencioso e ideal–, le era incom-

parablemente más dulce, más halagüeño, que el oír las protestas elocuentes de aquel mismo amor confesado y correspondido abiertamente.

¡Era tan nuevo para la dama del rey el encanto de un sentimiento púdico! ¡Se hallaba tan juvenilmente dichosa cuando sentía latir su corazón al solo poder de un cambio de miradas, de un roce casual de manos, de una identidad de insignificante deseo, de una armonía de simultáneo pensamiento!

¡Cosa notable! La mancillada cortesana era tan espiritual y novelesca como el artista adolescente, en las impresiones de su afecto.

La gran diferencia entre ambos consistía, según ya indicamos, en que el uno hallaba en su corazón, como refugio sagrado en que guarecerse –cuando llegara a levantarse la tempestad de los sentidos–, además del baluarte de los buenos principios, la fortaleza de otro sentimiento correspondido y hondamente arraigado; mientras la otra, que ya había hollado anteriormente deberes, honor, fama, santidad de vínculos (sin la excusa siquiera de la pasión), sólo podía encontrar en el fondo de su alma –para precipitarla más pronto–, el secreto hastío que le causaba ya el dueño sin corazón a quien se había vendido, y en cuya gracia sólo se conservaba a costa de tolerancia –y hasta complicidad infame–, con el desenfreno de un libertinaje caprichoso, que exigía continuamente variedad de víctimas.

Aún no era llegado, empero, el día decisivo de la crisis; aún no tocaba a su término la gran prueba, cuya inminencia hubiera presentido cualquier observador algo atento, y de la cual tenía que salir, sin remedio, herido de muerte el pobre corazón de la favorita, o profanada para siempre en el de Huberto la imagen virginal de Josefina.

CAPITULO VIII

La cita, la carta y la posdata

Se habían pasado de aquel modo los calurosos meses del estío, época de baños, de paseos campestres, de comidas familiares en Trianón, de nocturnas citas en los jardines: pasaron lo mismo, sucesivamente, el templado otoño, con sus cabalgatas matinales y sus excursiones en góndolas al pintoresco Choisy –donde, desterrada del todo la etiqueta de Versalles, se entregaba la corte sin rebozo a los placeres del juego y de las *cenas de confianza*, que nada tenían que envidiar a las célebres de la Regencia–, y el frío invierno, en fin, con sus batidas de ciervos y jabalíes, sus noches de espectáculos teatrales, sus grandes saraos en los vastos salones del alcázar, y sus pequeñas reuniones íntimas en diversos y elegantes círculos de la corte.

Huberto, partícipe de muchas de dichas diversiones (gracias a la protección de la marquesa), y objeto de general benevolencia, como del preferente agrado de aquella omnipotente favorita, había visto correr tantos meses sin que los acusase de lentos, no obstante su afán por la llegada de junio. Los había visto correr en alternativas de aturdimiento y cansancio, de embriaguez y de descontento de sí mismo; pero nada era estable, nada alcanzaba a detenerse en el agradable tumulto de aquella agitada vida.

Mientras tanto, su favor en las elevadas regiones, y sus simpatías en el mundo aristocrático, parecían crecer y consolidarse.

El rey –a quien hacían gracia sus ingenuidades y pequeñas inconveniencias de

palaciego novato–, le llamaba muchas veces con motivo del consabido diseño, que nunca se terminaba*, y solía sacarle los colores al rostro dándole picantes bromas sobre las coqueterías de que era blanco, y su torpeza de bisoño, que las desperdiciaba.

El delfín, por su parte, aunque hacía alarde de apartamiento de la sociedad y de la intransigencia con la favorita y sus parciales, habiendo oído una vez a su confesor (al lamentarse de la poca modestia observada generalmente en el templo), hacer honorífica excepción del nuevo empleado de palacio, que asistía siempre a los divinos oficios con recogimiento edificante, tuvo curiosidad de conocerlo, y para ello le encomendó la restauración de cierto viejo cuadro de su particular oratorio. La comisión, desempeñada felizmente, dio lugar a algunas entrevistas, en las que el pintor se ganó por entero la voluntad del príncipe; quien desde entonces, siempre que se le mencionaba, hacía sincero elogio de su talento y carácter, admirando la conducta decorosa que sabía conservar en medio de la loca disipación que lo envolvía, y aun quizá a veces le arrastraba.

La reina misma y sus augustas hijas se mostraban favorables al joven; la una porque –en vista del buen concepto que merecía al devoto heredero de la corona–, le consideraba ya, como lo era ella misma, feliz contraste de la sociedad en que vivían; las otras, porque tuvo el artista la afortunada audacia de tomar por modelo a la princesa Adelaida, que hacía gala de intrépida y varonil, al trazar el bosquejo de una Belona; mientras regalaba a la princesa Luisa, muy aficionada a bordar, una linda y variada colección de dibujos, que hicieron furor entre las bellas.

Acepto, pues, a la familia real; halagado por los aduladores de su protectora, y hasta merenciendo de los mismos enemigos de ésta aquella benevolencia que no era dable rehusar a una persona amable e inofensiva, no se mezclaba nunca con las intrigas de partido; Huberto bogaba viento en popa por los revueltos mares de la corte, y aquellos meses –transcurridos sin saber cómo–, si le llevaron en sus rápidas alas algunas puras aspiraciones de inocencia y de idealismo, le dejaron, en trueque, embriagadoras esperanzas de propicia fortuna.

Sin embargo, cuando asomó al cabo la primavera su faz risueña, ceñida de guirnaldas, anunciando la proximidad de aquel junio decisivo para su corazón; cuando pudo decirse a sí mismo el siempre tierno amante de la virgen indiana: *Pronto volveré a verla, pronto sus inocentes labios me repetirán que me adora, y aventuraremos de concierto, con iguales temores y ansiedades, la arriesgada pero gran prueba que puede abrirnos de un golpe las puertas de la felicidad*; cuando le fue preciso desquitar el tiempo malgastado, trabajando con afán en la terminación de aquella colina, de aquel templete sagrado, talismán acaso de victoria, entonces comenzaron a palidecer y a borrarse todas las impresiones extrañas al supremo interés de su existencia. Entonces fue perdiendo insensiblemente el prisma de la novedad sus prestigiosos colores; y enseñoreado en breve de toda su alma el sentimiento antiguo, el sentimiento-verdad, aun las mismas caricias de la suerte sólo conservaron ya de halagüeño lo que podían tener de influyente en el porvenir de aquél.

Entonces hubo remordimiento de los recientes devaneos del espíritu, de las fugaces ilusiones de la imaginación... y hasta apuntaron escrúpulos respecto a la perfecta pureza

* *Los baños de Apolo*, uno de los primeros de Versalles, fueron hechos, por último, años después, según diseño de Huberto Robert, que conservó, hasta los tiempos de la revolución, su empleo de guardacuadros y diseñador de los jardines reales.

de la amistad sobrado viva que inspiraba la marquesa. Entonces menudearon cavilaciones en la soledad de los bosques, como único descanso de largas horas de retraimiento y estudio; entonces, por último, asaltaron de súbito a nuestro héroe, aun al lado mismo de su hechicera protectora, momentos de abstracción y melancolía, que le hacían sonrojar cuando eran advertidos.

Por desgracia de Juana Antonieta, todo aquello –en vez de iluminarla respecto a los secretos del corazón de Huberto–, se convertía en nuevo fundamento de ilusiones. Ella no veía más que comprimidas exigencias, mudos combates de un amor que la tenía por objeto, y cuya explosión se aproximaba.

Aunque dichosa algún tiempo con sólo creerse amada, le fue insuficiente aquella dicha desde que se persuadió que no la gozaba igual el corazón de su amigo –ya por dudar de la naturaleza del afecto que inspiraba, ya por empezar a ser menos limitadas las necesidades del que él mismo sentía.

En tal concepto, se iba haciendo ella más expansiva, más tierna, más provocadora, a medida que él mostraba mayor reserva, menos asiduidad, más ceremonioso respeto; necesitándose toda la modestia que aún conservaba nuestro joven, y las crecientes preocupaciones que le absorbían según se acercaba el solemne cinco de junio, para que no viese claramente lo que había en el fondo de aquella amistad con tanta imprevisión acariciada.

Una mañana del principio de mayo, habiéndose levantado más temprano que de costumbre, salió Huberto, con los primeros albores, a pasearse un rato por el parque.

Sin explicarse el porqué, sentíase aquel día extrañamente triste. Sólo un mes le faltaba para la grande hora de su vida; sólo un mes le separaba ya de Josefina, y acaso de la ventura suspirada de obtenerla de un padre agradecido. Pero quizás por el mismo ardor de aquel deseo, sentía agitarse su alma entre acerbas desconfianzas, produciéndole indescribible malestar, mezcla de susto y dolor, cual si revelara el instinto la amenaza de una gran desgracia, que la conciencia temiese de antemano tener que declarar en cierta manera merecida.

La naturaleza, hermoseada con la juventud del año; la tierra presentando a las caricias primeras del astro fecundador las nupciales galas de su renaciente vegetación, llena de exuberante savia; el cielo azul, la atmósfera embalsamada, los aires poblados de armonías, los campos matizados, las aguas murmurantes, los mil insectos que germinan, nacen, viven, aman y cantan su amor en cada yerba, en cada hendidura (santuarios de maravillosos misterios), todo era alegre, todo halagüeño en torno del artista; cuya alma sabía comprender y reflejar tantas bellezas, hechas exprofeso por el Supremo Artista para el pensamiento inmortal de su privilegiada criatura. Mas el corazón de Huberto seguía, en medio de todo, cubierto por aquel velo oscuro que, interponiéndose entre él y los objetos exteriores, le constituía en soledad melancólica, donde sólo alcanzaba a penetrar –silenciosa y triste como él–, la adorada imagen de Josefina.

Contemplábala, pero no podía hablarla: contemplábala con la muda zozobra del que recela ver en un instante anublada la única luz que le alumbra en un camino sembrado de precipicios; o como el que acaricia con inquietud pavorosa el objeto querido que se halla amagado por un golpe inevitable.

¿Qué anunciaban aquellos vagos presentimientos, aquellas inexplicables aprensiones?

Huberto se lo preguntaba a sí mismo –recostado a la sombra de un sauce, en cuya copa le daban en balde alegre concierto dulces jilgueros y revoltosos pardillos–, cuando de

pronto crujió la seda de una larga falda sobre la herbosa alfombra, y oyó pronunciar su nombre con dulce y apasionado acento.

Volvió vivamente la cabeza y se encontraron sus ojos –humedecidos por una lágrima–, con los de la marquesa, que también nublaba el llanto.

– ¡Ah! –dijo ella con cierto ímpetu, que indicaba resolución tomada de improviso ante una situación insostenible–. Ya lo estáis viendo, Robert; es inútil la resistencia: huís de mí, y –sin buscaros yo–, nos encontramos aquí, donde sellan mis lágrimas las huellas de las vuestras. ¿Cómo no comprender lo que decreta el destino?

El joven, sin acertar a responder a estas palabras, que apenas se explicaba, y que, sin embargo, le estremecían, se levantó, asiendo la mano que le tendía su amiga; quien, correspondiendo con ardor a la presión ligera de la suya, añadió vivamente, mientras se acercaba la camarera que la acompañaba, y que sólo se detuviera algunos minutos para coger un nido de pájaros en un arbusto cercano.

– Esta noche hay comedia en el coliseo de palacio. El rey, la reina, toda la corte debe asistir a ella; pero a mí me lo impedirá una indisposición repentina. Sin embargo, como vos tendréis que consultarme perentoriamente sobre el diseño de los baños de Apolo, que queréis presentar mañana a Su Majestad, exigiréis verme un momento, a eso de las nueve, y seréis recibido. ¿Entendéis?

Antes que el sorprendido Huberto pudiese contestar palabra, llegó la camarera, presentando a su señora el robado nido.

La favorita cambió de aspecto y de tono con maravillosa transición, haciendo como que reñía jovialmente al pintor por emplear en románticos paseos horas que debía destinar a la conclusión del diseño esperado con impaciencia por Su Majestad, y exigió una prueba de pronta enmienda, que le ofreció balbuciente nuestro desconcertado protagonista.

Luego tomó ella el nido, acarició los polluelos, censuró con gracia encantadora la crueldad de los hombres para con los pobres padres de las familias plumíferas, y continuó, por último, su paseo, dejando a Huberto sin saber lo que le pasaba (como suele decirse) y llevándose a la camarera, muy ajena de sospechar que había precipitado con su presencia una cita misteriosa, dada por la soberbia dama que veía a sus pies cuanto encerraba la Francia de más ilustre, incluso al soberano absoluto que la regía, al humilde mancebo, que no alcanzaba otros títulos a la consideración del mundo que los que pudiera prestarle el ser por ella protegido.

Huberto quedó solo, con su sorpresa, su aturdimiento, sus inexplicables emociones.

Era la vez primera que sospechaba claramente que la marquesa lo amaba: la vez primera que se le presentaba sin disfraz la idea de poder ser él, artista novel y todavía sin gloria, partícipe secreto de la felicidad de su rey.

Acaso juzgó aquella terrible tentación, aquella seducción poderosa, cumplimiento de la vaga desgracia presentida, del amago que veía su mente sobre la imagen pura de Josefina.

¡Oh! sí; la marquesa era harto hermosa, Huberto alimentaba por ella demasiado reconocimiento, demasiada admiración, demasiado cariño, para que pudiese considerar lo que ocurría como el vulgar comienzo de una aventura galante, que pasa sin dejar rastro de su ligero curso. El peligro sobre el cual le cegara su imprudencia, aparecía, al fin, a sus ojos en toda su gravedad e inminencia. Comprendió bien que si un instante de fascinación y flaqueza le postraba vencido a los pies de aquella mujer, que ciertamente no comprometería su fortuna y posición por satisfacer un capricho, aquel instante le haría para siempre esclavo; aquel instante no sería el de una simple infidelidad pasajera, sino el de un crimen

irremediable... sería el sacrificio cruel de Josefina, de su inocente amor, de sus puras esperanzas, en las nefandas aras de criminales vínculos.

Sacrificar a Josefina, renunciar a la celeste ventura, que acaso estaba tocando, por la embriaguez de un momento, por el extravío de una flaca naturaleza, que sería castigado justamente con remordimientos eternos, con envilecimiento continuo... ¡Oh, no, nunca!

A la sola hipótesis de semejante perjurio, de semejante insensatez, de semejante desdicha, Huberto se rebelaba contra sí mismo, contra la marquesa, contra la mísera condición humana, que –recordándole impíamente su característica fragilidad–, le sometía a la vergüenza de no poder asegurar a su propia conciencia el triunfo del bien que su corazón amaba.

No asistir a la cita, huir de la peligrosa sirena anticipando su partida a Marsella, tal era el partido más seguro para el conturbado mancebo, que tenía el raro acierto de desconfiar de sí mismo. Pero, ¿cómo cohonestar semejante conducta –injustificable, ridícula, si el amor que suponía en la marquesa no era más que una quimera forjada por su vanidad–, y bárbara, odiosamente ingrata, si sucumbía realmente el pobre corazón de su protectora a una pasión invencible?

Tan atroz desengaño, explicado, era con exceso cruel; dado en silencio, era indignamente humillante.

Y ¿merecía la que jugaba por él su envidiable privanza; la que descendía de su elevación para brindarle el cetro de su alma; merecía aquel pago, que fuera vergonzoso aun para la mujer más ínfima?

Combatido, agitado dolorosamente por tales luchas, andaba Huberto sin rumbo, a pasos precipitados, mientras que el sol –ya en el horizonte– lanzaba sobre su cabeza descubierta dardos de fuego, que quemaban su frente sin que lo advirtiese siquiera.

Vagando de aquel modo, se halló de improviso en la plaza del palacio, y entró en su morada lleno cada vez más de tumulto en sus ideas, de congojas en su corazón, de incertidumbres en su voluntad fatigada.

El problema era verdaderamente irresoluble.

Por todas las ventajas y consideraciones del mundo no querría Huberto sacrificar, perjuro, a la doncella a quien amaba con todo el poder de su joven y ardiente corazón; pero tampoco se podía resolver –ni aun en pro de su mismo único amor– a sacrificar ingrato a la marquesa; que ejercía sobre él los derechos que la daban el reconocimiento justo del protegido, la admiración entusiasta del artista, y hasta la deferencia y fascinación naturales en el joven inexperto, a presencia de la gran señora, de la mujer de mundo, que sabe dominarlo y dirigirlo con la suave autoridad de una mirada, con el irresistible encanto de una sonrisa.

No calculamos cuánto tiempo hubiera continuado Huberto recorriendo distraídamente a grandes pasos su salita de estudio –según antes recorriera los campos–, a no habérsele acercado un sirviente, presentándole dos cartas venidas por el correo.

El sobre de la una era de letra de su madre, y por primera vez de su vida no la besó el joven afectuosamente. En la otra cubierta se veían rasgos que le recordaron al instante otros que no debía olvidar nunca; aunque sólo en un día, señalado para su familia, habían podido contemplarlos sus ojos.

Abrió aquella segunda carta y halló realizada su esperanza. La mano de su primer bienhechor había trazado las líneas que, como providencialmente, llegaban a las suyas en aquellos momentos de decisiva crisis.

He aquí su contenido:

"Tal vez estéis enfadado conmigo; tal vez os reconozca yo algún motivo para ello, pues he sido, en apariencia al menos, cruel con vuestro corazón y aun con el mío. Excusadme, sin embargo, mi joven amigo; porque los viejos adolecemos de rarezas y manías invencibles, y ellas únicamente me explican a mí mismo porqué han sido casi iguales la satisfacción que tuve en conoceros el penúltimo cinco de junio, y el disgusto que sentí al verme reconocido por vos, en medio del populacho, la noche del aniversario de aquel grato suceso.

"Deseando reparar aquella falta –si tal la creeéis–, voy a a daros hoy nueva prueba del vivo interés que siempre me inspiráis, y del cuidado con que invisiblemente sigo vuestros pasos.

"Sé que os halláis en Versalles; que obtenéis favor; que no me necesitáis ya, como no sea para ofreceros algunos leales consejos, que me parece no os dará nadie ahí. Dejad, pues, que llene ese vacío –único de vuestra actual existencia–, proporcionándome el gusto de seros todavía útil en lo poco que puedo.

"¿Habéis meditado los riesgos que encierra para vos el brillante cambio de vuestra suerte? ¿Estudiáis, conocéis el terreno que pisáis? ... ¿No percibís aún que en esa atmósfera perfumada circulan miasmas contagiosos, a los que tenéis que oponer preservativos incesantes?

"Sois joven, poseéis un alma vivamente impresionable; cuidado, pues, ¡pobre niño! No os dejéis fascinar por resplandores falsos; no agrandéis y embellezcáis ídolos de barro que vuestra imaginación poetice; no permitáis que vuestro juicio, ofuscado, transija nunca con el mal, cualquiera que sea el disfraz que tome para seduciros, y salvad de ese modo a todo trance vuestro corazón y vuestro genio, que acaso empiezan ya a corromperse, sin advertirlo vos, al contacto impuro de mentidos deberes, mentidas glorias, mentidas felicidades.

"Sed hombre, mi joven amigo; sed fuerte, a pesar de los pocos años que contáis.

"Para preservar vuestra razón de extravíos, que la forjarían supuestas obligaciones, tened presente en toda circunstancia que donde falta la virtud, nada puede haber grande, bello, digno de respeto; que el que ama verdaderamente esa grandeza, esa hermosura, esa dignidad superior, es siempre incapaz de posponerla a ningún sentimiento que la contradiga. Pensad en vuestra familia; ved cuán respetable se os presenta en su indigencia, en su desgracia; porque la virtud es la única riqueza que no pueden quitarnos los caprichos de la fortuna; la única dignidad que se reconoce y acata en cualquier punto de las escalas sociales.

"Para no prostituir vuestro talento vendiéndolo al favor, que crea reputación de un día, recordad sin cesar las altas aspiraciones del barquero de Marsella; traed a la memoria lo noble, lo envidiable que era en aquella época a vuestros ojos la legítima gloria del artista, comprada con los dignos desvelos del estudio, con los santos sudores del trabajo.

"Para no marchitar y envilecer quizá vuestro corazón,volved también las miradas hacia las tímidas esperanzas, hacia los inocentes votos de vuestro primer cariño. Debéis ser fiel a toda costa a ese amor, que enaltece y fortifica, porque tiene por origen puras necesidades del alma, y por término grandes satisfacciones del deber. Nunca os expongáis, por orgullo fundado en vuestra fuerza, o por condescendencia nacida de vuestra debilidad, a haceros vil esclavo de los sentidos o miserable juguete de pasiones ilícitas. Sabed, Huberto, que sólo el primer paso es difícil en tal senda... que la pendiente es rápida y la sima profunda. Respetad en vuestra persona al futuro esposo de la mujer querida; y avergonzaos a la sola

idea de poder ofrecerla en las aras –en cambio de su virginal corazón y su inmaculada vida–, un pecho profanado por indignos fuegos, y restos de una existencia dispendiada en el vicio.

"El hombre que tal hace no merece encontrar la fidelidad que santifica el tálamo y honra la descendencia.

"Pesad, os ruego, estos paternales consejos, y contestadme dos líneas por el correo (dirigidas a C. de S., en París), si queréis darme el gusto de saber que no os ha sido desagradable la sincera" voz de vuestro amigo, *El viejo del cinco de junio.*"

Huberto leyó dos veces este escrito con recogimiento y emoción; luego, inclinando sobre él su atormentada cabeza, se quedó largo rato profundamente pensativo.

Al levantarla, saliendo de aquella muda meditación, su rostro apareció menos contraído, su frente más despejada, sus ojos más serenos.

Como en otra ocasión solemne, echábase de ver, al mirarlo, que la mala tentación había quedado vencida.

Besó entonces la carta del anciano, apretóla contra su pecho, con aire de quien estaba seguro de cumplir a toda costa cuanto ella prescribía, y sólo después fue que se permitió tomar y abrir la otra carta, que permanecía sobre la mesa.

Estaba llena, como todas las de igual procedencia, de aquellas mil deliciosas y tiernas pequeñeces que constituyen comúnmente las correspondencias de familia, y Huberto –que la recorrió hasta la firma–, iba a doblarla, dándola por concluída, cuando notó al extremo de la postrera página menudas líneas de una posdata breve.

Leyóla..., y quedó anonadado como si le hiriese un rayo.

¡Aquellas pocas palabras castigaban rigurosamente todas sus pasadas imprudencias, todas sus recientes vacilaciones!

¡Aquellas pocas palabras eran un fallo de la fatalidad, que destruían de un solo golpe la poderosa fuerza del pasado, los gloriosos triunfos del presente, las recompensas santas del porvenir.

Aquellas palabras decían:

"Tu hermana menor está de enhorabuena. La señora d'Hericourt –cumpliendo la promesa que entre burlas y veras le hizo un día–, acaba de comprarle a subido precio su colección de exquisitos bordados, para regalo de la señorita Josefina Caillard, que se casa el mes próximo con el caballero de S..., pariente de aquella dama."

Así, en el momento precisamente en que Huberto se levantaba triunfante de la más fuerte, de la más decisiva de las pruebas a que plugo al cielo someter la pureza de su virtud y la constancia de su amor, la súbita veleidad de Josefina –realizando por completo sus presentimientos misteriosos–, venía a arrancarle del pecho la imagen que era su luz, su paladión sagrado..., arrojándole sangriento, vencido, desesperado y sin defensa, al capricho del destino, que parecía haber resuelto la perdición de tan hermosa alma.

El mal vencía...

¡Sólo un acto imprevisto de la Providencia podía ya salvar al pobre joven del abismo abierto debajo de sus plantas!

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Un paso atrás

Para que el lector no condene con sobrado rigor a la hermosa hija de nuestra amada Cuba, preciso nos será obligarle ahora a que retroceda un momento hasta el segundo cinco de junio, en que tuvimos el gusto de hacerle presenciar la dulce entrevista de los dos jóvenes enamorados, y el incidente inesperado que vino a interrumpirla.

Huberto seguía presuroso a su desconocido bienhechor –según recordarán cuantos hayan dispensado algún interés a los capítulos precedentes–, mientras Josefina, que veía ya desierta otra vez la calle, le llamaba ansiosa con la consabida tosecilla.

Cansada al cabo de aquel reclamo inútil, y llena de cuidado por tan extraña prolongación de la ausencia de su amigo, resolvió atrevida que Niná saliese en su busca; pues quizá le habría sobrevenido algún incidente desgraciado.

La mulata no se hizo de rogar –porque también ella comenzaba a inquietarse–, y pronto la vio su ama del otro lado de la verja, arrastrando con afán su grave corpulencia, aumentada escandalosamente en aquel último año.

Todo fue infructuoso: Huberto no aparecía, ni vivo ni muerto, por la calle.

Ya iba Niná a abandonarla, cuando de pronto vio blanquear un papel, casi en el sitio mismo que ocuparan antes las plantas del mancebo. Se acercó al punto, imaginando que podía ser algún billete conteniendo la explicación de un desaparecimiento tan raro; y apenas posesionada de tal prenda, se la traspasó a la doncella por entre los hierros del enverjado, comunicándola su esperanza.

Josefina no aguardó, por cierto, a que volviese a entrar la pobre obesa con toda la forzosa majestad de su pesado paso. Echó a correr inmediatamente, ligera como un gamo, en dirección de su cuarto; a reserva, por supuesto, de tornar al jardín si la encontrada carta no esclarecía sus dudas, o no aplazaba para más tarde la continuación de la truncada plática.

Fatalmente, el efecto inevitable de aquel escrito tenía que ser para ella lo que fue después para su amante el producido por la posdata que ya conoce el lector.

Huberto, al abrir su cartera para apuntar los detalles del célebre templete de la colina, recogidos de labios de su amada, había dejado caer, sin advertirlo, la carta de su maestro

recibida aquella tarde... la carta que pueden repasar por segunda vez nuestros lectores –en el capítulo cuarto de la parte anterior de esta verídica historia–, si quieren comprender con exactitud la impresión que causó en la celosa y vehemente criolla, ignorante de cuantas circunstancias podían conducirla a una interpretación menos amarga.

¡Huberto había abandonado a Marsella, moraba en París, sin decirle nunca la más mínima palabra que siquiera lo indicase! ¡Huberto recibía cartas, citas, regalos de una dama que le brindaba, al parecer, brillante porvenir; ante el cual sus compromisos primeros, sus sentimientos por Josefina –pagados con ciega adoración–, eran reputados amorcillos insignificantes de niños!... ¡Huberto, el barquero de Marsella, el que alegaba su pobreza aquella noche misma como imposibilidad dolorosa de presentarse en los parajes públicos (a que ella asistía sólo por porporcionarle un encuentro feliz); Huberto llevaba encima magnífico reloj de brillantes, recuerdo de la mujer a cuyo lado se olvidaba del curso de las horas! ... ¡Huberto, en fin, era llamado, esperado en París para poner el sello a su envidiable suerte, para darle un día grande, señalado en términos precisos por la desconocida y triunfadora rival, que –aunque velada por sombras de misterio–, se presentaba, sin poder dejar duda sobre la verdad de su existencia, a los penetrantes ojos de los celos!...

Huberto era, pues, un embustero, un falso, un infiel, un monstruo de perfidia, de ingratitud y de dolo.

Patente esto para la doncella, aún le asaltaba otra idea no menos irritante y desgarradora.

¿Debía a la casualidad el hallazgo del papel acusador, o bien se le había dejado intencionalmente para ahorrarse la pena de dar cara a cara un desengaño directo?

Respondiendo a esta cuestión, acudían en tropel a la agitada mente de la joven recuerdos numerosos de circunstancias recientes.

La tardanza de su amante en acudir a a aquella entrevista anual; la turbación con que se disculpara; el desconcierto en que lo pusieron sus amorosas reconvenciones y tiernas exigencias; la prisa con que se separó de la verja –aprovechando el pretexto de acercarse un transeúnte–, como quien se escapa del duro compromiso de entrar en explicaciones ya inevitables, pero harto embarazosas para ser afrontadas francamente; el no haber vuelto, ni aun para cubrir las apariencias; apareciendo allí, en vez de él, la carta del amigo y confidente que tantas cosas revelaba... todo parecía corroborar, no sólo la mudanza del mancebo, sino también la sospecha de haberse valido de ruin artificio para provocar a Josefina a un rompimiento anhelado.

Pero, ¿por qué mentirle todavía en aquellos momentos? ¿Por qué las largas y ardientes miradas, las arrobadoras caricias, los sueños deliciosos de esperanza, referidos con dulces inflexiones de voz, que aún le parecía a ella que resonaban blandamente en sus halagados oídos?

¡Oh! Aquello era para Josefina un misterio odioso de barbarie, que la traía a la memoria la feroz habilidad de la traidora raza felina, jugueteando con la víctima antes de despedazarla.

Cuando Niná entró en el cuarto de la pobre niña, después de buscarla en balde por el jardín, quedó espantada de su aspecto.

De pie todavía, y apoyándose en el velador sobre el que ardía la lámpara a cuya luz leyera la que juzgaba sentencia irrevocable de abandono, pálido y demudado el rostro, la mirada fija en el fatal papel, que estrujaba convulsivamente su mano crispada; el pecho opreso, la respiración ahogada, temblándole todo el cuerpo como con el frío que antecede a la fiebre, se hallaba próxima en apariencia a uno de aquellos paroxismos ner-

viosos en que ya la vimos caer a la lectura de otra carta, mucho menos cruel que la presente.

– ¡Jesús divino! –exclamó la mulata–; ¿qué es eso? ¿qué os ha pasado, hija mía?

– ¡Míralo! –contestó la joven, tirándola el papel y arrancando de su corazón una carcajada histérica y estridente–. ¡Todo está ahí explicado! Nada hay ya que temer ni que esperar.

– ¡Niña de mi alma! ¡Ah! ¡Por Dios! Decidme lo que contiene esta carta; bien sabéis que leo muy mal, y ahora, al veros así, me sería imposible comprender ni una sílaba.

– Contiene... contiene la verdad...: que no me ama; que ama a otra; que se vuelve a París, de donde vino, y adonde le espera un destino brillante.

– ¡Virgen santa! ¿Habéis perdido el juicio, Josefina?

– Al contrario, lo recobro..., ya lo ves... El me lo devuelve de repente. El ha sabido arrebatarme de un golpe todas las ilusiones. ¡Bien! ¡bien! ¡sea! Es cosa acabada.

Niná desplegó la carta, y mientras se afanaba por entedenderla, Josefina se encaminó –con paso trémulo, pero ademán resuelto–, al precioso escritorio en que guardaba las dos únicas que tenía de su amante. Sacólas vivamente de un escondite, que sólo era conocido de ella, las rasgó con furia hasta reducirlas a fragmentos casi impalpables, y –como si no hubiera conservado alguna fuerza sino para cumplir aquel acto de venganza–, se postró en seguida a su dolor, pasando el resto de la noche entre gemidos, convulsiones y lágrimas.

En más de tres meses no salió apenas de su cuarto. Habíala atacado una ictericia, que –aún después de curada–, la dejó por vestigios profunda aversión a la sociedad y apatía insuperable, que repugnaba todo movimiento.

Niná, en tanto, no resignándose todavía a creer indudable la indigna inconstancia que tan desgraciada hacía a su niña, y habiendo llegado a entender que la señora d'Héricourt –que era la amiga respetable con quien antes solía concurrir Josefina a teatros y a paseos–, estaba relacionada con cierta familia Robert, tuvo suficiente maña para averiguar disimuladamente si tenía dicha familia algún parentesco con el gallardo barquero, que tanto llamaba antes la atención de los paseantes del muelle, y que había desaparecido desde el año anterior, lo mismo que su blanca barquilla.

Luego que supo que eran nada menos que los padres y las hermanas de su conocido Huberto las personas cuyo apellido motivara sus indagaciones, quiso a todo trance llegar al verdadero término de ellas, y –con pretexto de encargar algunos bordados–, se introdujo en el almacenillo de las dos jóvenes, y hasta logró trabar conversación con ellas.

De ese modo pudo adquirir, en efecto, noticias positivas, pero por desgracia muy distintas de las que se había prometido, y aun presagiado a su ama.

Las señoritas Robert no hicieron misterio de que su hermano se había ido a París el año anterior; que no había vuelto sino por dos días a cumplir una promesa empeñada; que gozaba al presente honroso empleo en palacio; escapándose, además, de la femenil vanidad, el añadir con inocente jactancia que cierta dama bella e ilustre era muy amiga del joven, cuya alegre vida en Versalles no olvidaron tampoco ponderar, gozándose en los placeres del que amaban.

Aquel fue para Niná contundente golpe al que sucumbieron, por fin, sus tenaces esperanzas de poder restituir la perdida calma a su desconsolada señorita; a quien – por el contrario–, se vio en la necesidad de enconar ella misma la profunda herida, confesándole la triste adquisición de una certeza que ponía el sello a sus dolorosas convicciones.

Sin embargo, aquello tuvo en algún modo favorables resultados. Josefina era altiva, y comenzó a sentirse humillada a sus propios ojos por los largos pesares que consagraba a la pérdida de un amante indudablemente indigno, en su concepto. Quiso a todo trance

sobreponerse a la situación lastimosa de mujer sacrificada, y emprendió lucha heroica contra el abatimiento que la postraba.

Ocupóse de nuevo del cuidado de su persona; volvió a adornarse con la elegante sencillez que le era natural; a hacer y recibir visitas; a amenizar con su presencia la pequeña tertulia diaria de la señora d'Héricourt, a quien también acompañó algunas veces a más numerosas reuniones.

No se llenaba, es verdad, con todo eso la soledad de su alma, ni se desvanecía la tristeza de su corazón; pero arrancaba su mente, por lo menos, del pasto habitual de acibarados recuerdos; y el movimiento, las distracciones, el cambio de objetos, los halagos de la amistad, suavizando la aspereza de las primeras impresiones, permitieron a su salud mejoría considerable.

Los delicados colores –ausentes largo tiempo de sus mejillas–, no tardaron mucho en reaparecer frescos y hermosos; la sonrisa fugitiva de sus labios, vagó –como de antiguo–, entre ellos, con un acrecentamiento de gracia que le prestaba la melancolía. El torneado cuerpo, enflaquecido en extremo, recobró un tanto las perdidas carnes, conservando sólo cierta lánguida esbeltez, nuevo encanto en tan preciosa criatura.

Monsieur Caillard, que –no obstante sus constantes preocupaciones de monomanía–, pudo observar, inquieto, el anterior desmejoramiento de su hija, se felicitó entonces de aquella mudanza próspera; agradeciendo vivamente a madame d'Héricourt el que distrajese y espaciase el ánimo de la pobre joven, a quien constituía en monacal encierro el hipocondríaco humor de aquel amante pero taciturno padre.

CAPITULO II

Preliminares del casamiento de Josefina

La digna señora tantas veces mencionada ya en esta historia, y cuyo afecto se había ganado Josefina con las mil cualidades que la adornaban, tenía –según incidentalmente hemos apuntado antes–, un pariente célibe, a quien designamos con el nombre de caballero de S...

Era un hombre que frisaba en los treinta y ocho años, de buen parecer, irreprochable educación, cultivado talento y aristocráticas costumbres. Había derrochado su fortuna en las disipaciones de una primera juventud desordenada, no por exigencias de temperamento o extravío de fogosas pasiones –pues su naturaleza y su alma nada tenían de ardientes–, sino por flaquezas de vanidad, por seguir la moda de los nobles de la época, por falta de valor para confesarse persona razonable y fría.

Aquel valor se lo trajeron, al cabo, la madurez de la edad y el aburrimiento de placeres ficticios. El caballero de S..., en el tiempo en que lo conoció la señorita Caillard, no procuraba disimular siquiera que pertenecía al gremio de los calaveras *pretéritos*, llamados sinceramente a buen vivir, y para quienes el reposo del ánimo constituye ya la única felicidad posible.

Sus respetables deudos, contentos de aquella conversión –que no era, sin embargo, muy meritoria–, y anhelando consolidarla, a la vez que proporcionar al caballero medios de reparar su fortuna con lo que se llama en el mundo *un buen partido*, pusieron los ojos sucesivamente en varias herederas de las mejores familias del país; pero el interesado tomó

el asunto con tal tibieza e indolencia, que nunca pudieron cuajar dichos proyectos matrimoniales, quedando burlados los deseos más vivos de la señora d'Héricourt.

Luego que se intimaron las relaciones entre esta noble dama y la doncella cubana; luego que el frecuente trato dio a conocer a la primera todas las preciosas dotes que la segunda atesoraba, renovósele naturalmente la tan acariciada idea del casamiento de su sobrino; pues, si bien la señorita Caillard no era vástago de esclarecido tronco, su hermosura, sus virtudes y su riqueza, atenuaban mucho la importancia de aquella falta.

Además, mediaba una circunstancia harto favorable a Josefina, pues permitía prometerse –siendo ella la nueva novia propuesta al recalcitrante solterón–, éxito más lisonjero que el obtenido hasta entonces: era la de que mostraba por la modesta joven cierta simpatía, que, sin poder calificarse de amor, merecía el nombre de visible preferencia.

En efecto, el despejado y natural ingenio de aquella niña, su ingenua sencillez, su donaire inocente, que aun tenía algo del hechizo de la infancia, la pureza y ternura de su corazón, reflejadas en el casto brillo de unos ojos magníficos –sin rivales tal vez en toda Francia–, y más que nada, el recogimiento en que había vivido (garantía de no tener que luchar, el que fuese su marido, con hábitos peligrosos y locas exigencias), todos eran atractivos y recomendaciones para un hombre necesitado ya de estímulos no vulgares, y que sólo buscaba, por otra parte, en lo futuro, la paz necesaria a una existencia fatigada.

Tampoco debía pesar mucho en el ánimo del caballero la diferencia de alcurnia que podría reprocharse a aquel enlace. Pasó sus primeros años cerca de un hombre superior, del que aprendió temprano a no esclavizarse a preocupaciones, y luego –cuando su propio juicio adquirió madurez–, se afilió resueltamente a la nueva escuela filosófica, que comenzaba a minar por sus bases hasta las más veneradas leyes del viejo código social.

Madame d'Héricourt pudo esperar, pues, con bastante fundamento, que aquella vez se realizaría su esperanza, y dio principio llena de bríos a sus hábiles operaciones de estrategia matrimonial, que interrumpieron a lo mejor la enfermedad y el largo retraimiento de nuestra heroína.

Nunca como entonces se echó de ver lo que ella era para la distinguida familia que pretendía enlazársela. Durante aquel eclipse de su amable presencia, el caballero se aburría de muerte; la señora d'Héricourt se encontraba mal en todas partes, y acusaba de insoportablemente soporífero a su círculo habitual, que –reduciéndose día en día–, mostró también que echaba de menos el primer encanto que lo había atraído.

Tan pronto como la bella ausente tornó a aparecer entre aquella gente fastidiada, renacieron la animación y la alegría que ella derramaba en torno suyo, aunque no las llevara en su propia alma. Todos se hicieron un deber y una felicidad, de mimarla y divertirla; mayormente el ama de la casa, que, independientemente del verdadero cariño que la tenía, se regocijaba al recobrar ocasiones para proseguir trabajando en la realización de sus planes.

Josefina no sospechaba siquiera la existencia de éstos. Harto preocupada ella misma –primero con sus secretos amores y después con sus recientes desengaños–, nada percibía de las maniobras de su amiga, ni fijaba bastante atención en el caballero, para observar sus predilecciones crecientes.

Al llegar el primer día del nuevo año, fue convidada a una comida campestre familiar, a la que asistió –previo el paternal permiso–, y Madame d'Héricourt se aprovechó de aquella coyuntura, para hacerla entender más claro lo agradable que sería para ella poder contar entre los miembros de la noble familia, reunida allí en su mayoría, a la linda amiga

que era con tanto amor acogida en su seno.

En la sorpresa y el embarazo que causó a la joven tan inesperada insinuación, no acertó a contestar sino truncadas frases de cortesía: la matrona las tomó por un consentimiento tímido, que por entonces debía bastar al caballero.

En consecuencia, algunas semanas después, obtuvo de él la formal promesa de pedir solemnemente al ex mercader de las Antillas españolas la mano de su hija única, tan luego como recibiese la aprobación del ilustre deudo ausente que había sido su tutor, y era siempre su primer amigo, y aun pudiéramos decir su padre por el cariño.

Mientras tanto, no perdió el tiempo la señora. Atacó en regla y decisivamente a su amiga, sin dejarla momento de calma para darse cuenta de lo que estaba pasando.

En vano alegó ella su extrema juventud, su inexperiencia, el deseo de permanecer junto a un padre desgraciado, y hasta la imposibilidad en que se sentía de poder ofrecer al caballero un amor digno del suyo, según lo pintaba su intérprete.

Madame d'Héricourt probó con elocuencia irrebatible que los pocos años eran gran ventaja para habituarse con facilidad a nuevas obligaciones; que la inexperiencia no ofrecía peligros, teniéndose por director un marido prudente, y por consejera una amiga leal; que, resuelto el caballero a establecerse definitivamente en Marsella, no sólo no se alejaría Josefina de su padre al casarse con aquél, sino que tendría seguridad de no verse en riesgo de abandonarlo nunca... últimamente, que no acompañaba por lo común la felicidad a aquellos enlaces fundados sobre la pasión; mientras que a una mujer virtuosa le bastaba estimar de veras al hombre que escogía; pues era fruto de la comunidad de intereses, de la costumbre de vida íntima, y de los buenos procederes del esposo, el cariño profundo que siempre acababa por unir estrechamente las almas de dos consortes dignos.

Perseguida de este modo la pobre niña hasta su último atrincheramiento, tuvo que acogerse a una exageración de respeto filial, manifestando que no podía ni creía deber atreverse a contraer por sí sola el menor empeño en tan delicado asunto; que el novio presentado por su padre tendría únicamente derecho a su aprobación, y que (añadió en justa galantería para con su amiga), si dicho elegido fuese un miembro de la noble familia d'Héricourt, la obediencia le sería tanto más grata, cuanto que en tal caso le proporcionaba mayor honra.

No exigió más la respetable plenipotenciaria de himeneo, que no concebía posibilidad de duda respecto a las disposiciones de monsieur Caillard, para quien tan gloriosa alizanza debía ser el colmo de la ventura. Dejó, por tanto, al cuidado del pretendiente el agradecer a la joven las dulces esperanzas que le daba con su contestación modesta, y arregló lo demás –tan conforme se lo prometiera–, que al cabo de algunos días el caballero de S... fue positivamente presentado por monsieur Caillard a su hija como aspirante a su mano, y acreedor en todos conceptos a la recomendación paterna que desde luego le acompañaba.

El buen hombre no había sido indiferente, en efecto, a la honra de enlazar su heredera con una familia ilustre; pero lo que más contribuyó a que acogiese con gusto la demanda del caballero –hábilmente preparada por su tía–, fue el haberla creído del gusto de la joven, y ver en ello una prueba decisiva de hallarse olvidado completamente el atrevido barquero, que tan malos ratos le hizo pasar.

Josefina, por su parte, se halló cogida en sus propias redes, teniendo que ser tan dócil como se había pintado.

La boda quedó, pues, convenida solemnemente, y fijada su celebración para el mes de junio, época en que debía hallarse en Marsella el esclarecido pariente tan venerado por el

caballero, y a quien se destinaba la satisfacción de servirle de padrino en la nupcial ceremonia.

Sucedió, empero, que Josefina –inmediatamente después de haberse formado aquellos compromisos, gratos para todos–, comenzó a recaer poco a poco en su honda tristeza y misantrópico humor.

Quizá el vago deseo de mostrar a su infiel que no continuaba abatida bajo el golpe indigno que le descargara su mano, entró por mucho en su avenencia el casamiento concertado; pero por uno de esos misterios del alma, que reconocemos sin profundizarlos, apenas hubo satisfecho el voto de su orgullo, sujetando el corazón al yugo de la voluntad, comenzó a arrepentirse de aquella misma victoria, y a permitir al vencido –como por vía de resarcimiento–, el volver a los desvaríos de sus tiernas memorias y a las amarguras de sus amorosos dolores.

La coincidencia de ser el señalado para su boda aquel mismo mes de junio, tan deseado antes, tan querido de ella, la preocupaba sin cesar de una manera indecible. Parecíale profanación impía de lo pasado, el vínculo frío que iba a imponerse en el memorable aniversario de tantas ardientes esperanzas.

Concurría, además, otra circunstancia, que aunque acaso parezca insignificante, no lo era para Josefina.

Niná, la humilde liberta, que tenía para ella el corazón de madre; Niná, a quien amaba con la ternura de hija; Niná, su compañera casi inseparable, no miraba con buenos ojos al novio aristocrático. Cometiendo la imprudencia de compararlo algunas veces con el pobre barquero –tan apasionado y simpático–, ponía de relieve a los ojos de su ama la sequedad de alma del caballero, mal encubierta bajo su exquisita galantería, y el no sé qué de repulsivo que se transparentaba en aquel aspecto distinguido, pero tan frío y tan amanerado.

– Ese hombre –decía–, es de seguro un egoísta, incapaz de hacer dichosa a mi sensible niña.

Tales observaciones impresionaban a Josefina, por más que procurase aparentar lo contrario, y –como si todo ello aún no bastase para colmar la medida de su disgusto, e inspirarle creciente desvío respecto al casamiento concertado–, ocurrió otra nueva y singular coincidencia, que no nos es posible pasar por alto.

El mismo día, quizá a la misma hora en que leía Huberto la fatal posdata que conocemos, Niná –removiendo la piedra del ángulo izquierdo del jardín, al pie del bello rosal de Alejandría favorito de su ama–, se encontró bajo ella, y en tan mal estado como los lectores se figurarán desde luego, la carta depositada allí hacía once meses.

Por supuesto, tal cual estaba, pasó inmediatamente a manos de Josefina, y tal cual estaba fue examinada con tan escrupuloso cuidado, que se consiguió entender algunas frases sueltas, casi borradas por la humedad, que había destruido gran parte del papel.

He aquí aquellas descifradas palabras, que, sin expresar nada, dijeron sobrado a la infeliz doncella:

"Conocí en aquel transeúnte a ... por esa causa tardé en ... la explicación que os debo del inocente disimulo que he observa .... Fui a París para ... la señora marquesa de Pompa ... esperar de su protección generosa ... el rey ... y acaso el cinco de junio venidero ... mi corazón, que os adora. ... Fe y esperanza, amor mío."

Josefina creyó morir cien veces leyendo y releyendo tales cláusulas. Ellas la revelaban que había existido una explicación dada por Huberto sobre su *inocente disimulo*... Ellas mencionaban al rey, y la generosa protección de una marquesa, que, según las sílabas

primeras de su nombre, debía ser la célebre Pompadour, de quien tenía vagas noticias nuestra inocente niña.

Sí, había oído hablar de aquella influyentísima señora, que, aunque modesta esposa de un simple arrendatario general, ocupaba en la corte el primer puesto. Pero –por más que pueda parecer increíble–, es lo cierto que en su casta ignorancia, lejos de comprender Josefina la verdadera posición de la favorita, juzgaba cándidamente que la amiga tan considerada por el augusto monarca, la dama de honor de su real consorte, sería sin duda dignísima matrona, cuyas cualidades extraordinarias la conquistaban justamente el alto favor de que gozaba.

En consecuencia, a la idea de que la *ella*, a quien tanto se aludía en el escrito origen de sus celos, era nada menos que aquella tan poderosa, y en su concepto respetable dama, parecióle muy natural e inocente cuanto antes interpretara en sentido siniestro.

Cada sílaba, digámoslo así, del resto de la carta, tardíamente encontrada, fue puesta en cotejo y consonancia con las que en su memoria conservaba la joven de la otra carta funesta; sucediendo que al cabo de mil vueltas y combinaciones, mil hipótesis y descubrimientos, resultó clara como la luz la justificación de Huberto –según el fallo del corazón de su amante, corroborado por Niná–, y consiguientemente culpable de ligereza, de injusticia y de infidelidad la que, no oyendo más que la engañosa voz de sus celos, lo había sacrificado sin misericordia.

Fácil es comprender, dicho esto, lo que debío ser para la niña aquel día, tan terrible también para su amado.

¡Ah! si hubiese podido contemplarla éste, deshecha en lágrimas; besando y oprimiendo contra su pecho los restos de la carta; si hubiese oído los dicterios que prodigaba, humillándose contrita a los sagrados pies de su querida Virgen de la Esperanza, pidiéndole la muerte antes que llegase a consumar su infidelidad y su desgracia... el mismo Huberto, de seguro, hubiera tenido que confesarse menos digno de compasión que aquella a quien en tales momentos acusaba.

Pero no había remedio: de nada servían tanto arrepentimiento, tantas preces entre dolor y llanto.

¡Era tarde! Aunque la propia dignidad no advirtiese a la joven que le estaba vedado el menor pensamiento de indecoroso retroceso, sabía que monsieur Caillard –incapaz de haberla violentado a que aceptase esposo–, no permitiría tampoco, bajo ningún pretexto, que fuese hollada por ella la inviolabilidad de su palabra empeñada.

Así, pues, Huberto y Josefina estaban separados para siempre.

¡El destino inmolaba al mismo tiempo, y con un solo golpe, los dos puros y enamorados corazones de aquellos pobres niños!

CAPITULO III

El regalo de boda de Huberto a Josefina

Huberto, anonadado al pronto bajo el rudo golpe de la posdata, salió de su aniquilamiento a impulsos de cierta fiebre, que, exaltando prodigiosamente su cerebro, pareció reanimarle el corazón.

– ¡Ella me abandona! ¡Ella me vende! –exclamó, levantándose con el rostro encendido y los ojos centelleantes–. ¡Bien! ¡terminó toda la lucha! ¡cúmplase la suerte! Pero aquel

templete y aquella colina irán a ser testigos mudos de la traición infame. Irán, como vengadores espectros de lo pasado, a lanzar en su porvenir la memoria del amante sacrificado, del amante que ha hecho revivir con el calor fecundo de su alma esas santas imágenes de la felicidad, para recoger en pago el frío del desengaño, la esterilidad del aislamiento. ¡Sí, sí! –añadió, llegándose arrebatadamente al caballete, y descorriendo la tela que cubría una pintura–. ¡He aquí todo el fruto de tantos desvelos, de tantas ansias, de tantos estudios!... Será el regalo de boda de la señorita Caillard con el caballero de S... ¡Oh! ¡Magnífico! Así solemnizaremos el tercer cinco de junio... ¡Ese gran día de mi existencia, que ella escoge, probablemente, para su feliz boda! Yo la llevaré mi ofrenda... yo mismo. ¿No me ordenó acudir cada año a su cita, mientras la amase, mientras no perteneciese a otra?

¡Pues bien! cumpliré su mandato. Iré, todavía fiel, todavía vencedor de todas las tentaciones, para ofrecerle mi regalo de boda... a ella, que me rechaza por correr a otros brazos.. a ella, que se hace cómplice del infierno para arrojarme a la perdición...

Pronunciando estas palabras con sardónica risa, se lanzó frenético a la paleta, la cogió con una especie de rabia, tomó también el pincel, y con inspiración extrañamente sublime –que irradió en su mirada, prestándole indescribible belleza–, comenzó a trabajar, rápida la mano, firme el pulso, palpitante el pecho.

¡Cosa admirable! La fiebre del dolor y del genio daba al artista milagrosa intuición de lo desconocido.

El lienzo se animaba, como por magia, a cada toque valiente de su abrasada diestra. Aquel cielo, que hasta entonces sólo presentara colores, se fue diafanizando, esclareciendo, cobrando movilidad, por decirlo así.

Las ligeras nubecillas –que nunca osan velar la soberana faz del rey de los astros en la zona predilecta de su ígneo trono, pero que le acarician ondulando como argentadas orlas de su manto–, se extendieron libres y vaporosas por el azul brillante del cielo tórrido, cuyo calor fecundo parecía brotar del pincel, comunicando vida y movimiento a todo lo que tocaba.

Los árboles, las plantas, las flores, se esmaltaban con la luz, se mecían casi –permítasenos la hipérbole–, como al suave soplo de los frescos alisios, y tal era el poder de la ilusión, que se sentía aquella atmósfera impregnada de aromas, llena de susurros, encendida por los rayos del Trópico.

El arte no podía ir más lejos.

Evocada la incomparable reina de las Antillas por toda la potencia del genio, se le apareció allí, resplandeciente de juventud, exuberante de hermosura, coronada de fuego, para dejarse arrancar un pedazo de su naturaleza virgen, una emanación viva de su alma poderosa.

El pincel infatigable no suspendió su obra, sino cuando faltó la luz a los ojos del artista, que acababa de eternizarla en el lienzo vivificado por su espíritu.

Era ya tiempo, la inspiración decaía, el cansancio comenzaba. A la creadora fiebre del alma iba sucediendo la humillante del cuerpo..., ese fenómeno morboso que viene a recordarnos muchas veces, en medio de la fuerza y lozanía de la vida, que no somos sino un poco de barro, en el cual –por prodigio incomprensible de la Omnipotencia–, se alberga, alternativamente dominador y esclavo, el huésped divino que llamamos pensamiento.

Huberto sucumbía, al cabo, a tantas sacudidas del corazón, a tantos esfuerzos de la inteligencia.

El que realizara minutos antes la más grande, la más maravillosa de las operaciones

humanas; el que, a imitación del Eterno Productor del mundo estético, había prestado forma a lo bello, según el tipo ideal que contemplaba en su mente; aquel mismo se rendía, débil, bajo la mano de la enfermedad, en un lecho calenturiento.

Pero, ¿qué le importaba? Ya podía morir. Allí quedaba su regalo de boda a Josefina.

Ella, en su venganza de mujer, había inmolado su corazón, condenándose a perenne tristeza.

El, en su venganza de artista, había hecho una obra maestra conquistándose la inmortalidad de la gloria.

El criado que le servía entró luz en el cuarto al sonar las ocho de la noche, pareciéndole demasiado tiempo el que pasaba su amo sin dar señales de vida, y lo encontró postrado, desfallecido, quejándose de terribles dolores en la cabeza.

Creyó al principio que pudiera ser efecto de haber pasado el día sin tomar ni el más leve alimento, y –quieras que no–, le hizo tragar una gran taza de sustancioso caldo, que no impidió, sin embargo, que una hora después, esto es, a la de la cita dada por la marquesa, el enfermo se encontrase peor, según las apariencias.

Asustado el doméstico, recurrió entonces a pediluvios, paños de agua y vinagre sobre la frente, bebidas refrescantes, y cuantas cosas pudieran sugerirle sus recuerdos de medicina casera; hasta que, observando ser todo ello infructuoso, se resolvió por último a ir a buscar un facultativo cualquiera.

En el instante mismo de su salida llegó un sirviente de confianza de la marquesa, con encargo de recordar al pintor, de parte suya, el diseño de los baños de Apolo.

Era evidente que la favorita no podía resistir a la impaciencia de una hora de expectativa.

– Para diseños está el hombre –respondió el que recibía el recado–. Decidle a la señora marquesa que se halla malo, bastante malo a lo que entiendo, por lo que voy en busca de algún médico; no se murmure luego que lo he dejado morir como si fuera un perro.

– ¡Enfermo monsieur Robert! ¡Es posible!

– Y tan posible que nada os impide convenceros por vuestros propios ojos. No sé qué diablos le ha dado. Vino de paseo esta mañana, acalorado, inquieto, con aire extraño. Luego se encerró a pintar, según suele, y sabiendo yo que nada le enfada tanto como el ser interrumpido cuando trabaja, no me atreví a entrar sin ser llamado; de modo que así se pasó el día sin que probase bocado y ni aun siquiera agua. En fin, al llevarle luz fue que me lo hallé, como os he dicho, ardiendo en fiebre, postrado, con síntomas que me alarman.

– Volveos, pues, a su lado, dijo el mensajero; no es conveniente que salgáis, dejándole solo en tal situación. Yo informaré a mi señora de cuanto me habéis dicho, y ella mandará probablemente su primer médico, pues sabéis lo mucho que aprecia al señor guardacuadros de Su Majestad.

En efecto, tornó cerca del enfermo su único sirviente, y conoció que era acertado el consejo que seguía, pues le encontró presa ya de completo delirio. Ora se imaginaba envuelto por las llamas del incendio que devoraron el cafetal del abuelo de Josefina, y pugnando, como en otro tiempo monsieur Caillard, por arrancar de entre ellas al autor de la vida de su amada; ora se creía perseguido sin tregua por la marquesa, que, fascinándole, atrayéndole magnéticamente –cual la serpiente a su víctima–, se regocijaba de arrebatarle a su despecho la fe santa de su primer cariño; ora, en fin, representándose con viveza el casamiento odioso de Josefina, quería a todo trance ahogar entre sus manos al robador de su dicha.

Repetidas veces tuvo el criado que valerse de la fuerza para sujetarle en el lecho, y ya

iba cansándose de aquel género de lucha, cuando –cumpliéndose la previsión del mensajero de la favorita–, llegó el médico de ésta, probando el interés afectuoso con que examinó al paciente, las eficaces recomendaciones que traía.

En concepto del esculapio –a quien refirió el criado cuantos antecedentes le eran conocidos–, el mal del joven consistía en fuerte congestión cerebral, probablemente provocada por la insolación de aquella mañana. En consecuencia, ordenó copiosa sangría, que fue hecha a su presencia, produciendo rápido alivio. Preparó, además, una bebida que debía administrársele al enfermo media hora después; y cumplida así su misión, corrió a dar cuenta de ella a quien lo mandara, dispuesto a ponderar el peligro para hacerse más meritorio el triunfo.

Huberto descansó algunos momentos en sueño sosegado, y aunque al despertar volvió a caer a intervalos en el anterior desvarío, pudo notarse que sus nuevas alucinaciones no presentaban ya el carácter terrible de las primeras.

Lo que en aquellos momentos se le figuraba, siempre que abría los ojos, era que la imagen de la señora Caillard, trazada por él en el paisaje que tenía al frente –y que era un retrato de Josefina algo menos joven y algo más gruesa–, se destacaba del cuadro, viva, animada, risueña, llevando de la mano –según la había pintado–, a su encantadora niña, cargada de flores para las aras domésticas.

Pero aquella niña no era ya Josefina en la pueril edad en que el pintor la fingiera, sino que se transformaba en su virgen de diecisiete años, en su amante, en su esposa, entregada por la materna mano, para que él la guiara al altar, en que el amor recibía de la gratitud bella y santa corona.

El joven acariciaba dulcemente a su desposada, dirigiéndola patéticos discursos; mas en seguida se amodorraba de nuevo, y apenas podía entenderse el nombre de Josefina, que seguía vagando entre sus secos labios.

Era ya cerca de media noche. El silencio reinaba absoluto dentro y fuera del cuarto del enfermo. El criado, que le había administrado la bebida prescripta y le miraba tranquilo y adormecido, juzgó que podía él mismo permitirse algún reposo.

Corrió, en consecuencia, las cortinas del lecho, veló un tanto la lámpara con una pantalla, y salió al recibimiento, andando de puntillas para no producir el rumor más leve.

No era, en verdad, necesaria tanta precaución. Huberto dormía entonces de veras, halagado por dulcísimos ensueños; de tal modo, que no percibió la salida del criado, ni oyó –momentos después–, repetidos golpes que sonaron en la puerta de la escalera; ni los pasos del siriviente, que acudió a abrir refunfuñando porque le interrumpían en el comienzo de su tardío descanso; ni el ruido de la puerta, que era franqueada a alguien; ni el murmullo algo bronco de dos voces varoniles, que trocaron las siguientes palabras:

– ¡Cómo! ¡volvéis a estas horas!

– La señora marquesa envía a una de sus criadas –que es la que me sigue–, para que examine despacio el estado del enfermo y la lleve noticias muy exactas.

– Está durmiendo ahora, y no me parece bien despertarle. Con todo, si la señora marquesa lo dispuso así, que entre en buen hora esa mujer, haciendo lo posible por no turbar el reposo del amo, y despachando pronto su cometido.

– Perded cuidado; es persona callada y diligente. Entrad, Juana: nosotros, mientras tanto, daremos algunas cabezadas en aquellos sillones.

Seguidamente, y en medio del silencio de los dos criados, se sintieron ligeras pisadas en dirección de la entrada del aposento de Huberto... pisadas que se suspendieron un instante

al llegar a los umbrales, como si la nocturna visitadora se detuviera embargada por su propia emoción, o temerosa de la que podía causar su presencia.

Precisamente se removía entonces el enfermo, porque soñaba –con aquella exaltación especial que distingue los sueños febriles, productos de dobles aberraciones–, que Josefina, oculta entre las frescas sombras de la consabida colina, le convidaba a ir junto a ella, abandonándolo todo para probarle su constancia y vivir ambos tranquilos lejos de un mundo que conspiraba por desunirlos.

– Ven –le decía en su sueño la doncella cubana–, ven, si es verdad que me amas todavía; que no te atan en esa corte brillante los nuevos afectos que me iban borrando de tu alma. Rompe los lazos de tu sospechosa amistad con la bella marquesa, como yo rompo los que debían unirme en el altar al caballero de S... He aquí el asilo del amor y la dicha: ven pronto, o jamás te permitiré traspasar sus umbrales.

El joven, oyendo esto, se afanaba en balde por arrancarse del ardiente lecho al que se sentía enclavado, y lleno de congoja por la inutilidad de sus esfuerzos, llamaba en su auxilio a Josefina con voces ahogadas.

En medio de tal angustia, de tal fatiga, despertóse el pobre bañado en sudor y dolorido; pero pareciéndole, al abrir los ojos, que distinguía –al través de las cerradas cortinas–, la esbelta figura de su virgen, medio velada entre las nubes diáfanas del Trópico:

– ¿Eres tú? ¿eres tú, dulce esposa de mi alma? –exlamó enajenado–. ¿Vienes en mi ayuda? ¿vienes a llevarme? ¡Bien! ¡Soy tuyo! ¡Tuyo para siempre! ¡Enlacémonos hasta la muerte! ¡Confundamos nuestras vidas en un eterno beso!

Y descorrió con ímpetu las cortinas, tendiendo los brazos a su adorada, que se le acercaba suspirando de amor.

¡Oh! ¡sí! No había alucinación esta vez. El cuerpo delicado de una mujer fue oprimido realmente contra su pecho agitado, y los amorosos hálitos de una fresca boca se confundieron un instante con el ardiente soplo de sus calenturientos labios.

CAPITULO IV

Imprudencias del amor y revelaciones del delirio

Juana Antonieta había pasado aquel día mecida en alas de agradables quimeras.

Amaba al fin, amaba con aquel amor tardío, que es el más absoluto.

En los primeros años de juventud, cuando los vagos anhelos del corazón buscan sólo la clave de un misterio que nos atrae; cuando la exuberancia de la vida no nos deja vacío...; en aquellos años, decimos, el amor tiene algo de indeterminado y superficial. Más bien que sentimiento, nos parece aspiración: más bien que necesidad del alma, pudiera llamarse dilatación de la vida.

Se ama al amor y no al amante, según ha dicho no sé qué filósofo. Se ama la propia facultad de amar, que comenzamos a sentir en nosotros, y el empleo de aquella nueva fuerza suele no ser más que un ensayo de curiosidad, cuyo resultado nos exagera el orgullo.

Pero cuando se ama después de los treinta años; cuando se ama a despecho de las decepciones que despoetizaron la fantasía y nos hicieron tocar nuestra flaqueza; cuando se ama al amante, y no al amor que nos seduce con el vago encanto de lo desconocido; cuando se ama, en fin, no ya por exceso de potencia que pide dilatación, sino más bien por necesidad de complemento –que nos hace concentrar todas las fuerzas para asimilarnos

a otra existencia–, entonces, ¡ah!, entonces nos aferramos con tesón al sentimiento que nos fortifica, como quien comprende que es el último asidero de la felicidad largo tiempo perseguida. Entonces el amor, si no es la más pura y generosa de las pasiones, es, sin contradicción, la más resuelta, la más incontrastable.

Tal era la de la marquesa. Aquella mujer ambiciosa, que sacrificara todos los deberes a la posición de favorita de un rey; aquella cuyo elemento natural parecía ser la atmósfera cortesana; sólo pensó –durante las horas del día a que nos referimos–, en las dulzuras de los modestos goces de la vida privada, cerca de un compañero sinceramente querido.

Parecíale que no compraría a excesivo precio la tranquila felicidad que le presentaba su mente, ni aun cediendo en cambio todas las ventajas de su privanza, todos los placeres de su brillante existencia.

Aquel día fue cuando emprendió serias negociaciones con el rey de Prusia, respecto a la adquisición del principado de Neufchatel, previendo sin duda un rompimiento futuro con su augusto dueño, y la libertad de poder retirarse al extranjero a gozar de su inmensa fortuna con el amigo elegido por su alma.

¡Cuántos castillos en el aire pudieron levantarse en el breve transcurso de las horas precedentes a la gran noche de la primera cita...! ¡ A aquella noche, que debía ser, en el concepto de la favorita, tan grata, tan memorable, tan dichosa para su corazón y el de su amigo!

¡Cuántos planes ignorados –que a realizarse habrían cambiado la faz de los sucesos de Europa–, no se concibieron quizá en el silencio de aquel *boudoir* voluptuoso, teniendo por móvil y por objeto al pobre muchacho que dos años antes manejaba el remo en la bahía de Marsella!

No sin razón se ha dicho que pueden proceder grandes efectos de pequeñísimas causas.

Quitadle la calentura a Huberto, y es probable que en la exaltación de su despecho acudiera vengativo a la entrevista peligrosa, y es fácil también que madame Pompadour, más enamorada cada día, le sacrificase al cabo su posición en la corte, según hemos visto que lo presentía ella misma.

Sentado esto, no cabe duda de que la alianza de Francia con el Austria jamás hubiera existido; ni tampoco –por consiguiente–, la larga y sangrienta guerra que puso en conflagración medio mundo.

La historia nos maravillaría en extremo si pudiera desentrañarse siempre la verdad, sobre el primer origen de las más trascendentales peripecias de los destinos humanos.

Sin detenernos, no obstante, en estas curiosas observaciones, proseguiremos nuestro sencillo relato, diciendo que cuando sonó, por último, la hora tan deseada, el corazón de Juana Antonieta respondió con violentos latidos a cada una de sus lentas vibraciones.

Todas sus medidas estaban ya tomadas. Nadie y nada podría interrumpir los momentos deliciosos que ella aguardaba anhelante, prestando atento oído al rumor más leve que venía de fuera.

Pero volaban minutos, y Huberto no aparecía.

Comenzó a temer la marquesa no haber sido comprendida.

Esperó todavía un rato; mas cuando oyó las diez no pudo resistir la impaciencia que la devoraba, y dio por seguro que Huberto había padecido error sobre la hora de la cita.

Entonces fue cuando le mandó el mensaje que conocemos, con un antiguo doméstico que casi la vio nacer y sinceramente la quería.

El emisario volvió presto, participándola cuanto había sabido, y puede figurarse el lector la impresión que semejante noticia debió producir en tal momento.

Siguiendo la pendiente de sus habituales ilusiones, supuso desde luego la marquesa que el triste accidente, que venía a contrariarla, era pasajero efecto de la misma inmensa felicidad que de improviso había hecho entrever al enamorado mancebo.

Tal idea prestaba creces a su propia pasión.

¡Se ufana tanto toda mujer con reconocerse capaz de matar de alegría con una palabra de esperanza!

¡Hay algo tan glorioso en ese poder de dispensar a su arbitrio emociones tales del alma, que puedan –aun las más gratas–, ser en cierto modo superiores a las limitadas fuerzas de una naturaleza terrestre!

Pero cuando el médico –despachado en el acto–, tornó a informar a la favorita de la situación del paciente, y la ponderó las dificultades del diagnóstico, aparentando recelos, entonces sucedió por completo a aquellos sentimientos, que no carecían de halago, la más profunda e insoportable inquietud.

Pensar que Huberto padecía, que Huberto se hallaba en peligro a pocos pasos de ella, sin que pudiese prestarle ni por un instante los cuidados de su amor, los consuelos de su presencia, parecióle a la favorita un martirio, para el cual no se hallaba con sufrimiento.

Era preciso resolverse a cualquiera cosa antes que prolongar tan insostenible lucha.

La voz del corazón se alzó tan recia, que ahogó enteramente la de la prudencia.

Sin querer detenerse a reflexionar sobre las consecuencias posibles de la acción a que se arrojaba, sintiéndose fuerte para arrostrarlas atrevida, llamó Juana Antonia a su servidor leal, y concertó con él rápidamente el modo más breve de visitar al enfermo sin hacerse conocer del mozo que le asistía.

Respecto a su propia servidumbre, ningún recelo abrigaba. Dándose por indispuesta y recogida desde temprano, la había dejado en libertad de anticipar la hora de su descanso; por manera que –excepto el fiel confidente–, todos los criados de la casa, inclusa la camarera, dormían ya a las once; con sueño tanto más profundo, cuanto que se cuidó de obsequiarlos aquella noche con sendas botellas de Burdeos y de Champaña.

La marquesa se vistió entonces con la mayor sencillez posible, echó sobre su rostro un velo algo tupido, y –sin más compañía que el antiguo criado–, salió sigilosamente de sus habitaciones, ligero el paso y palpitante el pecho.

El lector la ha visto ya junto a la cama del enfermo en el momento en que –despertando éste, exaltado por la alucinación de sus febriles ensueños–, creyó tener a su presencia a la misma idolatrada virgen que, dormido o en insomnio, era siempre objeto predilecto de las visiones de su alma.

Estrechaba entre sus brazos, en tal concepto, la femenil figura que se le aparecía tan bella y amorosa como antes se la presentara su sueño, y con el ardor de la calentura que abrasaba su sangre: ¡Ya me perteneces!, la decía: ¡ya soy tuyo, a despecho del mundo! ¿Por qué no me hablas, bien mío? ¿Dudas acaso de mi resolución de seguirte adonde quieras llevarme? ¿Me sospechas reo de infidelidad imperdonable? ¡Ah! ¡no! Romperemos al mismo tiempo nuestro dobles lazos: los de tu compromiso odioso y los de mi esclavitud en esta corte corrompida.

– Sí... sí... –murmuraba con tierno acento, casi imperceptible, la que se apoyaba, desfallecida de amor, en su seno agitado.

– ¡Pues bien! –añadía él más y más delirante–. ¡He ahí nuestra colina, con su templo, sus

palmas, sus brisas refrigerantes! ¡Llévame a él, Josefina! Hazme dichoso, tú, que alcanzas únicamente ese poder benéfico: tú, que eres la casta esposa que me deseaban mis padres al bendecirme. Pero ¡ah! ¿qué es eso? ¿Tiemblas en mis brazos? ... ¿Gimes? ... ¿Te pones fría bajo el fuego de mis caricias? ¿Es que dudas aún? ¿No quieres abandonar a ese intruso caballero, como yo voy a huir de la tentadora marquesa? ... ¡Oh! ¡sí! ¡nada temas, Josefina mía! Ella no es la elegida de mi alma, la que me ha dado las primicias de la suya, la virginal esposa de mi esperanza. Ella es la querida del rey. ¿Me compensarían todos sus favores de la pérdida de una sola de tus inocentes miradas? ¡No quiero ir a su cita! ¡No quiero verla más! ¡Sólo a ti te amo!

Esta vez no fue sólo un estremecimiento, no fue sólo un gemido. La dama velada repelió con fuerza convulsiva al pobre delirante, y –retrocediendo algunos pasos– cayó desplomada sobre el sillón que antes ocupara el asistente.

– ¡Dios mío! –gritó Huberto, fatigado también dolorosamente por tan violentas emociones–. ¡Ella se va! ¡Ella me deja, y yo estoy aquí atado, sin fuerzas para seguirla! La cruel sólo ha venido a burlarme.. a darme muerte. ¡Sí, sí.... no puedo ya más! –añadió con voz débil, dejando caer su cabeza sobre la almohada.

Bien me decía mi madre –murmuró en seguida lentamente–, ¡bien me decía que se casaba... en junio! en ese mismo junio consagrado... Allí está su posdata... allí... en la cartera que puse sobre la mesa, junto al caballete. En la cartera que encierra también el único escrito que tengo de la ingrata... Y cerca de sus falsas promesas se alzan el templete y la colina..., que nos están esperando. ¡Ella no los busca ya!... Sólo los quiere como regalo de boda... de su boda con otro. ¡Pues bien; llevárselos! Darle igualmente la cartera que contiene el tesoro de mis recuerdos. Yo moriré... moriré solo... pero fiel... siempre fiel... siempre fiel...

A esta palabra, repetida muchas veces –pero con tan tenue acento que no era ya sino un leve murmurio–, se siguió al cabo prolongado silencio.

El enfermo, postrándose otra vez, tornó al estado de aletargamiento en que se hallara antes de la llegada de la marquesa.

Entonces se levantó ella, casi despavorida, echó a su espalda el velo, dejando patente la palidez de su rostro –que a la opaca y verdosa claridad de la lámpara presentaba algo de cadavérico–, y corrió con ímpetu hacia la mesa indicada por Huberto, sobre la cual, efectivamente, se veía una cartera.

Las revelaciones que debía al delirio, tenían, sin embargo, cierto carácter de verdad que no permitían desecharlas como mero producto de un cerebro trastornado.

En el fondo de aquellas ilusiones de la fiebre, Juana Antonia veía que el hombre por quien acababa de arriesgar su posición, su fortuna, amaba a otra... la amaba conociendo y despreciando la vehemente pasión que le había dictado a ella su sacrificio inútil.

Necesitaba, empero, pruebas palpables, que hiceran completo su desengaño; que justificaran plenamente las horribles convicciones que de un golpe penetraban súbitas en su alma, arruinando con estrago el edificio frágil de sus visibles quimeras.

Tomó la cartera, la abrió, sacó cuantos papeles contenía, los leyó uno a uno, con ojos ardientes, con atención ávida.

Todo lo comprendió: la carta de Josefina a Huberto, un mes después del primer cinco de junio; las de madame Robert, entre las que se hallaba la última con su posdata; la del anciano desconocido, que tan sabios y oportunos consejos había traído al mancebo aquella mañana... todos y cada uno de dichos papeles la suministraban datos con que

completar la historia de Huberto, sólo a medias conocida; la introducían en su existencia íntima, en la existencia de su corazón, cuyos secretos le ponían de manifiesto.

Entonces comprendió también la locura de tantas ilusiones como ella se había forjado.

Entonces la poesía embriagadora en que se meciera su corazón, le pareció un sarcasmo de la suerte.

El hombre en cuyos sentimientos creyó hallar, insensata, la regeneración de su alma, no miraba en ella, con justicia, sino la *querida del rey; cuyos favores no podían compensarle de la pérdida de una sola mirada de la inocente virgen que adoraba... de la casta esposa que le deseaban sus padres al bendecirle... de la única que alcanzaba el poder de hacerle venturoso, porque le daba las primicias de un corazón puro.*

Repitiéndose estas crueles palabras, plegó las cartas Juana Antonia, las guardó, puso la cartera en su sitio, tornó a bajar el velo sobre su rostro –donde la arrebatada púrpura de la vergüenza sucedía a la palidez del dolor–, y apretándose el pecho con ambas manos, como para comprimir el choque de sus opuestos y violentos impulsos, inclinó la cabeza y permaneció silenciosa por algunos minutos.

Tan corto espacio de tiempo era, sin embargo, suficiente castigo de toda una vida.

Hay momentos terribles para las almas culpables; momentos que Dios hará pesar mucho en la balanza, del lado de las expiaciones.

Cuando se puso en pie la favorita, había ya en su aspecto algo de heroico.

Aquella mujer –que la posteridad desprecia–, no estuvo animada por un alma vulgar.

En sus horas rápidas de felicidad, había creído poder purificarse por el amor verdadero.

En aquella hora de dolor, en que la vemos, comprendía que sólo el sacrificio regenera, y se aprestaba a aceptarlo y a consumarlo con magnánima fortaleza.

¡Erale, en verdad, necesaria, porque su pobre corazón, burlado, herido, humillado –en el instante de su mayor poder–, brotaba todavía, entre la sangre de su herida y la hiel de su despecho, las llamas implacables de un amor celoso y desesperado!

Llégose al lecho del enfermo, que continuaba aletargado, y lo contempló largo rato con indescribible mirada.

Observó que se hallaba cubierto de sudor, que su respiración era más libre, más sosegado su sueño, menos acre el calor de su frente, más regular el movimiento de su pulso.

La crisis había sido evidentemente favorable. El mal estaba vencido.

La marquesa pareció rendir gracias al cielo, levantando los ojos con una expresión que equivalía a una ofrenda, y bajándolos luego, como resignada, enjugó con su velo la única lágrima que brotó en toda aquella terrible peripecia, de su pecho destrozado.

Después corrió las cortinas del lecho, tornando a dar al joven una mirada triste, pero resuelta, y se deslizó como una sombra doliente fuera de aquel cuarto –donde penetró amante, hollando su posición y fortuna–, y del que salía desengañada, dejando muerta la esperanza postrera de su vida.

CAPITULO V

Convalecencia y despedida

Tres días después abandonaba Huberto el lecho, no quedándole de su dolencia sino gran debilidad y profunda tristeza.

Versalles, sin embargo, era un paraíso en aquella estación de los amores. Sonreían su cielo, su parque, su canal, sus magníficos bosques, sus fantásticos jardines. La vida circulaba ardiente por la creación visible, palpitaba en cada ser, se difundía en la atmósfera, impregnada de aromas, poblada de murmurios. Firmamento y suelo se engalanaban a porfía para las bodas de la naturaleza, pareciendo trocar entre sí tiernas caricias y suspiros melodiosos.

¿Qué corazón existirá tan frío, qué espíritu tan prosaico, que no haya percibido alguna vez, en los risueños días primaverales, esas místicas comunicaciones del cielo y de la tierra; esos latidos de amor, que revelan el alma universal y arrancan de la nuestra inenarrables ecos, remontándola hasta el origen mismo de toda vida?

Maravillosa síntesis de lo creado, materia y espíritu, corazón e inteligencia, sólo el hombre siente, traduce, comprende, repite, dilata sobre las esferas mensurables las infinitas voces de la naturaleza.

Luces, sombras, líneas, colores, sones, perfumes, armonías y contrastes, todo encuentra en él horizontes, gradaciones, simetrías, perspectivas, tonos, sentimientos, consonancias, conciertos, espacios sin límites donde ordenarse, engrandecerse, reproducirse entre esplendores de otra región más pura, más inmutable... en la del mundo inteligible, donde la unción de la belleza ideal les presta su eterna poesía.

Por eso nos ceñimos la corona del mundo. Por eso la *caña pensadora* –según Pascal–, la frágil organización que puede ser destruida por un rayo solar, por un miasma palúdico, por un insecto ponzoñoso... el ente necesitado por excelencia, se levanta rey por indisputable derecho, y sujeta a sus pies todas las criaturas conocidas.

Su cetro es el pensamiento, más grande que el universo, donde es menos que un átomo perdido su personalidad material.

Su poder consiste en ese privilegio de apropiarse la vida en todas sus manifestaciones; de sentir el orden universal, reproduciéndolo en sí mismo.

Todos los seres se animan y se alegran a esa sonrisa de Dios, que llamamos primavera; pero sólo el hombre –que carece de la facultad que alcanza la vegetación de rejuvenecerse a su influjo; que no tiene la ventaja de las aves y los reptiles, que mudan sus plumas y su piel, borrando los estragos del pasado–; sólo el hombre, en quien cada sol de mayo alumbra una nueva huella del tiempo, un nuevo surco del dolor, un nuevo deterioro de la existencia... sólo él goza en su plenitud aquel bien general; porque lo goza admirando y siguiendo la sabiduría que lo produce.

¡Oh, Dios mío! ¡gracias os sean dadas por ese rayo de vuestra luz que habéis grabado en nosotros! ¡Gracias por esa diadema de soberanía con que os plugo ceñir frentes de barro! Quizá algunas veces nos agobia; quizá nos hace sucumbir bajo su pesadumbre; pero, ¿qué importa? Sucumbimos reyes, sucumbimos con gloria.

En los días melancólicos de su convalecencia, vagaba Huberto, solitario y silencioso, por entre tantos halagos que la naturaleza le ofrecía; pero la tristeza de su espíritu se derramaba

sobre ellos, y la indiferencia de su corazón les negaba el sentimiento con que en otro tiempo los animara.

La corte disponía excursiones, improvisaba fiestas, se ceñía de flores. El, ajeno a cuanto no era su amargura, llegaba a olvidarse hasta de que existían en torno suyo seres capaces de reír, de divertirse, de asociarse para los placeres.

Algunas veces –debemos confesarlo–, algunas veces penetraban, como con miedo, en la soledad de su alma brillantes recuerdos de la marquesa. Veía pasar fugitivas las cabalgatas, las fiestas, las noches de teatro, en que ella era siempre la deidad del talento, de la hermosura, de la moda..., y aquellas dulces horas de largas pláticas, de vagas meditaciones.

Parecíale, cuando momentáneamente le distraían de su pensamiento dominante estas reminiscencias halagüeñas, que quizá el mejor remedio para su corazón lastimado sería aturdirle otra vez con el bullicio del mundo, y sobre todo, abrirle por completo a la lisonjera amistad de su amable protectora.

Esta idea, empero, despertaba en aquel mismo corazón cierta repulsiva pavura.

La cita pendiente –asociada en su memoria con los crueles combates y acerbos dolores del terrible día de su desengaño–, había llegado a inspirarle una especie de terror; aumentado tal vez por la incapacidad en que se juzgaba de responder a los sentimientos que creía inspirar.

Dice un viejo proverbio –tan filosófico como lo son por lo común esas sentencias populares–, que *nunca el bien fue querido como al llorarlo perdido*. Tal verdad se confirmaba en Huberto. Jamás, como entonces, le pareció inestimable, y necesario a su vida el amor de Josefina. La marquesa hubiera podido rivalizar menos difícilmente con la señorita Caillard, amante, que llenar el vacío que su inconstancia dejaba en el alma que fuera su santuario.

Pero, no obstante esto, pasaba una cosa extraña en el pobre convaleciente. El silencio absoluto de la favorita durante aquellos días de su abatimiento, le producía, aún más que sorpresa, zozobras impacientes, que iban creciendo a medida que aquél se prolongaba.

La sospecha de verse olvidado también por ella se insinuó al cabo en aquel espíritu enfermo, y más que antes le inquietara el miedo de un amor criminal y exigente –que no debía ni podía satisfacer–, le agitó entonces el recelo de una indiferencia que, ensanchando su abandono, le arrancaría sin piedad toda esperanza de futuros consuelos.

Josefina y Juana Antonieta llegaron a parecerle, por último, casi igualmente ingratas, casi igualmente funestas para él, que se creía sacrificado por ambas; y se rió con doloroso sarcasmo, tanto de la fe con que amara a la una, como de los esfuerzos de virtud que había creído necesitar contra el amor de la otra.

Si en tal situación se le hubiera hecho patente lo que era él realmente para la marquesa; si adquiriese la certidumbre de que le guardaba en su pecho –no ya una pasión loca y egoísta–, sino grande, inmensa, misericordiosa ternura... Si hubiese sabido de qué manera expuso su crédito y porvenir por correr junto a él, cuando sucumbía bajo los golpes de otra... Si un momento entreviese todo lo que la hizo sufrir en su corazón de amante, en su dignidad de dama, y la generosidad con que fue allí mismo perdonado... ¡Oh! si semejantes descubrimientos le hubieran iluminado, la historia que escribimos terminaría sin duda en el presente capítulo. No tendríamos que hacer más, sino arrojar a los pies de la favorita triunfante su esclavo reconocido, pronto a borrar –a fuerza de arrepentimiento culpable–, el mérito de haber sido fiel por tanto tiempo a la pureza de su primer cariño.

La Provindencia no lo quiso así.

En la admirable sencillez de sus planes, bastóle pasajera calentura para salvar a Huberto, y hacer sentir a la cortesana el comienzo de sus expiaciones.

La obra estaba hecha, y la casualidad no debía alcanzar poder para inutilizarla.

Pasando la fiebre, se llevó consigo –confundido entre los fantasmas del delirio–, el vago recuerdo de la mujer presente en realidad a sus ojos en una de aquellas horas de alucinaciones, estrechada en realidad contra su pecho en el supremo instante de la crisis.

Jamás, entonces ni después, sospechó siquiera la verdad de lo ocurrido.

En uno de sus días más amargos escribió Huberto a su primer bienhechor, según aquél se lo indicara en su carta.

Aquella respuesta no podía ser más triste:

"Mi talento y mi corazón –decía el autor– han muerto para siempre. Vuestros benévolos votos, vuestros sabios consejos son ya inútiles. La mujer querida, aquella para quien yo debía conservarme puro y anhelaba ilustrarme laborioso; aquella que creí destinada a coronar mi gloria y mi virtud...; aquélla, señor, me ha vendido, me ha sacrificado. ¡Sí, sabedlo! Josefina Caillard, tan mudable como otras, será presto la señora de S...

"Perdonadme, si después de trazar estas palabras –sentencia de mi eterna soledad–, no encuentro en el corazón más que lágrimas... lágrimas que ahogan hasta las bendiciones que me sería dulce repetiros."

Despachada tal contestación, nuestro héroe comenzó a ocuparse de su partida. Se había jurado a sí mismo llevar personalmente su regalo de boda a Josefina.

Fue preciso, pues, pedir la venia real, alegando la necesidad de restablecer su salud en el seno de la familia.

Luego, obtenida aquélla, fue también preciso despedirse de la marquesa, de la amiga que había sido sucesivamente tan amada, tan temida, y al fin, tan injustamente acusada.

Desde el día, memorable para ella, de su nocturna visita, apenas se la había visto en la corte. La persona que con mayor frecuencia recibía, y con quien pasaba largos ratos, era su limosnero.

Naturalmente benéfica, pero más que nunca entonces, complacíase en derramar el oro a manos llenas, buscando –en el amor santo de los pobres–, bálsamo con que suavizar las enconadas llagas, abiertas en su pecho por otro amor profano.

La misma mañana escogida por Huberto para su visita de despedida, dotó liberalmente a dos doncellas huérfanas, para que realizaran sus matrimonios.

– ¿Estáis bien cierto –preguntó al limosnero–, de que esos novios las aman de veras, y no van sólo en busca de la dote que les llevan?

– Sí, señora: una de las dos parejas merece ser citada como modelo de constancia; pues ni la ausencia, ni las rudas pruebas a que la miseria los ha expuesto durante algunos años, han sido bastantes a disminuir su ternura ni quebrantar su fe. Los otros dos amantes, casi niños aún, se quieren apasionadamente, puede decirse que desde el comienzo de su vida, y morían de dolor ante la necesidad de separarse para buscar qué comer.

– Bien: casadlos pronto, y proporcionadme otros muchos de análogas circunstancias. Es preciso que haya enlaces de amor, uniones felices. ¡Hartas víctimas han hecho y seguirán haciendo los que tienen por fundamento miserables intereses! ¡Sean bendecidas por Dios las privilegiadas mujeres que le han debido la suerte de hallar –a sus primeros pasos por el mundo– al esposo que pueden amar siempre... las que gozan la dicha de ofrecer a su elegido un amor –primicia de su alma, santo, único, digno de ser aceptado por quien es

digno de inspirarlo! Eso consolará a las que se ven desheredadas de bien tan incomparable.

El limosnero salió a cumplir la orden que recibía, sin explicarse –como lo hará el lector–, todo lo que encerraban de profundamente sentidas y personalmente aplicables las palabras que la expresaron.

Poco después fue anunciado monsieur Huberto Robert, que –debiendo partir para Marsella al amanecer del día inmediato–, venía a rendir sus respetos a la señora marquesa.

Ella –que se entretenía en arreglar por sí misma las coronas de blancos azahares destinadas a sus protegidas–, las dejó caer, estremeciéndose de pies a cabeza.

Por un momento se halló incapaz de articular acento, ni moverse del sillón que ocupaba. Luego se levantó de pronto, se puso al tocador, y sonriendo amargamente al observar en el espejo su desmejoramiento lastimoso, se dio prisa por ocultar –bajo el albayalde y colorete–, las huellas de sus lágrimas y de sus insomnios.

Hecha esta operación, reunió sus fuerzas, llamó en su auxilio la dignidad de su sexo, y dispuesta a representar a todo trance el papel que le dictaban a la vez la generosidad y el orgullo, recibió a nuestro héroe con la sonrisa en los labios y la altivez en la frente.

– Señora –dijo él, esforzándose por disimular su emoción–, perdonadme haber retardado el cumplimiento de un deber agradable. Sé las nuevas bondades de que os soy deudor; sé que durante mi enfermedad me habéis enviado vuestro médico, y hasta una de las mujeres que os sirven, para que os informasen con exactitud de mi estado...

– ¡Gran cosa! –exclamó ella–. ¿Creéis que me correspondía hacer menos, aun tratándose de cualquiera de mis criados? A vos es a quien toca perdonarme el limitar a tan poco las demostraciones de mi cuidado. Me asiste la disculpa de haberme hallado algo indispuesta también, como sin duda lo dice mi semblante. En fin, gracias al cielo, nos volvemos a ver convalecientes, y –aun cuando sea para una despedida–, creo sentiréis, como yo, la dulzura de este momento, en que nos felicitamos mutuamente con la sinceridad de un recíproco afecto. Sentaos –prosiguió, indicándole un sillón próximo al suyo–. ¿Recordáis que tenemos una cita pendiente?

– Sí, señora –contestó el joven, sonrojándose a la idea de haber sido acaso un fatuo presuntuoso–: tengo bien presente aquella honra que me dispensasteis, y cuyo objeto ni entonces ni ahora he podido explicarme.

– ¿No? ¡Es posible! –dijo la marquesa con admirable apariencia de naturalidad–. Me parece, sin embargo, que estuve muy explícita. ¿No os dije que era inútil la resistencia; que en balde me huíais para llorar solitario; que en balde intentábamos luchar uno y otra contra la fuerza simpática que nos impelía a comunicarnos nuestros sentimientos, a compartir nuestros análogos pesares? Ignoro si fueron estos exactamente los términos de que me valí al hablaros en el parque, pero el sentido es el mismo.

– ¿Y ese sentido... –comenzó a decir Huberto; mas cortándole la palabra, su hábil interlocutora añadió vivamente:

– Ahora vemos probada su verdad. Seamos francos, Robert; seamos sinceros antes de separarnos. ¿No es cierto que ni vos ni yo hemos adolecido de uno de estos comunes trastornos del equilibrio animal, a los que se da el nombre de enfermedades? ¿No es cierto que vuestro mal y el mío tienen raíces más hondas, más difíciles de arrancar? ¡Oh! sí; a despecho de la reserva con que ambos hemos agraviado a la amistad que nos une, estoy segura de que vemos claramente lo que cada uno esconde en su corazón.

– No, por mi parte –replicó el joven con cierto inexplicable despecho–. Confieso, al contrario, que nada es ya para mí más misterioso, más raro, más difícil de penetrar que un corazón de mujer.

– Pues yo os llevo entonces gran ventaja –repuso sonriendo la marquesa–, porque leo como en un libro en vuestro corazón de hombre, que le aflige un amor ausente, un amor desgraciado, cuya amargura brota hasta en el más insignificante acento que sale de vuestros labios.

– ¡Ah!, si leéis todo eso, señora, debéis felicitaros gozosa de que no puedan ser de tal índole esos dolores vuestros, cuyo conocimiento no debo a mi penetración ni merezco a vuestra confianza.

– Sois, pues, tan injusto como ciego, amigo mío. He comenzado recordándoos que teníamos pendiente una conferencia íntima, y como no me asemejo a vos en cuanto a la fortaleza que desdeña el consuelo, os confesaré, ya que lo adiviná is, que si comprendo perfectamente el mal que os está consumiendo, es porque conozco por propia experiencia sus síntomas infernales.

– ¡Vos!

– Yo. ¿Pensáis por ventura, como el vulgo cortesano, que sólo la ambición es mi móvil, que no soy sensible sino a los halagos de una posición brillante? ¡Ah, no! Sabed que tengo corazón, que amo, ¡que estoy celosa!

El pálido rostro del artista se coloreó de nuevo al oír estas palabras, articuladas con fuego en la mirada, con temblor en el acento; y agitado él mismo por extraña ansiedad, murmuró:

– Amáis... ¿a quién?

– ¿Podéis dudarlo? –respondió la marquesa con esfuerzo supremo–. Amo al rey. Le amo con una vehemencia que no sospecha nadie, ni aun él. ¡Le amo, y tengo que soportar infidelidades continuas!

¡Cosa rara! Huberto –que tocaba la doble ventaja de ver que no había perdido la amistad de la marquesa, y de convencerse de la pureza y desinterés de la misma–, se sintió, sin embargo, como lastimado por la confidencia que recibía. ¡Siempre enigmas y contradicciones del hombre! Quizás, empero, pudiéramos explicar la impresión que denunciamos, recurriendo únicamente a lo risibles que debieron parecerle a nuestro héroe en aquel momento sus pasados combates contra un peligro imaginario, y en lo ridículos que se le pusieron sus costosos triunfos.

Sea lo que fuere, preferimos no meternos en honduras, consignando sencillamente, como veraces cronistas, que el joven permaneció por algunos minutos cabizbajo y silencioso, pareciéndole más profunda que nunca la soledad de su alma.

No pasó aquello inadvertido a su perspicaz interlocutora, y hubo un rato en que ella también tuvo necesidad de recogerse para rehacer sus fuerzas, que flaqueaban.

Luego rompió el silencio la primera, diciendo con voz dulce, pero entera:

– Os he abierto de par en par las puertas de mi corazón. Ahora tengo derecho a exigiros que me confiéis por completo los padecimientos del vuestro. Deseo conocer la historia de ese amor que tanto os hace sufrir, y os ofrezco anticipadamente los consuelos de mis simpatías.

Huberto no podía rehusarse a tan afectuosa exigencia. Refirió lo más brevemente posible sus relaciones con la señorita Caillard, y terminó el relato con fúnebres voces de desaliento invencible.

– No hacéis bien en abatiros así –le dijo la favorita, que le había escuchado con heroica calma–. El desenlace de esa historia no ha llegado todavía. Hay en el fondo de su última peripecia algún error que aún puede desvanecerse. Josefina, vuestra encantadora virgen, vuestro ángel de ternura, no puede convertirse de repente en veleidosa coqueta, capaz de

vender la pureza de su primer cariño. Ella os ama, el casamiento aún no está hecho, y vos vais a Marsella. Todo, pues, puede arreglarse; todo se arreglará de seguro. Si tal sucede..., ¡oídme! –añadió poniéndose en pie con ademán majestuoso, cual si sintiese que crecía, que se levantaba purificada por la consumación del sacrificio–. Si tal sucede, Robert, quiero entregaros con mi mano la esposa que vos habéis escogido; quiero bendecir en el altar, como madrina de vuestra boda, a la que tendrá por santo deber amaros como necesitáis, y haceros feliz como merecéis por vuestras virtudes.

Jamás la había visto Huberto tan bella como en aquel momento. Aunque muy ajeno de conocer cuánto había de sublime en las palabras que acababa de escuchar, sintió de pronto instintivo respeto, y dobló las rodillas ante la favorita por involuntario movimiento.

– Yo acepto –la dijo conmovido–, esa oferta, llena de bondad, con que os place alentarme; pero permitidme pediros otra que aún me será más preciosa.

– ¡Hablad! –pronunció ella sin decaer su entereza.

– Prometedme que si vuelvo a vuestras plantas herido, solitario, sin esperanza –como me veis ahora–; si en la soledad de mi abandono vengo a suplicaros que me conservéis siempre la dulce amistad, que será entonces mi único bien en la tierra... prometed ¡señora!, que no seré rechazado; que me concederéis vivir cerca de vos para amaros, para bendeciros.

– Os lo prometo –respondió con cierta solemnidad la marquesa–. Idos seguro de ello y volved pronto, ya sea para presentar vuestra novia a la madrina que la espera, ya para llorar por ella en el seno de la amiga que siempre encontraréis afectuosa.

Huberto besó la mano que se tendía para levantarlo, y la sintió temblar fría bajo el calor de sus labios. Pero habiendo alzado una mirada inquieta y próxima a empañarse con lágrimas, vio que la frente de Juana Antonieta se mantenía erguida, secos sus ojos, sonriente su boca, que pronunciaba con dulzura tranquila el adiós último.

Entonces tuvo el joven vergüenza de su debilidad, ahogó sus emociones, y salió con paso firme de la lujosa estancia... quizá menos complacido de los nuevos favores que debía a la generosidad de la gran señora, que humillado del lugar secundario que se persuadió ocupaba en el corazón de la mujer.

Así terminó aquella visita de despedida, en que la favorita sufrió tanto y se mostró tan magnánima, que el ángel de la justicia hubo de desviar su cáliz, permitiéndola el consuelo de quedar satisfecha de sí misma.

CAPITULO VI

Tercer cinco de junio

– ¡Jesús! ¡qué día tan feo nos ha amanecido hoy! Se diría que lo hace el cielo de propósito para más entristecernos –exclamaba nuestra conocida Niná, asomando su mofletuda cara por cierta persiana, que también conocemos–. Si sigue lloviznando, no podréis realizar vuestro paseo, querida niña mía.

– ¡Oh! sí, aunque diluviara –respondió la argentina voz de la doncella cubana, cuyo lindo cuerpo –vestido con gracioso traje de montar–, descansaba lánguidamente en su ancho sitial próximo a la ventana.

– Habéis pasado malísima noche, y creo que el iros al campo con semejante tiempo...

– No tengas cuidado. Todo me hará provecho con tal de no pasar el día, de no ver descender las sombras de la noche en estos sitios, llenos para mí de atormentadores recuerdos. ¡Niná! ¡Estamos en cinco de junio! Comprenderás que ha sido casualidad feliz el que me convidase mi prima a comer en su quinta, para no volver hasta mañana. Eso me proporciona, además de alejarme de unos objetos cuya vista me es dolorosa en un día como hoy, la ventaja de correr a caballo por aquellas campiñas, respirando aire libre, saliendo de este marasmo que me mata.

– Sí, hija de mi vida, celebro tanto como vos el que se os presente ocasión de distraeros un poco; sólo me pesa que el tiempo no sea más adecuado. ¡Vaya! ¿pues había yo de desconocer lo útil que os será ensanchar el ánimo en una fiestecita de familia, en vez de estaros metida entre estas paredes, pensando en cosas tristes, que ya no tienen remedio? Hasta vuestra jaca camagüeyana pateaba, relinchando, al amanecer, como si entendiese que iba a gozar la dicha de servir de nuevo a su querida ama, que tan olvidada la tenía.

– Manda ensillarla, Niná; van a dar las ocho, y de un momento a otro vendrán a buscarme mi prima y su marido.

– Ya está eso dispuesto. ¡Oh, mirad! gracias a Dios, va despejándose la mañana. Todavía habéis de lograr un buen día.

– ¡Un buen día...!

– En cuanto cabe, niña de mi alma. Demasiado sé que ya no habrá días completamente buenos ni para vos ni para el pobre... En fin, vale más no nombrarlo. Os casáis con otro dentro de dos semanas. Es tontería estar dale que dale con lo pasado. ¡Eh, eh! no comencéis a llorar, como anoche. ¡Valor! Quizá Nuestra Señora de la Esperanza os mande algún consuelo, según se lo pedís cada mañana y cada tarde.

– ¿Qué consuelo puedo esperar, Niná?

– ¡Quién sabe! ¿No lo sería para vos el saber, verbi gracia, que él no os guarda rencor; que os ama siempre; que os desea muchas felicidades; que está pronto a probaros todo lo dicho, dándoos un recuerdo suyo para que lo conservéis hasta la muerte?

– ¡Ya! ¡Como nada de eso puede ser! ... ¡Recuerdo suyo! ... Hasta sus dos cartas destrocé en mi demencia: nada me queda.

– Pero, ¿y si sucediera lo que he indicado?...

– En mi situación presente, Niná, cuanto puedo pedir a la suerte, sin faltar a lo que me debo a mí misma, es que él no me odie; que no me juzgue una mujer sin fe... y que sea feliz olvidándome.

– En cuanto a lo último nada digo, porque nada se me alcanza; pero por lo que toca a lo demás, me está anunciando el corazón que no os casaréis sin tener alguna prueba, no sólo de que estáis perdonada, sino de que, cual un hermano cariñoso, hay quien venga de lejos para traeros su regalo de boda.

– ¡Qué cosas se te ocurren tan raras! Pero mira, tenías razón en lo que dijiste primero. No debemos hablar de él ni de nada que con él se roce. El honor, el deber, me prohíben tales conversaciones, que, por otra parte, me afectan demasiado.

– Bien, bueno, no volveré a mencionarlo. Secad esas lágrimas y ya veréis cómo entonces se me vienen al magín asuntos más agradables. Por ejemplo: ¿Os acompañará a la quinta el caballero de S...?

– ¡Niná! ¿es ese nombre lo que te parece más agradable para mí?

– Perdonadme... no quise decir... Pero, en fin, puesto que vuestro honor y vuestro deber

mandan que no se hable del otro .... y que éste será vuestro marido ...

– ¡Estás cruel conmigo, Niná!

– ¡Jesús! no sabe una con lo que gana ni con lo que pierde. La verdad es que las dos tenemos negrísimo humor y de todo nos lastimamos, hija mía.

– Quizá. Responderé, sin embargo, a tu pregunta, diciéndote que nadie me acompaña sino mi prima y su esposo. El caballero espera por momentos a su ilustre deudo –objeto de tan gran veneración para los Héricourts–, y no es tan extremoso en su amor por mí –¡harto lo sabes!–, que preste mucha importancia a verme o no verme durante veinticuatro o treinta horas.

– Mejor; con eso estaréis más libre y tranquila en vuestro paseo. ¿Oís? ¡las ocho! Ea, venid a tomar una tacita de café, y a decir dos palabras dulces al papá, que desde la madrugada no hace más que embadurnar un pobre lienzo, para quemarlo luego como tantos otros.

– ¡Ay! aquella su dichosa colina, aquel templete de su amor, que soñábamos rehacerle Huberto y yo... ¡no lo será ya nunca...nunca!

La joven prorrumpió en sollozos al proferir estas frases, y Niná –haciendo también pucheritos tragicómicos–, no perdió la ocasión de decirla:

– Ahora no soy yo quien lo menciona.. ¡reñidme después! ¡Vaya! ¿Cómo es posible que en un día como hoy no se acuerde una de...? ¡Y si supierais!... ¡No! ¡Nada! Mejor es callar... Pero desahoguémonos llorando.

En efecto, el dúo de lágrimas y gimoteos se entabló con apariencias de no haber sido breve, a no interrumpirlo felizmente la llegada de los primos, que vinieron a caballo para llevarse a Josefina.

Tuvo ella que enjugar precipitadamente su llanto, tomó luego a medias y de prisa la taza de café presentada por la mulata, y después de abrazar a monsieur Caillard –que estaba rematado en su monomanía–, montó al cabo, según había resuelto, aunque no sin echar larga y tierna mirada hacia los mismos objetos de que anhelaba alejarse.

Apenas los tres jinetes partieron a galope por la ancha Canebière, Niná comenzó a pasearse de la sala al gabinete y del gabinete a la sala, con singular desasosiego.

Su preocupación se fue aumentando, hasta el punto de pronunciar bastante claro –sin darse cuenta de ello–, el soliloquio que vamos a copiar literalmente:

– A ella le conviene este día de campo, y a mí también. Sin tal circunstancia hubiera sido muy difícil, si no imposible, cumplirle a él lo prometido. Fue una imprudencia... pero ya está hecha. ¿Cómo rehusarle el consuelo que me pedía tan afanoso, tan zalamero?... ¡Válgame Dios, si tiene labia el muchacho! Luego, ¡me daba una lástima el verlo flaco, descolorido, desifigurado!... ¡Jesús! parecía un muerto levantado del ataúd. Además, eso de llevar la generosidad de su amor hasta empeñarse en dejarle a la niña en su mismo cuarto un regalito de boda... es cosa que parte el corazón. No hubiera yo imaginado nunca nada tan raro como sejemante deseo, de parte del pretendiente abandonado.

¡Es un palomo sin hiel el pobrecito! Me alegro, por tanto, de haberle ofrecido el consuelo extraño que solicita, dándole desde luego el de saber que es amado más que nunca, y que sólo por la locura de un instante de celos –al parecer fundados–, es por lo que consigue otro la dicha de quitarle su prenda. ¡Sí, me alegro! La niña no está en casa; no podrá comprometerla nada que yo haga.. .Pero el amo no saldrá de seguro, y si llega a entender que he dejado entrar al mancebo hasta el cuarto de su hija...

¡Virgen del Carmen! Capaz sería de matarme. Atendido a esto, preferiría que se me hubieran roto las piernas ayer tarde, antes de bajar por la escalera para ir a charlar un rato

con la criada de la vecina de enfrente. Pero ¿quién había de adivinar que él estaba en acecho para atraparme, poniéndome en tal apuro? Muy distante tenía el pensamiento que hubiese vuelto a Marsella. Hasta me dijo su hermana, en días pasados, que estaba la familia en cuidado por saber que se hallaba enfermo.

En fin, a lo hecho, pecho: ya no es tiempo de vacilaciones. Que venga; que entre, si puede; que se desahogue llorando allí, donde también ella ha llorado tanto; que la deje, por último, su regalo. ¡Será el único recuerdo que conserve de él la triste niña! Para mí será la responsabilidad, y para ella el consuelo. Bien lo necesita, y –a pesar de los barruntos que he querido darle–, bien ha de sorprenderla.

Al concluir dicho monólogo, entró un criado a advertirle que monsieur Caillard se sentaba a la mesa para almorzar, y –según vieja costumbre–, acudió a servirle la mulata, si bien cansada de tanto ir y venir entre el laberinto de sus intrincadas reflexiones.

Todo el día se mantuvo inquieta y a veces pensativa; tan pronto arrepintiéndose, tan pronto felicitándose de haber condescendido –según nos reveló en la conversación consigo misma–, a que entrase Huberto aquella noche, para poner con su propia mano en el tocador de Josefina el presente de boda con que quería obsequiarla.

Si Niná continuó desasosegada, monsieur Caillard, por su parte, también siguió inmutable en su manía de pintar colinas y templetes, bufando de despecho a cada nueva prueba de su ineptitud; y también el día se conservó nublado y lloviznoso, como si tomara parte en la tristeza de aquel aniversario.

La noche desplegó al fin sus primeros velos, que no argentaban esta vez (como en los anteriores cinco de junio) la hermosa claridad de la luna, y la agitación de Niná pareció aumentarse con las sombras.

– ¡Angel de mi guarda! –exclamó asomándose de nuevo a la ventana–. ¡Va a venir! Por cuanto hay en el mundo no quisiera chasquearlo, pues capaz sería de morirse. Pero el amo –cansado ya de manchar lienzos–, se anda paseando por los corredores. ¿Cómo desviarle de allí? ¿De qué modo echarle a la calle por algunos minutos?

Y se rascaba las orejas, rebuscando en su caletre algún medio de salir del conflicto.

De repente lanzó un ¡ah! de triunfo, y su fisonomía reveló la más completa satisfacción de sí misma.

– ¡Buenísimo! –pronunció frotándose las manos–. El ángel custodio no podía menos de darme una ocurrencia como suya. La mentira es inocente, y el resultado seguro... También podrá ser que me cueste un pan la torta; pero ¡paciencia! Cumplir mi palabra antes que todo.

Dicho esto, se encaminó resuelta al encuentro de su amo, que en aquel momento se dirigía al salón.

– ¡Señor! ¡señor! –le dijo palmoteando– ¡tengo gran noticia que daros!

– ¡Habla, pues! –respondió secamente monsieur Caillard.

– Como habéis estado todo el día en vuestro cuarto, no he podido comunicaros antes lo que he sabido hoy por casualidad milagrosa.

– Bien, acaba, parlanchina. ¿Qué es ello?

– ¡Ah, señor! dicen que ha llegado a Marsella un pintor sin segundo, un verdadero prodigio. Según lo que de él se cuenta, creo que habéis hallado lo que estáis buscando ha tantos años. Para semejante hombre debe ser el pintaros la colina y el templete, con todos sus pormenores, cosa tan fácil como sorberse un huevo. ¡Jesús! si no falta quien sospeche que no es persona humana, sino el ángel mismo de la pintura.

Monsieur Caillard se irguió, aguzando las orejas y ensanchando las narices, como

sabueso que percibe de improviso la pista de la liebre, o cual corcel de guerra que oye sonar el clarín.

– ¿Quién es? ¿Cómo se llama? –preguntó al momento.

– Se llama... se llama... ¡Ay Dios! ¡qué maldita memoria! Hace un minuto que tenía ese nombre en la punta de la lengua, y ahora ni remotamente doy con él.

– Pero sabrás al menos dónde se hospeda el artista.

– Eso sí.. Me parece que es allá... bastante lejos, señor. Allá cerca del *boulevard* de las Damas.

– ¿No puedes dar más señas?

– Ni son necesarias, mi amo. Preguntando en aquel barrio, cualquiera os guiará de seguro. ¿Quién ignorará a estas horas el paradero de pintor tan famoso?

– Poco espero ya de todos los pintores de la tierra, pero no se dirá que dejo de hacer cuanto de mí dependa. Iré a ver mañana a ese hombre ponderado.

– ¿Mañana? ¡Ay, señor!, lo malo es que, según tengo entendido, se marcha al amanecer. Para conseguir verle, sería preciso que le buscaseis esta noche, sin desperdiciar momento. Luego que le habléis, que le ofrezcáis buena recompensa por la obra, no dudo que consienta en quedarse para emprenderla a vuestra vista, y oyendo de vuestra boca las explicaciones que necesita.

– Pero ¿estás cierta de que sin eso dejará a Marsella mañana?

– Me lo han asegurado, señor. Vino de ... París, donde hace gran papel por su habilidad, y terminado el asunto que le trajo, se vuelve allá prontamente. Lástima que perdáis esa ocasión...

– ¡Cómo perderla! –exclamó el monomaníaco, sin dejarla acabar–. ¡Corre! Que enganchen el coche. Iré ahora mismo, visitando casa por casa todo el *boulevard* de las Damas. ¡Voto a sanes! ¿Había de dejar que se me escapase ese artista eminente?

La estratagema de Niná no podía obtener mejor ni más rápido éxito. Diez minutos después, el carruaje volaba, desempedrando calles y llevándose a monsieur Caillard.

Los criados recibieron al punto licencia espontánea de la mayordoma para aprovecharse de su asusencia, solazándose un rato en el paseo inmediato, y al sonar las ocho de la noche –hora memorable de las dulces entrevistas de los dos amantes–, Niná se encontró al fin sola en la casa, y comenzó a respirar con más anchura. ¡Era tiempo! La tosecilla de marras se hizo oír al pie de la ventana, ni más ni menos que en los felices días en que respondían a ella los amorosos latidos del tierno corazón de Josefina.

La mulata únicamente la escuchó esta vez, y se apresuró a acallarla indicando al joven que estaba libre el jardín.

CAPITULO VII

La gran prueba

Franqueada aquella puerta, que nunca hasta entonces había tenido Huberto la dicha de atravesar, penetró entre tinieblas y con el alma henchida de emociones en el perfumado ambiente del florido recinto, donde aún le parecía respirar suaves efluvios de la tierna virgen de sus primeros amores.

Ante la impresión de semejante momento, desaparecían por completo las huellas que aún pudiera conservar de las sensaciones pasadas. La marquesa, la corte, cuanto había ocurrido durante dos años –excepto lo relativo a su amada–, todo quedó anonadado por el poder supremo del sentimiento antiguo, del sentimiento único que alcanzaba a darle, hasta con sus mismas amarguras, inexplicables encantos.

Mientras que él recorría palpitante, en medio de la oscuridad de la noche, aquellos sitios de dulces y melancólicas memorias; mientras palpaba con estremecimientos de amor cada uno de los arbustos que había rozado, al pasar, la blanca vestidura de Josefina, y que aquel dulce nombre vagaba entre sus labios, sin osar desprenderse de su pecho, Niná –que se quedara un ratito junto a la puerta para darle tiempo de calmar sus primeros transportes–, Niná, decimos, vio que entraba en seguimiento suyo robusto mocetón, llevando un gran cuadro, cubierto con una sábana.

– ¡Jesucristo! –exclamó sin poderse contener–. ¿Qué traéis ahí? ¿Es un espejo de cuerpo entero el regalo que el señor Huberto quiere hacerle a la niña?

Nada contestó el gañán, y la mulata se resolvió entonces a interrumpir bruscamente las mudas emociones de nuestro héroe:

– Si el armatoste que carga ese hombre –le dijo–, tiene que ponerse en el gabinete de mi ama, trabajo le doy para ocultarlo de su padre. ¿Qué cosa es esa, señor Huberto? ¿No se os ha ocurrido otro presente de menos bulto?

– ¡No! –respondió el joven con expresión que la impuso respeto–. Sólo ése es digno de ella y de mí. Quise dejárselo como un remordimiento. Ahora, que sé por ti que es más desgraciada que culpable, se lo dejaré como último y precioso testimonio de abnegado cariño.

– No os entiendo, pero vamos adentro. La niña no volverá del campo hasta mañana, mas el padre puede aparecer cuando menos se le espere. ¡Si supierais el triunfo que ha sido hacerle salir de la casa! Me encomendé al ángel de mi guarda, y él me metió en la cabeza una invención que salió a pedir de boca. Gracias a ella, lográis cumplir vuestro deseo sin ningún peligro para vos... No para mi, que soy en todo la persona comprometida.

Huberto, sin detenerse a darla ni a pedirla explicaciones, enlazó uno de sus brazos a otro de su conductora, y –ordenando al criado seguirlos–, atravesó el jardín y se dirigió a la casa.

Niná se dejaba remolcar, muy oronda con el honor de ir de brazo con el gentil mancebo, y diciendo para sus adentros:

– Esto se llama ser caballero fino, y no aquel otro estirado, que casi se desdeña de saludarme.

Pero, a pesar de su ufanía, y de aquel cotejo tan favorable para Huberto, no le era dable prescindir a la buena mujer del escozor que continuaba causándole el excesivo volumen del regalo consabido.

Ninguna idea tenía de que el ex barquero de Marsella cultivase el arte de la pintura (pues cuanto le dijeron respecto al cambio de su suerte, se reducía a hallarse empleado y bienquisto en la corte), por consiguiente, no sospechó siquiera que fuese un cuadro al óleo aquel armatoste –según le había designado–, que miraba dirigir a la habitación de Josefina, y respecto al cual había pronunciado el joven frases que ella no acertaba a explicarse, por más vueltas que les daba.

Antes de hacerle penetrar en el salón, se detuvo un instante para decirle con tono que quiso hacer muy grave y muy patético.

– Os cumplo mi promesa, señor Huberto, y –suceda lo que Dios quiera–, no me

arrepentiré de haberos servido. Pero permitidme os haga presente, una vez más, que la fiesta puede salirme cara. Yo he inventado que hay en Marsella, como llovido del cielo, un pintor medio divino, un prodigio deparado por la Providencia a mi amo, para que le pinte su colina deseada, su templete que le vuelve loco. El pobre señor anda a estas horas removiendo el mundo por descubrir al dicho personaje, en quien funda ya toda su esperanza, y cuando se convenza de que no hay tal hombre en la tierra, de que todo es mentira forjada por mí para engañarlo y hacerle salir esta noche... ¡no os digo nada! Ya conoceréis la que me espera. Figuraos, pues, lo que será, después de todo, que vea vuestro presente el día menos pensado en el cuarto de su hija, toda vez que es de un tamaño que hace imposible esconderlo.

– Sosiégate –respondió el joven, no sin admirar la coincidencia de la invención de la mulata con su llegada a Marsella, trayendo el cuadro tan anhelado por el monomaníaco–. Monsieur Caillard verá sin enojo, verá con gran placer mi regalo a su hija, o no lo verá nunca. Eso quedará decidido por ti misma antes de diez minutos.

– ¡Decidido por mí!... ¿Yo he de hacer que mi señor vea con gusto que le hacéis regalos a la niña?

– ¡Niná! ¿no me has dicho que te encomendaste a tu ángel, y que él te sugirió la idea que ha alejado a tu amo?

– Cierto.

– Pues bien, yo veo en eso un fausto presagio. El ángel no puede dejarte por embustera, frustrando las esperanzas que has hecho concebir al padre de Josefina.

– ¿Créeis que...?

– Creo que debes tener fe y abrirme esa puerta sin demora. No perdamos un momento. ¡Ea! Tu celestial custodio te lo manda.

La mulata obedeció, atontada ya con lo que oía, y Huberto se precipitó en el gabinete, mansión habitual de su adorada.

Todo estaba allí impregnado de ella. Veíanse, donde quiera se volviese la vista, huellas de sus pasos, vestigios de su presencia.

Sobre el tocador, guantes y flores recientemente usados, en el abierto costurero la graciosa labor apenas principiada, al pie del sillón –que ocupara horas antes–, el pañuelo de batista, húmedo aún con sus lágrimas.

El amante se apropió esta última prenda sin escrupulizar del robo, y después de ocultarlo en su pecho osó llegar hasta el umbral mismo de la virginal alcoba, a cuyo fondo se destacaba –blanco y casi vaporoso–, el bonito lecho, cubierto de transparente muselina, bajo un pabellón celeste. Sobre la alfombra extendida delante, resaltaban dos zapatillas de terciopelo oscuro, que habían abrigado en la madrugada de aquel día los más pulidos pies que hollaron nunca el suelo de la Francia.

Frente a frente de la cabecera se veía, entre guirnaldas de artificiales rosas, la bella imagen de la *reina de las vírgenes*, protegiendo con amorosa mirada el casto lecho de la que se dormía cada noche bendiciendo su nombre y demandando su amparo.

Huberto, descubierta la cabeza,. cruzados los brazos, inclinada la frente con respeto, llena el alma de inexplicable emoción, se estuvo contemplando largo rato aquel místico santuario, sin que formulasen sus labios las preces secretas que acaso levantó su corazón, y cuya eficacia debió ser tanta que alcanzó a restituirle la ya perdida esperanza.

¡Sí! súbitamente se sintió alentado, fortalecido, capaz de arrostrar la gran prueba que había resuelto, y entreviendo otra vez en su feliz resultado la posibilidad de alguna gran peripecia en el destino de su vida.

El templete de la célebre colina, ¿no consagraba recuerdos de una boda deshecha la víspera misma de su proyectada celebración? ¿No era monumento del triunfo del verdadero afecto, protegido por Dios, sobre todos los cálculos de las conveniencias humanas?

Huberto pidió una escalera, escogió sitio, la colocó, subió él mismo, clavó las escarpias, colgó el cuadro, bajó en seguida para poner y combinar luces, y cuando su operación estuvo terminada, asió del brazo a Niná (que miraba todo aquello absorta y alelada), y llevándosela hasta la puerta por donde debía entrar Josefina al regresar a su cuarto,volvió de un salto al pie de la escalera, que desvió con fuerte empuje, y arrancó el lienzo que cubría la pintura.

La mulata prorrumpió en un grito indescribible.

Siguióse momento de silencio, durante el cual sólo se oían los violentos latidos del corazón del joven.

Luego, calmado un tanto el embargamiento del asombro, Niná exclamó enajenada:

– ¡Ah!... ¡mi tierra!... ¡mi cielo!... ¿No estoy soñando? ¡Esa es la colina, que subí con mi ama desmayada entre los brazos!... ¡Oh! ¡ya está levantado el templete! ¡La veo a ella, a mi señora! .... ¡Sí! ¡tan hermosa como lo es hoy su hija, en quien dejó vivo retrato suyo! ¡Vedla allí también a mi niña! .... Está de espaldas... pero esos son sus rizos de azabache ... ese su cuerpecito gracioso, vestido con el *túnico* de gasa color de rosa, que se estrenó la tarde de San Juan. Va cargada de flores para el altar de la gratitud y del amor. ¡Oh! ¡aquellas palmas! ¡las conozco muy bien! ¡Se han balanceado muchas veces sobre mi cabeza! En el mango que sobresale a la derecha grabó el amo el nombre de la niña... ¡sí! ¡sí! ¡en ese mismo! ¡Qué tropa de *tomeguines* saltan entre sus ramas! Así lo hacían cuando a Josefina se le antojó cogerlos, y hubo que subirla al árbol, del que descendió llorando al verlos escapar alborotados. ¡Y ese maldito *carpintero* real! ... ¡No va a dejar fruta viva! ¡Cómo picotea la más hermosa naranja! ... ¡Ah, Cuba mía! ¡tierra bendita! ¡tierra de mis padres y de mis amos! ¿Cómo has venido aquí? ¿Quién te ha arrancado de los brazos del mar, para traerte a perfumar con tus flores los aires del destierro?

– ¡Tu ángel! –dijo Huberto con voz que resonó en sus oídos como la vibración de una campana. –¿No te dije que tuvieras fe? ¡Ya estás viendo la obra del artista que prometiste a tu señor, y el regalo de boda que le dejo a su hija!

– Sí, sí –gritó la mulata, cayendo de rodillas a las plantas de su interlocutor–. Ahora lo entiendo todo. Yo creía haber forjado un cuento, y era una verdad que mi ángel me comunicaba en secreto. Pero lo que está allí no es obra de ningún hombre, ¡imposible! El ángel en persona lo ha debido hacer. Aquí no hay nada que no sea milagroso. Vos mismo... ¡oh! ¡sí! vos mismo –que decíais ser Huberto, el barquero de Marsella–, vos descubrís en este momento a mis ojos algo de sobrenatural, que me sobrecoge y me intimida.

Era así: la aureola de la victoria, el noble orgullo del artista que contempla el poderío de su genio, la felicidad de sentirse halagado por una nueva y legítima esperanza, todo se reunía para prestar a la figura del joven cierto no sé qué sublime y maravilloso.

Su talla parecía crecer; iluminarse su frente –blanca y tersa como alabastro–, bajo la suave sombra de su cabellera de oro; destellar chispas eléctricas sus miradas de extraño tornasol, a cuya fuerza magnética se estremecían todos los nervios de la pobre mulata, que se prosternaba adorándole.

– ¡Milagro! ...¡Milagro! ... ¡Aquí todo es milagro! –seguía ella balbuceando, sin poder desviar sus espantados ojos del inspirado rostro del artista.

El, que no tenía ya nada que aguardar; que veía coronada su gran prueba por éxito

superior a sus mismas aspiraciones; él –egoísta como lo es siempre quien alcanza la gloria del primer triunfo–, no se cuidó más de Niná ni de sus aspavientos. Dirigió una mirada orgullosa a su magnífica obra; otra de agradecida ternura a la sagrada efigie que parecía sonreírle; y ebrio de amor, de gloria, de presentimientos faustos, se lanzó fuera, buscando espacio en que explayar la plenitud de su alma.

Cuando Niná quiso seguirle –moviendo con cuanta ligereza le era posible la gravedad de su cuerpo–, ya había desaparecido, sin que ella supiese cómo ni por dónde.

Ignorante y supersticiosa, acabó, con tal circunstancia, de llenarse de pavura. No hubo historia de espíritus y fantasmas que no se le ocurriese entonces, para convencerla más y más de que se hallaba bajo la influencia de seres del otro mundo.

Recordando la enfermedad de Huberto, que inquietaba días antes a su familia; la palidez cadavérica que ella observó en el semblante demudado del joven, al verle de improviso en la calle; el singular empeño de dejar allí por sí mismo aquel regalo de boda –obra evidentemente, según su juicio, de una mano superior a las manos mortales–; y todo, finalmente, cuanto él dijo aquella noche, y cuanto ella había inventado antes para facilitarle entrada; todo, decimos, se reunió para persuadirla de que Huberto había dejado de existir, y que su ánima errante –revistiéndose apariencias de la materia destruida–, lograba tornar a Marsella para hacer a la que había sido su ídolo, mediante la intervención del ángel invocado por su criada, aquel presente de dicha para su padre.

Nada, en verdad, hallarán los lectores en esta hipótesis, que justifique los terrores que excitó violentamente en la misma que la forjara; pero nos consta que le bastó juzgarse en relaciones con un aparecido, para que –no obstante ser su simpático barquero y mezclarse un ángel en el asunto–, concibiese Niná tan extremado miedo, que, después de cerrar presurosa la puerta del gabinete para no ver la pintura, se salió temblando a la escalera, a fin de esperar allí el regreso de la servidumbre, no hallándose capaz de quedarse sola dentro de la casa.

Aunque los criados prolongaron su paseo hasta muy cerca de las diez, todavía la vieron salirles al encuentro toda azorada.

– ¿Qué es eso? ¿Qué ha ocurrido? –la preguntaron con susto–. ¿Vino el amo y se ha irritado mucho por nuestra ausencia?

– ¡Ojalá!... pero sola he estado..., o mejor dicho, no tan sola como debía –contestó ella embrollándose–. Vale más no tener una nadie que la acompañe, que hallarse en roce Dios sabe con quién. Entremos y permanezcamos juntos... No me abandonéis, hijos míos, porque pasan esta noche cosas bien extrañas.

Cada criado la acosó con mil preguntas; pero ella –que, aun estando entre todos no recobraba aliento–, les decía en voz baja, como recelosa de que la oyesen invisibles testigos:

– ¡Chist! no hay que atosigarme; se sabrá la verdad cuando sea preciso. En cosas de esta especie nada se gana charlando. ¡Ay, santa Virgen! ¡cuántos no las llaman patrañas de viejas!... ¡Jesús! ¡Jesús! recemos un padrenuestro por las ánimas benditas.

La servidumbre guardó silencio, dominada también por vaga zozobra, y aún no había pronunciado Niná la última palabra de la oración que recitaba, cuando sonó la campanilla de la puerta con la fuerza que le imprimía siempre la mano de monsieur Caillard.

– ¡El señor! ¡el señor! –exclamaron los criados alegrándose de su llegada, porque esperaban que no le recataría la mulata el secreto de su misteriosa pavura.

Pero la vieron al punto arrinconarse aterrada, pues –en medio de sus supersticiosas

aprensiones–, no perdía de vista el peligro real con que podía amenazarla la justa cólera de un amo atrevidamente engañado.

¡Cuál no sería su sopresa al notar que entraba satisfecho y diciendo con cierta jovialidad inaudita en él:

– ¡Ea! ¿dónde está esa gordinflona? Hacía perfectamente en llamar maldita a su memoria. Todavía andaría buscando al célebre pintor, si no hubiese hallado quien rectificara las malísimas señas que me dio ella.

Niná salió de su escondite, mirando a su señor con ojos muy abiertos y espantados.

– ¡Vaya con tu *boulevard* de Damas! –añadió el viudo, dándole una palmada en el hombro–. Jamás se ha hospedado en hotel o casa particular de aquel barrio el hombre eminente a quien me dirigiste. Por fortuna acerté a encontrarme con un conocido, que lo tuvo por compañero de viaje desde París a esta ciudad, y a él le debí la dicha de dar por fin con la habitación que buscaba.

– ¿Con la habitación de quién, mi amo? –dijo Niná, más y más estupefacta.

– ¿Con cuál había de ser? Con la del artista en quien cifro mis últimas esperanzas.

– ¿Le habéis hallado? ... ¿le habéis visto?

– No estaba en su casa, pero hablé con su padre y le he dejado aviso de que mañana a las nueve iré a verle para un asunto importante. Su salida de Marsella no es tan pronto como te dijeron. En lo que anduvieron exactos fue en los elogios de su singular talento. Su compañero de viaje ha confirmado cuanto supe por ti. Es un artista joven, pero que ha merecido ya el favor del rey y de la corte.

– ¡Cómo, señor! –repuso la mulata–: ¿estáis seguro de que el hombre de quien os hablé, y vos decís haber encontrado, es, en efecto, persona de carne y hueso, como nosotros?

– ¿Piensas que sea un fantasma? –respondió monsieur Caillard, sonriendo por primera vez después de muchos años.

– Fantasma, o ángel bajado del cielo, o muerto salido del sepulcro, yo no sé lo que será; pero me consta que tal hombre no lo ha habido nunca en el mundo. Lo declaro aunque me matéis, porque es preciso que se sepa ya el misterio.

– ¿Estás loca, Niná? –dijo el viudo, mirándola sorprendido.

– ¡Ay, señor! –se atrevió a exclamar entonces el ayuda de cámara–. Nos halláis a todos aquí, porque la pobre mujer nos ha alarmado con palabras por el estilo de las que habéis oído. No sé qué cosas se le han entrado en la cabeza.

– Dice disparates que dan miedo –añadió la costurera.

– ¡Niná! –articuló con tono compasivo monsieur Caillard–. ¿Te dormiste acaso y tuviste alguna pesadilla?

– No, mi amo; lo que digo es la verdad; que yo me atreví a querer engañaros; pero no os engañé, porque lo hacía todo por disponerlo así el ángel de mi guarda. Que no hay tal pintor venido de París, pero que Dios permite que las almas vuelvan al mundo para hacer y pedir obras buenas, y por eso vuestra esperanza no se verá chasqueada esta vez, en que no es un hombre de este mundo el que debe realizarla.

– ¡Mujer! mira que estás desvariando.

– ¿Queréis ver que no? ¡Pues bien! Decidme, señor, ¿no es todo lo que deseáis que el pintor consabido os copie la colina y el templete, lo más al natural que sea posible a la habilidad de un hombre?

– Bien, ¿y qué?

– ¿Qué? Que si yo os pruebo que eso que esperáis de tanta explicación y tanto estudio

y tanto trabajo, está ya hecho, está ya en vuestra casa, mejor y más al vivo de lo que nunca imaginásteis, os será preciso confesar que sólo un ángel, o un espíritu que ya no está en la tierra, pueden haberlo ejecutado.

– ¡Vete a dormir, desdichada! Estás borracha sin duda –dijo el monomaníaco, echando a andar para su cuarto.

La mulata, herida por el ultraje, se le fue encima con toda su mole, y agarrándole fuertemente por un brazo:

– ¡Borracha! –exclamó–: ¿decís que estoy borracha? ¡Venid pues y veremos! ¡Vengan todos y se sabrá la verdad!

Todos, en efecto, la siguieron en tropel, hasta que, llegando ella a la puerta del gabinete –arrastrando casi al atolondrado monsieur Caillard–, la abrió de un golpe y gritó con singular aire de victoria y de espanto, extendiendo su robusto brazo hacia la pintura, que apareció maravillosamente destacada del fondo del gabinete:

– ¡Mirad, y decid si puede ser un hombre quien hace a vuestra hija tal regalo de boda!

. . . . . .

. . . . . .

CAPITULO VIII

Entrevista de Mr. Caillard y Huberto

Huberto no pudo dormir en toda la noche.

La conversación de monsieur Caillard con su padre -que éste le refirió-, le hizo comprender toda la singularidad de la situación.

No le era dable dudar de que el monomaníaco –creyendo encontrar en él al supuesto artista de que Niná le hablara–, se proponía por objeto, en la visita anunciada para el día inmediato, encargarle la difícil obra en que fracasaron tantos pintores hábiles.

Aquella obra, monsieur Caillard la encontraba en su casa. Aquella obra debía ya haber producido su efecto, feliz o desgraciado, en los momentos en que el autor se agitaba insomne, entre esperanzas y temores capaces de volverle loco.

Ora le regocijaba hasta el delirio la idea de un triunfo tan completo, que arrollase en el ánimo de monsieur Caillard toda clase de consideraciones; ora se le helaban la sangre y el corazón, figurándosele que veía arder su cuadro, desechado con ira (lo mismo que cuantos le precedieron) por el exigente monomaníaco.

De reacción en reacción, mecido entre vida y muerte, le amaneció el día decisivo, sin que le hubieran prestado fuerzas algunos minutos de reposo.

Así se le convirtieron en siglos de insoportable angustia las horas anteriores a las nueve, y cuando –al sonar la última campanada de ésta–, oyó parar a la puerta el coche que conducía su anhelada visita, apenas pudo dar unos pocos pasos para salirle al encuentro. Trémulas las piernas, oprimido el pecho, turbada por vértigos la cabeza, tuvo que detenerse, apoyando la espalda contra el marco de la puerta que acababa de atravesar impaciente.

Monsieur Caillard subió la escalera presuroso; y sin saludar siquiera a monsieur Robert padre –que se adelantaba a recibirle con corteses reverencias–, se precipitó hacia el salón,

chocando casi con el joven detenido en su umbral, y encontrándose con él frente a frente.

Por primera vez se veían aquellos dos hombres. Toda el alma de Huberto se concentró en sus ojos, fijos en el ex mercader cubano con ansiedad indescribible.

Este, por su parte, miraba también al artista, expresando en su fisonomía singular mezcla de admiración, júbilo y sobrecogimiento respetuoso.

Debemos advertir, antes de pasar adelante, que Josefina aún no había regresado a su casa cuando salió su padre, y que Niná, por más que se le hicieron preguntas, no quiso dar otras explicaciones que las que el lector ha oído de su boca al final del precedente capítulo.

Monsieur Caillard, por tanto, no alcanzaba el menor indicio para sospechar que el artista Robert, a quien tenía delante, pudiera ser el barquero Huberto, que en otro tiempo le rondaba la casa; así como tampoco columbraba razones que le aclarasen el enigma de cómo y por qué se había hecho para él, tan admirablemente, aquella obra anhelada, debida –según todas las apariencias–, a un hombre a quien no conocía y que nunca vio los objetos cuya animada copia le regalaba.

En tales confusiones, casi acogía como única explicación la que le había dado la supersticiosa Niná; con la diferencia de que él, al conceder la posibilidad de un milagro, se inclinaba a atribuir toda la gloria de la intervención al alma bienaventurada de su difunta esposa, sin acordarse en manera alguna del custodio celeste de su mayordoma.

Contemplaba, pues, a nuestro héroe con cierta impresión de religioso pavor, asociado a su natural regocijo, y durante minutos ni uno ni otro rompieron, con una exclamación siquiera, el solemne silencio de aquel comienzo de la primera entrevista. Huberto fue quien soltó al cabo, temblándole la voz, esta breve frase:

– Creo, señor, que tengo la honra de recibir a monsieur Caillard.

– Lo que es yo, caballero –respondió el viudo, conmovido también visiblemente–, no sé qué creer ni qué pensar de vos. De todos modos, vengo, si sois ángel, a adoraros levantándoos altares en mi alma; si sois hombre, a bencedir vuestro genio, rindiéndole en tributo de admiración y gratitud toda mi fortuna, todo cuanto soy y valgo.

Huberto respiró ya. La sangre, paralizada en sus venas, comenzó a correr impetuosa, colorando vivamente su rostro.

– Soy, señor –dijo entonces alentado–, soy simplemente un artista novel, que se ha atrevido a dedicaros su primer ensayo, y que recibe harta recompensa al comprender, por lo que oye, que ha logrado la dicha de agradaros.

– ¡Agradarme! ¡agradarme! –repitió monsieur Caillard, exaltándose por grados–. ¡Ah! si es cierto que no es más que un hombre el autor sublime del prodigio que poseo...; si puedo hablarle, asirle, amarle como a un semejante mío, no es agrado lo que tiene derecho a exigirme, lo que yo debo manifestarle. Todo mi amor, todo mi reconocimiento, todo mi respeto, no bastan a pagarle.

Pero yo no puedo creerlo –añadió–, no puedo explicarme que el regalo con que habéis enriquecido mi casa sea inspiración humana. ¡Aclarad mis confusiones, bienhechor bendito! Decidme cómo habéis adivinado objetos que no visteis nunca... Cómo los habéis animado maravillosamente con sólo el poder del arte... Cómo he podido mereceros –yo, que nunca hasta hoy he tenido la dicha de contemplaros–, el que dedicarais vuestros desvelos a la satisfacción de mi afán. ¡Hablad! ¡Hablad!

– Todo lo comprenderéis sólo con que os diga que hace cerca de tres años cifré mi única ambición, mi única dicha en merecer este día. ¡Un ángel me inspiraba, es cierto! Un ángel

ha guiado mi pincel al trazar aquellos rasgos, que debían ser mi sentencia de nulidad o mi diploma de gloria. ¡El ángel del amor, caballero!

– ¡El ángel del amor!

– Sí, sabedlo de una vez. Soy Huberto, el barquero de Marsella, el amante de vuestra hija.

– ¡Vos! ¡vos! ... ¿No os llamáis, pues, Robert? ¿No desempeñáis en París el honroso cargo de guardacuadros de Su Majestad Luís XV? ¿No gozáis justa reputación de un talento artístico de primer orden?

– Soy un artista barquero, sí, señor; el cielo me hizo lo uno, la desgracia lo otro... la casualidad después me ha proporcionado fortuna en la corte; pero sólo vos podéis hacerme feliz. Sólo vos podéis coronar al artista, enaltecer al barquero, dispensando al amante un rayo de esperanza.

– ¡Huberto! ¡Robert! ¡Angel! ¡Artista! ¡Barquero! Seas lo que que quisieras, déjame abrazarte –gritó monsieur Caillard, sin poder ya contenerse–. ¡Déjame que te estreche contra este corazón, que te has conquistado para siempre!

El joven se arrojó, llorando de alegría, a los brazos del padre de su amada –abiertos para recibirle–, y por espacio de más de un cuarto de hora permanecieron enlazados, uniendo sus lágrimas, y sin que se oyeran más palabras que estas entrecortadas exclamaciones:

– ¡Huberto! ¡hijo mío! ¡cuánto te amo!

– ¡Padre de mi Josefina! ¡padre de mi corazón! ¡qué momento tan dulce!

En efecto, entonces no concebía siquiera nuestro héroe que osase nadie disputarle su amada. Ningún obstáculo insuperable le parecía ya posible.

De pronto, empero, los brazos de monsieur Caillard cesaron de oprimirle, su mirada se inclinó al suelo, su frente se oscureció, sus labios temblaron al exhalar un suspiro.

– ¿Qué tenéis, señor? –le preguntó Huberto sobresaltado.

– ¡Ah! –contestó el viudo, mesándose los cabellos con una mano y dando un puñetazo con la otra sobre la mesa inmediata–. ¡Maldito sea mi destino, que exige para concederme el logro de mis anhelos, le sea pagado con el dolor terrible que viene a destrozarme en tus brazos!

– ¡Dolor! ¡ahora dolor! –repuso el joven, desviándose estremecido–. Ese nombre de hijo que me habéis dado, ¿os es costoso por ventura? ¿os es amargo, señor?

– ¡Sí! porque no puedo hacerlo verdadero –dijo con penoso esfuerzo monsieur Caillard–: porque daría mi vida por repetírtelo ante Dios y el mundo... y no lo haré nunca, sin embargo.

– ¡No lo haréis nunca!

– Me devuelves el templo en que la gratitud corona santamente al amor, y yo, ¡desdichado!, yo me veo forzado a ver en él desde hoy un recuerdo de ingratitud mía y de desgracia tuya ¡Yo tengo que rechazar al amor de ese santuario, que tan gloriosamente se ha sabido rehacer!

– ¡Qué estáis diciendo...?

– ¡Oh! ¡mátame! ¡mátame, Huberto! El tesoro único con que podría pagarte... el bien único que te recompensaría dignamente, ya no es mío... ¡ya no me es dado cedértelo!

– Josefina no está casada aún –pronunció el amante con impetuosa impaciencia.

– Pero mi palabra está empeñada –dijo el padre con amarga firmeza.

– Esa palabra...

– ¡Es inviolable, Huberto!

– ¡Señor!

– Estoy pronto a sacrificarte mi existencia cien veces, si posible fuera; pero mi honra, ¡nunca!

El artista se quedó aterrado. Había en la voz y en la fisonomía del monomaníaco un carácter de decisión inmutable, que no permitía esperanza.

Rodar de nuevo desde la cumbre de la felicidad, que iba a tocarse, hasta el abismo de la desesperación –del que con tanto esfuerzo se había salido–, era demasiado violenta, demasiado cruel transición para que pudiera soportársela con fortaleza.

Sintió Huberto que en vez de su antiguo, pero resignado dolor, invadían su alma –llenando el hondo vacío de la destruida esperanza–, un furor, una rabia que le convertían en otro hombre.

Sus bellas facciones se alteraron con expresión siniestra; sus azules ojos despidieron centellas de singulares reflejos... y con acento sordo articuló, al cabo de pavoroso intervalo de silencio:

– ¡Bien! Ese obstáculo que después de todo aún se levanta invencible, yo sabré salvarlo o estrellarme contra él.

– ¿De qué modo? –preguntó monsieur Caillard, deteniéndole por un brazo en el instante en que iba a lanzarse fuera.

– ¡Matando a ese hombre o pereciendo a sus manos! –respondió el joven rechinando los dientes.

Monsieur Caillard le soltó, repelió el brazo por el cual le había asido, y dijo con calma –más espantosa que la saña de su interlocutor:

– Ve, pues, si te has cansado de ser grande, de ser amado, de ser bendecido. Ve a entregar el nombre de Josefina a la maledicencia del vulgo... ve a borrar con sangre el recuerdo glorioso de tu genio y tu amor, que has querido dejarle. Ve, insensato, ve a satisfacer tus infernales rencores por medio del escándalo y la muerte, pero no finjas que te impulsa una esperanza de dicha. ¡Tu más segura víctima será mi hija! Mi hija, que antes que recibirte en su tálamo –si intentas llegar a él sobre los restos palpitantes del que es hoy públicamente su futuro esposo–, sabrá seguirle al sepulcro para dejar limpia su fama. Mi hija, que morirá también si tú sucumbes, transmitiéndome por herencia tu sangre y sus remordimientos.

Huberto tembló, palideciendo.

– ¡Pues qué! –exclamó quebrantándose su ira a impulsos de su aflicción–. Amado de ella, querido de vos, cifrando toda mi ventura en esos sentimientos, que pago con idolatría, ¿he de permitir que todo se inutilice, que todo se me arrebate por una mano intrusa?

– Los designios del cielo son impenetrables –repuso monsieur Caillard–, pero siempre, hijo mío, debemos creerlos benéficos. Dobla la cabeza ante la voluntad divina. Pierdes una amante, es verdad; pero ¡qué! ¿no tienes padres, cuya delicia eres? ¿No te queda tu talento, don más raro y precioso que el mudable afecto de una criatura frágil? ¿No es nada para ti el haber consolado este corazón enfermo, que se alienta, se vivifica para amarte? ¡Oh! mi hija no puede ser tu esposa, pero tú puedes, Huberto, ser el ángel salvador de su padre, el amigo y apoyo de mi vejez cercana. ¿Me lo niegas? ¿No quieres vivir glorioso artista, hijo adorado, amigo bendecido? Esa alma grande, ¿no tiene espacio sino para un afecto? ¿Llegarán tantos a su puerta y la hallarán cerrada para siempre por el egoísmo del dolor?

Huberto, por toda respuesta, se arrojó sollozando entre los brazos del padre de su amada.

Lo había vencido, lo había desarmado.

Conocíolo monsieur Caillard y aprovechó el momento.

– Júrame –le dijo–, que no intentarás nada contra tu rival, y nada tampoco para hacer que rompa sus empeños Josefina en desdoro de su honra.

– ¡Señor! –articuló el joven con resolución dolorosa–, juro alejarme mañana de Marsella para no volver nunca.

– Sea, si así te conviene –repuso monsieur Caillard–. No por eso estaremos largo tiempo sin vernos. Vete, hijo mío, con las bendiciones de Dios y las que te tributa mi alma... Dentro de algunos meses nos reuniremos en París. Iré a tomar parte en los aplausos de tus triunfos, a enorgullecerme de tu gloria.

– ¡Adiós! ¡adiós!... –dijo el amante, que ya no podía resistir más–. Llevo un consuelo, señor, en la creencia de que os acordaréis de mí y seréis un amigo para mi familia... ¡para mi amada familia, que voy a abandonar! Os la recomiendo...

– Tus padres son ya mis hermanos –respondió el viudo–, tus hermanas mis hijas. ¡Huberto! nos unen lazos que nada bastará a romper.

– En cuanto a ella –añadió el joven con casi ininteligible acento–, decidla sólo, cuando juzguéis que la sea grato oírlo, decidla que he sido fiel siempre; que nunca dejaré de amarla, que mi último ruego será por su felicidad, mi última palabra su nombre, mi último suspiro para ella...

Monsieur Caillard no pudo contestar. Ahogado casi por el llanto, estrechó al artista contra su pecho, besó su cabeza repetidas veces, y arrancándose con violencia de sus brazos, salió a la calle corriendo como loco, y –olvidando que tenía allí carruaje–, se dirigió a su su casa maquinalmente, a pie, sin sombrero, chocando con cuantos encontraba al paso.

CAPITULO IX

Los últimos adioses

Todo había concluido para Huberto.

Aquel era el último día que pasaría en Marsella con su cara familia, cerca aún de Josefina...

Cual si lo presintieran madame Robert y sus hijas, no se le separaban ni un instante, colmándole de halagos y expresándole los extremos de un cariño, que en tales circunstancias era nuevo tormento para el pobre desterrado.

Tuvo, sin embargo, bastante dominio sobre sí para fingirse sereno, sin dejar de mostrarse afectuoso, y después de la comida –en la que hubo cordiales brindis por su felicidad y por su gloria–, salió a ajustar una silla de posta para la mañana siguiente, y a recorrer en despedida los lugares que iba a abandonar sin intención de retorno.

No se atrevió a aproximarse a la morada de la señorita Caillard –que debía ser madame de S..., dentro de breves días–; pero la contempló desde lejos, y desde lejos envió tiernos adioses al jardín y a la reja, testigos únicos de los rápidos momentos de su fugitiva ventura.

Luego se dirigió al muelle. Había dispuesto de antemano que le llevaran su barca, y la encontró, en efecto, atracada a la embocadura casi del canal, cerca de la sanidad (*Intendance Sanitaire*).

Empezaba a soplar el N.O., si bien débilmente todavía, y a pesar del miedo que infunde dicho viento a los pescadores de aquel golfo, nuestro protagonista saltó ligero a su débil esquife, soltó la amarra y desplegó atrevido su blanca vela latina.

Quería salir de la ensenada para contemplar de frente a la hermosa ciudad de sus recuerdos, despidiéndose al mismo tiempo de aquellas olas amigas, que tantas veces habían mecido y arrullado apacibles sus dolores y sus esperanzas.

Deteníanse a mirarlo los paseantes del muelle, y dos de ellos –que se dirigían hacia el fuerte de San Juan–, trocaron entre sí las siguientes palabras.

– ¡Ved! es el galán barquero, que vuelve a aparecer con su coqueta embarcación. Mal día ha escogido para reconciliarse con su antiguo amigo el Mediterráneo. El cielo ostenta la pérfida serenidad que acompaña comúnmente al *mistral*; pero si él arrecia, como temo, no faltarán esta noche desastres en nuestras costas.

– ¡Qué osado! Abandona el timón, dejando la barca al capricho del viento, fuera ya del canal, y se extasía muy descuidado en la contemplación de no sé qué cosa que me parece distinguir en sus manos.

– Para darnos este curioso espectáculo se ha vestido hoy como un príncipe.

– Siempre ha usado trajes poco conformes con su oscura clase.

– Hay quien piense que es un noble antojadizo y calavera, que toma por diversión el hacerse objeto de curiosidad pública.

– ¡Cuidado no pague cara su extravagancia en la presente ocasión! El traidor terral va hinchando las narices a toda prisa. Mirad cómo se engruesa la marejada y sacude de lo lindo a la pobre barca, metiéndola entre las islas.

– Pues si no veo mal, el barquero sigue, a pesar de todo, en su enajenamiento inconcebible.

– Cierto. La barquilla va completamente al garete.

– ¡Uf!... por poco se estrella contra las rocas de Ratonneau. ¿En qué diablos piensa ese loco?

– Su abstracción parece tal, que acaso tenga la ventaja de morir sin apercibirse de ello.

– Apretemos el paso, amigo. El temporal se desencadena de veras, y el esquife se perderá pronto de vista. ¡Vaya con Dios!

– Decid más bien, descanse en paz. Mucho será si logra contar la fiesta el barquero temerario. Su peligro se va haciendo muy serio.

Era así. Los violentos tumbos de la barca –arrojada ya mar adentro–, se lo advirtieron, por fin, al ensimismado Huberto.

Había pasado, a la merced del viento y de las olas, por entre el grupo de islillas (en que pudo ser cien veces estrellado), sin cuidarse más que de contemplar –cubriéndolo de besos y de lágrimas–, el pañuelo de batista robado a Josefina; pero sucedía a aquel desapercibido riesgo, otro no menos grave, que se le presentaba en toda su inminencia.

Metido sin saber cómo en el temible golfo, que se embravecía por momentos, érale muy difícil coger costa –aun apurando todos sus esfuerzos–, y el fragilísimo esquife, juguete ya de los conjurados elementos, no podía resistir evidentemente una hora siquiera de tan desigual lucha.

Hubo un momento entonces en que, asaltada el alma de nuestro héroe por tempestad más fiera que la que amenazaba su vida, se preguntó a sí propio si merecía ésta la pena de ser conservada a costa de fatigas. Si la muerte, que le salía al paso, no era –más bien que un enemigo contra el que conviniese batallar–, un auxiliar generoso que acudía oportunamente a cumplir los votos de su corazón fatigado.

Los negros senos del mar tuvieron para él cierta atracción magnética. Parecióle que aquella voz fúnebre, cada vez más potente, sólo se alzaba para convidarle al reposo, y que

su cabeza –turbada por los vertiginosos vórtices en que se sumergían ávidas sus miradas–, se inclinaba con instintivo placer hacia el frío lecho que podía apagar los febriles hervores del atormentador pensamiento.

No le era menester esfuerzo alguno para acogerse a aquel único puerto accesible a la desesperación de su alma. Bastábale seguir besando en amoroso éxtasis el blanco pañuelo, impregnado todavía de los suaves efluvios de su adorada virgen...

¡Aquella tentación superaba en violencia a cuantas hasta entonces le suscitara el infierno!

Presa de ella el infeliz amante, arrebatado por el rugiente oleaje, que ora le alzaba sobre montes de espuma, como para romper sus lazos con el mundo, ora le precipitaba con ímpetu, como para hacerle probar la fácil cercanía del sepulcro, volvió hacia Marsella su semblante, donde brillaba una esperanza siniestra, y dirigió a su amada y a su familia último e inarticulado adiós.

En aquel momento un terrible golpe de viento tronchó la débil entena de la barca, que zozobró crujiendo, y nueva oleada le pasó bramando por encima, pareciendo haberla sepultado.

Pero ¡no! *la mística estrella de los mares* velaba desde inmutable esfera, sobre el que tantas veces le había saludado y bendecido.

"La fuerza de vivir –ha dicho un escritor moderno–, constituye esencialmente parte del genio. No es perfume sutil, que se evapora al sacudir el vidrio que lo encierra; es fortificante viático, que sostiene maravillosamente a quien lo posee, durante los azares del camino."

Huberto lo experimentó así en el punto mismo en que contempló frente a frente a la muerte, en medio de la doble tempestad de la naturaleza y de su espíritu. Lo experimentó así, y se resolvió a luchar contra ambas... a luchar con brío, con perseverancia, como quien comprendía al cabo que el infortunio es una carga gloriosa que la Providencia hace pesar comúnmente sobre los seres predilectos, cuyas superiores fuerzas quiere ejercitar, porque no les es posible la cobardía de rendirse.

La empresa se presentaba ardua, pero fue acometida heroicamente.

Desembarazó el joven la barca de su vela y entena destrozadas, juntó todas sus fuerzas, empuñó los remos y empezó a bogar en dirección a la costa.

No amainaba el N.O., no calmaba el mar grueso sus furiosos embates... pero tampoco el barquero aflojaba un momento sus esfuerzos indescribibles, y –aunque siempre *a la ronza* y trabajosamente–, iba el esquife adelantando.

Premió, por último, la victoria el valor de aquella desigual lucha. Huberto cogió costa por el lado del faro, cuando la noche empezaba a tender su velo, enlutando un firmamento que se había conservado claro y hermoso, cual indiferente testigo de los trastornos que presidía y contemplaba.

Destilando agua de sus vestidos y de sus cabellos, cruzado de brazos, de pie sobre la arena que con tantas fatigas acababa de ganar, quedóse largo rato el artista, fijos los ojos en el abandonado esquife.

Como si quisiera vengarse de aquel fragilísimo leño, que había osado resistirle al poderoso mandato de la voluntad del hombre, posesionóse de él con nueva furia el irritado mar al verlo desamparado, y haciéndole mísero juguete de sus pujantes caprichos, lo revolcó algún tiempo entre sus espumantes olas, alejándole sin cesar de la playa, que había tocado victorioso.

Seguíale Huberto con tristísima mirada, y cuando aquel punto blanco –arrebatado entre oleadas–, casi se le presentó imperceptible, no pudo menos de exclamar, temblándole la voz y oprimiéndosele el alma.

– ¡Adiós, mi pobre compañera! ¡El Mediterráneo no volverá a mecernos!... Corres a perderte en sus líquidas soledades, como yo en los desiertos del mundo. ¡Adiós! Llevas a tu sepulcro mis santas ilusiones, mis juveniles esperanzas... Mi cuerpo puede sobrevivirte, pero mi corazón muere contigo

Como respondiendo a aquella melancólica despedida, la barquilla se levantó un instante todavía sobre la hinchada ola que la arrebataba, y Huberto pudo distinguir por última vez el punto blanco que perseguían sus ojos.

Luego una nueva ola le cubrió de repente, y desapareció para siempre entre las sombras y el mar.

Mezcló Huberto una lágrima con las espumas que la marejada triunfante vino arrojar a sus pies, y murmuró todavía un postrero y tristísimo adiós.

La noche había cerrado mientras tanto. Al través de sus tinieblas y del polvo que levantaba el viento en la arenosa ribera, se encaminó lentamente nuestro protagonista al hogar paterno, cuyo santo techo iba por última vez a cobijar su sueño.

Gracias a las fatigas de aquella tarde, logró dormir gran parte de la noche, pero entre fantásticos pavores de continuas pesadillas, que ya le representaban el casamiento de Josefina con su rival odioso, ya su pobre barquilla yéndose a pique y respondiendo con momentánea aparición a su fúnebre despedida.

No le porporcionó el día mayor alivio. Presentóse denso y triste como su espíritu, haciendo pesar sobre sus nervios irritados una atmósfera de plomo.

La silla de posta no debía partir hasta las nueve, y su familia –levantada desde temprano–, se hallaba reunida a las ocho, esperándolo para almorzar y despedirlo.

El, sin valor ni fuerzas para nuevas emociones, trazó algunas líneas afectuosas, que dejó sobre su mesa, y se marchó sin ser visto, por una puerta trasera.

Durante el tránsito, dirigía a Marsella los últimos adioses que no osaba dar a su familia; pero adioses mudos, del corazón, adioses que sólo brotaban del pecho en ahogados suspiros.

Las nueve sonaron sucesivamente en todas las torres de la ciudad.

Entró el viajero en la silla, y –cerrando los cristales de las portezuelas–, sacó de su seno el pañuelo consabido, y cubriéndose con él la cara rompió a llorar como un niño.

Los caballos partieron a galope al mismo tiempo, entre los alegres gritos del postillón y los chasquidos del látigo con que el conductor los animaba.

De repente una voz estentórea, que se hizo oír entre todo aquel ruido, exclamó repetidas veces a espaldas del carruaje:

– ¡Para, detente, cochero! ¡para con mil demonios!

La silla disminuyó su velocidad, pero antes que se detuviera naturalmente, se le atravesó, cerrándole el paso, otro coche más ligero.

Abrió la portezuela el artista y sacó la cabeza para informarse de lo que ocurría. Vio entonces a monsieur Caillard, que, saltando del carruaje atravesado, corría como loco al suyo.

– ¿Qué es esto? –preguntó Huberto sorprendido.

– ¡Pardiez! –exclamó casi sin aliento el padre de Josefina–. Si tardo un minuto no os encuentro a mi alcance; y me hubiera sido preciso seguiros hasta París.

– Señor –tartamudeó el joven–, ¿qué motivo puede existir para que os impusierais semejante fatiga? No quisiera que nadie agravase mi dolor con tristes despedidas.

– No se trata de eso –respondió monsieur Caillard, arrancándolo de su asiento con la fuerza de un Hércules–. ¡Bajad! ¡Venid! Dejaremos a Marsella; pero será dentro de algunos meses, cuando yo haya arreglado mis asuntos... y entonces no tendremos que despedirnos de persona alguna querida, porque a todas nos las llevaremos con nosotros. ¡Ea! Subid a mi carruaje. ¡Vivo, vivo! Josefina estará ansiosa. Ahora, cochero, a casa.

Voló el carruaje llevándose a los dos, y mientras desempedraba las calles en dirección a la Canebière, nuestro héroe –que temía estar soñando–, acertó apenas a decir a su compañero:

– ¿Querréis explicarme lo que esto significa?

– Sí, amigo mío –contestó el ex mercader, sacando un papel de su faltriquera. Significa que hoy mataría yo al hombre con quien vos queríais hacer otro tanto ayer, si no mediase la circunstancia de que –en justicia–, tanto vos como yo debemos bendecirle. Leed esta carta, y lo comprenderéis todo.

Huberto devoró, en efecto, las siguientes líneas, terminando la última en el momento en que el coche se detenía a la ancha puerta de la última casa de la Canebière, cerca del paseo público:

"A Monsieur Caillard.

"Señor: Después de una noche de insomnio y de combates, me dirijo a vos, confesándoos lealmente la situación difícil en que me hallo.

"Cifraba mi dicha en unirme con lazo indisoluble a la señorita vuestra apreciable hija; pero cuando aguardaba al dignísimo deudo que me ha servido de padre y debía conducirme a las nupciales aras, recibo una carta suya, en la que –retirando la aprobación concedida antes a mis votos–, me declara del modo más explícito que ha descubierto la existencia de insuperables obstáculos, que le obligarán siempre a rehusar su patrocinio al matrimonio concertado; no obstante el alto concepto que le merce la señorita Caillard y la general estimación que goza justamente su familia.

"El respeto profundo con que he acatado toda mi vida las voluntades que hoy me son contrarias, no hubiera quizá bastado en esta ocasión para decidirme a un sacrificio el más duro para mi alma, si no cooperase en su auxilio otra consideración gravísima, que es oportuno conozcáis. Señor, vuestra hermosa hija, aunque aceptó voluntariamente al parecer los sentimientos que me inspira, oculta mal después la tristeza, y aun casi puedo decir el arrepentimiento, con que ve acercarse el día que yo osé esperar le fuese tan grato como a mí mismo.

"He luchado algún tiempo con las amargas desconfianzas que tal observación ha despertado en mí; pero hoy que acaso providencialmente, ocurre inesperado obstáculo para un enlace que haría tal vez la desgracia de vuestra hija, me juzgo en el deber de manifestaros que por mi parte la restituyo la libertad que parece anhelar, deseando que ella y vos hagáis justicia al noble sentimiento que me dicta tal conducta, y dejándoos dueños de fundar en aquel o en otro cualquier motivo que más os satisfaga, la razón de un rompimiento que –si me priva del gusto de llamaros padre–, no alterará nunca el verdadero aprecio con que seré siempre vuestro fiel amigo.

El Caballero de S..."

CONCLUSION

Cuarto cinco de Junio

El cinco de junio de 1755 daba un banquete madame de Pompadour en su hermoso palacio del Elíseo.

Concurría a él todo su círculo de confianza, en que entraban títulos, literatos, filósofos, pintores, músicos y mujeres de moda. Ella se complacía en dar a sus reuniones cierto carácter intelectual y universal a la vez.

La de aquel día era una afectuosa despedida a monsieur Huberto Robert, de cuyo matrimonio con la señorita Josefina Caillard –celebrado el 10 de febrero en la capilla de Versalles–, había sido madrina la favorita, cumpliendo su palabra empeñada.

Los asistentes a dicha ceremonia aseguraban que pocas veces la habían visto tan linda, animada y risueña, como mientras presenciaba aquel enlace, formado bajo sus auspicios. Hubo, empero, que lamentar la imprudencia que cometió, exponiéndose sin precaución a una corriente de aire; causa de que en el momento de abrazar cordialmente a la joven desposada –concluido el solemne acto–, le acometiera un desmayo, que, obligándola a retirarse, turbó no poco la general alegría.

Este desagradable accidente no impidió que a la siguiente mañana mandase la madrina a los recién casados sus regalos de ley, entre los que se contaba una licencia real para que el guardacuadros, conservando su empleo, pudiese inmediatamente marcharse a Italia, pasando allá los años necesarios a perfeccionarse en su arte.

Larga y grave dolencia que padeció monsieur Caillard, imposibilitó a sus hijos de emprender el viaje tan pronto como Su Majestad parecía desearlo; pero restablecido completamente el enfermo –al cabo de tres meses, dedicados por los jóvenes esposos a su exclusiva asistencia–, se comenzaron con calor los preparativos de marcha, fijando para ésta el cinco de junio, día tan señalado en la vida de ambos.

La marquesa no había vuelto a verlos desde la noche de las nupcias; pero la misma mañana en que ellos fueron a Versalles a fin de tomar órdenes del rey, se trasladó ella a París, para despedirlos a su vuelta con obsequios dignos de la amistad con que le placía honrarlos.

Elegido para el banquete aquel mismo cinco en que debió ser la partida, se difirió ésta hasta la madrugada del día siguiente, que también era para los dos amantes memorable y fausto aniversario.

Carruajes lujosos y modestos, cuyo ruido prestaba nueva animación al aristocrático barrio de San Honorato, se detenían por instantes, la tarde del expresado día, a la blasonada puerta del palacio del Elíseo, cuyos vastos salones, decorados profusamente con púrpuras, oro, estatuas, pinturas, espejos, flores y pebeteros orientales, fueron invadidos muy pronto por lucida concurrencia.

Veíanse allí, al lado de notabilidades sociales, todas las eminencias del talento: el casi centenario Fontenelle, cuyo *esprit pétillant* en la conversación no helaron nunca ni la gravedad de los estudios científicos ni los hielos de la vejez; el serio Malesherbes, que en la fuerza de su viril juventud mostraba la inflexible firmeza con que quince años después dirigió a Luis XV sus célebres *Remontrances*, y más tarde desafió a la guillotina presentándose a defender a Luis XVI ante la Convención Nacional; el trágico Crebillon, que a los ochenta y un años acababa de dar a la escena su última producción, cuyo éxito –merced al patrocinio de la bella Juana Antonia–, aun pudo recordarle aquellos ruidosos triunfos de que se encelaba (desterrado entonces de París) el autor de *Zaira* y de *Mahoma*; el afortunado Marivaux, que hacía con sus comedias las delicias de la corte; el ingenioso Marmontel, en cuya juvenil frente se ostentaban numerosos lauros académicos, de que se envanecía su protectora; Helvecio, que se presentaba por primera vez con su distinguida consorte; Latour, a quien abrió su santuario el mundo aristocrático, desde que con su magnífico retrato de la favorita mereció que el rey lo abrazase; Pigalle, sobrenombrado el Fidias de la Francia; Greuze, creador de un género en que no tuvo rivales; Mondonville, compositor de moda, Vanloo, primer pintor de cámara... y otros varios artistas, confundidos entre galanas beldades.

A todos les hacía los honores –llena de gracia exquisita–, la señora de la casa, que vestía riquísimo traje de brocado azul y plata, y estaba peinada del modo elegante y coqueto que llevó siempre su nombre, resaltando entre su empolvado cabello pequeños grupos de trémulas estrellas brillantes.

No había uno que no declarase en alta voz que entonces, como nunca, tocaba el apogeo de la belleza. Sonreía ella halagüeñamente al oírlo; pero cuando –al pasar delante de un espejo–, arrojó sobre su imagen una mirada furtiva, trocóse en amarga la expresión de aquella dulce sonrisa; porque comprendió al momento que ni el brillante carmín que enrojecía sus labios y dibujaba rosas en sus mejillas; ni la amplitud y calculados follajes del vestido, que artificialmente redondeaban sus formas; ni la misma sobreexcitación nerviosa, que avivaba el fuego de sus ojos, alcanzaban a disimular por completo la palidez, el demacramiento y la tristeza, que iban ajando lenta pero progresivamente la ponderada frescura de sus encantos.

Minutos antes de la hora del banquete se presentó el héroe de la fiesta, llevando del brazo a su hermosa compañera; cuyo tipo criollo había hecho gran efecto en la corte durante su breve aparición en Versalles.

Conservaba Josefina el mismo gusto por la sencillez que la distinguía de doncella. Su traje pajizo tenía por todo adorno algunos *bouquets* de pensamientos, delicadas flores que coronaban también, en doble guirnalda, las profusas trenzas y ondulantes rizos de su cabellera de ébano, cuyo lustre natural jamás encubría el polvo, extravagante moda cortesana.

La felicidad había restituido a la esbelta hija de Cuba aquel suave matiz de la juventud y la salud, que esmaltaba de continuo –sin colorarlo nunca demasiado–, el gracioso

trigueño de su cutis fino, terso y casi transparente. Su talle mórbido y elástico parecía vaciado por el molde de la Venus de Praxíteles; su redonda y fresca espalda, así como sus brazos –inimitablemente contorneados–, presentaban una perfección que la misma idealidad del arte no podría reproducir sin trabajo; su rostro armónico, lleno a la vez de ingenua dulzura y de vivacidad inteligente, se iluminaba a intervalos por tropicales fulgores de unos ojos magníficos; que tan pronto lanzaban rayos irresistibles desde lo profundo de sus negras pupilas, como se velaban tímidos bajo la sombra de sus largos párpados y pestañas, dejando entrever apenas amortiguados reflejos de misteriosa llama.

Aquel semblante –que en medio de su animación apasionada conservaba algo de la inocencia infantil en su sonrisa y su gesto–, ofrecía cierto contraste singular con la riqueza de las formas de su cuerpo, vigorosamente desenvuelto según el tipo más acabado de hermosura femenil, y aun se repetía la impresión de tan extraño concierto al observar la amalgama de un donaire español que arrebataba, con una dignidad modesta que imponía, aun en sus momentos de muelle languidez criolla.

Elocuente susurro de admiración acogió en los dorados salones de la marquesa a la joven esposa del artista.

Ella se ruborizó, poniéndose aún más bella. El se sonrió con ufanía, mostrándose más amable: Juana Antonia sonrió también, como satisfecha del éxito de su ahijada; pero le temblaron los labios convulsivamente al felicitarla, por él.

– ¡Qué divina mujer es la marquesa! –dijo llena de buena fe la recién casada a su marido–. Si yo la hubiera conocido antes, en el tiempo de mis sospechas, creo que hubiera perdido la esperanza; pues para rival es muy temible.

– ¡Oh! –respondió Huberto con acento algo conmovido–, sólo un insensato podría hallarte rivales en el mundo.

– Sin embargo –replicó Josefina sonriendo–, hay en esa señora un no sé qué tan atractivo, tal fuerza de fascinación en su mirada, que juzgo imposible pudiera no amarla con delirio aquel por quien ella quisiera ser amada.

En tal instante Juana Antonia –apoyada en el brazo del duque de Luxembourg, volvía los ojos hacia la juvenil pareja, invitándola con gracioso ademán a que la siguiera al comedor.

La esposa sintió estremecerse el brazo a que iba asida; pero antes de que tuviera tiempo de darse cuenta del porqué, oyó a Huberto decirla:

– Estoy seguro de que ella no ha amado nunca más que al rey, como yo no amaré jamás a otra que a mi tierna Josefina.

Todos los convidados ocuparon sus puestos en la mesa, y en breve sazonó la comida animada conversación.

La sociedad tenía mucho de artística; por consiguiente la chismografía cortesana no fue en esta ocasión la que hizo todo el gasto.

– Marquesa, voy a daros una buena noticia –dijo el príncipe de Soubise–. He descubierto que nuestro viejo Marivaux, que aparenta dormirse sobre sus laureles, está escribiendo una obra deliciosa que quitará el cetro a la *Sorpresa del amor*, cuya representación os valió tantos aplausos como inimitable actriz.

– Sea bien venida la nueva producción, querido príncipe. He allí a Mondonville, que se me quejaba hace poco de la escasez de producciones teatrales.

– Verdaderamente, señora Marquesa, desde que tuve la gloria de veros representar mi

Venus, ardo en inútil afán por conseguir algún bonito libreto para otra opereta que pueda pretender igual triunfo.

– La comedia que yo escribo –observó Marivaux–, no se presta a la música.

– ¿Y no podría Marmontel, que todo lo hace con facilidad, suministrar a nuestro *virtuoso* el bonito libreto que solicita? –preguntó una dama.

– ¡Ah, señora! –respondió con alguna fatuidad el joven lemosín–, *El Mercurio* me pide sin cesar cuentos morales, porque les debe su boga; los enciclopedistas se muestran siempre ávidos de mis artículos literarios; y Lekain, nuestro gran actor, me persigue reclamando tragedias. Decid si es posible, a menos de multiplicarme, satisfacerlos a todos.

– A propósito de tragedias, señoras y señores –dijo Helvecio–. He oído asegurar que *El Triunvirato*, de nuestro amigo Crebillon, ha merecido elogios del descontentadizo Voltaire.

– ¡Hum!... –pronunció el autor octogenario, frunciendo el entrecejo–, si eso es así, señora Marquesa, habéis hecho mal seguramente en sacarme de la oscuridad en que vegetaba, olvidado como mueble inútil.

Hubo entonces momento de risa general, que terminó la mujer de Helvecio, declarando confidencialmente que su marido también se había divorciado de las Musas –halagüeñas con sus primeros días juveniles–, para contraer más durables empeños con la grave filosofía.

Fontenelle preguntó al antiguo administrador de la hacienda regia si saldría pronto a luz el primer fruto de aquel nuevo consorcio, y todos celebraron la fausta noticia (que les fue comunicada en confianza), de que no pasaría mucho sin aparecer en el estadio de la publicidad, el después famoso libro del *Esprit*, cuyo árido materialismo debía dar solemne mentís a cuantos habían atribuido al autor dotes felices de poético ingenio.

– Puesto que hablamos de música y de filosofía –dijo el mariscal de Luxembourg–, ¿os acordáis, Marquesa, del *Adivino de la aldea*, representado por primera vez en Fontainebleau, hace como tres años?

– Ciertamente –contestó Juana Antonia–, el rey, a quien agradó en extremo aquella original música, quiso conocer al compositor, pero, según se supo, era una especie de oso montaraz de la Suiza, que huyó espantado al ruido de los aplausos.

– Tiene por nombre Juan Jacobo Rousseau –dijo Malesherbes–, y es el mismo, si no me engaño, que en un notabilísimo discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, obtuvo un año después merecido premio de la Academia de Dijon, que ya en otro certamen le había también galardonado.

– En efecto, –repuso el mariscal–, eso era lo que quería decir a madame Pompadour. Sólo añadiré que voy a tener por vecino *al oso* en mi posesión de Montmorency, donde se le construye una especie de *jaula*, según diseño dado por él mismo. Me llevaré chasco si no salen de allí obras destinadas a hacer ruido en el mundo.

– ¿De música? –preguntó Mondonville.

– ¡Oh, no! –dijo el mariscal–, parece que ha desertado de su campo, como monsieur Helvecio del de la poesía.

– Son imperdonables tales desertores –pronunció sonriendo Juana Antonia–, mejor diré tales apóstatas, de lo que hay más bello en el mundo.

– ¡Ah! –murmuró entre dientes Malesherbes, como si sólo se dirigiese la palabra a sí mismo–, la apostasía de Helvecio no hará perder mucho al Parnaso, ni acaso dé a la filosofía sino un soplo más de egoísmo con que disecar el alma; pero Rousseau puede ser para ella un ariete terrible contra el edificio social.

Nadie escuchó este aparte del futuro ministro de Luis *el mártir*, y el príncipe de Soubise dijo galantemente a la marquesa:

– Si las Musas pierden aventajados adeptos, veis en cambio ensancharse por día, el glorioso templo de los que rinden culto al divino arte de Apeles, poseyendo en vos, sacerdotisa inspirada y tutelar omnipotente. Sólo en esta mesa tenemos, además del venturoso ahijado a quien despedimos para la tierra clásica en que brotan privilegiadamente los laureles de Guido, Rafael y Salvatore Rosa, otros varios representantes de una juventud artística que promete nuevas glorias a la patria de Lessuer, Pousin y Claudio Lorena. He allí a Lagrenée, a quien la Academia abre sus puertas, proclamándolo el Albano francés; a Greuze, que ha puesto en conmoción al mundo de los *amateurs* con la gracia infinita de su niña llorando por un pájaro... No digo nada de otros, cuya merecida reputación está ya confirmada por mayor número de años. Las Bellas Artes no se hallan, ciertamente de duelo, sino más bien de gala.

– Deseo tener la honra –dijo Latour–, de presentar a la señora de Pompadur un niño que apenas cuenta siete años, y anuncia en su precoz disposición un genio artístico de primer orden.

– ¿Su nombre?

– Santiago Luis David.

– Pues de precocidades se trata –añadió Marmontel–, sabed, señora, que tengo también un amiguito que aún no ha cumplido el tercer lustro, y me pide ya con empeño libretos de óperas cómicas. Se llama Andrés Ernesto Gretry, y –si cumple lo que promete su vocación prematura–, será el Molière de la música.

– La ciencia puede citar hoy, igualmente, tempranas flores en su campo, menos fértil que el de las artes –dijo Fontenelle–. La ilustre familia de Condorcet cuenta entre sus miembros un muchacho de doce años, que –como Pascal– resuelve a esa edad difíciles problemas de geometría. Condillac tenía escrita, según me ha dicho, antes de tocar al quinto lustro, su primera obra de metafísica. Buffon se nos dio conocer desde el comienzo del cuarto por sus notables experiencias de física; pero el rapaz de que hablo nos regalará probablemente frutos más anticipados.

– ¡Bueno! –exclamó la marquesa–. Celebro que aparezcan tantas nuevas lumbreras en el horizonte de la inteligencia, reemplazando a otras que se nos van oscureciendo.

– ¡Ah! –dijo Malesherbes–, la que hemos visto extinguirse últimamente deja un vacío, señora, imposible de llenar. La jurisprudencia, la filosofía, las letras lloran a la par irreparable pérdida, y la beneficencia se une a ellas, proclamando que el sabio, el gran magistrado, el escritor profundo, merecía, además, el no menos glorioso título de padre de los pobres.

– Ciertamente –añadió Helvecio–; de eso hablábamos hoy Diderot y yo con su deudo, el caballero de S..., que ha venido a París expresamente para visitar su tumba. Nos ha referido rasgos patéticos de la caridad de su ex tutor, a quien debe grandes obligaciones, y al que profesó siempre tal respeto, que sólo por complacerle deshizo un matrimonio de inclinación que iba a contraer en Marsella.

– ¿Oyes, Huberto? –pronunció Josefina, muy bajito al oído de su esposo.

– ¡Sí, sí, calla! –contestó el joven, que escuchaba con gran interés la conversación entablada.

– ¿Habéis sabido, Marquesa, cierto interesante episodio de la vida del ilustre difunto, que ha sido divulgado en estos días? –preguntó el príncipe de Soubise.

– No, referídmela, si os place.

– Los albaces del grande hombre hallaron entre sus papeles una nota de 7.500 libras, enviadas a un tal M. Main, de Cádiz, y aunque dicho apunte tenía pasada una raya, como señal de ser ya inútil, se le preguntó por curiosidad al negociante nombrado qué objeto tuviera la libranza de aquella suma. La contestación ha sido que, según órdenes del librador, se había empleado en rescatar a un marsellés, cautivo por los moros de Tetuán.

– ¡Un marsellés! –exclamó la favorita mirando a Huberto, que había dejado caer la copa que llevaba a sus labios.

– Sí, el célebre castellano de la Breda visitaba muchos veranos a su hermana madame d'Hericourt, residente en la bella ciudad de la Provenza.

– ¡Su nombre! ¡su nombre! –gritó nuestro héroe con voz trémula, poniéndose en pie sin miramiento a nada–. ¡Decidme su nombre!

– El del cautivo rescatado era Robert, como el vuestro, si no me engaña la memoria.

– ¡El de su libertador! ¡hablad! ¿Cuál es el nombre de su libertador misterioso?

– ¿No habéis atendido a la conversación? –dijo la marquesa–. Se hablaba de Carlos de Secondat, barón de Montesquieu, muerto en París el 10 de febrero de este año.

– ¡El 10 de febrero! –exclamó Huberto –. ¡Cómo! ¿Aquel día en que se celebraban mis bodas, en que se completaba la dicha de que él había sido doblemente autor; aquel día mismo expiraba cerca de mí el ángel tutelar de mi familia? ¿Permaneció, pues, en la tierra sólo hasta completar invisible la obra de su bondad, y fue a recibir el premio eterno desdeñando el humilde de la gratitud humana?

El hermoso semblante del artista se cubrió de lágrimas, que embargaron su voz por un momento; mientras todos le miraban, suspendiendo la comida, con asombro unos y enternecimiento otros.

– Calmaos, monsieur Robert–, comenzó a decir la marquesa, pero antes que terminara su frase, el joven –fuera de sí–, levantó de la mesa a Josefina, y arrancándola las flores que adornaban sus cabellos:

– ¡A su tumba! –exclamó– ¡a su tumba estas flores... ¡Ven, corramos! ¡Nuestro bienhechor espera la bendición de nuestra despedida!

Dichas estas palabras, y tomando del brazo a su hermosa compañera, dejó el salón pidiendo excusa a la marquesa y a los convidados, que abandonaron todos momentáneamente la mesa.

Media hora más tarde se hallaban arrodillados los dos recién casados ante la funeraria losa en que se leía el gran nombre del barón de Montesquieu. Las flores del banquete se esparcían sobre la sepultura, y las preces de la religión se elevaban silenciosas bajo la sombría bóveda de la capilla.

¡Ah! si en la eternidad conservan las almas alguna misteriosa relación con el precario globo que abandonaron; si les es dado contemplar desde las tranquilas esferas de lo inmutable las móviles escenas de la vida terrestre, sin duda, el célebre autor de las *Cartas persianas*, del *Ensayo sobre el gusto*, de las *Consideraciones sobre el origen de la grandeza y decadencia romana*, y del *Espíritu de las leyes*, –que vivirá lo que el mundo–, no se sentirá tan halagado por la gloria que le conservarán aquellas obras en generaciones sucesivas, como lo debió quedar en el cuarto cinco de junio de esta sencilla historia, al escuchar las bendiciones de las dos nobles criaturas que velaron toda la noche regando su tumba con el llanto del reconocimiento.

. . . . . .

. . . . . .

Nueve años después –cierta mañana de abril–, entraba en París ancho coche de viaje, llevando a su testera un gallardo caballero y una bellísima dama, ambos en la lozanía de la vida. Ocupando los asientos del frente, veíase a una corpulenta mulata, ya algo vieja, pero frescota aún, entreteniendo con figurillas de movimiento a cuatro preciosos niños que la rodeaban como un coro de ángeles.

El sol de Italia, que había oscurecido un tanto la antes alabastrina frente del joven padre de familia, y el carácter de viril gravedad impreso ya en su hermosa fisononomía, no le cambiaba de tal modo que no se reconociera con sólo una mirada al artista barquero, que regresaba a la patria, cumplido el tiempo de sus estudios en la tierra clásica del arte, precediéndole la alta reputación conquistada por sus dos bellas obras de las *Catacumbas de Roma* y el *Sepulcro de Mario.*

El coche se detuvo frente casi al gran edificio de la Real Academia de Bellas Artes, que pronto habría de abrir sus puertas al viajero, contándole con orgullo entre sus miembros más dignos, y ante la de una elegante casa, mansión de monsieur Caillard.

Esperaba éste a sus hijos en medio de la familia Robert, aumentada con los maridos y la prole de las dos señoritas, casadas ya ventajosamente, y excusado es decir que fue inmenso el general regocijo en aquella reunión, largo tiempo anhelada.

Huberto Robert, sin embargo, supo arrancarse de la felicidad que por todas partes le sonreía, para llenar deberes que conceptuaba sagrados.

Quería partir en seguida a besar la mano de su rey, y a poner a las plantas de su protectora la corona artística con que una ilustre academia italiana le había premiado, recientemente, en público certamen.

En efecto, dos horas después se dirigía a Versalles un ligero carruaje, que ocupaba él solo, y daban las cinco de fría y nebulosa tarde cuando descendió a la puerta principal del regio alcázar, que le era tan conocido.

En aquel mismo instante salía por otra puerta un ataúd sin blasones, que llevaban en hombros dos groseros gañanes.

Ningún amigo, ningún criado acompañaba como doliente al solitario cadáver, conducido de prisa, sin pompa fúnebre ni religiosas preces, a su última morada en la tierra.

Huberto Robert se detuvo a mirarlo con emoción inexplicable.

Mientras tanto, apareció Luix XV en el balcón más próximo, y notando que empezaba a lloviznar al dirigirse el féretro por la avenida de París, dijo bastante alto al duque de Fleuri, que asomaba la cabeza a su lado:

– ¡Pobre Pompadour! Creo que hará con mal tiempo su postrer viaje.

Aquel nombre hirió los oídos del artista, arrancándole un grito que hizo fijar en él las miradas del monarca. Pero aunque le reconoció éste, y hasta le llamó afectuosamente, el joven –sin saludarle siquiera–, echó a correr en seguimiento del solitario ataúd que se alejaba.

Pronto la lluvia se desató con fuerza; mas a pesar de ella y de la profunda oscuridad de destemplada noche, que les sobrecogió en el camino, siguió el esposo de Josefina, a pie y con la cabeza descubierta, acompañando al cadáver hasta dejarlo en el convento de las Capuchinas de París, donde entró en silencio, para sepultarse en modestísima tumba, la omnipotente favorita cuyos caprichos rigieron veinte años a la Francia.

La corona del artista, colocada por él mismo sobre la fría lápida, fue la única ofrenda consagrada a su memoria.

TEATRO

BALTASAR
(Tragedia)

PERSONAJES:

ELDA, sobrina de Daniel, joven de dieciséis años.

NITOCRIS, madre de Baltasar, cuarenta y cinco a cincuenta años.

BALTASAR, rey de Babilonia, de veintiocho a treinta años.

JOAQUIN, ex rey de Judea, muy anciano.

RUBEN, nieto suyo, de veinte años.

DANIEL, profeta hebreo, de cuarenta a cuarenta y cinco años.

RABSARES, cortesano, también de mediana edad.

NEREGEL, Ministro (ídem)

SATRAPA 1

SATRAPA 2

MAGO 1

MAGO 2

Sátrapas, Cortesanos, mujeres del Rey y del séquito de la Reina. Esclavos. Guardias. Pueblo.

ACTO PRIMERO

Prisión de Joaquín. Ventana alta, con reja de hierro, por la que penetra la luz que alumbra únicamente aquella lúgubre estancia.

ESCENA I

Joaquín, Elda. El primero sentado y pobremente vestido a la usanza hebrea. La segunda a sus pies, leyendo el Libro de los Profetas.

ELDA: *(Leyendo.)*
"¡Cúan triste y solitaria
de cien provincias la ciudad señora!
La que ayer reina, hoy viuda y tributaria
su duelo ostenta y su baldón devora.
Luto visten sus valles,
no hay en las aras de su Dios ofrendas;
la yerba crece en sus desiertas calles
y guardan muda soledad sus sendas".

JOAQUÍN: Hija, suspende un momento
tu triste y santa lectura.
¡De ese cuadro la amargura
grabada en mi alma siento!

ELDA: Voz también de Jeremías
es esta: escucha, señor,
y mitiguen tu dolor
las sagradas profecías.
(Leyendo.)
"Llegará tiempo en que del pueblo mío",
dice el Señor, "escucharé las preces,
y en su cáliz fatal romperé pío
antes que apure las postreras heces.
¡Oh virgen de Judá! Detén el llanto
y suspende la voz de tus gemidos,
que aún se unirá tu jubiloso canto
del címbalo y salterio a los sonidos!".

JOAQUÍN: Arrodíllate y bendice
de tus padres al Dios justo,
que por su profeta augusto
ya aplacado nos predice
misericordia y perdón.

ELDA: *(Arrodillada.)*
¡Bendito, bendito sea,
y que cumplida se vea
la dichosa predicción!

JOAQUÍN: *(Acariciando la cabeza de Elda con su trémula mano.)*
¡Pobre flor, que tu perfume
en esta mazmorra exhalas,
y cuyas virgíneas galas
mi triste aliento consume...!
¡Flor, que nacida entre abrojos
ni aun llanto tienes por riego;
pues ni aun lágrimas, del ciego
conservan los muertos ojos...!
¡Luzca pronto, luzca el día
que Dios te ofrece piadoso,
y al pobre ciego reposo
dé entonces la tumba fría!

ELDA: ¿Tú morir....? No, ten presente
que eres del Señor ungido,
y que al trono que has perdido
aún quiere alzarte clemente,
pues si alcanza redención
el pueblo que fue tu grey,
volverá en triunfo su rey
al solio de Salomón.

JOAQUÍN: De la grandeza pasada
ya ni aun conservo memoria,
¡Huyó cual humo mi gloria...,
miré mi púrpura hollada!
¡El cetro...! Mi flaca mano
alzarlo pudiera apenas,
después que infames cadenas
arrastra de un vil tirano.
Para diestra más pujante
guárdelo el Dios de David,
y aquel supremo adalid
me otorgue, cuando triunfante
a sus hijos rescatados
bajo su escudo reúna,
que en la tierra de mi cuna
rinda mis huesos cansados.

ELDA: ¿Pero y tus hijos?

JOAQUÍN: Mis hijos...
¿No me han prestado consuelo
del cautiverio en el suelo
y entre pesares prolijos?
Deles Dios la recompensa
y a ti también, Elda mía:
a ti, que animosa y pía,
en esta atmósfera densa
marchitando tu beldad,
tu juvenil atractivo,
eres para este cautivo
ángel de santa piedad.

ELDA: Sirvo a mi rey y a mi padre;
¿qué hay en ello que te asombre?

JOAQUÍN: ¡Ah...! Suprime el primer nombre:
basta que el otro me cuadre.
Tu padre, sí; de adopción
lo he sido siempre, y espero
serlo en breve verdadero
por una plácida unión.
Llegue, llegue presuroso,
cual Rubén anhela amante,
de vuestra boda el instante.

ELDA: En tu nieto generoso
no impera sólo el amor;
que aunque nacido en destierro
y bajo el yugo de hierro
del más indigno opresor,
no en balde sangre real
siente correr por sus venas...
¡Al compás de las cadenas
no alzará el himno nupcial!
Aguardemos: confianza
tengo en la augusta promesa.

JOAQUÍN: *(Levantándose.)*
Mi alma en el Dios que confiesa
pone también su esperanza.
Mas, ¡ay!, no ha mucho en vano
presumí que en nuestra suerte
cambio causase la muerte
de nuestro daño inhumano,
y Nabucodonosor
ya duerme en la tumba helada,

sin que nada ablande, ¡nada!,
a su infausto sucesor.

ELDA: Calla, que se acerca alguno.

JOAQUÍN: No son pasos de mi nieto.

ELDA: Suele venir sin objeto
tu carcelero importuno.
(Se adelanta a ver quién entra.)

ESCENA II

Los mismos, Nitocris, Rabsares

ELDA: *(Al ver a Nitocris y a Rabsares, que se detienen un instante en la puerta.)*
¡Ah...!

RABSARES: Señora, yo anunciarte
debo...

NITOCRIS: No es menester.
(Se adelanta.)

RABSARES: *(Aparte.)*
¡Mi instrumento vas a ser,
oh, reina!

NITOCRIS: *(Arrojando una mirada por aquel horrible calabozo. Aparte.)*
¡El alma se parte
de compasión!

JOAQUÍN: *(Bajo, a Elda.)*
¿Quién...?

ELDA: Lo ignoro.

NITOCRIS: *(Llegándose a ellos.)*
Los dioses os den salud.

ELDA: *(Saludándola.)*
Señora...

NITOCRIS: *(Mirándola con emoción.)*
(¡Qué juventud!)
Joaquín..., tu suerte deploro.

JOAQUÍN: ¿Quién eres tú, que hallas franca
la puerta de esta prisión?

NITOCRIS: Quien sabe tu situación,
que piedad del pecho arranca.
La madre de Baltasar.

JOAQUÍN: ¡La reina...!

NITOCRIS: La reina, sí,
que benigna llega aquí
vuestro infortunio a templar.

(A Elda.)

De Daniel, tu noble tío,
en mucho apreció el saber,
y anheló favorecer
por él al pueblo judío.

ELDA: ¡Oh, señora...!

JOAQUÍN: ¡Qué oigo!

NITOCRIS: *(A Elda.)*
Quiero
darle amparo a tu orfandad;
y obtener tu libertad
muy pronto, Joaquín, espero.
Poco ha que alcancé esa gracia
para tus hijos del mío,
y que no niegue confío
nuevo alivio a tu desgracia;
pues si aún no es llegado el día
de entera reparación,
consolarte en tu aflicción
será desde hoy mi alegría.

JOAQUÍN: Pueda mi alma agradecida...

NITOCRIS: Basta. Tú, virgen hermosa,
no en la cárcel tenebrosa
sepultes tu edad florida.
Junto a mí, y en el palacio,
asilo augusto te doy,
y a tener vas desde hoy
hogar, madre, luz y espacio.

ELDA: *(Con cierto pavor.)*
¡Yo...!

JOAQUÍN: Permite que a tus pies...

NITOCRIS: ¡No! ¡Levanta!

JOAQUÍN: Su hermosura
se marchita en esta impura
mazmorra... Sí, tú lo ves.
¡Cumple tu promesa...¡ !Salva
a ese ángel de mi destierro!

NITOCRIS: No le hallará en este encierro
de nuevo la luz del alba.

RABSARES: *(Aparte.)*
¡Mi designio se logró!

ELDA: *(A Joaquín con espanto.)*
¿Yo abandonarte...?

JOAQUÍN: Hija cara,
harto de tu piedad rara
el triste viejo abusó.

ELDA: ¡Nunca! Déjame a tu lado.
¡Tu cárcel es mi universo!

JOAQUÍN: El cielo me fuera adverso
si aceptara despiadado
tu sublime sacrificio.
No, Elda amada, sé dichosa,
de esta princesa gloriosa
recibiendo el beneficio.

NITOCRIS: Veros podréis con frecuencia.

JOAQUÍN: *(A Elda.)*
¿Oyes...?

ELDA: ¡Ah...!

JOAQUÍN: Verme podrás.

NITOCRIS: Y libre en breve.

JOAQUÍN: ¡Eso más!
¿Qué importa tan corta ausencia?

ELDA: *(Echándose en sus brazos.)*

¡Padre...!

JOAQUÍN: *(Estrechándola contra su corazón.)*
¡Oh hija...! ¡Oh hija...!

NITOCRIS: Os dejo
explayar vuestra ternura.
Ella sabrá en su cordura
seguir dócil el consejo
del que su padre apellida;
y tú, venerable anciano,
no afligido sino ufano,
recibe su despedida.
Para llevarla a mi lado
Rabsares volverá presto,
y yo a cumplirte me apresto
la esperanza que te he dado.
¡Las deidades que venero
cambian tu suerte enemiga!

JOAQUÍN: ¡Que a ti, oh reina, te bendiga
el sólo Dios verdadero!

NITOCRIS: *(A Rabsares, al salir.)*
Grato deber he cumplido,
Rabsares; gracias te debo.
(Se va.)

RABSARES: *(Al seguirla. Aparte.)*
Yo a dártelas no me atrevo,
aunque a mi antojo servido.

ESCENA III

Joaquín, Elda y después Rubén.

JOAQUÍN: ¿Ves cuán pronto del profeta
las promesas bienhechoras
van a cumplirse...? ¿Y tú lloras...?
¿De qué tu pecho se inquieta?

ELDA: Perdonadme, padre mío...
Razón mi espanto no tiene,
y aquí nuestro Rubén viene
para darme esfuerzo y brío.

RUBÉN: *(Que se supone ha encontrado a la Reina, y la sigue con la vista, sorprendido.)*
¡Es ella...! ¡Sí!

(Acercándose.)

¿Qué me anuncia
de Nitocris la visita?

JOAQUÍN: Que sea, oh hijo, bendita,
antes de todo pronuncia.

RUBÉN: ¡Padre...! ¡Me sorprendes tanto...!

JOAQUÍN: *(Señalando a Elda.)*
Ya no verás su belleza
marchitarse en la tristeza
y consumirse en el llanto.
Que ella propia te refiera
de su suerte la mudanza
y la imprevista esperanza
que hoy nos luce lisonjera;
yo entretanto en soledad
mil gracias rendiré a Dios,
encomendando los dos
a su infinita bondad.
(Se va por la puerta lateral, guiándole Elda, que vuelve a la escena.)

ESCENA IV

Rubén y luego Elda.

RUBÉN: *(Después de un momento de silencio.)*
¿Mi padre anuncia un cambio venturoso
y Elda los ojos baja estremecida...?
¿Qué quiere decir esto?
(A Elda, que vuelve llorosa.)
¡Por tu vida!
¡Habla presto, mi bien! ¡Habla a tu esposo!
¿Por qué lloras así?

ELDA: ¿Posible fuera
dejar esta mansión sin duelo y llanto,
si en ella vi correr mi edad primera
y aquí escuché tu juramento santo?

RUBÉN: ¿Es pues tu ausencia, ¡oh Dios!, tu ausencia impía
es el comienzo de la nueva suerte...?
¡Yo ni el cetro del mundo compraría
a precio, oh Elda, de cesar de verte!
¿Dónde quieren llevarte? ¿Con qué intento?

¿Qué dicha puede haber que yo ambicione
a trueque de tan bárbaro tormento...?
¿Quién la fatal separación dispone?
¡Dilo!

ELDA: La desventura que nos hiere
de Nitocris lastima el pecho egregio,
y darme asilo venerable quiere
de Babilonia en el alcázar regio,
cual principio feliz de otros favores.

RUBÉN: *(Con impetuosidad.)*
Yo los hubiera al punto rechazado.
"¡Y aquí!", le hubiese dicho, "¡aquí he pasado
todos mis goces, todos mis dolores!
En el recinto de tan triste estancia
mi juventud se alberga desvalida,
y aquí mi amante y yo desde la infancia
vivimos juntos de una misma vida;
bien como dos arbustos infelices
que bajo extraño sol lánguidos crecen,
y entrelazando ramas y raíces
arrimo mutuo y fraternal se ofrecen."

ELDA: Así le hablara yo, ¿mas no sería
con mi nación y con mi rey injusta,
si rechazando la clemencia augusta
la convirtiese en odio...? No debía
a tal riesgo exponerme; ni he podido.

RUBÉN: ¿Pero la reina?

ELDA: Aligerar el yugo
quiere de nuestro pueblo, y aún le plugo
aquí anunciar con labio conmovido,
la libertad del ciego desgraciado.

RUBÉN: ¡Qué dices...!

ELDA: Su piedad trocarse en saña
sin duda haré con mi repulsa extraña
y agravaré nuestro infeliz estado...
Pero dispuesta estoy si tú lo ordenas:
yo lo pospongo todo a tu deseo,
y en las dichas mayores nada veo
que me consuele de causar tus penas.

RUBÉN: No: no soy sordo del deber al grito.
Tengo una Patria..., un padre a quien adoro...
¡Acepta...! ¡Acepta, sí! Yo lo permito...
Yo te prometo sofocar mi lloro.

ELDA: Al escucharte se redobla el mío
inundando mi rostro.

RUBÉN: *(Tomándole la mano.)*
¡Virgen cara!
¡Amiga! ¡Hermana...! ¡Amante...! Yo confío
en que para bien nuestro nos separa
la Providencia. Término dichoso
a tantas pruebas compasivo el cielo
pondrá sin duda, y cumplirá mi anhelo
de verme pronto tu feliz esposo.

ELDA: En el fondo del alma brotar siento,
por más que la razón se esfuerza y lucha,
no sé qué vago, atroz presentimiento...

RUBÉN: *(Aparte.)*
¡También yo!

ELDA: ¡Ves cuál tiemblo!

RUBÉN: ¡Oh, Elda! Escucha.
Ya gozo libertad; nada me impide
correr a disfrutar donde tú mores
horas de dulce encanto. Sí; no llores.
Es grande el sacrificio que nos pide
el sagrado deber. ¡Mas grato es vernos
fuera de esta mazmorra, en que respiras
atmósfera letal!

ELDA: Doquier que miras,
¿no ves, ¡Rubén!, no ves recuerdos tiernos
que estimar debe el triste que los deja...?
Allí al primer destello matutino
(Señalando los sitios de que habla.)
que traspasaba por la angosta reja,
orábamos los dos al Ser Divino;
y el pajarillo que acudir solía
a recoger un grano de mi diestra,
sus dulces cantos jubiloso unía
al triste son de la plegaria nuestra.

Allá tomamos el frugal sustento
que antes bendijo la paterna mano,
y en ese banco se adurmió el anciano
dándole arrullo mi amoroso acento.

RUBÉN: ¡Ah!

ELDA: ¡Cuántas noches de vigilia inquieta,
en que medrosa se agitaba su alma,
tú le volviste la perdida calma,
con la santa lectura del profeta!
¡Cuántas mi mano con amor secaba
la última gota de su lloro amargo,
cuando en sus labios, con murmurio largo,
aún la postrera bendición vagaba!

RUBÉN: *(Vivamente conmovido.)*
¡Calla...!

ELDA: *(Señalando la ventana.)*
Esa nube, que celajes rojos
tiende del cielo en el azul brillante,
¡es la misma tal vez que nuestros ojos
ayer siguieron en su curso errante...!
¡Y luego, luego brillará la estrella
a que dimos los dos nombres ignotos,
y cada noche se aparece bella,
testigo a ser de nuestros tiernos votos!

RUBÉN: ¡No más...!

ELDA: ¿En dónde hallar estas memorias
de gozo y de dolor, dulces al pecho...?

RUBÉN: ¡Elda!

ELDA: ¿Qué resplandor de ajenas glorias
me hará olvidar la sombra de este techo?

RUBÉN: *(Mirando dentro.)*
¡Mi padre! Ten valor.

ELDA: Sí; no adivine
estas lágrimas...

RUBÉN: No: sécalas pía...
Sólo el deber tu corazón domine...
¡Mi fortaleza imita, esposa mía!
(Se adelanta a prestar apoyo al ciego.)

ESCENA V

Los mismos, Joaquín.

JOAQUÍN: *(Al tomar el brazo de Rubén.)*
¿Rendiste gracias al cielo
por las mercedes de hoy?

RUBÉN: ¿No lee en los corazones,
¡oh padre!, su excelso Autor?
Siéntate.
(Lo hace Joaquín.)
Pronto, lo espero,
dejarás esta prisión
tan horrible.

JOAQUÍN: Aunque quisiera
calentarme libre al sol,
y respirar auras puras
en vez de infecto vapor,
no por gozar tales bienes
mis vivos afanes son.
(A Elda.)
Cerca estarás de Nitocris:
si mereces su favor,
no olvides, ¡oh hija!, que esclava
gime la triste Sión.

ELDA: No, padre.

JOAQUÍN: ¡Fiel a tu pueblo
sé siempre; fiel a tu Dios!

ELDA: ¡Ah, yo lo juro!

JOAQUÍN: *(Señalando el cielo.)*
¡Él te escucha!

ELDA: *(Arrodillándose.)*
Y aquí a tus plantas, señor,
ratifica el sacro empeño
con nueva fuerza mi voz.
(Con solemnidad.)
¡Juro conservarme fiel
a Dios, mi Patria y mi amor!

RUBÉN: *(Arrodillándose también.)*
Y yo, aceptando tus votos,
mi mano, ¡oh Elda!, te doy
ante mi padre y el cielo.

JOAQUÍN: *(Levantándose y extendiendo sus manos con ademán solemne, sobre las cabezas de los dos jóvenes arrodillados a sus pies.)*
¡De Abraham, de Isaac, de Jacob,
Padre inmortal! ¡Ser sublime
de cielo y tierra Hacedor!
Yo en tu nombre sacrosanto,
que adora la creación,
recibiendo las promesas
que han pronunciado los dos,
una y tres veces bendigo
su casta y eterna unión.
¡Santifícala en tu gloria,
y sé de ellos protector!

RUBÉN: *(Levantándose y también Elda.)*
Este anillo que te entrego
mi santa madre llevó
hasta su último suspiro.

ELDA: ¡Y hasta marchar de ella en pos,
cual prenda de fe sagrada
te ofrezco llevarlo yo!

JOAQUÍN: Pisadas oigo.

RUBÉN: ¡Se acercan!

ELDA: *(Aparte.)*
Se me oprime el corazón.

RUBÉN: *(Bajo a Elda.)*
¡Oh, esposa! ¡Llega el instante
temido!

ELDA: Tendré valor.

ESCENA VI

Los mismos, Rabsares, esclavos con presentes.

RABSARES: La excelsa madre del rey,
de quien siervo humilde soy,
estos regalos te envía
en muestra de protección,
noble virgen. Llegar debes
ornada con esplendor
a su presencia.

ELDA: ¡Yo...!

JOAQUÍN: ¡Cuántas
bondades!

RABASARES: Sin dilación
prepárate a complacerla.

ELDA: Te seguiré, pronta estoy;
mas no trueco por ninguno
el traje de mi nación,
ni a una cautiva convienen
joyas de tanto valor.

JOAQUÍN: Discúlpela su modestia.

RABSARES: Yo he cumplido mi misión.
(A Elda.)
Nitocris te espera.

JOAQUÍN: *(Con voz conmovida.)*
Parte
¡oh, hija amada! Del Señor
a la guarda te encomiendo.

ELDA: *(Besando su mano.)*
¡Adiós, padre mío!

JOAQUÍN: *(La abraza.)*
¡Adiós...!
¡Los ángeles te acompañen!

ELDA: *(Tendiendo la mano a Rubén.)*
¡Hermano...!

RUBÉN: Contigo voy.

ELDA: No; reemplázame a su lado,
consolando su aflicción...
Mas no me olvides.

RUBÉN: ¡Yo...! ¡Nunca!

ELDA: *(A Rabsares.)*
¡Salgamos!
(Se va con esfuerzo, y la siguen Rabsares y los esclavos.)

JOAQUÍN: *(Con angustia, después de un momento de silencio.)*
¿Marchó...?

RUBÉN: *(Acercándosele.)*
¡Marchó!

ESCENA VII

Joaquín, Rubén.

JOAQUÍN: *(Que oye los ahogados sollozos de su nieto.)*
¡Llora, sí, llora...! Tus ojos
ya no verán cada instante
aquel hermoso semblante
que ahuyentaba los enojos.
No ya del labio inocente
gozarás la dulce risa,
que cual balsámica brisa
purificaba este ambiente;
ni llenará mi prisión
de aquella voz el sonido,
que regalando el oído
confortaba el corazón!

RUBÉN: ¡Oh, padre...!

JOAQUÍN: Nuestra amargura
tiene, no hay duda, el consuelo
de saber que quiere el cielo
de Elda labrar la ventura,
y que al pueblo esclavo y triste
no pone Dios en olvido.

RUBÉN: Gran deber hemos cumplido
y ese gozo nos asiste.
Pero alguien llega. Es Daniel.

ESCENA VIII

Los mismos, Daniel

DANIEL: Que Dios con vosotros sea.

JOAQUÍN: El de la nación hebrea
se ostenta protector fiel.

DANIEL: Lo sé, Joaquín; su justicia
puede afligirnos severa,
mas que triunfe no tolera
del perverso la malicia,
pues si aquél astucia alcanza,
dio el cielo prudencia al bueno.

RUBÉN: ¡Turbado estás...!

DANIEL: No..., sereno;
porque en su fe se afianza
mi corazón, y a burlar
viles planes vengo aquí.

JOAQUÍN: ¡Cómo!

RUBÉN: ¡Explícate!

DANIEL: *(A Joaquín.)*
De ti
no dejes nunca apartar
a mi inocente sobrina.

RUBÉN: ¡Elda...!

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡Cielos!

DANIEL: Su quietud,
su pureza y su virtud
peligran.

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡Piedad divina!

RUBÉN: ¡Peligran...!

DANIEL: ¡Oh sí...! ¡Escuchad!
(Breve y solemne pausa, durante la cual Joaquín y Rubén respiran apenas, en angustiosa expectativa.)
De Nabucodonosor,
aquel tirano opresor
de la triste humanidad,
nació el déspota que al mundo
postrado a sus plantas mira,
y no la huella con ira,
mas sí con desdén profundo.

No puso Dios en su seno
un corazón bajo, no,
pero temprano agotó
de los vicios el veneno.
Desde la cuna potente,
dichoso desde la cuna,
no encontró gloria ninguna
que conquistarse valiente.
Todo lo tuvo al nacer;
de todo pudo abusar;
poseyó sin desear
y disfrutó sin placer.
Vio en sus dioses vanos nombres,
sus caprichos en las leyes,
su herencia en el mundo..., ¡y greyes,
viles greyes en los hombres!

RUBÉN: ¡Sigue!

JOAQUÍN: ¡Sigue!

DANIEL: Saciado
de mando, grandeza y goces,
ya con arrugas precoces
se halla su rostro surcado,
y en la edad bella y florida,
mustia y enervada su alma,
se postra sin hallar calma,
por el tedio consumida.
¡Tal es el rey Baltasar!
¡Tal la extraña situación
en que lo ve esta nación
que desdeña gobernar!
Aquel príncipe absoluto
que manda en provincias tantas,
y a cuyas soberbias plantas
los reyes rinden tributo,
de su molicie al exceso
y por desprecio al poder,
en manos de una mujer
del cetro dispone el peso.

JOAQUÍN: ¿Su madre...?

DANIEL: Que es generosa
y de su imperio no abusa,
aunque de hacerlo la acusa
toda la corte celosa.

Son por su influjo ofendidos
los que ejercerlo ambicionan,
y su virtud no perdonan
los sátrapas corrompidos.

JOAQUÍN: ¿Rabsares...?

DANIEL: Cobarde adula
a la misma en cuyo daño,
con maña y talento extraño
las intrigas acumula;
mas todas hasta el presente
se estrellan en la desidia
del rey, y en balde la envidia
con él se esfuerza elocuente.
Ministros y cortesanos,
por sacarle de tal sueño,
se ligan con grande empeño
y agotan arbitrios vanos.

JOAQUÍN: *(Con ansiedad.)*
Pero...

RUBÉN *(Vivamente.)*
¿Y Elda...?

DANIEL: Entre millares
de recursos que se inventan,
uno hay nuevo, con que cuentan
por consejo de Rabsares.

JOAQUÍN: *(Con ansiedad.)*
¿Cuál...?

DANIEL: Del amor la energía
presumen le reanime,
¡si con su fuego sublime
enciende aquella alma fría!

RUBÉN: ¿Qué...?

DANIEL: Las mujeres más bellas
que adornan el regio harén
ya sólo alcanzan desdén...

JOAQUÍN: ¡Acaba!

DANIEL: ¡Pero hay doncellas
de pureza inmaculada
entre la gente judía...!

RUBÉN: ¿Y osarán...?

DANIEL: ¿Qué jerarquía
pudiera ser respetada?

JOAQUÍN: ¡Justo Dios!

DANIEL: ¡Conozco el plan:
sé lo que intentan malvados,
qué sentimientos sagrados
con perfidia explotarán.
Sé que las nobles piedades
de la princesa a quien venden,
son el manto en que pretenden
envolver iniquidades...
¡Sé que han visto a mi sobrina,
que nos la quieren robar,
destinada a Baltasar
su belleza peregrina...!

RUBÉN: ¡Ah...! ¡Corramos!

DANIEL: ¡Rubén...!

JOAQUÍN: ¡Muero!
(Cae desfallecido en el banco.)

RUBÉN: ¡Juro salvar a mi esposa!

DANIEL: ¡Tente...! ¡Oh Dios! Esa espantosa
agitación...

RUBÉN: ¡Golpe fiero
te anuncia! ¡Sígueme!

DANIEL: ¿Adónde?

RUBÉN: ¡Al alcázar del tirano!

JOAQUÍN: *(Con desesperación.)*
¡Yo mismo la entregué insano!

RUBÉN: ¡Salvarla me corresponde!
(Se va precipitadamente.)

JOAQUÍN: ¡Oh, sí! ¡Sálvala, hijo mío!

DANIEL: *(Levantando las manos al cielo*
y avanzando al medio del teatro.)
¡Rey de reyes! ¡Tu voz mande!
¡¡Yo mi causa te confío,
porque tú solo eres grande!!

ACTO SEGUNDO

De noche. Jardines del palacio de Babilonia, con fuentes, obeliscos y estatuas profusamente iluminados. Lujosos asientos para el Rey y su madre, bajo dosel de flores. Aparecen grupos de mujeres ataviadas con magnificencia.

ESCENA I

Nitocris, Rabsares, saliendo ambos por la derecha.

NITOCRIS: Todo está bien, ¿mas qué causa
tiene tan súbita fiesta?

RABSARES: Para distracción del rey
la han dispuesto con su venia
los ministros.

NITOCRIS: ¡Distracción...!
¿Pues qué cuidados le asedian?
¡Harto olvida Baltasar
que empuña un cetro su diestra!

RABSARES: Si nuestro augusto monarca
suele, señora, dar treguas
a los deberes del trono,
bien a su reino compensa
de aquella leve desidia
tu maternal providencia.
Tú mandas cuando el rey calla;
cuando él se aduerme, tú velas;
y tu gloria se engrandece
cuanto más la suya amengua.
¿Qué no debe Babilonia
a tu bondad?

NITOCRIS: Basta, cesa.

RABSARES: Si el Eufrates caudaloso
se apartó de su carrera
durmiendo en lagos profundos,
que aún hoy absorta contempla
nuestra vista; si al soltarse
con impetuosa soberbia
para volver a besar
sus dos distantes riberas,
las encontró ya enlazadas
con puente inmenso de piedra...
Si murmurando sus ondas
corren, en canales presas,
y con mil giros tortuosos
vastísimos campos riegan,
¿qué mano sino la tuya
pudo obras tan gigantescas
llevar a cabo, y legarlas
al porvenir para eterna
gloria del asirio nombre?

NITOCRIS: Hay quien beneficios siembra
y recoge ingratitudes.

RABSARES: *(Turbado.)*
Señora...

NITOCRIS: Se juzga afrenta
que rija mi débil mano
de un grande estado las riendas...

RABSARES: Yo ignoro...
(Aparte.)
¿Me habrán vendido?

NITOCRIS: Contra mí planes conciertan
los sátrapas. No te turbes,
ni en tu pecho el temor quepa
que yo no acojo en el mío.
¡Plegue a los dioses que sean
de mis contrarios los votos
cumplidos! ¡Que de su inercia
saliendo al fin Baltasar
llenar sus deberes quiera,
y yo en modesto retiro,
gozando oscura existencia,
de su glorioso reinado
admire ilustres empresas!

RABSARES: Para ese empeño, señora,
poco son humanas fuerzas.

NITOCRIS: ¡Ah! ¡No! Yo tengo esperanza.
No se postra por flaqueza
del rey el ánimo grande.
Duerme su alma, no está muerta.

RABSARES: ¿Y presumes...?

NITOCRIS: Que habrá día,
y aun acaso ya esté cerca,
en que salga del letargo
por sacudida violenta.

RABSARES: *(Aparte.)*
¿Sospechará?

NITOCRIS: Del reposo
que su viril pecho enerva,
puede arrancarlo el peligro
que a mí, mujer, me amedrenta.

RABSARES: ¿Un peligro...?

NITOCRIS: Se coligan
contra él los medos y persas.

RABSARES: Aún guardan en sus cervices
del yugo asirio las huellas
esas naciones, que al nombre
de Babilonia se aterran.
Si olvidaran lo pasado
aún ven surgir por doquiera,
para escarmiento de audaces,
lecciones harto sangrientas.
Que le pregunten a Tiro
si la salvó su opulencia
del rigor de nuestro enojo.
¡Que alcen Samaria y Judea
su abatida faz, y digan
qué hicimos de sus diademas!

NITOCRIS: ¡Ay! Esos pueblos hollados
en nuestro seno se albergan,
circulando la venganza
sorda y profunda en sus venas.

Ser como Dios, adorado
de las naciones sujetas
por sus armas, de Nabuco
fue la ambición altanera,
y desdeñó el ser querido:
Baltasar su orgullo hereda,
sin que su gloria le excuse
ni sus triunfos le enaltezcan.

RABSARES: Pero tus nobles piedades,
los enconos que ponderas
aplacar saben. ¿No gozan
de tu protección excelsa
los cautivos de Judá?
Daniel, porque tú lo ordenas,
¿no es del pueblo venerado
y entre los sabios se cuenta?
¿No se abren de las prisiones
a tus mandatos las puertas,
y hasta el ciego destronado
no ha llegado tu clemencia?

NITOCRIS: ¡El corto bien que hacer pude
cuánto ya los dioses premian,
dándome el afecto puro
de un alma cual noble, tierna!
Es un tesoro, Rabsares,
de gracia y virtudes Elda.

RABSARES: Por mi consejo piadoso
hoy a tu lado se encuentra.

NITOCRIS: Sí, mi pecho agradecido
la obligación te confiesa.

RABSARES: Pues ahora depón temores,
indignos de tu alma regia,
que Baltasar se aproxima
y aquí su ministro llega.

NITOCRIS: Al encuentro de mi hijo
debo correr la primera.

(Se va por la izquierda al entrar Neregel, que la saluda inclinándose profundamente, y luego se llega a Rabsares, que le sale al encuentro.)

ESCENA II

Rabsares, Neregel.

RABSARES: ¡Neregel...!

NEREGEL: ¿Verá esta noche
el rey a la esclava hebrea?

RABSARES: Entre sus damas la trae
la reina.

NEREGEL: ¿Y nada sospecha?

RABSARES: Pone en mí su confianza:
ni aun columbra nuestra idea.

NEREGEL: ¿Y es tan grande la hermosura
de esa esclava...?

RABSARES: Vas a verla:
aquí viene.

NEREGEL: Yo me aparto.

ESCENA III

Los mismos, Elda, Damas.

RABSARES: *(Saliendo al encuentro de Elda.)*
Recibe, joven...

ELDA: ¿La reina...?

RABSARES: Recibe mis parabienes.
Con tu dicha se enajenan
corazones que tomaban,
no ha mucho, parte en tus penas.

ELDA: Gracias. Busco a mi señora.

RABSARES: Con su hijo augusto se acerca,
pues la regia comitiva
ya en estos jardines entra.
(Comienza a entrar el séquito real.)

ELDA: *(A sus compañeras.)*
A nuestro puesto corramos.

RABSARES: *(Bajo, deteniéndola.)*
No olvides, noble doncella,
que a un gesto de Baltasar
se quebrantan las cadenas
de los míseros cautivos.

ELDA: Que de Dios cumplida sea
la voluntad soberana.

ESCENA IV

Los mismos. Rubén, entre los de la comitiva, después Baltasar y Nitocris.

ELDA: *(Que al ir por la izquierda a recibir a Nitocris se encuentra con Rubén.)*
¡Ah...!

RUBÉN: ¡Silencio! ¡No te pierdas!
(Este corto diálogo, muy vivo y en voz baja.)

ELDA: ¡Tú disfrazado...! ¡Tú aquí!

RUBÉN: Se halla en riesgo tu inocencia.

ELDA: ¡Cielos...!

RUBÉN: ¡Pero yo la guardo!

ELDA: Si te descubren...

RUBÉN: ¡No temas!
(Hace seña a Elda de que continúe, y ella sale un instante en pos de sus compañeras, para entrar enseguida con la Reina.)

NEREGEL: *(Bajo a Rabsares.)*
Me parece que la esclava
y aquel hombre, con cautela
breves palabras trocaron.

RABSARES: *(Sin mirar a Rubén, que se oculta entre otros.)*
¡Si es en la corte extranjera!
He aquí el rey.

NEREGEL: *(A las mujeres del Rey, que se agrupan al fondo.)*
¡Nubes de aromas
por todo el aire se extienden,
y de sus gracias y encantos

alarde haciendo las bellas,
resuenen plácidos sones
que ufano el eco devuelva!

(Rompe una música suave, que se supone de cítaras y otros instrumentos que tañen las esclavas, mientras varias de ellas esparcen perfumes y otras se adelantan con cadenciosos pasos, entrelazando guirnaldas que al fin de la danza rinden a los pies del Rey. Baltasar entra con su madre al comenzar el himno, atraviesa la escena y va a sentarse en el diván dispuesto para él, ocupando Nitocris su izquierda.)

HIMNO: Deslumbra con sus rayos
la majestad suprema
que brilla en la diadema
del nieto de Nemrod.
Fatigan a los vientos
los ecos de su fama;
la tierra le proclama
de Babilonia dios.
Suyo es cuanto el Eufrates
con su caudal fecunda,
cuanto el Tigris circunda,
cuanto baña el Jordán.
Los dioses le sonríen,
le adoran los amores,
y ante sus pasos flores
derrama la beldad.

BALTASAR: *(Con cansancio.)*
¡Basta!

NEREGEL: Señor, prosternada
a tus plantas la hermosura,
bendecirá su ventura
si le das una mirada.

BALTASAR: (¡Siempre lo mismo!)

NEREGEL: Temblando
oso esperar que la fiesta
para obsequiarte dispuesta,
mires con aspecto blando.

BALTASAR: Sí..., despliegas mil primores...,
me circundas de placeres...

(Levantándose y dando con el pie a las guirnaldas extendidas ante él, pasa sin mirarlas entre las mujeres arrodilladas, que se levantan confusas y avergonzadas.)

¡Mas váyanse esas mujeres
y arroja de aquí estas flores!

NEREGEL: *(Todo turbado.)*
Perdone mi rey...

RABSARES: *(Aparte.)*
¡No hay medio!

BALTASAR: ¡Tanto incienso me sofoca!

NEREGEL: *(Balbuceante.)*
Queriendo en mi audacia loca
luchar contra el hondo tedio
que sólo te causa enojos...

BALTASAR: ¿Fue tu arbitrio omnipotente
el condensarme el ambiente
y el fatigarme los ojos?

NEREGEL: *(Doblando una rodilla.)*
Torpe soy..., que tu clemencia...

RABSARES: *(También en ademán suplicante.)*
Discúlpale, oh rey, su celo.

NITOCRIS: Fue complacerte su anhelo.

BALTASAR: Bien está. ¡Tendré paciencia!
mas di, Neregel, ¿no hay nada
nuevo en el mundo?

NEREGEL: Señor...

BALTASAR: ¿No hay más que viejo esplendor?
¿No hay más que pompa gastada,
placeres que se acumulan
y ni aun vil antojo encienden...
hermosuras que se venden
y cortesanos que adulan?

(Todos los cortesanos confusos se miran unos a otros, y las mujeres se desvían humilladas.)

NEREGEL: Señor...

BALTASAR: Si quieres vencer
este infecundo fastidio
contra el cual en balde lidio,
porque se encarna en mi ser,
¡muéstrame un bien soberano
que el alma deba admirar,
y que no pueda alcanzar
con sólo extender la mano!
Dame, no importa a qué precio,
alguna grande pasión
que llene un gran corazón
que sólo abriga desprecio.
¡Enciende en él un deseo
de amor... o de odio y venganza!
¡Pero dame una esperanza
de toda mi fuerza empleo!
¡Dame un poder que rendir,
crímenes que cometer,
venturas que merecer
o tormentos que sufrir!
¡Dame un placer, o un pesar
digno de esta alma infinita
que su ambición no limita
a sólo ver y gozar...!
¡Dame, en fin, cual lo soñó
mi mente en su afán profundo,
algo... más grande que el mundo,
algo... más alto que yo!

NEREGEL: Un imposible deseas.

RABSARES: No es dable, gran rey, que exista,
ni fuerza que te resista,
ni dicha que no poseas.

BALTASAR: ¿Sí...? ¡ Con que soy tan dichoso!

NEREGEL: ¡Los inmortales te envidian!

BALTASAR: Quizá también se fastidian
de su sublime reposo.

¡Oh Neregel! Si es verdad
que el agradarme es tu intento,
¡hazme olvidar un momento
mi inmensa felicidad!
(Vuelve a sentarse.)

NITOCRIS: Pues te dieron, oh hijo mío,
tan vasto imperio los cielos,
te imponen hartos desvelos
con que llenar el vacío
de esa alma grande y ardiente.
¿Por qué, pues, se ostenta en vano,
el sacro cetro en tu mano,
la áurea corona en tu frente?

BALTASAR: ¿Y qué he de hacer?

NITOCRIS: ¡Gobernar!

BALTASAR: Sobran en los pueblos leyes.

NITOCRIS: Pero es deber de los reyes
el hacerlas observar.

BALTASAR: ¿Y será el mundo más bueno
si ese cuidado me afana?
¿No lleva la especie humana
desorden, vicio en su seno?
¿Castigo y premio, señora,
qué bienes han producido?
¿Lo mismo que antes han sido,
no son los hombres ahora?

NITOCRIS: Pero rigiendo a esos hombres,
tus preclaros ascendientes,
se hicieron omnipotentes
y eternizaron sus nombres.

BALTASAR: *(Con sarcasmo amargo.)*
¡Oh...! ¡Sí...! Yo envidio su suerte,
y en esto, madre, me fundo:
¡Los hizo dioses el mundo
al par que polvo la muerte!

NITOCRIS: Son sus glorias inmortales.

BALTASAR: ¿Y en qué consisten sus glorias?

NITOCRIS: ¡En conquistas, en victorias
que conserva en sus anales
el tiempo!

BALTASAR: Yo no haré guerra
que brinde pasto a los cuervos,
por un palmo más de tierra
y un rebaño más de siervos.

NITOCRIS: ¿Mas no tiene un rey deberes...?

BALTASAR: ¡Sí! Devorar su impotencia.

NITOCRIS: ¿Qué mal sufres?

BALTASAR: ¡La existencia!

NITOCRIS: ¿No encuentras doquier placeres;
y no lo es grande, señor,
prestar consuelo al que llora?

BALTASAR: ¡Soy tan dichoso, señora,
que tengo envidia al dolor!

NITOCRIS: El derramar beneficios...

BALTASAR: Se convierten en veneno
cayendo en indigno seno.

NITOCRIS: Méritos hay.

BALTASAR: Sobran vicios.

NITOCRIS: Mas es la virtud bien sumo...

BALTASAR: que no alcanzan los humanos.

NITOCRIS: Los dioses...

BALTASAR: son nombres vanos.

NITOCRIS: La gloria eternal...

BALTASAR: es humo.

NITOCRIS: *(Después de una breve pausa.)*
Señor, los pueblos que riges...

BALTASAR: No dirán que los oprimo.

NITOCRIS: Su admiración...

BALTASAR: No la estimo.

NITOCRIS: Con tal desdén los afliges
y excitas murmuraciones.

BALTASAR: De insectos sordos zumbidos
no llegan a mis oídos.

NITOCRIS: ¡Ah...! Tu solio en riesgo pones.

BALTASAR: *(Levantándose.)*
¿Y qué es un solio? ¿Qué son
su pompa y brillo fulgentes,
si no remontan la mente
ni dan vida al corazón?
Yo, nacido en esta altura,
no puedo, madre, admirarla...
Gloria fuera el conquistarla;
¡su posesión no es ventura!

NITOCRIS: Recordar, aunque te asombres,
al gran Nabuco debieras.

BALTASAR: Se fue a olvidar entre fieras
la gloria de regir hombres.

NITOCRIS: Sólo decirte me resta...

BALTASAR: ¡Nada más! Mi poderío
a tu excelsa mano fío.
Siga, Neregel, tu fiesta.
(Vuelve a sentarse y a caer en su apatía.)

RABSARES: *(A la Reina.)*
En la música descuella
toda la judaica gente;
que hoy ante el monarca ostente
su talento esa doncella.

(Indicando a Elda.)

Llega, joven; tu señora
quiere escuchar tus acentos.

NITOCRIS: *(Señalando al Rey.)*
Que sus tristes pensamientos
disipe tu voz sonora.

ELDA: ¡Oh, reina! Excúsame pía,
pues en triste cautiverio
no hallo voz en el salterio
ni hay en mi acento armonía.

RABSARES: ¡Te niegas...!

ELDA: *(Con dignidad.)*
Sólo las aves
divierten a su opresor,
exhalando su dolor
entre cánticos suaves.
(Baltasar la mira.)

RABSARES: ¡Cómo...!

NITOCRIS: ¿Qué dices...?

ELDA: ¡No hay ya
para el Dios del cielo altares,
ni festejos ni cantares
para la viuda Judá!
Pende su arpa sin sonidos
del sauce de estas riberas,
do las brisas extranjeras
sólo le arrancan gemidos...
¡Que en la infausta soledad
es el llanto nuestro acento...
y alas no halla el pensamiento
en donde no hay libertad!

NEREGEL: ¡Insolente...!

NITOCRIS: *(Con interés.)*
El rey te escucha.

BALTASAR: ¡Y te manda cantar!

ELDA: ¡No!
¡No puedo obedecer!

RABSARES: ¡Oh!
(Bajo a ella.)
¡Te pierdes!

NEREGEL: ¡Qué audacia!
(Movimiento entre los cortesanos escandalizados.)

NITOCRIS: Es mucha
tal resistencia, Elda mía.

ELDA: ¡Mi pueblo gime, señora,
bajo atroz yugo!

BALTASAR: ¿Y se ignora
entre esa turba judía,
que de su rey y señor
es la voz sagrada ley?

ELDA: En ti ven su vencedor,
pero no acatan su rey.

NITOCRIS: ¡Elda!

RABSARES: *(En voz baja y con espanto.)*
¡A muerte te condenas!

NITOCRIS: *(Bajo también.)*
¡Cede, por los dioses!

NEREGEL: *(Poniéndole el salterio en las manos.)*
¡Toma,
esclava, y tu orgullo doma!

ELDA: ¡No hay en el mundo cadenas
que rindan la voluntad!
(Arroja el salterio. Gran agitación. Baltasar se levanta y la mira con sorpresa, pero sin cólera.)

NEREGEL: ¡Dioses...!

RABSARES: ¡Infeliz...!

NITOCRIS: ¡¿Qué has hecho?!
(Al Rey.)
¡Oh señor! Que halle en tu pecho
su insano arrojo piedad..

RABSARES: *(También suplicante.)*
Tiene a su padre en prisión
y tu indulgencia merece.

BALTASAR: *(Después de mirarla un instante.)*
Pedírmela no parece.

NITOCRIS: *(Acercándose a Elda.)*
Llega a implorar tu perdón
a sus plantas.

RABSARES: ¿No te humillas...?

ELDA: Las gentes de mi creencia
sólo de Dios a presencia
deben doblar las rodillas.

NITOCRIS: *(Con tono de reconvención dolorosa.)*
¡Joven...!

RABSARES: *(Aparte.)*
¡Todo está perdido!

NEREGEL: (¡No cabe mayor exceso!)
(Pausa de general asombro y expectación.)

BALTASAR: Y su padre, que está preso,
¿qué crimen ha cometido?

ELDA: El defender su corona
que el tuyo abatió tirano.

RABSARES: ¡Calla!

BALTASAR: ¡Joaquín...!

NITOCRIS: Ese anciano,
a cuyo nombre aún se encona
tu odio, señor, gran castigo
tuvo ya.

ELDA: ¡Con saña impía
hasta de la luz del día
lo privó vil su enemigo!

RABSARES: *(Con nuevo asombro de la audacia de Elda.)*
¡Qué....!

NITOCRIS: ¡No más!

BALTASAR: *(A Neregel.)*
Sin dilación
libre quede, y de tu cuenta
corre el señalarle renta
digna de su condición.
(Sorpresa general.)

NEREGEL: ¡Cómo...!

NITOCRIS: *(A Rabsares.)*
¡Venció la piedad!

RABSARES: *(Aparte.)*
¡O el amor...! ¡Logré mi idea!

ELDA: *(Juntando las manos con gratitud.)*
¡Ah, señor...!

BALTASAR: *(A Neregel, que le mira dudoso.)*
¡Cumplida sea
al punto mi voluntad!

NEREGEL: *(Inclinándose.)*
Te obedezco.

NITOCRIS: Y yo te pido
que tu alta venia me des
para mandar a tus pies
al anciano agradecido.
(Se va presurosa con Neregel, y la siguen sus damas.)

ELDA: ¡Vamos de la reina en pos!

BALTASAR: *(Deteniéndola.)*
Tú no.

ELDA: Rey...

BALTASAR: Hablarte ansío.
¡Salid todos!

RUBÉN: *(Que ha seguido con ansiedad toda la escena. Aparte.)*
¡¡Ah!!

RABSARES: *(Aparte.)*
¡Ya es mío!
(A los cortesanos.)
Obedezcamos.
(Se van todos, menos Rubén.)

ELDA: *(Aparte.)*
¡Gran Dios!
¡Sosténme!

RUBÉN: *(Aparte.)*
¡Si los consejos
de la ira escucho...!

BALTASAR: ¿Qué aguardas,
que en obedecerme tardas?
(Elda mira a su amante con actitud suplicante: él vacila, pero cede.)

ELDA: ¡Oh!

RUBÉN: Nada...

BALTASAR: ¡Sal!

RUBÉN: *(Aparte.)*
¡No iré lejos!

ESCENA V

Baltasar, Elda. Momento de silencio. Baltasar se sienta.

BALTASAR: Doncella de Judá, gracia has hallado
de tu rey a los ojos.

ELDA: Lo que has hecho
sabe, señor, agradecer mi pecho.

BALTASAR: Es leve muestra de mi augusto agrado.
Tu soberbia me encanta. Sí; tu acento
no deben escuchar esclavos viles,
que a tus plantas verás, como reptiles,
a una mirada mía, un movimiento.
¡Para mí solo tus cantares guarda;
para mí solo tu hermosura altiva!

ELDA: *(Aparte.)*
¡Qué oigo!

BALTASAR: ¡Mi sangre a tu mirar se activa!
Llega. Acércate más. ¿Qué te acobarda?

ELDA: ¡Tal lenguaje señor...!

BALTASAR: Triunfo brillante
alcanzas hoy, y que beldad ninguna
puede pedirle osada a la fortuna.
¡Tú has conmovido un pecho de diamante!
Mira en mis ojos tu ventura escrita;
gózate en tu atractivo, que me inflama,
y corriendo al harén leda proclama
que eres desde hoy mi esclava favorita.

ELDA: ¡Yo...!

BALTASAR: Mi elección te eleva a gloria tanta.

ELDA: ¡Yo en tu harén...!

BALTASAR: ¡Brillarás entre millares!
¡Cesen ya, pues, los llantos y pesares:
depón el ceño y la cerviz levanta!

ELDA: ¡No más, señor! ¡Engáñase tu mente
o no te entiendo yo! ¡Sueño sin duda!

BALTASAR: *(Levantándose.)*
¡Pues que el amor a despertarte acuda!

ELDA: ¡Tente...!

BALTASAR: *(Con asombro.)*
¡Cómo!

ELDA: ¡Señor! ¡Llegar no intente
tan loco amor a mí! ¡Nací judía!

BALTASAR: *(Después de un momento de suspensión.)*
Yo soy quien dudo si me agita un sueño.
¿No soy yo Baltasar...? ¿No soy tu dueño?

ELDA: ¡Mi vida es tuya, pero mi alma es mía!

BALTASAR: ¿Qué dice?
(Como alumbrado por una idea súbita. Aparte.)
¡Ah, sí; tan hábil resistencia
incentivo eficaz presta al deseo!
(A Elda.)
Gracias te doy, mujer, pues ya no veo
siempre en torno de mi muda obediencia.
¡Te miro a ti! Tu seductor desvío,
tu soberbia beldad, tu ingenio raro..
Y a ningún precio me parece caro
el bien que aguarda de tu amor el mío.
¡Oh! ¡Tásalo tú misma! ¡Ten audacia!
Lo que quieras demanda, y lo prometo.

ELDA: ¡Te pido, Baltasar, aquel respeto
a que tiene derecho la desgracia!

No de orgullosa mi nación se precia
y acato el cetro que tú así dispones...
pero guarda tu amor, guarda esos dones
que en su humildad mi corazón desprecia.

BALTASAR: *(Más y más asombrado.)*
¡Los desprecias...!

ELDA: ¡Sí, rey! ¡Que si ambicionas
comprarme la virtud, que es mi tesoro,
no basta de cien mundos todo el oro,
ni son nada en tu frente mil coronas!
(Hace ademán de irse.)

BALTASAR: ¡Aguarda!

ELDA: ¡No! ¡No más!

BALTASAR: ¡Yo te lo ordeno!

ELDA: ¡Señor!

BALTASAR: *(Impaciente.)*
¡Ya basta! ¡Admiro la fiereza
que nuevo hechizo añade a tu belleza,
y por honrarla mi anhelar refreno,
pues me place deberle a tu albedrío
el grato triunfo cuyo precio aumenta:
mas no prolongues el testón que ostentas
hasta cansar mi sufrimiento!

ELDA: *(Aparte.)*
¡Impío!

BALTASAR: Que ya esta lucha se termine quiero.

ELDA: ¿Puedes vil abusar...?

BALTASAR: *(Interrumpiéndola.)*
Concedo amante
que de mi dicha escojas el instante.

ELDA: ¡Eso nunca! ¡Jamás! ¡Morir primero!

BALTASAR: *(Con cólera.)*
¿Nunca...? ¿Jamás...?

ELDA: ¡Jamás!

BALTASAR: ¿Te atreves, loca?

ELDA: ¡Cumplo un deber!

BALTASAR: ¡Son leyes mis antojos!

ELDA: ¡Las de Dios guardo!

BALTASAR: ¡Teme los enojos
que tan absurda obstinación provoca!

ELDA: ¡Sólo temo el delito!

BALTASAR: ¡Está en mi mano
un cetro del que tiemblan las naciones!

ELDA: ¡Para rendir, señor, los corazones,
no alcanza el cetro de ningún tirano!

BALTASAR: ¡Esclava...!

ELDA: ¡Tu furor no me intimida,
ni tu grandeza y majestad me asombra,
que un poder ante el cual el tuyo es sombra
protege mi inocencia desvalida!

BALTASAR: *(Como fuera de sí y asiéndola por un brazo.)*
¿Dónde está ese poder? ¿Dónde, insensata,
que haces que en ira mi favor se mude?
¿Quién mi suprema voluntad no acata?
¿Quién a salvarte de mi antojo acude?
(Rubén se lanza entre los dos.)

ESCENA VI

Los mismos, Rubén, y luego Rabsares y cortesanos.

RUBÉN: ¡Yo, déspota!

ELDA: *(Aparte.)*
¡Gran Dios!

RUBÉN: ¡Mientras yo viva
no esperes conseguir tu indigno anhelo!

BALTASAR: *(Suspenso de asombro.)*
¿Quién es este demente?

ELDA: *(Aparte.)*
¡Justo cielo!

RUBÉN: Un hombre soy que en saña vengativa
se abrasa contra ti. Patria, opulencia,
dicha, gloria, poder..., todo arrancado
por los tuyos me fue; ¡pero he guardado
este odio que mantiene mi existencia
y amenaza la tuya!

ELDA: ¡Oh! ¡Qué profieres!
(Baltasar se acerca al lado por donde salieron sus cortesanos.)

RUBÉN: ¡Llama a tu corte, sí; llama, ¡cobarde!,
a esa turba de esclavos y mujeres,
haciendo entre ella de tu fuerza alarde!

ELDA: ¡Rubén! ¡Piedad de mí...!

BALTASAR: *(Volviendo hacia él.)*
¿Quién soy ignoras?

RUBÉN: No: ¡te conozco bien! Sé que a tu frente
ciñes una diadema que desdoras
y no sabrías defender valiente.
Sé que sin gloria, sin virtud, sin brío,
cansado de ti propio, entre perfumes,
tu inútil vida cual mujer consumes,
mísera presa de infecundo hastío.
Sé que a la ley de tu capricho loco,
viendo postrado un pueblo envilecido,
la inmensa humanidad tienes en poco,
y hasta de Dios blasfemas descreído.
¡Más por él, Baltasar, reinan los reyes,
que deben ser su imagen; y es en vano
pida respeto al mundo el vil tirano
que impera sólo sobre indignas greyes!
(Mientras que pronuncia Rubén los anteriores versos, entran en la escena Rabsares y algunos cortesanos; pero atónitos de lo que escuchan permanecen un instante suspensos.)

CORTESANOS: ¡Ah!
(Lanzándose a él todos, con una exclamación de ira.)

BALTASAR: *(Llevando la mano a su espada, pero deteniéndose al llegar junto a Rubén, que le presenta su pecho.)*
¡Miserable!

ELDA: *(Interponiéndose.)*
¡No...!

RUBÉN: ¡Hiere! Cercado
de cien aceros, descargar el tuyo
puedes impunemente. ¡Desarmado
entre asesinos tantos, no les huyo!

BALTASAR: *(Cuyo rostro revela el asombro que le causa su propio furor, y que se lleva la mano al pecho con una especie de júbilo al sentir su agitación.)*
¡Ah...! ¡Corazón!

RUBÉN: ¿Qué dudas? ¡Hiere! Acaba
de un golpe mi existencia, pues la anima
un alma nunca de tu cetro esclava.
¡Un alma que en los hierros se sublima
como la tuya en el dosel se abate,
y que ufana al romper tu indigno yugo,
te deja en este, desigual combate,
por toda gloria el lauro de verdugo!

BALTASAR: *(Con estremecimiento de cólera, y de gozo por sentirla.)*
¡Oh...!

RABSARES: ¡Perezca!

ELDA: ¡Infeliz...!

BALTASAR: *(Deteniendo las espadas que se levantan sobre la cabeza de Rubén.)*
¡Nadie le toque!
(Larga pausa.)
¿Quién es este hombre?

RABSARES: Un hijo del judío
cuyas cadenas quebrantaste pío.

BALTASAR: ¡Su hermano!

ELDA: ¡Oh, sí! Tus iras no provoque.
Sé piadoso, señor, pues eres fuerte.

RUBÉN: *(Con tono de reconvención.)*
¡Elda...!

ELDA: *(Siempre suplicante.)*
No mires su culpable audacia,
recuerda solamente su desgracia.
¡De todo, oh rey, lo despojó la suerte!

RUBÉN: ¡No del valor y la virtud!

ELDA: Yo sola
la causa soy del criminal exceso...
Caiga en mí, pues, de tu rigor el peso.
¡Salva la suya y mi existencia inmola!

RUBÉN: ¡Basta!

RABSARES: ¡Señor! Tus órdenes espero.

BALTASAR: ¡Esta esclava a mi harén!

ELDA: ¡Ah!
(Cae desfallecida en brazos de los cortesanos, que se la llevan.)

RUBÉN: *(Sacando un acero que lleva escondido bajo su disfraz de esclavo babilonio.)*
¡Muerta antes!
(Al arrojarse a Elda, a quien se llevan algunos cortesanos y guardias, Baltasar le detiene asiéndole vigorosamente por el brazo. Rubén hace la siguiente exclamación, trémulo de rabia.)
¡Oh...! ¡Tiembla!

BALTASAR: *(A los suyos.)*
¡Salid!

RABSARES: *(Con asombro y duda.)*
Rey...

BALTASAR: *(Con ademán imperioso.)*
¡Qué salgáis quiero!
(Los cortesanos se van admirados. Rubén mismo, atónito de la acción del rey y sin acertar cuál puede ser su intención, se queda suspenso.)

ESCENA VII

Baltasar, Rubén.

RUBÉN: *(Aparte).*
¡Sólo conmigo... aquí!

BALTASAR: *(Volviendo a él.)*
Ya están distantes.

RUBÉN: ¡Qué! ¿Presumes...?

BALTASAR: *(Con alegría terrible.)*
¡Que un hombre hallar consigo
que se me opone con rencor acerbo!
¡Mas, ay de ti, si ataco al enemigo
y tu flaqueza me descubre al siervo!
(Embiste impetuosamente a Rubén que, turbado, desprevenido, ciego por su propia ira y su asombro, es desarmado al momento.)

RUBÉN: ¡Ah....!

BALTASAR: *(Señalándole su acero caído.)*
¡Levántalo!

RUBÉN: ¡No! he aquí mi pecho.

BALTASAR: *(Con desdén y envainando su espada.)*
Alza tu acero, mísero insensato.

RUBÉN: *(Con desesperación.)*
¡Mátame! Dios te otorga ese derecho
y yo su fallo incomprensible acato.
¡Mátame!

BALTASAR: *(Con ironía amarga.)*
¡Ya lo ves! Ese Dios justo
que todo lo ordenó con su sapiencia
y del que debo ser remedo augusto
hizo –mostrando su alta providencia–
que presa del león fuese el cordero,
del águila el milano, del milano
la paloma indefensa. El mundo entero
–¡obra estupenda de la excelsa mano!–
doquier la ley te muestra inexorable,
que hace que al débil lo devore el fuerte,
al chico el grande, el rico al miserable...
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!

RUBÉN: ¡Aniquílame, pues!

BALTASAR: ¡No...! ¡Te perdono...
porque te debo más que le he debido
a mi grandeza, al mundo, al regio trono!
¡Aquí hallé una emoción! ¡Aquí he sentido
arder mi pecho en poderosa saña...!
¡Cuánto en ella gocé...! ¡Sí! ¡No te asombre,
pues al fin logro con ventura extraña
olvidar que soy rey, sintiéndome hombre!
¡Eres libre!
(Se va.)

ESCENA VIII

Rubén, luego Joaquín, y al final de la escena Daniel.

RUBÉN: *(Con desesperación.)*
¡Yo...! ¡Yo...! ¡Yo perdonado!
¡Yo vencido por él! ¡Oh postrer mengua!
¡Antes que llegue a blasfemar mi lengua
(levantándolo.)
rompe mi pecho, acero deshonrado!
(Deteniéndose.)
¡Ah...! ¡No soy dueño de mi infausta vida...!
¡Dios me la dio... y aunque al honor no cuadre,
él quiere que la arrastre envilecida!
¡Mas no puedo, Señor!

JOAQUÍN: *(Dentro.)*
Rubén...

RUBÉN: ¡Mi padre!

JOAQUÍN: *(Saliendo a la escena.)*
A este lugar un hombre me conduce
por orden de la reina, y se me anuncia
que nuestra gracia Baltasar pronuncia.
¡Rubén...! ¡Elda...! ¡Venid! Si no seduce
un sueño mis sentidos...

RUBÉN: ¡Padre...!

JOAQUÍN: ¡Oh hijo!
Que Elda llegue también... que llegue presto,
bendiciendo al Señor, pues ha dispuesto
trocar la desventura en regocijo.
¿En dónde, en dónde está?

RUBEN: *Aparte*
¡Cielos!

JOAQUÍN: ¡Qué...! ¿Callas...?
¿Y tu mano temblar siento en la mía?

RUBÉN: *(Aparte.)*
¡Mísero corazón! ¿Por qué no estallas?

JOAQUÍN: ¿Rubén...? ¡Habla, por Dios! ¡Ve mi agonía!
¿Tu esposa dónde está...?

RUBÉN: ¡Cesa!

JOAQUÍN: *(Con grande agitación.)*
¡Inhumano!
¡No quieres responder! ¡Oh hija adorada!
¡Yo te sabré buscar...!

RUBÉN: *(Con desesperación.)*
¡Búscala, anciano,
y la hallarás perdida, mancillada!

JOAQUÍN: ¡Ella...! ¿Y lo dices tú...?

RUBÉN: ¡Yo, miserable,
que mi vergüenza aquí gimo impotente!
¡Yo que a la faz del cielo inexorable,
que ni aun la muerte a mi dolor consiente,
pondré a mi suerte ignominiosa el sello,
pues su presa dejando al enemigo,
la espada vil que empuño y que maldigo
lanzo con risa y con desdén la huello!
(Lo hace, y cae como ahogado por la desesperación sobre un banco.)

JOAQUÍN: ¿Y ella en tanto...? ¡No! ¡No! Mis nobles canas
corro a humillar ante el raptor infame,
gritando sin cesar: "¡A mi hija dame!"
(Con trágica transición.)
¡Pero si no me escucha...! ¡Si son vanas
para el cruel las súplicas paternas...!
¡Si ve correr con ojos despiadados
lágrimas de estos ojos, condenados
a encontrar por doquier sombras eternas...!
Entonces, ¡ah!, con mi dolor por guía,
sabré encontrar su corazón de acero...!
!Esa espada...! ¡Esa espada...!

(Buscándola a tientas.)

¡Ah! ¡Sí! ¡Ya es mía!
¡Ahora un rayo de luz, Dios justiciero!
(Se lleva la mano a los ojos, como queriendo arrancar el velo sempiterno que los cubre, y dice con voz sombría:)
¡Nunca..! ¡Noche profunda! ¡Noche horrenda!,
que el odio mismo a iluminar no alcanza...!
(Con resolución.)
¡Ah! ¡No me detendrás! ¡Yo hallaré senda...!
(Busca salida con pasos vacilantes y extendidas sus trémulas manos.)

DANIEL: *(Saliéndole al encuentro, y deteniéndole.)*
¡No! Sólo a Dios le toca la venganza!
(Joaquín cae de rodillas soltando el acero a los pies del profeta.)

ACTO TERCERO

Salón del harén, decorado al estilo oriental. Puertas grandes al foro, vasto vestíbulo, al que se sube por algunas gradas, y cuyo fondo se abre sobre una plaza desde la cual se lanzará el pueblo, al fin del acto. Es de mañana.

ESCENA I

Neregel, Rabsares, ambos entrando por el foro.

NEREGEL: Sí, Rabsares, de tus planes
casi a espantarme comienzo.

RABSARES: ¿Por qué?

NEREGEL: La raza judía
desde la cuna detesto,
y el influjo de esa esclava
que escogiste, poco cuerdo,
pudiera en vez de servirnos
ser para entrambos funesto.

RABSARES: Deliras. Ya de este harén
Baltasar me dio el gobierno,
y soy de la hermosa hebrea
fiel custodio y consejero.

NEREGEL: ¿Seguro estás que si logra,
cual anhelas, valimiento,
obre en pro de nuestras miras
y no más bien de su pueblo
en beneficio?

RABSARES: ¿Y qué osaran,
Neregel, seres abyectos?
Los honras con tus temores.

NEREGEL: Columbro que tu desprecio
favorecerles podría.
Muy recientes pruebas tengo
de la audacia de esos hombres
que no han domado los hierros,
y que hoy el rey los conozca
y los castigue pretendo.

RABSARES: Cuidado no perjudiques
a nuestros fines con ello.
Al más temible enemigo,
al obstáculo perpetuo
de nuestra noble ambición
sólo en Nitocris contemplo,
y aunque el mundo se aprestase
a disputarnos el cetro
que de sus manos tenaces
arrancar nos proponemos,
conseguir este alto triunfo
es, Neregel, lo primero.

NEREGEL: Te diré, por que te asombres,
que, según dicen y observo,
la insensata israelita
tenaz resiste a su dueño.

RABSARES: Lo sé con júbilo grande.

NEREGEL: ¡Cómo...!

RABSARES: Poderoso y nuevo
tiene que ser el estímulo
que excite el ánimo regio.

NEREGEL: ¿Con que tú das por seguro...?

RABSARES: Que si aún nos queda algún medio
de encender a Baltasar
un interés, un deseo,
en la salvaje virtud
de esa mujer lo tenemos.

NEREGEL: ¿Mas presumes que el rey sufra...?

RABSARES: ¡Oh, Neregel! Lo estás viendo.
Lo que era fugaz capricho,
que muriera satisfecho,
adquiere día en día
carácter de sentimiento.
El rey sufre las repulsas,
que le parecen un sueño,
ya impaciente, ya gozoso
con encontrar tal portento.
No temas, no, que le canse
la lucha que pone en juego
profundas fibras de su alma
con rudo sacudimiento.

NEREGEL: Mas di, ¿no has mirado un río
correr con mudo sosiego
mientras que a su fácil curso
dócil se presta el terreno,
y que si obstáculos halla
que le resistan soberbios,
se irrita, agolpa sus ondas,
las encrespa con estruendo,
y en cascadas espumantes
se precipita violento?

RABSARES: ¿Recelas?

NEREGEL: ¡Que acaso un día
los dos a sentir lleguemos
haber sacado al monarca
de su inercia!

RABSARES: Yo estoy cierto
que en los brazos del placer,
lo mismo que en los del tedio,
se adormirá el soberano
dejando rodar su cetro.

NEREGUEL: ¿Y sabe ya que un rival...?

RABSARES: ¡No, jamás! Fueran los celos
un aguijón harto rudo
para un rey: yo lo desecho.
Padre llaman a Joaquín
Elda y su esposo: recelos
no ha concebido el monarca
del que juzga amor fraterno.

NEREGEL: Pero si ella del engaño
le saca...

RABSARES: Condensa el velo,
porque la hago comprender
que el perdón de sus excesos
debe Rubén a ese error
que desarma al juez excelso.

NEREGEL: Quizás Nitocris...

RABSARES: Los ama,
y fiel guardará el secreto;
además que al vil marido
desaparecer harás presto.

NEREGEL: Baltasar llega. En su rostro
nueva luz brilla. Te dejo
que le hables de sus amores
antes que yo del imperio.
(Se va.)

ESCENA II

Baltasar, Rabsares.

RABSARES: *(Observando al Rey que entra.)*
¡Triunfamos! Gran rey...

BALTASAR: ¡Rabsares!
¿Ves cuán brillante y sereno,
cuán puro se ostenta el día?

RABSARES: Sí, señor.

BALTASAR: *(Acercándose a una ventana.)*
Del firmamento
nunca ese campo infinito
fue tan hermoso.

RABSARES: Lo advierto.
Al ver de tu faz sagrada
templarse el adusto ceño,
se aumentan del sol las luces
y se alegra el mismo cielo.

BALTASAR: ¿Y la atmósfera...? ¿No sientes
que aquellos vapores densos
se truecan en auras tibias,
donde se exhala el aliento
fácil, libre?

RABSARES: Sí, gran rey.

BALTASAR: ¡Oh! Parece que despierto
de un larguísimo letargo.
Parece que el universo,
que en negras brumas yacía,
renovado se alza y bello.
¡Parece que vida ardiente
circula por su ancho seno,
y que al calor poderoso
yo también, yo me renuevo!

RABSARES: *(Con regocijo.)*
¡Ah...!

BALTASAR: No hay duda: el pecho mío
sacude su enorme peso...
Y palpita... ¡Oh! ¡Sí! ¡Palpita...!
¡Yo vivo al fin! ¡Yo deseo!
¡Yo columbro, oh, esperanza,
tus horizontes inmensos!

RABSARES: ¡Bendigo a los altos dioses!

BALTASAR: *(Hablando como consigo mismo.)*
¡Pero qué extraño misterio!
Me confunde. Los dos seres
más débiles, más abyectos,
que muestra en su extensa escala
la humanidad que desprecio,
¿cómo han logrado la gloria
de agitar mi augusto pecho,
despertando en él impulsos
de que me asombro..., y me alegro?
¡Una mujer y un esclavo
me han resistido...! ¡Yo siento
que hay un poder que rendir...
en una mujer y un siervo!

RABSARES: Si en ello gozas ...

BALTASAR: ¡Sí! Gozo
un placer grande, supremo,
al saber que guarda el mundo,
del que soy infeliz dueño,
dos voluntades, dos almas
que no rindo con un gesto;
que por raras las codicio,
que por fuertes las respeto.
¡Siento un placer inefable
al comprender que amar puedo,
que demostralo ambiciono
y que ser amado espero!
Sí, Rabsares, cien provincias
diera por este momento
en que repito asombrado:
"¡Yo soy hombre! ¡Yo deseo!".

RABSARES: Puesto que a Rubén perdonas...

BALTASAR: Que aquí le traigas te ordeno
con su padre.

RABSARES: ¡A tu harén sacro!
Nunca hollaron extranjeros,
señor, sus altos umbrales...
Nunca se vio...

BALTASAR: ¡Yo lo quiero!

RABSARES: *(Turbado.)*
Gran rey...

BALTASAR: Desde hoy, de estos sitios
que habitaba el servil miedo,
para siempre la opresión
de indignos usos destierro.
¡Elda aquí reina! ¡Ella sola!
¡Que a cuanto dicte su acento
todos se postren sumisos!
¡Que huya el terror, que huya lejos
de estos muros venturosos,
donde el amor hallar debo!

RABSARES: Son tus palabras augustas
leyes santas que venero;
pero pensaba, señor,
que con hablar a sus deudos,
la beldad que te resiste
cobrará mayor denuedo.

BALTASAR: ¿Por qué?

RABSARES: No ignoras que son
fanáticos con extremo
los insensatos cautivos,
y que tienen por precepto
divino, el no contraer
ningún vínculo o empeño
que nosotros, los que al Dios
que adoran desconocemos.
¿Qué harán, pues, sino aumentar
los terrores de un ser tierno,
que aún se niega a tus bondades,
porque en ti contempla inquieto
del Dios a quien teme tanto
un enemigo sangriento?
Deja a esa niña privada
de todo auxilio y consejo
en la soledad tranquila,
y verás en breve tiempo
que al yugo que ahora rehúsa
se rinde dócil su cuello,
quedando tanta hermosura
de tus antojos trofeo.

BALTASAR: ¿Qué importa una mujer más?
¡Yo aspiro a un alma, no a un cuerpo!
Vengan su padre y su hermano.

RABSARES: (¡Perdido soy!.) Te obedezco.
(Al salir, se encuentra con Neregel que entra, y le dice, bajo, lo siguiente:)
Di en contra de los judíos
cuanto sepas.

NEREGEL: A eso vengo.

ESCENA III

Baltasar, Neregel.

(Deteniendo al Rey en el momento en que va a entrar al interior del harén.)

NEREGEL: Señor...

BALTASAR: ¿Qué ocurre?

NEREGEL: En alarmas
se agita medroso el pueblo.

BALTASAR: ¿Por qué?

NEREGEL: Se dice que Ciro,
coligado con los medos
y otras naciones de Oriente,
con grande orden y silencio
se dirige a Babilonia.

BALTASAR: ¿Y a mí con absurdos cuentos
me vienes?

NEREGEL: Son los cautivos
la causa de cuanto expreso.

BALTASAR: ¿Los cautivos...?

NEREGEL: Que aseguran
–¡de decirlo me avergüenzo!–
que existen no sé qué libros,
que guardan con sumo aprecio,
y en los que claro se anuncia
la destrucción de tu reino.
Con tales voces la plebe
se altera loca, y sospecho
que exaltan su espanto y saña
los sátrapas descontentos.

BALTASAR: Sueñan todos; despertarlos
basta, Neregel.

NEREGEL: ¿Qué medios...?

BALTASAR: Que en mi palacio esta noche
se sirva banquete espléndido,
en que olviden sus intrigas
los sátrapas turbulentos,
y al pueblo impónle mañana...

NEREGEL: ¿Qué cosa?

BALTASAR: Un tributo nuevo.

NEREGEL: Dicta también la sentencia
de los cautivos malévolos.
Tu mandato aguardo.

BALTASAR: Dime:
¿cuántos dioses tienen templo
en Babilonia?

NEREGEL: ¡Son tantos...!
El más suntuoso está a Belo
consagrado.

BALTASAR: Sí, tesoros
costó, si mal no recuerdo.
Tesoros que a duras penas
cien provincias reunieron.

NEREGEL: Es verdad.

BALTASAR: Y a menor coste
a ese Dios de los hebreos
pueden alzársele altares
que los dejen satisfechos.

NEREGEL: *(Retrocediendo con espanto.)*
¡Cómo, señor...! ¿Prestas fe
a ese Dios del extranjero?

BALTASAR: *(Con ironía burlona.)*
¡Oh! ¡Muy grande! No lo dudes.
¡Tanta fe..., como a los nuestros!

NEREGEL: ¡Señor...! No sé qué decirte...
Más de cien dioses tenemos.

BALTASAR: Pues con tener ciento y uno
no habéis de aumentar el peso.

NEREGEL: A ese Dios de los judíos
tus inmortales abuelos
guerra eterna le juraron.

BALTASAR: Se mostraron asaz necios
mis abuelos inmortales.

NEREGEL: Yo te suplico...

BALTASAR: ¡Yo ordeno
que el Dios de mi bella esclava
con vuestros dioses caldeos
se asocie desde este día!
Ve a publicar el decreto.

NEREGEL: *(Aparte.)*
¡Que horror!
(Se va.)

BALTASAR: *(Mirando dentro.)*
¡Es ella...! ¡Aquí llega!
¡Su triunfo verá perfecto!

ESCENA IV

Baltasar, Elda.

ELDA: No excite, señor, tu enojo,
si de inquietud devorada,
sin ser por tu voz llamada
vengo y a tus pies me arrojo.

BALTASAR: *(Impidiéndoselo.)*
¿Qué temes?

ELDA: Desde esas rejas
correr he visto a la plaza
a un pueblo que no disfraza
la injusticia de sus quejas,
y que con sordos baldones
maldiciendo a los judíos,
a sus rencores impíos
te piden los abandones.

BALTASAR: No; depón toda inquietud,
pues cuantos te son amados
serán objetos sagrados
para esa vil multitud.

ELDA: ¿Lo prometes...?

BALTASAR: Te lo juro,
por el gran bien que me has hecho.

ELDA: ¡Yo, señor!

BALTASAR: Toca este pecho,
que en un ambiente más puro
ya comienza a respirar,
y que de la muerte el frío
guardaba en su hondo vacío,
cansado de despreciar.

Dime si tu juicio alcanza
lo que es el mal inclemente,
que luz le niega a la mente
y al corazón esperanza.
Que sofoca el sentimiento
y a los sentidos embarga...,
que hace la vida una carga
y un azote el pensamiento.
Dime si ves la luz nueva
que absorta mi alma columbra...
¡Todo a mi vista se alumbra!
¡Todo a mi mente se eleva!

ELDA: Rey...

BALTASAR: ¿Qué cosa negar puedo
a la que me hace sentir...?
Cuanto imagines pedir,
otro tanto te concedo.

ELDA: Si la eterna gratitud
de esta esclava reverente...

BALTASAR: ¡Dame un alma libre, ardiente...!
No me hables de esclavitud.

ELDA: *(Aparte.)*
¡Cielos!

BALTASAR: Si no me haces don
de ese bien que yo ambiciono,
¡qué fuera en mi yermo trono
del mundo la posesión!

ELDA: En ese mundo los hados
te dieron gloria y poder...

BALTASAR: Que yo desdeño ejercer
sobre seres degradados.

ELDA: ¡Hazte amar! Pues tú lo puedes,
caiga, señor, de tus manos
la dicha de los humanos...
¡No ingrato los desheredes!
¡Si el mando te causa hastío,
si no hay placer que te cuadre,
sé de cien pueblos el padre,
y de tu pecho el vacío
llenará su amor inmenso!

BALTASAR: *(Con sorpresa de lo que oye.)*
¿Su amor...?

ELDA: Ciegos tus mayores,
fueron del mundo opresores...
Hasta de Dios el incienso
su soberbia usurpó loca,
maldiciendo su impiedad
la doliente humanidad.
Enaltecer hoy te toca
su cetro, ¡oh rey! ¡De esas greyes
que envileció el egoísmo
haz hombres! ¡Como a Dios mismo
te aclamarán rey de reyes!

BALTASAR: Viertes extrañas ideas
de las que me encuentro ajeno...
pero concibo que es bueno
cuanto dices y deseas:
pues si este ser descreído
puede al cabo creer y amar,
tú sola le has de alcanzar
aquel cambio apetecido.
Tú, que pruebas que una esclava
le puede dar dicha a un rey...,
pues los iguala una ley
del amor que yo ignoraba.
¡Oh sí! ¡Que me sienta amado
por esa alma noble y pura,
que te deba la ventura
que ni aun en sueño he gozado;
y entonces, ¡yo lo afianzo!,
todo a ella se lo concedo;
todo por ella lo puedo;
¡todo con ella lo alcanzo!

ELDA: ¡Ah señor, la virtud sola
nos da ventura eminente,
y hoy puede brillar tu frente
con su sagrada aureola!
Hoy que Dios en su bondad,
por este ser imperfecto,
le muestra a tu ánimo recto
que es noble la humanidad,
muéstranos tú que eres digno
de regirla, ¡oh Baltasar!

No te dejes dominar
por un influjo maligno.
No en rara contradicción,
mientras me oprimes tirano,
me pidas con ruego insano
de un alma libre alto don.
Ni olvides que la que aquí
gime en perenne vigilia,
del seno de su familia
se ve arrancada por ti.
¡Que ve a su Dios sin altares,
su ley santa escarnecida,
su nación envilecida
y a sus deudos sin hogares!

BALTASAR: Lo que anhelo de ti amante
ya lo has podido entender;
lo que por ti quiero hacer
voy a mostrarlo al instante.

ELDA: ¿Qué...?

BALTASAR: Cautiva no eres ya.

ELDA: ¡Qué dices...!

BALTASAR: Goza tu gloria.

ELDA: ¿Me anuncias...?

BALTASAR: ¡Alta victoria!

ELDA: ¿Puedo esperar...?

BALTASAR: ¡Mira!

ELDA: ¡¡Ah!!

(La puerta se abre, y aparecen Joaquín y Rubén retirándose Rabsares, que los conduce. También deja la escena Baltasar en el momento de arrojarse Elda en brazos de su padre.)

ESCENA V

Elda, Joaquín, Rubén.

ELDA: *(Llevándolo hacia el proscenio, mientras Rubén, pensativo y sombrío, permanece a alguna distancia.)*
¡Padre mío...!

JOAQUÍN: ¡Hija adorada!
¿No es sueño...? Que otra vez toque
tu cabeza... ¡Oh sí, es mi hija!
¡Dios quiere que la recobre!

ELDA: ¡Sí, padre, sí! ¡Rubén...!
(Tendiéndole la mano y yendo hacia él.)

RUBÉN: ¡Tente!
¿De esposa el sagrado nombre
aún puedo darte?

ELDA: *(Con dignidad.)*
¡Yo existo!

RUBÉN: *(Cayendo a sus pies y besando sus manos con transporte.)*
¡Perdón!

ELDA: ¡Rubén!

JOAQUÍN: No prolongues
mi inquietud: ¡cuéntalo todo!

RUBÉN: Lo adivino: índole noble
tiene el rey; no es inclemente.
Volverme, padre, dispone
mi tesoro. Di: ¿no es cierto?

ELDA: ¡Quiero que tu triunfo goces,
hace un instante decía,
y tu ventura corones!

JOAQUÍN: ¿Quién duda...? Si aquí nos llama
y en nuestros brazos te pone,
¿pudiera ser para luego
arrancarte de ellos?

RUBÉN: ¿Dónde,
dónde está...? ¡Que yo a sus plantas
lleno de gozo me arroje...!

ELDA: Dejarnos en libertad
quiso sin duda. ¡Mas oye!
Son sus pasos: ¡viene!

JOAQUÍN: ¡Oh, Dios!
¡Cólmale de bendiciones!

RUBÉN: Y tú, corazón soberbio,
sofoca ya tus rencores.

ESCENA VI

Los mismos, Baltasar. Este sale con un escrito en la mano, empiezan a oírse algunos rumores del pueblo, que se agolpa en la plaza.

BALTASAR: *(A Rubén, que se adelanta y dobla una rodilla ante él.)*
Si no consiente el destino
que el cordero al león postre,
también hizo generoso
al fiero rey de los bosques.
(Le levanta.)

RUBÉN: Oh señor, mi gratitud...

BALTASAR: Que lo pasado se borre.
Sólo recordar me place
que entre esclavos hallé un hombre,
y lo hago desde este día,
como a él sólo corresponde,
de mis reinos el segundo
y el primero de mi corte.
¡Toma!
(Le da el escrito.)

RUBÉN: ¡Señor...!

BALTASAR: Tú, Joaquín,
tranquila morada escoge,
en la que de tantos años
de duras penas reposes,
y allí donde te fijares
yo haré que todo te sobre.

JOAQUÍN: ¡Nada en el mundo deseo
como mis hijos me otorgues!
Con ellos me das la dicha,
y sus pasados dolores
olvida el pecho.

RUBÉN: Sí, rey;
aunque mi acento me ahogue
por la emoción, con mi padre
te ruego, que no nos honres
con tal exceso. Una choza
escondida entre los montes
de la Patria, bajo el cielo
que cubre de mis mayores
las venerables cenizas;
un hogar humilde y pobre
con los objetos queridos;
nada más hay que ambicionen
tus cautivos desgraciados,
que bendecirán tu nombre
si esos bienes les permites.

JOAQUÍN: ¡Dios hay que te galardone!

ELDA: ¡Yo te lo pido también,
señor! ¡De tres corazones
conquistaste afecto eterno!
(Se aumentan los rumores de afuera.)

JOAQUÍN: LLegan aquí los clamores
de tu pueblo, que nos odia.
No más su saña provoque
nuestra presencia: concede
–¡y Dios de glorias te colme!–,
¡concede que al suelo patrio
los tristes cautivos tornen!

BALTASAR: *(Que escucha con sorpresa e indignación los lejanos alaridos del pueblo.)*
¡Aguardad!
(Se levanta al encuentro de Neregel, que viene hacia él.)

ESCENA VII

Los mismos, Neregel.

NEREGEL: Señor...

BALTASAR: ¿Qué causa
hace que así se alborote
la muchedumbre?

NEREGEL: Señor,
fue siempre adicta a sus dioses,
y con roncos alaridos
tu fatal decreto acoge.

BALTASAR: ¿Se atreve...?

NEREGEL: Su saña aumenta
al saber que aquí se esconden
esos dos hombres audaces,
y al no ignorar que el más joven
contra tu agusto decoro
cometió crimen enorme.

ELDA: *(Acercándose a su esposo como para protegerlo contra el furor que se anuncia.)*
¡Rubén...!

JOAQUÍN: ¡Oh, Dios...!

NEREGEL: Ya lo escuchas.
¡Su sangre te pide a voces!

JOAQUÍN: ¡Su sangre...!

BALTASAR: ¡Francas al punto
queden las puertas!

NEREGEL: *(Dudoso.)*
¿Dispones...?

BALTASAR: ¡Que el pueblo penetre aquí!
(Se va Neregel dejando abiertas las puertas del fondo, por las que se ve pronto a la multitud invadir el vestíbulo.)

ELDA: *(Llegándose a él inquieta.)*
¡Señor...!

BALTASAR: ¡Que a tus pies se postre,
y en una virgen judía
a mi regia esposa adore!

JOAQUÍN: ¡Elda!

RUBÉN: *(Aparte.)*
¡Qué ha dicho!

ELDA: *(Aparte.)*
¡Dios bueno!

BALTASAR: ¡Hoy con nuevos resplandores
de Semíramis el manto
quiero, esclava, que te adorne!

ELDA: ¡Ah...!

JOAQUÍN: ¡Señor! ¡Es imposible!

RUBÉN: ¡Qué! ¿Son estos tus favores?
¿Con ellos quieres pagarme
mi mujer...?

BALTASAR: *(Suspenso y atónito.)*
¡Cómo...!

RUBÉN: ¡Recoge
el precio infame!
(Rasga y arroja el escrito que le dio Baltasar.)

BALTASAR: ¡Tú...! ¡Tú...!

JOAQUÍN: ¡Señor! No pienso que ignores
que tiene esposo.

RUBÉN: ¡Yo! ¡Sí!
¡Yo que no gozo en el orbe
de otra gloria, otra ventura,
otro bien! ¡No me despojes
de ese amor que es mi universo!
¡No de un mísero te apropies
la única, la postrer prenda,
tú, colmado de los dones
del cielo!

BALTASAR: *(Inmóvil y con voz sorda.)*
¡No son hermanos...!

ELDA: Se opusieron mis temores
a que esa verdad, señor,
te confesara. Perdone
tu compasión mi flaqueza.
¡Mi llanto a tus plantas corre!

JOAQUÍN: *(Cayendo a los pies del Rey.)*
¡Sé grande, rey Baltasar!
¡No tus promesas revoques!

RUBÉN: *(Lo mismo.)*
No quebrante tu justicia
la pasión al primer choque,
pues del déspota al instinto
tu propio instinto se opone.

BALTASAR: ¡No son hermanos...! ¡Mentían!
¡Y yo encontrar pechos nobles
pensé iluso...! ¡La verdad
yo quise hallar en los hombres!
(Suelta una carcajada convulsiva.)

RUBÉN: *(Poniéndose en pie, lo mismo que Elda y Joaquín).*
¡Rey...!

JOAQUÍN: Yo tiemblo.

BALTASAR: *(Con sarcasmo acerbo.)*
¡Y aún me piden
que yo su triunfo corone,
y que el siervo y la mujer
de mi impotencia se mofen!

ELDA: ¡Oh! ¡No! ¡Te pido justicia!
¡Te pido mi esposo, en nombre
de la virtud, de tu gloria,
de Dios!

BALTASAR: *(Arrojándola en brazos de sus soldados.)*
¡Vuelve a tus prisiones,
sierva vil! ¡Que entre esas greyes
tu cuello al yugo se doble,
y me vengue tu vergüenza
de mis locas ilusiones!

JOAQUÍN: *(Queriendo defender a su hija que se lleva la guardia.)*
¡No, bárbaro!

RUBÉN: ¡Mi cadáver
has de hollar antes de que oses
cumplir tu amenaza impía!
(El pueblo invade el vestíbulo en este instante, y se agolpa con sordos murmullos en las gradas que separan a aquél del salón de la escena.)

ELDA: *(Luchando desesperadamente con los que quieren llevársela.)*
¡Oh señor! ¡No te deshonres
ante ese pueblo que riges
y que aquí llega!

RUBÉN: *(Entre Elda y el Rey.)*
¡No agotes
de un infeliz la paciencia!

BALTASAR: *(Fuera de sí.)*
¡Una presa tus furores
me piden, pueblo! ¡Ahí la tienes!
(Arroja a Rubén entre el populacho, que lo recibe rugiendo, y deja la escena el Rey precipitadamente.)

ELDA: ¡Cielos!

JOAQUÍN: ¡No...!

RUBÉN: ¡Turbas feroces!
¡Soltad!

JOAQUÍN: ¡Mis hijos...!

ELDA: ¡Mi esposo!
¡Gracia! ¡Perdón! ¡Ah!
(Se la llevan sin sentido.)

NEREGEL: ¡Destrocen
vuestras manos a ese infame,
y que a la plaza se arrojen
sus restos sangrientos!

VOCES: *(Del populacho, que se ha posesionado de la víctima y la arrastra al vestíbulo.)*
¡Muera!

RUBÉN: ¡Padre...!

JOAQUÍN: *(Yendo hacia él, pero cayendo desfallecido en medio de la escena, mientras aparece la Reina y corre en defensa de la víctima.)*
¡Yo con él...! ¡Yo...!

NITOCRIS: Dioses...!

ACTO CUARTO

Salón del banquete, adornado con magnificencia y resplandeciente de luces. Un diván, que ocupará el Rey al levantarse el telón. Gran mesa semicircular, preparada para la cena. Pebeteros de oro y plata. Este salón está separado del terrado por un orden de columnas, y después de ellas se ven las estatuas y fuentes de aquel jardín aéreo, que sirve de fondo a la escena. De vez en cuando, siniestra luz de relámpagos, en la distancia.

ESCENA I

Baltasar, Nitocris. El primero, echado en el diván, parece entregado a sombría cavilación, y se estremece, como despertando de un sueño penoso, a las primeras palabras de la Reina, que entra en la escena al levantarse el telón, y se le aproxima lentamente en silencio, hasta ponerse a sus pies.

NITOCRIS: Señor, vengo a devolverte
este sello soberano
que me dio tu excelsa mano.

BALTASAR: ¿Por qué causa?

NITOCRIS: *(Levantándose.)*
¡Te la advierte
mi dolor! Con esta prenda
–declarártelo no temo–,
quise en instante supremo
impedir victoria horrenda
de un populacho cobarde...
¡Oh sí! Con angustia inmensa,
de la víctima en defensa
corrí, llegué... ¡Ya era tarde!

BALTASAR: *(Apartando la vista.)*
Bien... ¡No más!

NITOCRIS: Desde este día
renuncio a todo poder...
Que el que empiezas a ejercer
te aplauda la turba impía
que el triunfo odioso pregona,
y que al cebarse en su presa,
con su sangre dejó impresa
negra mancha en tu corona.

BALTASAR: ¡Señora...!

NITOCRIS: *(Dándole el sello real.)*
Ten. Yo esperaba
que en premio de mis desvelos
me concediesen los cielos
un cambio que ambicionaba.
Que tu letargo fatal
sacudiendo al fin brioso,
te alzaras grande y glorioso,
de este pecho maternal
remontando la ufanía
con gloria del cetro augusto,
y dando, monarca justo,
ventura a tus pueblos.

BALTASAR: Fía
de tus dioses al poder
esa misión singular,
porque yo no alcanzo a dar
lo que no alcanzo a tener.
¡La dicha...! ¡Fantasma vano
que sigue loco el mortal...!
¡Nada hay cierto sino el mal!
¡Sólo el dolor no es arcano!
¡Yo también, también, señora,
(levantándose)
pude en un vértigo extraño
concebir, para mi daño,
una esperanza traidora...!

NITOCRIS: ¡Oh Baltasar...!

BALTASAR: *(Con desaliento doloroso.)*
Humo leve,
que pasa sin dejar huella,
fue todo. ¡Volóse aquella
ilusión de un sueño breve!
¡Volóse...! Volví a caer
en esta tierra maldita
donde todo se marchita,
donde es sarcasmo el placer.
Torno a escuchar ese acento
que la esperanza prohíbe
y que mi odio percibe
en cada soplo del viento.

¡Ese acento que aquí gira,
que en todas partes murmura:
no hay amor, verdad, ventura...
todo es miseria y mentira!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡Desdichado!

BALTASAR: ¡Esa voz triste
que no permite alegría,
se envuelve en la noche umbría,
con la luz del sol se viste,
de aquella turba la calma,
del otro el brillo sereno,
y ecos arranca del seno
del universo y del alma!

NITOCRIS: ¿Quieres...?

BALTASAR: *(Con sordo acento.)*
¡Quiero que la apague
con su bullicio la orgía
o el mundo con su agonía!

NITOCRIS: ¡Ah...!

BALTASAR: ¿Qué importa? Que no vague
esa voz en mis oídos,
y me serán gratos sones
blasfemias y maldiciones,
carcajadas o gemidos.

NITOCRIS: ¡Ah señor! Si no existieran
amor, virtud, fe constante,
¡otra suerte en este instante
dos nobles seres tuvieran!
Mas tú, que de despreciar
cansada tu alma sentías,
odiaste lo que debías
por su grandeza admirar...
Tú, por rara y fatal ley
que hace que el juicio se asombre,
lo que buscabas como hombre
lo has hollado como rey.
¡Quizá sea la expiación
de aquella soberbia loca,
que encuentre en el bien que toca
tormento tu corazón...!

¡Y que del hombre ultrajado
no comprendas el valor,
sino sintiendo el dolor
de no verte nunca amado!

BALTASAR: ¡Pues bien! ¡Si al infausto trono
no ha de llegar la esperanza,
si el ser más mísero alcanza
lo que yo en balde ambiciono,
si es de los reyes herencia
la soledad de esta cumbre,
do no hay un astro que alumbre
las sombras de la existencia...,
quiero, con negro egoísmo,
que este poder infecundo
pese, señora, en el mundo
tan rudo como en mí mismo!
¡Vete! ¡Quizá logre al fin
de monarca digna palma!
(Con ironía severa.)
¡Quizás me conforte el alma
la crápula del festín!
Hónralo con tu presencia,
y de eso sólo te cuida.
(Se deja caer en el diván.)

NITOCRIS: *(Con tristeza.)*
Será, señor, complacida
tu voluntad.
(Se va y Neregel aparece al mismo tiempo por otra puerta.)

ESCENA II

Baltasar, Neregel.

NEREGEL: (¡Qué insolencia!)
Señor, se empeña en hablarte
Daniel, el mago cautivo.

BALTASAR: ¿Para qué?

NEREGEL: Quizá la esclava
reclame, de quien es tío;
y tal se encuentra esa joven,
que a indicarte me decido
no pierdes nada en perderla.

BALTASAR: Explícate más.

NEREGEL: Su juicio
padece horrible trastorno.

BALTASAR: ¡Cómo!

NEREGEL: En constante delirio,
tan pronto quiere escaparse,
mostrando vehemente ahínco,
para implorar tu clemencia
por el esposo en peligro;
tan pronto, de otros recuerdos
su corazón oprimido,
la frente oculta en el polvo,
y con frenéticos gritos
divulga...

BALTASAR: ¡Basta!
(Levantándose.)
El banquete
ya debe estar prevenido

NEREGEL: Toda tu corte brillante
aguarda ya.

BALTASAR: Necesito
cercarme de orgullo necio,
de estúpido regocijo.
(Con exaltación dolorosa.)
¡Que brille mi pompa regia;
que el ambiente que respiro
de perfumes que den vértigos
se impregne: que salte el vino
en cincelados metales:
que del placer al bullicio
uniéndose la embriaguez
me haga olvidar de mí mismo!

NEREGEL: Se cumplirá cuanto ordenas.
(Se va.)

ESCENA III

Baltasar, luego Daniel, luego Neregel y guardias.

BALTASAR: *(Con sarcasmo.)*
¡Está loca...! ¡Oh quebradizo

barro, que al choque primero
(entra Daniel a espaldas del Rey.)
quiebra, destroza el destino...!
¡Huye lejos, compasión!
¡Todo afecto es desvarío!
(Va a dejar la escena y le sale al encuentro Daniel.)

DANIEL: Soy Daniel, rey Baltasar.

BALTASAR: *(Retrocediendo.)*
¿Qué es lo que quieres? Me han dicho
que eres un mago eminente.

DANIEL: Te engañaron: yo no estimo
la ciencia de tus caldeos.

BALTASAR: Que la superas colijo
con la tuya.

DANIEL: No soy sabio.

BALTASAR: ¿Pues por qué extraño artificio
has logrado parecerlo?

DANIEL: Cual eco humilde repito
voz de suprema verdad...
¡que es la que aquí te dirijo!

BALTASAR: ¿Cómo...? Tu Dios...

DANIEL: ¡Nuestro Dios:
el único; el infinito
señor de cielos y tierra,
señor de todo ser principio
es quien te habla, Baltasar,
por este tu siervo indigno!

BALTASAR: ¿Y qué me dice ese Dios
para mí desconocido?

DANIEL: ¡Su nombre publica el mundo;
lo ves en el cielo escrito;
lo proclama el mar soberbio;
lo anuncia el viento en su giro;
con sus tinieblas la noche,
el sol con su ardiente brillo,
la tempestad con sus truenos
y el aura con sus suspiros!

BALTASAR: *(Con sarcasmo.)*

Sí, yo me encuentro en un mundo
donde con nombres distintos,
oigo que invocan los hombres
no sé qué árbitro escondido...
que no responde jamás.
Yo tiendo la vista, y miro
a las nubes lanzar rayos,
al mar entreabrir abismos,
producir ponzoña el suelo,
el aire en miasmas nocivos
difundir mortales pestes..
¡yermar campos el granizo!
¡Una fuerza loca y ciega
que produce sin designio,
y cuanto engendra destruye
sin más ley que su capricho!
La ventura, fugaz sombra
que se escapa de continuo...,
la justicia, nombre vano
de que hace el fuerte ludibrio...,
y cerrando el horizonte
de este cuadro, tan magnífico,
¡siempre el sepulcro...!, mezclando
en su polvo inmundo y frío,
¡la ignominia con la gloria,
las virtudes con los vicios!
Por tales rasgos se ostenta,
¡profeta!, a los ojos míos,
esa providencia sabia
a que dais culto sumiso...
Ponle el nombre que te cuadre,
préstale voz a tu arbitrio.

(Se sienta, y escucha desdeñosamente a su interlocutor.)

DANIEL: *(Acercándosele.)*

Si triunfa en la tierra el mal,
¡como lo pruebas tú mismo!,
si sucumbe la inocencia
bajo el poder del impío,
y en la tumba se confunden
los justos con los inicuos,
¡del más allá de la tumba
reconoce el alto aviso!

BALTASAR: Y de tu Dios en el nombre,
¿no dices más?

DANIEL: ¡Sí! Te digo
que en su balanza suprema
son pesados los delitos
y virtudes de los reinos.
Que si rompe el equilibrio
el mal al fin, si se borra
de gloria el postrer vestigio,
y caducando un imperio
devorado por sus vicios,
la tierra llega a infectar
con su aliento corrompido...,
entonces Dios lo renueva
por horrendo cataclismo,
que a las viejas sociedades
sepultan en hondo abismo!

BALTASAR: Más que hábil te juzgo loco
si amedrentarme has creído
como a la vil muchedumbre
con tus presagios fatídicos.
¿Dónde estaba tu Dios justo
cuando su templo abatimos
y sus aras venerables
dejamos sin sacrificio?
¿En dónde cuando los surcos
de este suelo, en que cautivos
gemís, con sudor y lágrimas
regáis, en trabajos ímprobos
para que den nuestras vides
un jugo más exquisito?

DANIEL: ¡El castiga nuestras culpas
y venga nuestros martirios!
¡Sí! ¡Nos negó la victoria...!
¡Bajo tus armas caímos...!
¡Pero ese pueblo humillado
romperá pronto sus grillos!

BALTASAR: Y ese glorioso suceso,
¿qué profeta os lo predijo?

DANIEL: ¡El mismo, rey, que te anuncia
que contra ti viene Ciro,
y que al golpe de su espada
se va a hundir el trono asirio!

BALTASAR: *(Levantándose, pero reprimiendo su ira.)*
Por desprecio solamente
no desmiento el vaticinio.

DANIEL: ¿De qué modo?

BALTASAR: ¡Libertad
promete a tu pueblo indigno,
y hoy, si quiero, con un soplo
a ese vil pueblo aniquilo!

DANIEL: ¡No puedes!

BALTASAR: ¡Cómo...!

DANIEL: Ese pueblo,
¡también, rey, está predicho!,
ni tú ni monarca alguno
podrán jamás destruirlo.

BALTASAR: *(Con sarcasmo.)*
¿No...?

DANIEL: *(Con energía.)*
No. Con miras eternas
aquel pueblo fue escogido
por cuna de la verdad,
por su perenne testigo,
¡y ha de durar en la tierra
mientras que duren los siglos!

BALTASAR: ¡Bien! ¡Yo quiero que se pruebe
de tu Dios el poderío!
¡Neregel! ¡Guardias!

DANIEL: *(Con tono de lástima.)*
¡No agraves,
mísero rey, tu destino!

BALTASAR: *(A Neregel y guardias que entran.)*
¡A ese insensato prended!
¡Que todo el pueblo judío
postre mañana su frente
a los que osan llamar ídolos,
y si resistir intenta,
perezca del hierro al filo!

DANIEL: ¡Baltasar...!

BALTASAR: *(Con ironía.)*
¡Venga de Dios
la excelsa mano en tu auxilio!
(Se va por una puerta; por otra se llevan a Daniel, que le sigue un instante con mirada compasiva, y la escena queda sola. Mientras tanto comienza la música, con la que se unen a intervalos los truenos.)

ESCENA IV

Nitocris, Rabsares, sátrapas, magos, mujeres del Rey que van entrando sucesivamente a la escena.

NITOCRIS: Pronto el rey con su presencia
colmará vuestro placer,
y yo me alegro de ver
reunida con la ciencia
la nobleza cortesana
en nuestra mansión.

SÁTRAPA 1: Señora,
de esa corte que te adora
y de servirte se ufana,
los homenajes recibe.
(Bajo a Rabsares.)
¿Cuándo será su caída?

MAGO 1: La ciencia reconocida
gloria mayor no concibe
que merecer tu bondad.

NITOCRIS: Y yo preguntarte anhelo:
¿qué nos anuncia ese cielo
con su densa oscuridad?
¿Los astros en que leéis
nada dicen?

MAGO 1: Dicen mucho.

NITOCRIS: Refiérelo, que te escucho.

MAGO 1: *(A la corte que le rodea.)*
Todos saberlo podéis.
(Gravemente.)

¡Por indicios a millares,
que entiende el saber profundo,
Belo inmortal manda al mundo
que al rey se alcen altares
dignos de su majestad;
que con pompas se decoren,
y que los pueblos te adoren`
como a celeste deidad!
(Aparte.)
Pontífice espero ser.

SÁTRAPA 2: Con regocijo y respeto
yo acojo el alto decreto.

MAGO 2: Que se cumpla es menester.

MAGO 1: Lo espero así.
(Señales generales de asentimiento.)

NITOCRIS: *(A Sátrapa 1.)*
¿Tú qué sabes
de tu vasta satrapía?

SÁTRAPA 1: Prospera más cada día.

NITOCRIS: Pues corren noticias graves.

SÁTRAPA 1: No alcanzo...

NITOCRIS: Se dan razones
de queja.

SÁTRAPA 1: ¡Bah! Nada en suma.
Dicen que se les abruma
con enormes exacciones.

NITOCRIS: Se habla de violentas muertes
también.

SÁTRAPA: ¡Vaya! Cien cautivos.

NITOCRIS: ¿Se rebelaron altivos?

SÁTRAPA 1: Se hicieron torpes e inertes...
casi inútiles por viejos.

RABSARES: El rey se acerca.

MAGO 1: ¡Victoria!
siempre alcance, y de su gloria
nos abrumen los reflejos!

TODOS: ¡Gloria al rey!
(Se inclinan profundamente, y entra Baltasar con Neregel.)

ESCENA V

Los mismos, Baltasar, Neregel. Esclavos que sirven la mesa. La música colocada en el jardín une sus ecos con los truenos de la tempestad, que van haciéndose más frecuentes y prolongados.

BALTASAR: ¡Sátrapas! ¡Quiero
que reine aquí la alegría
sin límites!

RABSARES: *(Bajo al Sátrapa 1.)*
Tan sombría
nunca vi su frente.

BALTASAR: Espero
que haya tumulto, bullicio,
frenesí... locos placeres,
¡Que entre aromas y mujeres
se turbe, se pierda el juicio!
¡A la mesa!

RABSARES: *(Bajo al Sátrapa 1.)*
Nunca oí
dictar con tan raro tono
del placer el abandono.

SÁTRAPA 1: Obedezcamos.
(El rey ha ocupado su asiento en la cabecera de la mesa, a la izquierda del actor, e indica a su madre el asiento del otro extremo.)

BALTASAR: Tú allí.
(Se sientan todos, y los esclavos permanecen de pie detrás de la mesa.)
Salte en las copas el vino

NEREGEL: Sirviéndole.
Este es Chipre, del mejor.

SÁTRAPA 1: Embriaga sólo su olor.

SÁTRAPA 2: Cierto.

MAGO 1: ¡Es un néctar divino!

RABSARES: *(Levantando su copa.)*
¡Por el gran rey Baltasar!

MAGO 1: ¡Por el dios Baltasar!

SÁTRAPA 1: ¡Vea
Babilonia, cual desea,
alzarse pronto su altar!

UNOS: ¡Gloria al gran rey!

OTROS: ¡Gloria al Dios!

ESCENA VI

Los mismos, Elda, que entra por la derecha del actor, desmelenada, el vestido en desorden, y pintado en todo su aspecto el extravío de la razón.

NITOCRIS: *(Al aparecer Elda.)*
¡Cielos...! ¡Es ella...!

BALTASAR: *(Aparte.)*
¡Qué miro!

ELDA: *(Que parece no echar de ver al Rey ni a su corte.)*
¡Penetro al cabo! ¡Respiro!
Nadie viene de mí en pos.

BALTASAR: *(Poniéndose en pie y lanzando a Rabsares una mirada de reconvención y enojo.)*
¡Rabsares...!

RABSARES: *(En humilde tono.)*
¡Señor...! Mi ausencia
del harén...

NEREGEL: Yo haré al instante
que a la infeliz delirante
se arroje de tu presencia.

(Todos se ponen en pie, y algunos se desvían de la mesa como para ir a donde está Elda.)

NITOCRIS: *(Yendo hacia él.)*
¡Por piedad...!

BALTASAR: De ella dispón.

NITOCRIS: *(Acercándose vivamente a Elda, que recorre agitada el regio salón y parece reconocerla con cierta alegría.)*
¡Elda...!

ELDA: ¡Ah! ¡Tu! ¡Llévame! ¡Quiero
pedirle al déspota fiero
para mi esposo perdón!

NITOCRIS: *(Apartando la vista de ella con dolorosa emoción. Aparte.)*
¡Desdichada...!

ELDA: ¡La orden cruel
aún resuena en mis oídos...!
¡Aún escucho los rugidos
de la turba, que en tropel
sobre su presa se lanza...!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡Oh...!

ELDA: ¡Corramos! ¡No consientas
que aquellas fieras hambrientas...!
¡Ven, ven...! ¡Yo tengo esperanza!
¡Corramos!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡Triste ilusión!

ELDA: *(Suspendiéndose.)*
¡Ah...! ¿No escuchas?

NITOCRIS: Silba el viento.

ELDA: Parece un largo lamento...

NITOCRIS: Te turba vana aprensión.
Estás en nuestra morada
(con tristeza)
¡y nada hay ya que temer!

ELDA: ¿Nada...?

NITOCRIS: Sí... Debes creer.

ELDA: *(A la Reina con misterio:)*
¡Pude al cabo hallar entrada!
Me escapé... ¡Guarda el secreto!
Me escapé sin hacer ruido.
Plazas, calles he corrido,
temblándome el pecho inquieto.
Que por sangre resbalaban
mis plantas me parecía...
¡pero yo corría... corría...!
¡Cien espectros me acosaban!*

NITOCRIS: "¡Elda...!"

ELDA: "Al fin llegué a las puertas
"de este alcázar... ¡Sí! ¡Ese mismo!
"Me asaltaba un parasismo,
"mas vi que estaban abiertas.
"Toda la corte en tropel.
"como buscando su cetro,
"se precipitaba dentro,
"y ante el augusto dosel
"iba su incienso a quemar...
"¡Y yo, yo sentí en el pecho,
"de mi pavura a despecho,
"nueva esperanza brotar!
"Quise las plantas mover
"llamando todo mi brío...,
"quise por entre el gentío
"ir ante el trono a caer
"clamando: ¡Gracia, perdón,
"para mi infeliz esposo!".

NITOCRIS: "Y qué...?"

ELDA: "¡Y en balde afanoso
"redoblaba el corazón
"sus esfuerzos! ¡No podía
"llegar a la regia puerta!
"¡Pugnaba.... pugnaba... y yerta,
"yerta estatua me sentía!"

* Todos los versos señalados con comillas al margen se han suprimido en la representación. (N. de la A.)

NITOCRIS: Ya estáis conmigo, y espero
que más tranquila...

ELDA: ¡Es verdad!
¡Dios tuvo al cabo piedad!
Por un esfuerzo postrero
pude pasar los dinteles...
Y ahora aquí... ¡Cuántos trofeos
de los monarcas caldeos!
¡Cuántas púrpuras, laureles,
luces que afrentan al día
con sus vivos resplandores...!
¡Y olor de mirra y de flores...!
¡Y ecos de dulce armonía...!
(Se suspende como escuchando la música, pero de repente se oscurece su rostro y parece poseída de espanto.)

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡No puedo más...!

ELDA: Al brillante
resplandor que antes lucía
sucede noche sombría...
Cesa el perfume fragante...
Calla el vítor jubiloso...
Los halagüeños sonidos
mueren en lentos quejidos...
Todo es silencio espantoso...
Todo tinieblas... De un frío
sudor se cubre mi frente...
(El Rey, que atiende con semblante sombrío, se le va acercando maquinalmente; los cortesanos le imitan.)
Se me condensa el ambiente...
(Con desesperada resolución.)
¡Mas no importa! ¡Yo porfío...!
¡Quiero hallar al rey!
(Da algunos pasos.)
¡Mi acento
le invoca! ¡Nadie responde!
¡Todo en las sombras se esconde!
(Da otra vez algunos pasos y torna a detenerse con pavura.)
¡Como hueco el pavimento
bajo mis pasos retumba...!

BALTASAR: *(Adelantándose más.)*
Infeliz...

NITOCRIS: ¡Tu soberano
te tiende benigna mano!

ELDA: *(Señalando espantada un objeto que parece ver en el lugar que ocupa el Rey.)*
¡Mira!

NITOCRIS: ¡Es el Rey!

ELDA: ¡¡Una tumba!!
¡Y otra...! ¡Y otra...! ¡Y otra...! ¡Y cien!
y nunca el tesoro agota
que fúnebre ostenta!

NITOCRIS: ¡Ah! ¡Ven...!

ELDA: ¡Así se aclara el misterio
de tiempo en tan breve espacio!
¡Pensé hallarme en un palacio...
y es un vasto cementerio!

NITOCRIS: ¡Elda...!

ELDA: ¡Quiero huir!
(Lo hace, y se detiene con horror.)
¡Sangrientos
fantasmas...! ¿Qué me queréis?
¡No el camino me cerréis
lanzando largos lamentos!
¡Qué...! ¿Los inmóviles ojos
claváis en mí...? ¿Me llamáis
y mi sitio señaláis
entre estos yertos despojos...?
¡No! ¡No! ¡Yo quiero vivir!
¡Soy joven y soy querida!
Quiero al dueño de mi vida
por todas partes seguir,
como amante digna y fiel,
como esposa tierna y pura...
(Suspendiéndose, como si oyera algo que la horroriza.)
¡Qué..!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡Pavorosa locura!

ELDA: ¡Qué carcajada cruel
lanzáis de los pechos fríos,
que se repite en cien ecos
por esos fúnebres huecos
de los sepulcros vacíos...!
¿Por qué señaláis mi frente
con burla acerba...? ¡Mentira!
¡No hay mancha en ella...! ¡Delira
si tal sospecha la mente!
En vano la atroz violencia...
En vano... ¡No! ¡No...! ¡Jamás!
¡Detente, tirano...! ¡Atrás!
¡Ten piedad de mi inocencia!
¡Qué...! ¿No me escuchas? ¿Tu anhelo
es mi deshonra...? ¡Ah...! ¡Yo corro!
¡Rubén...! ¡Padre! ¡A mí...! ¡Socorro...!
(Huye, y encontrándose con el Rey, que avanza hacia ella, como para imponerle silencio, le reconoce y retrocede horrorizada, dando un grito.)
¡¡No!! ¡Ya es tarde! ¡¡Es tarde..!!
(Cae desplomada en tierra.)

NITOCRIS: ¡Cielos!

RABSARES: *(Acudiendo con otros donde está Elda desmayada.)*
¡Desventurada!

BALTASAR: ¡Llevadla!

RABSARES: *(Lo hacen Rabsares y dos esclavos. Momento de pausa.)*

ESCENA VII

Los mismos, menos Elda y Rabsares.

NITOCRIS: *(Con doloroso acento de reconvención.)*
¡Baltasar...!

NEREGEL: Harto turbó,
gran rey, tu alegre banquete,
la imprevista aparición
de esa insensata.

BALTASAR: *(Queriendo sacudir su remordimiento y con animación febril, que va aumentándose hasta rayar en vértigo.)*
¡Sí! ¡Corran
de nuevo en giro veloz
los néctares incitantes;
y hasta que al romper el sol
no salga ese manto oscuro,
bebamos sin tregua!
(Se acerca a la mesa, y también los cortesanos, agrupándose en las cabeceras y en el centro del semicírculo, pero sin sentarse, aunque toman las copas.)

SÁTRAPA 1: Voy
a proponer otro brindis,
si lo permites.

BALTASAR: ¡Propón!

SÁTRAPA 1: Por la pobre loca hebrea
que tan a tiempo llegó
para aumentar del banquete
el desorden seductor.

BALTASAR: ¡Bien! ¡Por ella...!
(Levantan todos las copas, y aparece Joaquín, que se adelanta con pasos trémulos y semblante desencajado. Sale a la escena por la misma puerta por la que acaban de sacar a su hija moribunda.)

ESCENA VII

Los mismos, Joaquín.

JOAQUÍN: ¡Y por tu gloria!
¡Vengo a brindar también yo!

BALTASAR: ¡Tú!

NITOCRIS: ¡Joaquín...!

JOAQUÍN: ¡Les faltaría
a tus goces lo mejor,
si a responder no viniera
de este padre el corazón!

BALTASAR: ¡Anciano...!

JOAQUÍN: ¡Bebamos, sí!
¡Tú eres nieto de Nemrod!
¡Tú eres ídolo de un pueblo
de quien la tierra tembló;
porque ancha huella de sangre
por doquier dejaba en pos!
Y si hollada la justicia
se ve por capricho atroz;
si haces la fuerza derecho,
flaqueza la compasión,
la virtud vano sonido,
la desgracia deshonor...,
¿qué importa? ¡Del juez supremo
tú aclamas la negación!
¡Tú a los hombres les enseñas
que es su destino el dolor...,
pues si dueño les da el mundo,
no les guarda el cielo un Dios!

BALTASAR: ¡Basta ya!

JOAQUÍN: *(Con energía.)*
¡Pero te engañas,
rey Baltasar! ¡No es error
la esperanza de los pueblos,
del alma la aspiración!
¡Hay ese Dios, que tú niegas,
de los señores Señor,
ante el cual el rey y el siervo
iguales, hermanos son,
y a su justicia suprema
contra ti se alza mi voz!

NITOCRIS: ¡Ah!

BALTASAR: ¡Bien! ¡Que ostente su gloria
ese gran Dios de Jacob,
y para brindar por él,
haciéndole digno honor...
vengan los vasos sagrados
del templo de Salomón!

JOAQUÍN: *(Retrocediendo con espanto.)*
¡Qué has dicho...!

BALTASAR: Del alto brindis
quiero mostrarte el valor.
(Toma los vasos.)

JOAQUÍN: ¡Tente, sacrílego!

BALTASAR: *(Presentándole uno.)*
¡Toma!

JOAQUÍN: ¡Jamás...!

BALTASAR: ¡Te lo mando yo!

JOAQUÍN: ¡Tiembla!

BALTASAR: *(Con tono de irrisión y alzando su copa.)*
¡Por el rey de reyes
ante el cual citado estoy!
(Los cortesanos, ebrios, sueltan una carcajada, y al ir a llevar las copas a los labios, una ráfaga violenta del viento abre de golpe todas las ventanas y puertas del regio salón, derribando las estatuas de sus pedestales y apagando instantáneamente las luces. La música cesa: las copas sagradas caen de las manos de los sacrílegos, y entre la oscuridad y el estupor general, el estampido de un gran trueno, aparece al frente del Rey, con caracteres de fuego, el célebre letrero histórico: "Mane, Thecel, Phares." Todos se apartan de la mesa despavoridos.)

NITOCRIS: *(Señalando el letrero.)*
¡Mirad...! ¡Mirad...!

SÁTRAPA 1: *(Aparte.)*
¡Yo tiemblo!

MAGO 1: ¡Hórrido arcano!

SÁTRAPA 2: ¡Se me hiela la sangre!

MAGO 2: ¡Enigma oscuro!

NITOCRIS: ¡Mirad, magos famosos,
por invisible mano
trazados en el muro
esos rasgos de fuego misteriosos
que con siniestro resplandor fulguran...!

NEREGEL: ¡Miradlos...! ¡Si mentira
no es vuestra ilustre ciencia,
por los dioses mis labios os conjuran
que digáis su sentido!

MAGO 1: Ese misterio que terror inspira...,
ese misterio...

BALTASAR: *(Que hasta este momento permanece inmóvil, fijos sus ojos en el fatal letrero.)*
¡Pronto! ¡La existencia
en ello os va; tenedlo comprendido!

NITOCRIS: ¡Hablad!

NEREGEL: ¡Decid!

MAGO 1: ¡No puedo
ese misterio penetrar profundo!

BALTASAR: *(A los otros Magos.)*
¡Vosotros!

MAGO 2: *(Mientras los demás hacen consternados ademanes negativos.)*
No, señor, nadie en el mundo
alcanza a tanto.

SÁTRAPA 1: ¡Los embarga el miedo!

NITOCRIS: ¡Oh rey¡ En Babilonia existe un hombre
que sueños intrincados
supo explicar a tu glorioso padre...

BALTASAR: ¡Daniel...!

NITOCRIS: No osaba pronunciar su nombre.
Se encuentra entre los tristes sentenciados...
¡Mas que llamarlo a tu bondad le cuadre!

NEREGEL: Preso en palacio está.

BALTASAR: ¡Venga al momento!
(Se va Neregel.)

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡Daniel...! ¡Juicio de Dios!

NITOCRIS: Siempre su acento
órgano fue de la verdad divina.

BALTASAR: *(Estremeciéndose. Aparte.)*
¡De la verdad!

JOAQUÍN: ¡Dios mismo le ilumina!

NITOCRIS: El de esos rasgos que a la mente aterran
sabrá el misterio.

BALTASAR: Si me explica presto
el anuncio que encierran,
ora próspero sea, ora funesto,
juro adornarle con mi regio manto
y otorgar a su vez cuanto me pida.

NITOCRIS: ¡Él llega!

SÁTRAPA 1: ¡Él llega!

BALTASAR: *(Aparte.)*
¡A mi pesar me espanto!

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
De emoción siento el alma estremecida.

ESCENA IX

Los mismos. Daniel, Neregèl. Esclavos con hachones.

DANIEL: ¡Heme aquí, Baltasar! Di lo que quieres.

BALTASAR: *(Con voz trémula.)*
Que me explique tu voz aquel escrito
y que altas gracias de mi mano esperes.

DANIEL: Tus dones guarda, rey. No los admito,
pero esos rasgos descifrarte debo.

NITOCRIS: ¡Ah...!

BALTASAR: ¡Yo te escucho!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡El pecho se me oprime!

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡A ti, Señor, mi corazón elevo!

BALTASAR: ¡Presto! ¿Qué aguardas? ¡Su sentido dime!

(Momento de silencio.)

DANIEL: Pesó Dios tu justicia..., hallóla falta,
y el término marcó de tu carrera.
¡Esa corona, que tu orgullo exalta,
te la viene a arrancar mano extranjera!
¡Entre persas y medos destrozada
queda desde hoy tu inmensa monarquía,
que de glorias y crímenes cargada
dieciocho siglos de opresión expía!

SÁTRAPA 1: ¡Es venganza!

NEREGEL: ¡Es mentira!

NITOCRIS: ¡Oh, hijo mío!

JOAQUÍN: *(Alzando al cielo sus manos.)*
¡Tu insondable justicia reverencio!

SÁTRAPA 1: ¡Castigo tenga el pérfido judío!

NEREGEL: ¡Muerte merece el impostor!

BALTASAR: ¡Silencio!

(Con grandeza.)

¡Una promesa pronuncié sagrada
y al punto mando que cumplida sea!

(Se quita el manto y lo arroja a manos de Neregel.)

¡La púrpura a los reyes destinada
que hora en sus hombros ese esclavo vea!

DANIEL: *(Rechazándola.)*
¡Ciro llega a pedirla!

BALTASAR: Todavía
la ostenta Baltasar. Lo que ambiciones
demanda y lo tendrás: mas si este día
no se cumplen, Daniel, tus predicciones,
¡ni restos hallará la nueva aurora
del pueblo de Sión!

ESCENA X

Los mismos, Rabsares.

RABSARES: ¡Armate presto,
rey Baltasar!

BALTASAR: ¡Qué dices...!

RABSARES: ¡Sin demora!
¡Ciro a tus puertas llega!

NITOCRIS: ¡Hado funesto!

BALTASAR: ¡Ciro...!

NEREGEL: ¿Qué vil traición...?

RABSARES: Ninguna existe.
(A Nitocris.).
¡Tu imprevisión fatal...!

NITOCRIS: ¿Qué...?

RABSARES: La corriente
del vasto río encadenar supiste
en hondos lagos; pero no prudente
cegarlos luego imaginaste.

NITOCRIS: ¡Oh cielos!

RABSARES: Hoy Ciro con acierto te ha imitado,
aprovechando de la noche el velo,
y el río de su curso desviado
el paso franco le dejó a su gente.

NITOCRIS: Ah...!

RABSARES: Todo lo proviene a la defensa,
y espero que hallará quien lo escarmiente;
pero es doquier la confusión inmensa.

NITOCRIS: *(Al Rey, que tomando las armas que le da Rabsares, se las viste rápidamente.)*
¡Hijo mío, hijo mío! ¿Arrostrar quieres
la cólera de un Dios...? ¡Huye conmigo!

BALTASAR: ¡Retírense al instante las mujeres!
Nosotros...

NITOCRIS: *(Juntando las manos en actitud suplicante.)*
¡Baltasar...!

BALTASAR: ¡Al enemigo!
(Sale con Neregel, Rabsares y los demás convidados. Las mujeres se refugian a lo interior del palacio.)

ESCENA XI

Nitocris, Daniel, Joaquín, luego Rabsares y al final Baltasar y Neregel.

NITOCRIS: ¡De esta madre sin ventura
compadeced las congojas,
y a vuestro Dios indignado
pedidle misericordia
para el hijo de mi vida!

DANIEL: *(Aparte.)*
¡Señor, su tormento acorta!

NITOCRIS: Con mi llanto, con mi sangre,
la cruda sentencia borra.
¡Mírala, mírala...! ¡Horrible
centellea entre las sombras!

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡Mísera madre...!

NITOCRIS: ¿No halláis
para calmar mi zozobra
ni una esperanza siquiera...?

DANIEL: ¡Del cielo, reina, la implora!

NITOCRIS: *(Con desesperación.)*
!Ese cielo es mi enemigo!
¿No escucháis? ¡Las armas chocan
de este palacio a las puertas,
y aquí llegan voces roncas
de furor...!

JOAQUÍN: *(Aparte.)*
¡Funesto día!

DANIEL: *(Aparte.)*
¡Cuál venga, Señor, tu gloria!

NITOCRIS: *(Que escucha con ansiedad.)*
¡Crece el tumulto...! ¡Se acerca!
¡Oh, hijo mío! ¡Oh, Babilonia!
¡Vuestra suerte se decide
en esta noche espantosa!

RABSARES: *(Entrando desarmado y despavorido.)*
¡Dónde ocultarme...!

NITOCRIS: ¡Rabsares!
¿Qué es del rey?

RABSARES: Defensa heroica
le opone en vano al destino,
pues cierta es ya su derrota.

NITOCRIS: ¡Y tú...!

RABSARES: Salvo mi existencia.
Haz tú lo mismo, señora,
si aún es tiempo.
(Huye por el lado opuesto de su salida a la escena.)

NITOCRIS: ¡Miserable!
Lucha solo... ¡Ah! ¡No: que rompan
también de su madre el pecho
las espadas vencedoras!

DANIEL: ¡Tente! ¡Mira!
(Neregel y otros entran al Rey herido. Dos esclavos alumbran con hachones.)

NITOCRIS: ¡Baltasar...!

NEREGEL: ¡Su vida al término toca!
(Lo llevan al diván en que apareció al principio del acto, y Neregel se retira enseguida.)

JOAQUÍN: Ya estáis vengados, ¡oh, hijos!
¡Que la piedad triunfe ahora,
pues el poder que castiga
es también el que perdona!

ESCENA XII

Baltasar, Nitocris, Daniel, Joaquín y los esclavos, que han entrado con hachones.

BALTASAR: Esa voz... ¡Ah...! La justicia
que invocó no era ilusoria...
¡Le ha escuchado..., y su victoria
todo un imperio desquicia!

NITOCRIS: *(Aparte.)*
¡Sucumbe mi ánimo firme
a tal prueba...!

BALTASAR: Llega, anciano...
Que pueda estrechar tu mano
y no te oiga maldecirme
en este instante...

JOAQUÍN: ¡Jamás!
¡Nuestra santa religión
hace un deber del perdón!
¡Muere en paz, rey!
(Tiende su mano venerable sobre la cabeza del moribundo.)

BALTASAR: ¡Ah...! ¡No más!
Ese Dios... ¡Madre...! Yo muero...
¡Mas la verdad resplandece...!
¡El Dios que al hombre engrandece...,
ese..., es el verdadero!
(Hace un esfuerzo supremo para incorporarse al confesar a Dios, y vuelve a caer en brazos de su madre.)

NITOCRIS: ¡Mi bien!

JOAQUÍN: ¡Su fin es glorioso!

NITOCRIS: *(Levantándose.)*
El no existe, y esas voces
nos anuncian que feroces
llegan en triunfo ominoso
los indignos vencedores:
¡más no hollarán sus despojos
profanando ante mis ojos
la mansión de mis mayores!
(Arranca una tea de mano de un esclavo y se va con ella a lo interior del palacio.)

ESCENA XIII

Daniel, Joaquín, luego Nitocris.

JOAQUÍN: ¡Huye, Daniel, a su ejemplo,
que ese Ciro triunfador....!

DANIEL: *(Con voz solemne, y avanzando hacia el medio de la escena.)*
¡Es el que escoge el Señor
para alzarle el nuevo templo!
(Con inspiración.)
¡Setenta semanas de años
pasan con rápido giro,
y ese templo, que alzar miro
con resplandores extraños
se alumbra en dichosos días...!

JOAQUÍN: ¿Qué...? ¡Daniel!

DANIEL: ¡Oh, gloria nueva!
¡Ese templo que se eleva
oirá la voz del Mesías!

JOAQUÍN: *(Cayendo de rodillas, y juntando las manos, con transporte.)*
¡¡Ah...!!

NITOCRIS: *(Que al salir a la escena arroja el hachón con que acaba de incendiar el palacio.)*
¡Huid, que aún podéis! ¡Baltasar,
yo vuelvo a tus restos fríos!
¡Nuestra mansión los impíos
no pueden ya profanar!
(Al arrojarse la Reina sobre el cadáver de su hijo se ven las llamas que devoran lo interior del palacio, y aparecen los vencedores por el foro, alumbrados por el incendio.)

FIN DEL DRAMA

CRONOLOGIA

1814 Nace el 23 de marzo, en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, Cuba. *Padres*: Manuel Gómez de Avellaneda y Gil de Taboada (Constantina de la Sierra, Sevilla, España, 1764 - Pto. Ppe., 1822) y Francisca María del Rosario Arteaga Betancourt (Pto. Ppe., 1790 - Madrid, 1859), casados en 25-7-1810. *Ancestros paternos:* Abuelos: Manuel Gómez de Avellaneda y Escalante y María Gil de Taboada y Ocaña. Bisabuelos: José Gómez de Avellaneda y Manrique y Beatriz Ana Escalante y Castro. Tatarabuelos: Rodrigo Gómez Meléndez del Castillo y Luisa María de Avellaneda Manrique y Figueroa, casados en 9-5-1728. Documentos –¿apócrifos?– hallados por ella en Constantina de la Sierra hacen datar el apellido compuesto del siglo XV, con el enlace de Diego Gómez de Sandoval, Adelantado de Castilla y Conde de Castro Xériz, y Beatriz de Avellaneda, padrinos de bautismo del que reinaría como Enrique IV de Castilla; pero no explican el hiato que se advierte entre los siglos XV y XVIII. *Ancestros maternos:* Abuelos: Luis Jerónimo de Arteaga y Agramonte y Rufina Betancourt Miranda. Bisabuelos: Diego Félix Arteaga y Varona y Angela Agramonte y Zayas-Bazán. Tatarabuelos: Gaspar Arteaga Rojas-Sotolongo y Ana de Varona y Barreda, casados en junio de 1706. Gaspar de Arteaga era capitán del ejército, el primero de su apellido avecindado en Pto. Ppe., descendiente del capitán de navío Martín de Arteaga y Erauso que casó en La Habana con Catalina de Rojas-Sotolongo y Muñiz, 4-5-1635, oriundo de Arteaga, en tierras vizcaínas, cerca de Guernica. *Hermanos:* (de padre): Con María Rita Rengil y Baluarte: Manuel Canuto (Habana, 16-1-1800); con Bárbara Olivera y Vila: Manuel de Jesús (24-11-1803) y Fernando (3-5-1809) ambos en Pto. Ppe.; y con María Soledad Cisneros e Iguerregui: María Gertrudis Anastasia (Pto. Ppe. 2-5-1809). (De padre y madre, casados en 25-7-1810): Manuel Alejo, 15-6-1817. (De madre, casada en segundas nupcias con Gaspar Isidoro de Escalada y López de la Peña): Felipe, 1-5-1825; Josefa María de la Luz, 28-5-1827, y Emilio Isidoro, 14-2-1829.

1822 Muere su padre, siendo Subdelegado de Marina y Comandante de Puertos en la jurisdicción de Puerto Príncipe. Ya ha compuesto el cuento "El gigante de cien cabezas" y escribe sus primeros versos.

1835 12 de febrero, interpreta el papel de Salema en la tragedia *Abú-far* de José María Heredia, que imitó una de Ducis; estrenada en función de aficionados. Ya ha interpretado, en el patio familiar, el drama *Hernán Cortés*, primero que escribió la camagüeyana.

1836 9 de abril, con su familia toma en Santiago de Cuba la fragata Le Bellochan, rumbo a Europa. Escribe su soneto "Al partir". Pasa 18 días en Burdeos. Emprende viaje a Galicia, cuna de su padrastro, y allí permanece unos dos años.

1838 Después de recorrer La Coruña, Santiago de Compostela, Pontevedra y Vigo acompañada por la familia, pasa por mar con su hermano Manuel, en el vapor inglés Londonderry a Lisboa, donde permanece dos días, para continuar hacia el sur hasta Cádiz. Allí pasa una semana. Embarca en el vapor Península rumbo a Sevilla, por el Guadalquivir.

1839 Entre mayo y julio visita a sus familiares paternos en Constantina de la Sierra. De regreso a Sevilla, comienza sus relaciones amorosas con Ignacio de Cepeda y Alcalde (1816-1906), relaciones que, con altibajos, duran unos 15 años. Publica versos que firma La Peregrina.

1840 Estrena su drama *Leoncia* (6 de junio) en Sevilla, luego en Cádiz y Granada. Publicada por E. Cotarelo en 1927. A mediados de año viaja a Madrid con Manuel. Madre y hermanos menores les siguen ya entrado el 41. Asiste al Liceo, acompañada de Juan Nicasio Gallego. La lectura de una composición de la cubana por el joven poeta Zorrilla en aquel cenáculo ganó para ella un puesto de honor entre los liceístas.

1841 Aparece su tomo de *Poesías*. Segunda edición, 1850. Tercera, en México, 1852. Salen los dos volúmenes de su novela *Sab*, reimpresa por entregas en *El Museo* de La Habana en 1883. En edición cubana del Centenario: y otras de 1963, 72, 76 y 83, las 3 últimas con prólogos de M.C.

1842 Se publica *Dos mujeres*, en cuatro pequeños tomos. El censor regio de imprenta prohíbe la entrada en Cuba de ejemplares de ambas novelas: la primera "por contener doctrinas subversivas del sistema de esclavitud de esta Isla y contrarias a la moral y buenas costumbres, y la segunda, por estar plagada de doctrinas inmorales".

1843 Se aprueba por Real Orden abono de pensión por muerte de su padre, que asciende a 2.400 reales de vellón, por mitad hasta el 23 de junio de 1841 al varón (Manuel) por haber cumplido los 24 años, y desde ese día a la hembra, mientras permanezca soltera, el todo de dicha pensión.

1844 Sale de la Imprenta de Repullés la tragedia *Alfonso Munio*, que incluiría la autora en sus *Obras literarias* con el título de *Munio Alfonso*. Estrenada el mismo mes, 13 de junio, en el teatro de la Cruz. Puesta en escena en el del Príncipe aquel año y el siguiente. En el Tacón de La Habana el 30 de agosto del 44. Se representó en Santiago de Cuba en el 46, volvió al Tacón en el homenaje al actor cómico cubano Covarrubias, en el 47; en el 48 en Sancti Spiritus, y en el 60 el teatro de Cienfuegos, Avellaneda, abrió sus puertas por primera vez con esta obra. Fue traducida al francés por Joli. Desde enero del 44 comienza a publicar *El Laberinto,* la novela "Espatolino" y concluye en agosto. Reimpresión el mismo año por *El Faro Industrial* de la patria de la autora. Como libro, en México, 1856. Ed. madrileña, 1858. Como folletín en *El Tiempo*, de La Habana, 1910. En julio aparece "La dama de gran tono" en el *Album del bello sexo o Las mujeres pintadas por sí mismas*, y en tirada suelta. Reimpreso en julio por *El Faro Industrial* de La Habana y en la *Gaceta de Puerto Príncipe*, en agosto. El "drama trágico" *El príncipe de Viana* aparece publicado por Repullés en septiembre y el 7 de octubre se estrena en el teatro de la Cruz. *El Globo* de Madrid da a la estampa "La baronesa de Joux" que reproduce *El Faro Industrial* en 10 números, como haría *La Ilustración* de Madrid desde julio de 1850. Ya en abril del 44 ha aparecido la "Biografía de la Condesa de Merlin" como introducción al libro de la biografiada, *Viaje a la Habana*, impreso por la Sociedad Literaria y Tipográfica. Reproducido en la *Revista de Madrid*, t. II y en en *El Faro Industrial* ese mismo año. También la *Revista de Madrid* acoge en sus páginas la "Biografía de don Ramón María de Narváez, duque de Valencia." El Liceo de La Habana la nombra socia de Mérito. Finalizando el año, obtiene el premio y el único accésit concedido en certamen convocado por el Liceo madrileño y patrocinado por don Vicente Bertrán de Lis, en honor de Isabel II (6.000 y 3.000 reales) por sendas composiciones, una firmada con el nombre de su hermano Felipe y otra con el propio. En el acto de premiación, el Liceo añade su homenaje: una corona de laurel, en oro, que ciñe a la frente de la cubana el infante don Francisco de Paula.

1845 En febrero, Repullés publica *Egilona*, "drama trágico" que se estrena al año siguiente, el 18 de junio, en el teatro de la Cruz. Esta obra, como *El príncipe de Viana*, fue vetada por la censura en Cuba. En abril nace María (Brenhilde), cuyo padre es el poeta sevillano Gabriel García Tassara, que había roto ya sus breves y tormentosas relaciones con la cubana. El 9 de noviembre muere la criatura, sin que el padre haya acudido a los ruegos de la madre.

1846 El 11 de abril aparece un "Artículo [auto] biográfico" en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* de Mellado, t. I. Reimpreso en el de igual título en México, t. II, 1853, y en *El Almendares* de La Habana, t. III, de igual año. La imprenta de Espinosa publica en cuatro volúmenes la novela histórica *Guatimozín, último emperador de Méjico* [sic]. *El Heraldo* comenzó a presentarla desde el 20 de febrero, y a la vez en edición aparte. Reimpreso por la imprenta del Mercurio, Valparaíso, en 1847; por la de Navarro en México, 1853, y otra, 1887. Fue traducida al inglés por Mrs. W. Blake y publicada en México en 1898. En Cuba se incluyó en la edición del Centenario de su natalicio y se reprodujo en 1976, con prólogo y notas de M.C. El 10 de mayo contrae matrimonio con Pedro Sabater y Novergue, Jefe Político Superior de Madrid y Secretario de S.M. con Ejercicio de Decretos, sabedora de la enfermedad que aqueja al joven político. El 1º de junio salen hacia París, donde es operado Sabater, sin éxito. Hallándose en Burdeos, de regreso a España, muere el esposo y en aquella ciudad es enterrado. Ella se retira por unos meses al Convento de Nuestra Señora de Loreto y comienza a escribir un *Devocionario* que concluirá en Madrid, y entregará a la Publicidad, empresa que quiebra y no devuelve los originales. E. Cotarelo y Mori lo descubrió entre los papeles de Manuel Cañete en la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander, en los años veinte del presente siglo; pero fue publicado por Carmen Bravo-Villasante en 1975.

1847 Reinicia sus relaciones con Cepeda.

1848 Por Real orden de 23 de agosto se nombra al alférez don Felipe de Escalada, teniente de la 8ª compañía del Regimiento de Caballería del Rey del Ejército de la Isla de Cuba, el cual debe embarcar por Valencia a su nuevo destino.

1849 *Saúl*, "tragedia bíblica" se publica en la imprenta de Repullés. Fue estrenada en la inauguración del teatro Español, con gran lujo. En el *Semanario Pintoresco* de Madrid aparece "La velada del helecho o El donativo del diablo", leyenda. Reimpreso en la Colección de novelas de *La Crónica* de Nueva York, en 1859.

1850 *La Ilustración* de Madrid publica "Apuntes biográficos" de la escritora, cuyas *Poesías* alcanzan segunda edición, por la imprenta de Delgás (con 54 composiciones nuevas). El *Liceo de la Habana* reproduce los "Apuntes" el 9 de diciembre 1859.

1851 El 5 de enero aparece "Dolores: páginas de una crónica de familia" en *Semanario Pintoresco*. Repite su publicación el *Diario de la Marina* de La Habana en 1860, y

sale en tirada aparte el mismo año; en México, en 1891. El 12 de mayo se estrena la comedia (inédita y extraviada) *Los puntapiés*, trad. de la original francesa por Gertrudis y su hermano Manuel: en el Teatro del Drama. El *Semanario Pintoresco* imprime "La montaña maldita", tradición suiza, que reproduce su autora en *Album Cubano* años después. El 27 de octubre se representa en el teatro Principal o del Drama, *Flavio Recaredo* que, revisado y con el título de *Recaredo* entra en *Obras literarias*. Fue impreso por Repullés el año de su estreno.

1852 El teatro del Príncipe estrena el drama *La verdad vence apariencias*. Repullés lo publica en febrero. El teatro del Drama acoge en su escenario el "drama" *Errores del corazón* el 27 de mayo, y Repullés lo publica. Se representa por primera vez el drama titulado *El donativo del diablo*, con base en la leyenda publicada antes por la autora. Sube a escena en el Villanueva de La Habana en abril de 1854. El 21 de octubre se estrena en el teatro del Príncipe *La hija de las flores o Todos están locos*, una comedia, publicada por la imprenta de C. González en dos ediciones el mismo año. *El héroe de Bailén* (Gral. Castaños), loa, se publica en Madrid por Operarios. Reimpreso en La Habana por la Imprenta de Antonio María Dávila al año siguiente. *Cuba Intelectual* lo reprodujo en 1909. Otra loa avellanedina había sido estrenada en 1851, en 22 de diciembre, *Las glorias de España*, pero quedó inédita.

1853 La Real Academia de la Lengua dirige el 11 de febrero carta a la escritora expresando su "sentimiento" por no serle posible admitir la solicitud hecha por ella para ocupar el sitio vacante por muerte de don Juan Nicasio Gallego, por "mediar un acuerdo fundado en la índole [machista] de nuestro Instituto, y en consideraciones generales de las que no ha podido prescindir". Compra casa de campo. Inicia su correspondencia con Antonio Romero Ortiz, periodista y político gallego, quien el 7 de junio ha publicado una encomiástica nota sobre *La aventurera* que se estrenó en el teatro de Variedades el 25 de mayo y publicó C. González. En igual mes y año se representó en el Gran Teatro Tacón de La Habana *La hija de las flores* por la compañía de Robreño, con la joven Adela Robreño en el papel de Flora. El 3 de junio se estrena en el teatro del Príncipe otra obra, *Hortensia*, "delicada creación de Soulié" adaptada por la cubana, "que no le petó al público" incapaz de digerir "un manjar demasiado fino para su estómago". No se publicó y el texto no ha llegado a nosotros.

1854 Tampoco el texto de *La sonámbula*, obra original basada en un proceso famoso, ha llegado a nuestros días. Su estreno, el 4 de marzo en el teatro del Príncipe, no

fue bien acogido. Ni público ni crítica parecen haber comprendido que estaban ante una muestra de teatro realista, más aún naturalista, no ensayado todavía en España, según lo sugieren las reseñas del momento. Se reanuda la correspondencia con Cepeda y se interrumpe definitivamente al casarse él (con María de Córdoba, a quién deberá la publicación, ya viuda, de las cartas de Tula a Cepeda).

1855 El 9 de febrero estrena dos comedias en un acto, *Simpatía y antipatía*, y la *Hija del rey René* (imitada ésta de la de igual título, en francés, por Gustave Lemoine, ambas inspiradas en la de Henryk Hertz), en el teatro de la Cruz. Las imprimió J. Rodríguez. El 15 de marzo otro estreno: *Oráculos de Talía o Los duendes en Palacio*, comedia, también en el teatro de la Cruz y publicada por J. Rodríguez. J. Rodríguez la editó. En el palacio del Senado, el 25 de marzo, es coronado el patriarca de las letras españolas, Manuel José Quintana. Su admiradora cubana lee inspirada oda en su homenaje. Al mes siguiente, contrae matrimonio con el Coronel del Ejército, Ayudante del Rey y Diputado a Cortes Domingo Verdugo y Massieu, en el Palacio Real, a las ocho y media de la noche, apadrinados por los Reyes, a quienes representaron los Marqueses de Santa Cruz de Mudela.

1856 Un drama estrenado en marzo en el teatro del Príncipe bajo el título de *Juicios de Dios*, conservando en el misterio el nombre de su autor, le fue atribuido; pero la dramaturga cubana rehusó "prestadas glorias" como rechazaba el atribuir a otros "aciertos o desaciertos suyos". El actor Julián Romea reconoció luego la paternidad de la obra.

1857 El 16 de julio aparece en *El Correo de la Tarde*, de La Habana, un folletín dedicado por la Avellaneda a "Luisa Molina", poetisa guajira de las orillas del Moreo. Escribe carta-prólogo para la novela *Anatomía del corazón*, de otro cubano,. Teodoro Guerrero. En *La Discusión*, publica doña Catalina Coronado de Pery una semblanza poética de Tula, en sus dos artículos (el primero, 5 de agosto y el segundo 29 de mayo del año siguiente).

1858 El 20 de marzo estreno de *Los tres amores* en el teatro del Circo. Publicado por Repullés, con la dedicatoria: a su "querido esposo". El 9 de abril sube a escena el "drama bíblico" *Baltasar* en el Novedades y lo publica la imprenta de J. Rodríguez. El primero fracasó por la "broma" de ciertos enemigos que echaron un gato al escenario cuando un personaje dice el bocadillo de "Hay gato encerrado". El segundo fue un éxito clamoroso, la apoteosis de la Avellaneda. *Baltasar* volvió al

palco escénico al año siguiente, en el teatro del Circo. En Cuba no sería hasta 1867 su primera representación. Fue traducido al francés, al italiano y al inglés. El 14 de abril sufre Verdugo un ataque sorpresivo. Antonio Rivera, ex militar expulsado del ejército por mala conducta, libelista y causante principal del fracaso de *Los tres amores*, hiere de gravedad al esposo de Tula. Más de 4.000 personas acuden a enterarse de la salud del herido. El asunto parece tener móviles políticos, disfrazados de antipatía en el campo de las letras. La cubana emprende en agosto viaje con su esposo, algo recobrado, hacia los Pirineos. Se detienen en Bilbao. Toman los baños de Bigorri. Se dirigen a Perpignan y de allí regresan a España por Cataluña. El 28 de octubre, huéspedes del Capitán General Domingo Dulce, casado con una riquísima cubana, el Circo barcelonés ofrece a la escritora una función homenaje, con la escenificación de *La hija de las flores*. El 3 de noviembre, serenata ante el palacio de la Capitanía General, por los coros de obreros dirigidos por José Anselmo Clavé, que impresionan vivamente a la homenajeada, quien hace pública su admiración por los cantores obreros y su fino e inspirado director. La sociedad La Tertulia rinde tributo a la Avellaneda con la representación de la misma comedia puesta en el Circo, el 9 de noviembre.

1859 Los esposos Verdugo repiten en el verano, casi punto por punto, su excursión por los Pirineos. Una Real Orden de 22 de julio nombra a Manuel Gómez de Avellaneda Cónsul de España en Santo Domingo. El 26 de octubre, otra R. O. destina al Coronel Verdugo a su propio empleo en el Ejército de Cuba, para que acompañe al Gral. Francisco Serrano, designado Capitán General de la patria de la Avellaneda. En 16 de octubre, ya se han despedido de la Reina. El 31, embarcan en Cádiz, con toda la comitiva de Serrano, en el vapor de guerra San Francisco de Borja, que entra en el puerto de La Habana el 24 de noviembre. Después de los saludos y visitas de ordenanza, con gran pompa de recibimiento, se realiza el desembarco, a las nueve de la mañana del día siguiente. Muere en Madrid Francisca de Arteaga. La noticia demora en llegar a su hija. El 7 de diciembre, se ofrece homenaje a la poetisa en casa del señor Onofre Morejón, al que se suma el Rector de la Universidad, Comandante del Cuerpo de Voluntarios y poeta, Ramón Zambrana. El 21 de diciembre anuncia la prensa habanera la próxima salida de la revista que publicará la Avellaneda, *Album Cubano de lo Bueno y lo Bello.*

1860 La muy anunciada Coronación de la Avellaneda se efectúa en el Gran Teatro Tacón de La Habana, auspiciada por el Liceo habanero y a la que asiste el Capitán General con su esposa y toda la intelectualidad capitalina. Hubo discursos, música y canto,

y se representó *La hija del rey René* por el cuadro de comedias liceísta. El 7 de febrero, Verdugo es nombrado por Serrano Teniente Gobernador de Cienfuegos. Toma posesión el día 13. Dos días después aparece el primer número del *Album*, que sólo alcanzaría a doce en los seis meses de su publicación. Allí incluyó sus biografías, más o menos noveladas, de Safo, Isabel la Católica, Aspasia, Sofonisba, Catalina II de Rusia, Santa Teresa, Vittoria Colonna y Doña María Verdejo y Durán; y sus artículos sobre "La mujer", "para demostrar la igualdad intelectual de la mujer con respecto al hombre y la superioridad moral de aquélla". El 15 de febrero sale la Avellaneda en tren, en compañía de don Ramón de la Sagra, rumbo a Cienfuegos para reunirse con su esposo. Llegan al día siguiente por la tarde. Se inaugura en honor de la camagüeyana el teatro Avellaneda de Cienfuegos. El 17 de mayo llega a Puerto Príncipe y se aloja en casa de su hermana natural. El 3 de junio, en homenaje sencillo y sentido, es coronada en su ciudad natal, de la que se despide, definitivamente, el 9 de junio. Entre 19 de junio y 6 de julio, el *Diario de la Marina* publica en nueve folletines "Mi última excursión por los Pirineos". El 9 de agosto deja Verdugo la Tenencia de Gobierno en Cienfuegos y el 20 de igual mes toma posesión del de Cárdenas. En Sagua la Grande su esposa ha tomado el rumbo de la capital.– Ya en Cárdenas, la Avellaneda recibe el homenaje de una serenata.

1861 Publica *El artista barquero o Los cuatro 5 de junio* en la imprenta de El Iris. Reimpreso en Barcelona en 1885 y 1887. De nuevo en La Habana por la imprenta El Pilar, 1890. En 1909 incluyó fragmentos de la novela en sus páginas el *Diario de la Marina*. Llega a Matanzas el 3 de noviembre, invitada por el Liceo de la ciudad. Recibe homenajes, pasea por el Valle de Viñales. Preside los Juegos Florales y el Bazar, que dura cuatro días. El 11 de noviembre se celebra su Coronación y al siguiente día regresa a La Habana. Está de regreso en Cárdenas el 16 de noviembre.

1862 El 8 de abril se publica en *La América*, de Madrid, la serie de artículos "La mujer". Es reimpresa por el *Diario* de la Marina del 7 de abril 1909 en adelante. Anuncia el diario *La Prensa* de la Habana, en 19 de septiembre, la llegada a Cárdenas de la estatua de Cristóbal Colón que será colocada en su pedestal en la Plaza de Recreo de aquella ciudad, frente al mar. El 26 de diciembre fiestas en honor al Descubridor, cuya estatua es develada, primera que en América se erige al Gran Almirante. Cuatro bandas militares amenizan los actos. Se canta Himno con letra de la Avellaneda que, con su esposo y altas autoridades del gobierno, preside el homenaje cardenense. Sufre la escritora frecuentes dolores de cabeza "y otras incomodidades menores".

1863 Se publica en La Habana la *Descripción de las grandes fiestas celebradas en Cárdenas con motivo de la inauguración de la estatua de Cristóbal Colón y del hospital de la Caridad*, en la imprenta y librería La Cubana. Su autor, Ramón Zambrana. Ya publicada en cuatro partes por el *Diario de la Marina*, el 1º de enero. El 5 de agosto anuncia *La Prensa* que en la Sociedad Filarmónica del Cerro se encenderán cuatro luces eléctricas en la gran azotea de dicha quinta," en el momento de romperse a tocar la estrepitosa cuadrilla de Orfeo en los Infiernos". Seis días después, el mismo diario informa de haber tenido noticias de que ha estado "en grave peligro de muerte nuestra ilustre poetisa señora de Avellaneda, de resultas de un ataque de apoplegía que sufrió en Cárdenas". Añade que se encuentra "de todo punto restablecida". El 26 de agosto entrega Verdugo la Tenencia de Gobierno de Cárdenas a Julián de Mena. Por motivos de salud pasa a la Vueltabajo, con el mismo cargo en la jurisdicción de Pinar del Río, adonde llega en los primeros días de septiembre. El 28 de octubre, a las cinco de la mañana fallece Verdugo. Es enterrado en el cementerio de la Iglesia de San Rosendo, el día 29.

1864 Otorga testamento la Avellaneda el 11 de enero. El día 28 llegan a La Habana los restos de su esposo y de inmediato son sepultados. El 30, por escritura pública, dona la corona de oro que le obsequiara el Liceo a la Virgen de Belén. El 21 de mayo parte en el vapor Eagle hacia los Estados Unidos. Visita las cataratas del Niágara y, en homenaje a Heredia, también le dedica una oda. Embarca en el vapor Escocia, que en nueve días la lleva a Liverpool. En este viaje la acompaña su hermano Manuel, que ha viajado a La Habana con ese propósito. Visitan Londres y continúan viaje a París. Ya en octubre se hallan en España. La poetisa deja pronto Madrid y se establece en Sevilla, donde ha de residir cuatro años.

1865 El 30 de marzo se expide Real Orden que concede a la viuda del Coronel Verdugo pensión de 500 pesos anuales que le corresponden por reglamento y que disfrutará mientras permanezca viuda. Vive alejada del centro de la ciudad, aunque no tanto que no pueda mantener el trato con la sociedad sevillana. Entre sus amistades de entonces se cuenta la novelista Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber). Cultiva también buenas relaciones con jóvenes aficionados a las letras y al teatro.

1866 Un "Album de recuerdos sevillanos" con poemas, retratos y dibujos es obsequiado a Tula. Se inicia con un dibujo firmado por Leygonier y continúa con una composición versificada de Gonzalo Segovia y Ardirone, que firma en la noche del 7 de

febrero. Contiene también postales y jeroglíficos. La poetisa da las gracias en un romance titulado "A mis amigos", donde alude al *Millonario* (sin duda su comedia *El millonario y la maleta*) que "pretende de solaz dulce" proporcionarles "un momento". Está firmado y rubricado el mismo día 7 de febrero. (Este Album, incompleto, se halla en la Bilbioteca Nacional "José Martí" de La Habana.) El 12 de octubre se anuncia en *El Fanal* de Puerto Príncipe que están abiertas las suscripciones para el *Album poético-fotográfico de todas las escritoras cubanas* dedicado a la Avellaneda.

1867 En la imprenta y librería de A. Izquierdo en Sevilla, publica su *Devocionario nuevo y completísimo* en prosa y verso. En el verano, en los baños de Alhama, se encuentra con el actor Julián Romea, que tantas obras suyas interpretara en los teatros madrileños. Es su último encuentro, pues un año más tarde fallece el amigo. A. Izquierdo publica el drama *Catilina*, que no se representará, pero será incluido en las *Obras literarias* (1869-71). En Cuba se suscita una controversia acerca de la cubanidad de la Avellaneda por un poeta que condenaba el hecho de que la escritora viviese lejos de la patria. Muchos defensores tuvo la gran mujer, y ninguno más eficaz que ella misma en las cartas que dirige el 13 de noviembre a don Luis Pichardo y que publica *El Fanal* de Puerto Príncipe, y al director de *El Siglo* de La Habana, Conde de Pozos Dulces, que la inserta en su periódico el 3 de enero del año siguiente.

1868 Continúa la polémica. Al estallar el 10 de octubre la revolución armada contra el régimen colonial español en Cuba, José Fornaris, el patriótico impugnador de la Avellaneda, marcha al extranjero y no regresa sino al firmarse la paz diez años después. Su proyectada "Lira cubana" no llegó a publicarse. El 5 de diciembre, muere Manuel, que había casado en Guanabacoa cinco años atrás con una descendiente de franceses y rica heredera, Julia Lajonchere. Pronto la Avellaneda se traslada a Madrid, para hacer compañía a la viuda. Lleva copiados en limpio los manuscritos que constituirán sus *Obras* casi completas. Ha dejado un ejemplar a la Bilbioteca Colombina y otro a la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.

1869 Comienza a publicar sus obras en cinco tomos. En ellas aparecerán algunas producciones inéditas hasta entonces, como *El millonario y la maleta*, comedia, y las tradiciones "El aura blanca", "El cacique de Turmequé", y "Una anécdota en la vida de Cortés", esta última con ciertos retoques que acentúan su evaluación definitiva del conquistador, aparecida antes como epílogo a su *Guatimozín*.

1870 Traba amistad con el joven Luis Coloma, que en 1873 ingresaría en la Compañía de Jesús y sería fecundo narrador. Este joven parece haber influido en su estado de ánimo. Le escribe en diversas ocasiones informándole del estado precario de su salud.

1871 El 12 de septiembre se queja de sus dolencias y anuncia que piensa salir para los baños de Alhama.

1872 El 10 de marzo informa a su amigo Coloma que continúa enferma. Prosigue su correspondencia con Fernán Caballero. Una de sus últimas cartas es la del 20 de abril a Manuel Cañete, primero amigo, enemigo después, con el que desearía reconciliarse, y que le escribe en cama. El 28 de agosto hace testamento que otorga don Mariano García Sancha, ante quien exhibe su cédula de vecindad número 41.710. Instituye albaceas a sus mediohermanos Felipe y Emilio Escalada y Arteaga y a su sobrino Manuel Gómez de Avellaneda y del Cerro, hijo natural de su fallecido hermano.

1873 "Falleció en su domicilio [calle de Ferraz núm. 2], a las tres de la mañana de este día (1º de febrero), a consecuencia de una *diabetes sacarina*, según las certificaciones facultativas presentadas", y así consta en la inscripción del Registro Civil de Madrid. *La Correspondencia de España* publicó una esquela anunciando su entierro para el día 2, a las once de la mañana, el cual se efectuó en el cementerio Sacramental de San Martín. Pocas personas conocidas acompañaron el cadáver, pero la camagüeyana tuvo sobre su ataúd un ramo de siemprevivas que, en nombre del Camagüey, puso su conterráneo y fiel admirador José Ramón de Betancourt. Años después, los restos de la escritora fueron trasladados al cementerio de San Fernando, en Sevilla, donde yacen.

BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Poesías de la señorita Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pról. de Juan Nicasio Guerrero. Madrid: Est. Tip. Calle del Sordo, núm. 11, 1841.

Sab. Madrid: Imp. calle del Barco, núm. 26, 1841. 2 vol.

Dos mujeres [sic]. Madrid: Gabinete literario, 1842-1843. 4 t.

Alfonso Munio. Madrid: Imp. de José Repullés, 1844.

La baronesa de Joux. La Habana: Imp. de La Prensa, 1844.

Espatolino. La Habana: Imp. de La Prensa, 1844.

El príncipe de Viana. Madrid: Imp. de José Repullés, 1844.

Guatimozín, último emperador de Méjico. Madrid: Imp. de A. Espinosa, 1846. 4 vol. en dos.

Saúl. Madrid: Imp. de José María Repullés, 1849.

Dolores. México: Imp. de V.G. Torres, 1851.

Flavio Recaredo. Madrid: Imp. de José María Repullés, 1851.

El donativo del diablo. Madrid: Imp. a cargo de C. González, 1852.

Errores del corazón. Madrid: Imp. de José María Repullés, 1852.

La hija de las flores; o, Todos están locos. Madrid: Imp. a cargo de C. González, 1852.

La verdad vence apariencias. Madrid: Imp. de José María Repullés, 1852.

La aventurera. Madrid: Imp. a cargo de C. González, 1853.

La mano de Dios. Matanzas: Imp. del Gobierno por S.M., 1853.

La hija del rey René. Imp. de José Rodríguez, 1855.

Oráculos de Talía; o, Los duendes en palacio. Madrid: Imp. de José Rodríguez, 1855.

Simpatía y antipatía. Imp. de José Rodríguez, 1855.

La flor del ángel. La Habana: A. M. Dávila, 1857.

Baltasar. Madrid: Imp. de José Rodríguez, 1858.

Los tres amores. Madrid: Imp. de José Rodríguez, 1858.

El artista barquero; o Los cuatro 5 de junio. La Habana: Librería e Imp. El Iris, 1861.

Catilina. Sevilla: Imp. y Librería de Antonio Izquierdo, 1867.

Devocionario nuevo y completísimo en prosa y en verso. Sevilla: Imp. y librería de Antonio Izquierdo, 1867.

Obras literarias. Pról. de Juan Nicasio Gallego. "Noticia biográfica" por Nicomedes Pastor Díaz. "Adición a los anteriores apuntes", por Enrique Gil. Adición al tomo 5 con artículos críticos sobre varias obras de la autora y cartas dirigidas a ella. Madrid: Imp. y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869-1871. 5 t.

La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa, hasta ahora inéditas, con un pról. y una necrología por D. Lorenzo Cruz de Fuentes. Huelva: Imp. de Miguel Mora, 1907

Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864. Matanzas: Imp. La Pluma de Oro, 1911.

Memorias inéditas de la Avellaneda. Anotadas por Domingo Figarola-Caneda. La Habana: Imp. de la Biblioteca Nacional, 1914.

Obras de la Avellaneda. "Discursos", por Mariano Aramburo y Enrique José Varona. Noticia biográfica. Apéndice 1: "Variantes en las poesías líricas de la Avellaneda", por José María Chacón y Calvo. Apéndice 2: "La Avellaneda ante la crítica". Apéndice 3: "Composiciones dedicadas a la Avellaneda". La Habana: Imp. de Aurelio Miranda, 1914. 6 t.

Leoncia. Madrid: Tip. de la *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos*, 1917.

Poesías escogidas. París: Casa Editorial Franco-Iberoamericana, 1923.

Selección poética. La Habana: Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, 1936.

Antología (Poesías y cartas amorosas). Pról. de Ramón Gómez de la Serna. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1945.

Sus mejores poesías. Barcelona: Editorial Bruguera, 1953.

El aura blanca. Notas por Israel N. Moliner. Matanzas: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1959.

Teatro. La Habana: Consejo Nacional de Cultura. 1965.

Sab. Pról. de Mary Cruz. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973.

Errores del corazón y otras comedias. Pról. de Mary Cruz. La Habana: Arte y Literatura, 1977.

Guatimozín. Pról. de Mary Cruz. La Habana: Letras Cubanas, 1980.

Tradiciones. Pról. de Mary Cruz. La Habana: Letras Cubanas, 1984.

Tragedias. Pról. de Mary Cruz. La Habana: Letras Cubanas, 1985

II. OBRAS SOBRE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. SELECCION

Aramburo Machado, Mariano. *Personalidad literaria de Doña G. G. de A.* Conferencias pronuciadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid en 1897. Madrid: Imp. Teresiana, 1898.

Arrufat, Antón. Pról. en G. G. de A. *Espatolino*, La Habana: Letras Cubanas, 1984, p. 5-29.

Augier, Angel. "De cuando Tula no fue admitida en la Academia Española", en *La Última Hora.* La Habana: 2 (7): 4-5, mar. 20, 1952.

Betancourt, José Ramón. "Discurso leído por el señor director general del Liceo," en *Coronación de la Sra. Dª. G. G. de A., acordada por el Liceo de la Habana, que tuvo efecto en la noche del 27 de enero de 1860.* La Habana: Impr. Militar, 1860, p. 5-9.

Boti, Regino E. "La Avellaneda como metrificadora", en *Cuba Contemporánea.* La Habana: 3(4): 373-390, dic. 1913.

Bravo-Villasante, Carmen. *Una vida romántica: La Avellaneda.* Barcelona: E.D.H.A.S.A., 1967.

——— "Introducción" en G. G. de A. *Sab.* Salamanca: Ed. Anaya, 1970, p. 7-35.

——— "La Avellaneda: Una mujer en sus cartas y en su poesía." en *G. G. de A.* Madrid: Fundación Universitaria Española, 1974. (Y otros autores.)

——— "Introducción." en *Baltasar* (de G. G. de A.) Salamanca: Eds. Anaya, 1973, p. 7-30.
——— "Introducción". en G. G. de A. de Sabater. *Manual del cristiano. Nuevo y completo devocionario.* (Escrito entre 1845 y 1846, que apareció entre los papeles de Manuel Cañete en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.) Madrid: Fundación Univ. Española, 1975.
Carlos, Alberto J. "La conciencia feminista en dos ensayos: Sor Juana y la Avellaneda", en *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica.* Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Univ. de Toronto, Canadá, 24-28 ago. 1969. (Kurt L. Levy y Keith Ellis, eds.) Toronto: Univ. de Toronto, Inst. Internacional de Lit. Iberoamericana, 1970, p. 33-41.
Castillo de González, Aurelia. *Biografía de G. G. de A. y juicio crítico de sus obras.* La Habana: Impr. de Soler y Alvarez, 1887.
Cotarelo y Mori, Emilio. *La Avellaneda y sus obras.* Madrid: Tipografía de Archivos, 1930.
Cruz, Mary. "¿Por qué Sab?" en *La Gaceta de Cuba.* La Habana: (83): 9-10, jun. 1970.
——— "*Sab*, su texto y su contexto", en G. G. de A. *Sab.* La Habana: Inst. Cubano del Libro, 1973, p. 7-123. Reed. 1976. "Prólogo" 1983, por Editorial Letras Cubanas.
——— "Comedias de la Avellaneda", en G. G. de A. *Errores del corazón y otras comedias.* La Habana: Arte y Literatura, 1977, p. 11-35.
——— "Prólogo". en G. G. de A. *Guatimozín.* La Habana: Letras Cubanas, 1979, p. 9-39.
——— Selección y "Nota" en G. G. de A. *Serenata de Cuba.* La Habana: Letras Cubanas, 1980, p. 2.
——— "Prólogo", en G. G. de A. *Tradiciones.* La Habana: Letras Cubanas, 1984, p. 7-28.
——— "Prólogo", en G. G. de A. *Tragedias.* La Habana: Letras Cubanas, 1985, p. 7-44.
Chacón y Calvo, José María. *G. G. de A. Las influencias castellanas: examen negativo.* La Habana: Siglo XX, 1914.
Delgado, Jaime. "El *Guatimozín* de G. G. de Av." *XVII Congreso del Inst. de Lit. Iberoamericana. El barroco en América. Literatura hispanoamericana. Crítica histórico-literaria hispanoamericana.* Madrid: Centro Iberoamericano de Cooperación, Univ. Complutense de Madrid, 3. vol., 1973, p. 957-970.
Escoto, José Augusto. "Introducción" en G. G. de A. *Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864.* Matanzas: Impr. La Pluma de Oro, 1911, p. 5-16.
Figarola-Caneda, Domingo. *Gertrudis Gómez de Avellaneda.* Biografía, bibliografía e iconografía... (Publ. póstuma por su viuda, Emilia Boxhorn.) Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929.
Guerra, Lucía. "Estrategias femeninas en la elaboración del sujeto romántico en la obra de G. G. de A.." *Revista Iberoamericana*, Montclair College: 51 (132-133): 707-722, jul.-dic. 1985.
Judicini, Joseph V. "The Stylistic Revision of La Avellaneda's *Alfonso Munio.*" *Revista de Estudios Hispánicos*, Univ. A. L. 11: 451-466, 1977.
Lezama Lima, José. *Antología de la poesía cubana.* 3 t. La Habana, Ed. Nac. de Cuba, 1965. vol. 2.
Lazo, Raimundo. *G. G. de A., la mujer y la poetisa lírica.* México: D. F., Ed. Porrúa, 1972.
Mahieu, José A. "Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: Lo negro como artificio narrativo en *Sab.*" *Cuadernos Hispanoamericanos*, 342: 613-626, Madrid: 1978.

Meléndez, Concha. "Las novelas indias de la Avellaneda", en *La novela indianista en hispanoamérica (1832-1889)*. Madrid: Impr. de la libreria y casa editorial Hernando, 1934.

Menchacatorre, Félix. "Una tragedia del romanticismo ecléctico: *Munio Alfonso* de la Avellaneda." *Revista Iberoamericana*, 51 (132-133): 823-830, jul.-dic. 1985.

Miller, Beth K. "Avellaneda, Nineteenth Century Feminist", en *Revista Iberoamericana*, (4): 177-183, 1974.

Rexach, Rosario. "La Avellaneda como escritora romántica", en Sánchez Castañer, Fco. y Luis Saínz Medrano, eds. *Homenaje a Pablo Neruda y Miguel Angel Asturias. Anales de Literatura Hispanoamericana* 2-3. Madrid: Univ. Complutense, 1973-1974, p. 241-254.

Rodríguez García, José A. *De la Avellaneda: colección de artículos*. La Habana: Impr. Cuba Intelectual, 1914.

Roig de Leuchsenring, Emilio. "Glorifiquemos a Cuba glorificando a la Avellaneda", en *Carteles*: La Habana, 30 (14): 72-73, 3 abr. 1949.

———"Vida, obra y pasiones de la Avellaneda", en *Carteles*, La Habana: 29 (31, 34 y 35) 60-61, *id.*, *id.* 1º, 22 y 29 ago. 1948.

———"Reivindicación de la feminidad y cubanía de la Avellaneda", I-IV, en *Vanidades*, La Habana: 3 (10): 63-64; oct. 1939; 3 (11): 60-61, nov. 1939; 3 (12): 56-57, dic. 1939; 4 (1): 21, 65, ene. 1940; 4 (3): 54-55, feb. 1940.

Salazar y Roig, Salvador. *La novela en Cuba, sus manifestaciones, ideales y posibilidades*. La Habana: Academia Nacional de Artes y Letras, 1934, p. 16-17.

Valgoma, Dalmiro, "El linaje de la poetisa G. G. de A." en *Archivos de Genealogía y Heráldica*, Madrid: T. I, 1952.

Varona, Enrique José. "G. G. de A." en *El Palenque Literario*, La Habana: 4 (4): 76-78, 1883.

Williams, Edwin Bucher. *The Life and Dramatic Works of G. G. de A.* Philadephia: Publicaciones de la Univ. de Pennsylvania, 1924.

INDICE

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICO-CRÍTICA
por *Mary Cruz* IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN XXV

LIRICA
Al partir 3
Paseo por el Betis 3
Al sol, en un día de diciembre 5
A la muerte del célebre poeta cubano Don José María de Heredia 6
Amor y orgullo 8
La pesca en el mar 11
Los reales sitios 13
Paisaje guipuzcoano 14
Al arbol de Guernica 16
A un cocuyo 19
La vuelta a la patria 20

MEMORIA .....
Primer cuadernillo 25
Segundo cuadernillo 31

TRADICION .....
El cacique de Turmequé 41

NOVELA
El artista barquero o los cuatro 5 de junio 75

TEATRO
Baltasar (Tragedia) 199

CRONOLOGÍA 297

BIBLIOGRAFÍA 311

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo: Augusto Mijares.
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel-Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina, S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli Me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Rusotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres-Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achúgar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano.
Notas, variantes, cronología y bibliografía: Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Albajadito y El Señor Presidente)
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía.

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos-Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, compilación, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo y selección: Alfredo Bosí
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología:
Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918-1930)
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo, notas y cronología:
Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas-La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Juilliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y
cronología: Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología:
Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología:
J. Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha y El Triste Fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas:
Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología: Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida (Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza. Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro. Traducción: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología: Enrique Ballón

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva-Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología: Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea-Allá lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperin Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Coronica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducciones, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas y cronología:
Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos.
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadloff, Márgara Rusotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología:Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo, notas y cronología:
Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
EUGENIO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo: J.L. Salcedo-Bastardo
Cronología:Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selecciones, prólogo, cronología y bibliografía: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido.
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas y cronología:
Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico y cronología:Velia Bosch.
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social-Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado-Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo: J.L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y
Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre
Bibliografía: Rafael Angel
Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Edición y cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas y cronología:
Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra-Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología:
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William G. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de Las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología:
Andrés Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas. Lope de Aguirre,
Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía:
Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología:
Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y Cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología y
bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph -
El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogos:
Tomás Eloy Martínez y Saúl Sosnowski
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Selección y prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Prólogo, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo:
Osvaldo Larrazábal Henríquez.
Cronología y bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo: Francisco de Assis Barbosa
Cronología: Arlinda de Rocha Nogueira
Bibliografía: Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque de Holanda:
Estela dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología:
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano de la Decadencia
Prólogo y cronología:
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía:
Alejandro Witker
Cronología: Leopoldo Benavides

130 JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo:
Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía:
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra Poética
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, prólogo y bibliografía:
Nelson Osorio

133
Pensamiento político de la Emancipación Venezolana
Compilación, prólogo y cronología:
Pedro Grases

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas,
cronología y bibliografía:
Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Selección y prólogo:
Hugo García Salvatecci
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Julio César López

137
Cancionero Rioplatense
Edición, prólogo, selección,
notas, bibliografía y apéndices:
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo y bibliografía:
Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas,
cronología y bibligrafía:
Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
Los Pequeños Seres. Memorias de Altagracia y Otros Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Oscar Rodríguez Ortiz

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más Arriba del Reino.
La Otra Raya del Tigre
Prólogo, cronología y bibliografía:
Jorge Eliécer Ruiz

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo:
Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía:
Antonio López Ortega.

147
JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y otros Textos (Poesía y Prosa Selectas)
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Angel Augier

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
El Coronel no Tiene Quien le Escriba. Cien Años de Soledad
Prólogo: Agustín Cueva
Cronología y bibliografía:
Patricia Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz. Aura
Prólogo: Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía:
Wilfrido H. Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo: Juan David García Bacca
Edición y notas: Oscar Rodríguez Ortiz
Cronología: Fabio Morales
Bibliografía: Roberto Lovera De-Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología:
Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía: Patricia Rubio